

César Pérez Gellida

Sarna con gusto

REFRANES, CANCIONES Y RASTROS DE SANGRE



César Pérez Gellida

Sarna con gusto

REFRANES, CANCIONES Y RASTROS DE SANGRE



de



Tras el éxito de la trilogía «Versos, canciones y trocitos de carne» vuelve César Pérez Gellida con su novela más negra, protagonizada por el concienzudo inspector de policía Ramiro Sancho.

Lastrado por los efectos nocivos que le ha dejado la obsesiva persecución de Augusto Ledesma, el pelirrojo inspector de homicidios de Valladolid, Ramiro Sancho, vuelve al Cuerpo con la esperanza de retomar las riendas de su vida anterior. Nada más lejos de la realidad.

Una adolescente ha desaparecido en el marco de las ferias patronales de la ciudad. Se trata de la hija de un importante empresario y las primeras pesquisas apuntan a que podría tratarse de un secuestro.

César Pérez Gellida aborda su novela más negra desde una óptica global con el objeto de ofrecer al lector una visión 360° sobre un delito sumamente cruel como es la privación de libertad. Y lo ejecuta de una forma tan real que compartirá la angustiosa incertidumbre de la familia, tan estremecedora que saboreará el miedo desde la oscuridad de un lugar desconocido, tan veraz que se ajustará el pasamontañas para meterse en la piel del secuestrador y, como no, tan cercana que participará en el proceso de negociación e investigación en primera persona.



César Pérez Gellida

Sarna con gusto

Refranes, canciones y rastros de sangre - 1

ePub r1.4

Titivillus 17.10.2017

Título original: *Sarna con gusto*
César Pérez Gellida, 2016

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



A URTZI, un amigo

«Un secuestro va mucho más allá de la mera privación de
libertad».

RAMIRO SANCHO Inspector del Grupo de Homicidios de Valladolid



PERSONAJES

Personajes principales:

Ramiro Sancho. Inspector de policía del Grupo de Homicidios de Valladolid.

Ólafur Olafsson. Excomisario de policía de la Brigada de Homicidios de Reikiavik.

Sara Robles. Inspectora del Grupo de Homicidios de Valladolid.

Álvaro Peteira. Subinspector del Grupo de Homicidios de Valladolid.

Fernando Fajardo. Jefe de la Unidad de Secuestros y Extorsiones.

Margarita Zúñiga. Estudiante de tercero de la ESO y víctima de un secuestro.

Azucena Pérez. Madre de Margarita.

José Antonio Pérez. Abuelo de Margarita.

Aitzol Etxebarria, «Chupao». Secuestrador.

Servando Garay, «Chimuelo». Secuestrador.

Gorka Arizmendi, «Besugo». Secuestrador.

Otros Personajes:

Erika Lopategui. Doctora en Psicología.

Aarjen de Bruyn. Ayudante retirado del fiscal de Hainault.

Jaap Keergaard. Arcángel Uriel de la Congregación de los Hombres Puros.

Bismark Kruger. Arcángel Zadkiel de la Congregación de los Hombres Puros.

Francisco Travieso. Comisario provincial de Valladolid.

Carlos Herranz-Alfageme, «Copito». Comisario de la comisaría de distrito de las Delicias.

Patricio Matesanz. Subinspector del Grupo de Homicidios de Valladolid.

Carlos Gómez. Agente del Grupo de Homicidios de Valladolid.

Jacinto Garrido. Agente del Grupo de Homicidios de Valladolid.

Carmen Montes. Agente del Grupo de Homicidios de Valladolid.

Áxel Botello. Agente del Grupo de Homicidios de Valladolid.

Santiago Salcedo. Jefe de la Brigada de la Policía Científica de Valladolid.

Mateo Marín. Agente de la Policía Científica de Valladolid.

Daniel Navarro. Agente de la Unidad Motorizada.

Aurora Miralles. Titular del Juzgado de Instrucción n.º 1 de Valladolid.

Pablo Pemán. Subdelegado del Gobierno.

Francisco Javier Caño Olavarría. Jefe superior de la policía de Castilla y León.

Juan Carlos Prieto. Comisario jefe de la Unidad de Delincuencia Especializada y Violenta (UDEV).

Julio Santamaría. Jefe del Grupo Especial Operativo (GEO).

Peter Frei. Presidente del Partido Cristiano-Demócrata y Flamenco. Guardián de la Congregación de los Hombres Puros.

Rosemarie Slosse. Esposa de Peter Frei.

Luciana Lammers. Asistente personal y mano derecha de Peter Frei.

Thomas Geoffroy. Abogado. Centinela de la Congregación de los Hombres Puros.

Alfredo Zúñiga. Padre de Margarita.

José Ramón Madruga. Politoxicómano.

Anna Jónsdóttir. Vecina de Ólafur Olafsson.

Remedios Hermosilla, «*Reme*». Vecina de la localidad vallisoletana de Viana de Cega.

Arturo Parrado. Vecino de la localidad vallisoletana de Viana de Cega.

Karatu. Dogo argentino.

Luis. Encargado del Zero Café.

Paco, «*Devotion*». Pincha del Zero Café.



RIGOR Y CONSTANCIA

LOS estoy viendo por el retrovisor. Se muestran muy poco, lo justo. Apenas salen para fumar, hablan entre ellos sin dejar de mirar el entorno y vuelven a refugiarse en la casa. No saben que estamos ahí, pero toman sus precauciones. Saben de qué va el tema pero solo hay que esperar a que se separen un poco del nido. Aquí no hay segundas oportunidades y el teléfono del comodín de la llamada lo cortaron hace tiempo por falta de pago. El historial de los mendas es un primor. Son itinerantes, tienen tablas y las informaciones apuntan a que pueden ir armados.

La garra, puntual a su cita, está empezando a lijar el duodeno cuando suena el móvil. Es César. Tras un breve saludo, lo lanza:

—Quiero que escribas el prólogo de *Sarna con gusto*.

Así, sin anestesia. No es una sugerencia, es una orden de servicio. Nada más colgar ya me estoy arrepintiendo de haber aceptado el encargo porque el mayor y a la vez más dudoso mérito literario que se me puede atribuir como inspector de policía puede ser la redacción de atestados policiales, que, como todo el mundo sabe o puede suponer, están considerados por la crítica especializada como obras cumbres de la narrativa universal. Sin desviar la atención de lo que nos ocupa, no puedo evitar remontarme unos años atrás, cuando un tipo rapado al cero con aspecto de todo menos de

escritor se personó en las dependencias del Grupo de Homicidios. Venía con cita previa, como en Hacienda, armado con un triste bloc de notas y un no menos patético boli, pero llegaba acompañado y recomendado por un colega, pata negra, que en los días precedentes me había hablado de un buen amigo suyo que estaba escribiendo una novela sobre un asesino en serie y que necesitaba algo de información. Pretendía —me previno el de la motorizada— obtener datos para conformar una visión de conjunto sobre los procesos de investigación. Acepté a pesar de que me invadió un cierto desánimo —lo reconozco ahora—, solo por el hecho de someterme a la curiosidad de un «juntaletras» al que no conocía. Recuerdo que le despaché con solemnidad, sirviéndole unos datos muy generales, de esos que cualquiera podría conseguir en Internet sobre la organización policial, escalafones, reglamentos, régimen disciplinario..., vamos, material de primera; puro solomillo.

«Con estas revelaciones que te estoy haciendo vas de cabeza al *top ten* de ventas», pronosticaba para mí durante la charla.

El caso es que César no dejaba de tomar notas, mostrando, eso sí, mucho interés por el ladrillo que le estaba endilgando. Una astuta maniobra de distracción como preludio a lo que era el objeto real de la visita, intención que no tardaría en desvelarme con tanta franqueza como prudencia —más de la que muestra hoy, afortunadamente—. Lo que quería aquel proyecto de novelista era conocer el día a día en un Grupo de Investigación del Cuerpo Nacional de Policía, la labor de trincheras, la sala de máquinas.

—Principalmente para dotar de alma al personaje —se justificó.

«Vas listo», pensé yo.

Lo que no fui capaz de calibrar en aquel momento fue el poderío de un arma que traía bien escondida: sus dotes para la persuasión. Un arma de destrucción masiva, créame. Buena prueba de ello es que cuatro años más tarde me veo escribiendo el prólogo de la cuarta entrega de las andanzas del barbudo pelirrojo. Ahí es nada.

Nada más iniciarse nuestra bienaventurada relación, César me mostró de qué forma quería recorrer el camino que había trazado en su mente, retorcida y compleja como la del criminal que iba a protagonizar una novela

que a la postre terminó convirtiéndose en una trilogía. En su favor he de decir que asumió desde un principio las limitaciones derivadas del secreto profesional y que siempre ha respetado el pacto que delimita lo que se puede y lo que no se puede escribir. Se interesaba principalmente por esos detalles que hacen que el lector confunda realidad y ficción, y, a pesar de mi advertencia sobre lo decepcionante que podría resultar el conocer los avatares propios de la investigación, apostó por renunciar al golpe de efecto sin justificar, dejando el dichoso conejo en la chistera. Enseguida comprendió que aquí no hay magia ni ciencia infusa. Poco abundan —siento admitirlo— los policías atormentados con vidas desordenadas provistos de una personalidad arrolladora de guion de Hollywood. Investigadores de esos que repentinamente entran en trance y unen todas las piezas del puzle auxiliados por unos extraños hados que inspiran la revelación y la resolución de los casos. Eso solo pasa en las películas y en algunas novelas, pero no era ese el tipo de novela que él quería escribir. César fue coherente y escogió el camino complicado y eso, precisamente eso, es lo que hoy me sigue empujando a atender de inmediato sus llamadas, porque en cada conversación se esconde un reto. También ayuda el hecho de que el autor se haya preocupado por otros aspectos menos interesantes para el lector, aunque solo sea para ser consciente de eso que anega la cotidianidad de los guardias: las interminables horas de trabajo, la constancia, la formación continua, las dosis infinitas de paciencia, la alta tolerancia a la frustración y sobre todo la actitud necesaria para estar a la altura de las circunstancias. En materia de investigación no caben las elucubraciones ni las vueltas de tuerca para ajustar lo que no tiene ajuste. No se admiten excusas y los denominados «casos difíciles» rozan lo imposible por la cantidad de variables y datos que hay que conseguir, ordenar y analizar. He de reconocer que me siento muy orgulloso de su evolución, no tanto por su fulgurante éxito como escritor como por su faceta como analista e investigador. Es verdad que César cuenta con la inestimable ventaja de estar en la mente de sus personajes, que para eso son sus criaturas, pero, así y todo, ha decidido adaptarse al método sin tomar atajos. Si se encuentra una dirección prohibida no quita la señal, aunque bien pudiera hacerlo, que para eso es el autor. No, él busca otra forma de

entrar porque está seguro de que existe. Y al final entra, eso lo sé por experiencia.

Nuestro oficio se alimenta del rigor y la constancia, valores muy coincidentes con la tarea que César desempeña frente a la pantalla de su portátil: aporrear el teclado, como él lo define. Quizá por ello nos entendamos tan bien. Dicho esto, habría que subrayar algo que sí nos diferencia: en nuestra profesión no existe el perfecto investigador ni el crimen perfecto, en la suya sí se puede alcanzar la perfección y la novela que tiene entre manos, si no la alcanza, está muy cerca.

Quizá lo mejor que pueda decir sobre él es que, si César fuera policía, yo habría hecho lo imposible para que estuviera en mi grupo. Ya se adelanta a mis modestas contribuciones con un diseño perfectamente estructurado de cada situación, ha cogido el hilo y no lo va a soltar. Está maduro y sospecho que valora la posibilidad de hacerme un ERE y prescindir de mis cada vez más innecesarias aportaciones. «Tú sabrás, que en esta comisaría tú mandas, compadre».

Toca hablar ahora de lo que se van a encontrar en *Sarna con gusto*. A mi juicio, esta es, hasta la fecha, la novela firmada por César Pérez Gellida en la que se plasma de forma más fidedigna lo que sucede de puertas adentro y lo que pasa por la mente de un policía que se ha de enfrentar a situaciones como las que usted va a vivir en la piel de Sancho a lo largo de los capítulos que siguen a este prólogo. Prepárese, porque son tales las vilezas a las que somete el autor al pelirrojo que uno no entiende que sea capaz de hacerlo aun siendo su *alter ego*. Lo aclaro por si alguien no se había «dado de cuenta» —como diría ese gran policía que fue Paco el Rata y al que César homenajeó en algunos pasajes—. Si usted ya ha leído la trilogía sabrá que Ramiro Sancho tiene pelaje de madero, es un tipo noble y concienzudo, sin dobleces, tal cual. Es del gremio y se ha sabido rodear por buenos camaradas, del todo imprescindibles para afrontar la investigación del secuestro que ha pergeñado el autor. Compañeros que serían la envidia de cualquier jefe de grupo excepto de mí, porque yo tengo la suerte de contar con los Peteira, Matesanz, Gómez, Garrido, Montes y Botello. Y sí, son los mejores.

Vaya por delante que la gestión policial de los secuestros —afortunadamente escasos en España y resueltos con brillantez por las unidades especializadas— no puede plasmarse de forma pormenorizada en una novela. No me gustaría que *Sarna con gusto* terminara por convertirse en el manual de consulta del buen secuestrador y, sin embargo, la lectura de los primeros borradores me hizo ver que la ficción se había acercado a la realidad mucho más de lo que yo había previsto inicialmente. El brutal deterioro psíquico y físico que sufren tanto el secuestrado como su entorno supone un auténtico calvario, una de las mayores pruebas de resistencia a las que puede llegar a enfrentarse un ser humano. Esa parte está resuelta de forma tan brillante que he llegado a pensar en que César fue secuestrado en otra vida anterior o bien que el muy cabrón fue secuestrador. No descarten ninguna hipótesis.

La novela es inquietante, cruda y descarnada. Destila sufrimiento, es necesaria y dolorosamente explícita. Y digo necesaria porque edulcorar a conciencia un relato sobre las consecuencias de un hecho de estas características con el propósito de no herir sensibilidades es una engañifa, un tocomucho, una falta de respeto para los lectores pero, sobre todo, para las víctimas.

Por último, quiero advertirle de que las investigaciones en el caso de la niña de la caperuza roja no fueron concluyentes y se baraja la posibilidad de que nunca llegara a casa de su abuelita. Los encargados de las pesquisas sospechan que, como les ocurriera antes a los cabritillos, fue devorada por el lobo en un sombrío paraje a escasos metros de su vivienda y nunca se halló el cadáver. Si ustedes se sienten más reconfortados con la versión oficial de aquellos lamentables sucesos, yo les recomendaría que no leyeran esta novela.

Sarna con gusto es la crónica de un secuestro con algunas pinceladas de ficción. El talento de su autor lo ha hecho posible.

Buen provecho.

Los colegas están bien posicionados y los equipos de transmisión permanecen mudos. Hace muchísimo calor. En la casa empieza a haber movimiento. El más bajo se asoma al balcón, habla por teléfono o finge que

conversa con alguien mientras mira distraídamente hacia ambos lados de la calle y apura el cigarrillo. Está nervioso, lo noto. El más alto, un clon de Willy de Ville en versión celtibérica, se dirige al vehículo que tienen estacionado frente a la casa. Abre el maletero y parece que busca algo, pero sus movimientos le delatan. Está «barriendo» la calle, quiere detectar alguna presencia extraña. No lo va a conseguir.

Están preparando la salida.

—Todos atentos, estos se van a poner en movimiento en breve — advierto a través del equipo de transmisión. No veo a los míos, pero sé que ya están ahí, enchufados—. Comunicados cortos, ya está todo hablado. Vamos a esperar a que lleguen a la zona de garajes, es el sitio más despejado, en cuanto lleguen ahí...

La garra se está empleando a fondo. En breve desaparecerá, espero. ¡Hay que joderse!

Urtzi, inspector de Homicidios
Julio de 2015



EL CALZADO DEL DIABLO NUNCA SUENA

*Barrio de Outremeuse Lieja (Bélgica)
14 de agosto de 2012, 23:34*

En plena subida de la interminable escalera adoquinada de la Montagne de Bueren notó una creciente opresión en la caja torácica que le hizo arrepentirse del instante en el que escogió esa estúpida ruta de huida. Pero cuando uno es consciente de que su vida corre serio peligro, no valora ni evalúa; corre.

Todavía podían oírse los estallidos del tradicional *tirs de campes* y el barrio estaba bautizado por el clásico olor a pólvora quemada que reinaba en el ambiente durante los cuatro días que duraba la festividad de la Virgen Negra. Aarjen de Bruyn se apoyó sobre las rodillas para recuperar el aliento y la necesidad de oxígeno le empujó a abrir la boca todo lo que pudo. Consecuentemente, las partículas de nitrato potásico, carbono y azufre provocaron la irritación de las vías respiratorias y su organismo protestó en una concatenación de toses secas. El eco le advirtió de que estaba solo, porque todo el mundo se concentraba en la isla, deambulando entre los bares y las barracas repartidas por las sinuosas calles de Outremeuse, mojándose el gaznate a base de cerveza y *peket*. Aun así, quiso cerciorarse

y levantó la vista. Ante él, más de trescientos escalones por subir; tras él, un sicario con un encargo divino.

Lo reconoció al instante y no le costó deducir el motivo por el que Jaap Keergaard se encontraba en Lieja.

Una de las siete espadas de la Congregación.

Uno de los siete arcángeles.

El más veterano de ellos: el arcángel Uriel.

Cansado de sortear borrachos, había decidido regresar a su casa en Rué Léopold atravesando el Pont des Arches. Al rodear la iglesia de Saint Pholien lo vio apoyado en un coche, taladrándole con aquella mirada, torva, pero al mismo tiempo vacía como la de un maniquí. En décimas de segundo su cerebro procesó el expediente delictivo —la parte conocida— y, a partir de ese instante, el miedo se adueñó de sus decisiones. Bien podría haber vuelto sobre sus pasos, encaminarse de nuevo hacia el bullicio, donde habría tenido la oportunidad de camuflarse entre la gente o de darle esquinazo en alguna de las callejuelas aledañas a la Chaussée des Prés; pero no, el pánico resolvió que lo mejor era aumentar el ritmo de zancada para llegar lo más rápido posible a cobijarse en su domicilio. No había terminado de recorrer el puente sobre el Mosa cuando se percató de que estaba incurriendo en un grave error, pues nada le impediría colarse esa noche o cualquier otra noche para terminar con él como lo había hecho con tantos otros en el pasado: estrangulados con sus manos primero y decapitados después.

Antes de lanzarse a la carrera se giró para cerciorarse de que le estaba siguiendo. Y así era. Minutos más tarde, con el corazón asomando por la boca, tomó la determinación de enfrentarse a la Montagne de Bueren con la débil esperanza de que los cientos de escalones hicieran desistir a su perseguidor.

No funcionó.

Cuando se sobrepuso al ataque de tos, Aarjen se agarró a la barandilla central y se volvió para comprobar aterrorizado que la ventaja con respecto al arcángel Uriel se había reducido de forma considerable. Subía por la parte de la izquierda, manteniendo una cadencia constante, sin un solo indicativo facial que le invitara a pensar que estuviera mínimamente

fatigado, aunque en ese apagado y mortecino semblante no parecía haber expresión de ningún tipo. Fue entonces cuando se dio cuenta de que los pasos del arcángel, muy al contrario que los suyos, no producían sonido alguno.

Porque el calzado del diablo nunca suena.

Aarjen de Bruyn reunió todas sus fuerzas para reemprender el agónico ascenso, pero las piernas manifestaron su oposición ante tamaña empresa en forma de temblores y la protesta fue secundada masivamente por el resto de articulaciones del tren inferior: tendones, ligamentos y fibras musculares. Con la capacidad aeróbica desbordada, el ayudante retirado del fiscal de Hainault buscó alguna ventana iluminada en las vetustas fachadas de ladrillo de los edificios que flanqueaban la escalinata, pero las dos únicas, exhaustas y solitarias como él, estaban casi al final del trayecto, inalcanzables a todas luces.

Angustiado, se giró de nuevo para constatar que no le separaban más de una decena de escalones del arcángel. Llevaba el pelo recogido en una larga coleta rubia que dividía su amplia espalda en dos y que apenas se balanceaba, como si el cabello estuviera en sintonía con el resto de músculos; en tensión. Vestía un elegante traje de levita negra sobre camisa del mismo color y zapatos de cordones a juego, pero fue el destello de lo que portaba en el interior de la chaqueta lo que hizo que se estremeciera. Solo se le ocurrió una alternativa, pero sus gritos de auxilio, de por sí poco enérgicos en origen, fueron solapados por el ruido procedente de los cohetes que volvían a explotar en Outremeuse. Entonces, en un alarde de gallardía o movido por la desesperación, se detuvo en seco y se encaró con su perseguidor. Este ascendió pausadamente los tres escalones para impactar en la boca del estómago con una rápida y definitiva patada frontal. Sin aire en los pulmones, Aarjen de Bruyn cayó de rodillas, pero aún pudo aferrarse a la fría barandilla al tiempo que notaba cómo dos gruesos pulgares le oprimían la tráquea.

Antes de perder la conciencia, la cabeza y la vida —por ese orden—, habiendo desaparecido su predecesor, Alcides Bujalesky, depositó sus últimas esperanzas en dos desconocidos. Un hombre y una mujer a los que, días atrás, había enviado el resultado de más de veinte años de

investigación: el informe completo sobre la Congregación de los Hombres Puros. Personas de confianza recomendadas por su ya fallecido amigo Armando Lopategui, el responsable de que él decidiera hincar el diente a un pastel relleno de las peores atrocidades cometidas contra el ser humano.

Solo ellos podrían continuar su labor.

Solo ellos podrían hallar El Cartapacio de Minos.



QUIEN NACE LECHÓN MUERE GORRINO

Barrio de Parquesol

Valladolid (España)

1 de septiembre de 2012, 22:08

Se detuvo a contemplar los fuegos artificiales. La temperatura había caído hasta los doce grados y aquella traicionera variación térmica confirmó su sospecha: había vuelto a casa.

Por encima de su cabeza recién rapada se dibujaban palmeras de vivos colores, verdes, rojas y amarillas sobre la oscura tela que cubría el firmamento. Una cascada dorada estalló justo en su vertical conformando un abundante haz de lágrimas que se derramaban lenta y prolongadamente, como si el cielo estuviera señalándole a él; como si pretendiera advertirle de que la diferencia entre el estrellato y el estrellado se concentra en una sola consonante.

Pero el aviso llegaba con retraso y el juego de palabras le recordó a otro, un calambur distinto pero con idéntico amargo sabor: formalizar y «formolizar».

—Hay que joderse —farfulló.

Después de que el vídeo en el que aparecía el inspector del Grupo de Homicidios de Valladolid, Ramiro Sancho, abatiendo a Augusto Ledesma se erigiera entre lo más visto en Internet y se convirtiera en el personaje más deseado para los platos de los programas sensacionalistas del país, sus superiores convinieron que lo más acertado era meter en la nevera durante un tiempo al pelirrojo protagonista del mismo. Y no encontraron otra vía mejor que abrirle un expediente disciplinario por insubordinación a los mandos. Así cosían de una sola puntada un roto y un descosido: detener el aluvión de críticas que se cocinaban desde los medios de comunicación al tiempo que alejaban al personaje más buscado del momento de la comisaría de distrito de las Delicias. La comunicación de la sanción le llegó al inspector estando en Trieste: dieciocho meses de suspensión de empleo y sueldo que finalmente quedaban reducidos a seis gracias a su destacada hoja de servicios en el Cuerpo de Policía. La indignación inicial de Sancho se fue diluyendo en los brazos de Gracia Galo hasta que logró enterrarla bajo sus sábanas. Sin embargo, los primeros problemas empezaron a emerger a la superficie cuando las semanas se convirtieron en meses y las obligaciones del cargo de la inspectora jefe fueron devorando los días hasta dejarlos en horas, aunque en muchas ocasiones ni siquiera eran plural. La soledad no era el problema, lo que de verdad le causaba irritación era que esa desocupación le originaba demasiado tiempo libre para pensar. Remover cáusticos recuerdos solo levanta ampollas emocionales. La triestina empezó a dudar entre formalizar la relación o «formolizarla», que, explicado según sus propias palabras, consistía en «conservarla en formol para no deteriorarla más». Sancho interpretó acertadamente que aquel juego de palabras encerraba algo más relevante y no quiso forzar la situación. Y en cierta medida se sintió aliviado, liberado de la carga que suponía tener el presentimiento de que más pronto que tarde tendría que enfrentarse a una nueva ruptura sentimental; un nuevo fracaso personal. Asumiendo esa máxima que asegura que quien nace lechón muere gorrino, admitió aquellos indicios a modo de pruebas irrefutables de un caso perdido.

Ambos se comportaron en la despedida con tanta madurez como frialdad y, con un raquíto beso en la comisura de la boca acompañado de un gélido «Aquí me tienes para cuando me necesites» retumbando en sus

tímpanos, Ramiro Sancho embarcó en un vuelo con escala en Milán y destino Madrid.

Ya en Valladolid, se percató de que era el centro de las miradas de unos y los comentarios de otros cada vez que pisaba la calle. A pesar de ello, una tarde decidió esconderse del calor y de la gente en una sala de cine. A la salida se topó con un grupo de adolescentes que le acosaron y achicharraron con decenas de fotos que sirvieron de alimento para saciar la voracidad de las redes sociales.

Aquella misma noche durmió en Castrillo de la Guareña.

Permaneció allí en estado de hibernación estival a la espera de recibir la notificación de la fecha de incorporación a su puesto, ocupando las horas con largas sesiones de carreras campestres como única actividad física y la lectura de los clásicos que guardaba su madre como exclusiva ocupación mental. El día que recibió la llamada de la Jefatura Provincial estaba inmerso en una aventura del capitán Alatríste y apuntó el recado en la página ciento cuatro: lunes, 3 de septiembre, en plenas fiestas de Nuestra Señora de San Lorenzo. La noticia cayó como una bomba atómica, arrasando con la pesadumbre que se había ido edificando en su interior. De aquella urbe no quedó nada y se confabuló para levantar sobre las ruinas una nueva ciudad, una sin amurallar. Incentivado por la euforia, decidió devolver alguna de las muchas llamadas que le había hecho el subinspector Álvaro Peteira. No puso ninguna pega al plan, que consistía en verse aquel sábado, primer día de ferias, en el recinto de las casetas regionales ubicadas en el aparcamiento del estadio José Zorrilla. Aceptó de inmediato sin valorar lo que aquello suponía: personas por doquier y por demás; hordas de jóvenes encabritados venidos de toda la provincia, de la comarca y de todos los rincones de la Tierra Media; clanes de familias completos, niños incluidos, sueltos y sin amordazar; jubilados y parados; solteros y divorciados; hambrientos, como si jamás hubieran probado bocado; sedientos, como si al amanecer el mundo se fuera a terminar.

Un pinchazo en las cervicales le obligó a bajar la vista cuando el espectáculo pirotécnico casi tocaba a su fin y segundos después el móvil vibró para avisarle de que le había llegado un wasap. Era Peteira y, como no

podía ser de otra manera, le decía que le estaban esperando en la caseta de Galicia.

Decenas de vehículos se disputaban las pocas plazas que quedaban libres al tiempo que riadas de seres humanos eran atraídas por la música folclórica igual que ratones en Hamelín. No le resultó sencillo localizar los ojos claros del subinspector. A su lado, el agente Áxel Botello le recibió luciendo una sonrisa que evidenciaba que, esa que sostenía, no era la primera caña.

—¡Hombre, Sancho! Si no tienes tan mala cara, carallo —le saludó el gallego con los brazos abiertos antes de cerrarlos golpeando la espalda de su compañero.

El gesto se replicó con Botello.

—¿Caña?

—Caña.

—Pedimos hace cuarto de hora una ración de pulpo y otra de padrón, aunque de padrón padrón tienen lo mismo que yo del Dépor. Bueno..., se acabó lo que se daba, ¿eh?

—Sí. Se os acabó la tontería. No te puedes imaginar las ganas que tengo de volver a ver vuestros caretos el lunes a primera hora —ironizó Sancho—. ¿Cómo van las cosas por casa?

—Van. Si no suena el cacharro —dijo agitando el móvil de guardia del Grupo—, mañana me llevo a los gemelos a los carruseles. Patricia terminó hasta el moño del veranito que le han dado las fieras. No la culpo porque son la caña, aunque últimamente notamos a Marquiños como desgano y no sabemos qué le pasa. Anda todo el día marchito y nos tiene preocupados, porque siempre fue el más prenda de los dos. Le han hecho unas pruebas y análisis, pero todavía no nos dijeron nada.

—Habrá salido al padre, que uno no sabe por dónde coño cogerlo —valoró Sancho—. ¿Me habéis echado mucho de menos?

—Mucho. De hecho pusimos una foto tuya en la galería de tiro, ya sabes, por aquello de no olvidar la jeta de nuestro añorado jefe.

—Me tenéis que poner al día en versión resumida y así nos centramos en el jaleo cuanto antes.

—Que se encargue Botello, que yo no tengo el don de resumir, ya lo sabes.

El agente regresó con tres cañas y las raciones.

—¡Sus muertos! —protestó Peteira—. En el Puerto Guardés, allí en A Guarda, te ponen el doble por la mitad de precio. Si les sacaras una como esta a la parroquia que lo frecuenta se contarían los muertos a puñados. Hatajo de ladrones, es que se me quitaron las ganas de probarlo.

—A más tocamos —observó el agente Botello.

—Bien dicho. Pareces nuevo, Álvaro. Ya sabes cómo funciona esto —dijo Sancho metiéndose dos trozos en la boca—. Y bien —introdujo tras vaciar medio vaso de cerveza de un trago—, ¿qué novedades me contáis?

Peteira le cedió la palabra a Botello.

—Poca cosa, la verdad. Currando mucho para tratar de bajar el número de casos abiertos, que es la prioridad de la Jefatura. Por lo demás, Matesanz está muy mayor, deseando que vuelvas; Montes, a su puta bola, como siempre; Garrido, insoportable como nunca; Gómez con esa chispa de Triana que un día nos va a prender a todos; y Arnau regresó a su Tarragona hace un par de meses. Y supongo que ya sabes que tenemos chica nueva en la oficina, ¿no?

—Supones mal —dijo enarcando sus pobladas cejas.

—Sara Robles —intervino Peteira—. Está ejerciendo de jefe accidental del Grupo.

Sancho se pasó la mano por el mentón y sus dedos desaparecieron en la frondosidad de la barba mientras esperaba que le completaran la información.

—Guerrera como ella sola. Algo pejiquera en lo relativo a los procedimientos. Muy de manual, pero no parece mala tía. Lleva poco tiempo en el Grupo y no es que se prodigue con las palabras. Ahora bien, para mandar a tomar por el culo a Garrido sin billete de vuelta se bastó ella solita el primer día que pisó la comisaría.

—Entonces apunta alto —comentó el pelirrojo justo antes de que en el escenario principal arrancara la sesión de bailes regionales—. ¿De dónde viene?

—De Zaragoza, estaba en los «estupas», jefa del Grupo I. Lo que no sabemos es el motivo que la ha traído hasta aquí.

—En Estupefacientes la gente no dura mucho. ¿Tiene familia?

—Creemos que no.

—Ya me contará Herranz-Alfageme. Por cierto, ¿qué tal con él?

—Copito se deja llevar —valoró Peteira soltando las riendas de su desbocado acento gallego—. El hombre no se mete en nuestro día a día, pero nunca nos falló cuando lo necesitamos. Se maneja bien con los de arriba, les dice a todo que sí y luego hace «asó».

—Terminad esos pimientos y nos trasladamos a la de Navarra —propuso Botello.

—Bien dicho, que con unas chistorras en condiciones llenamos el buche —secundó el subinspector sujetando un cigarro con los dientes.

—Yo estaba pensando en pacharán, pero tú pide lo que quieras.

Continuaron con el repaso a la actualidad de la comisaría durante el periplo que les llevó por Asturias, Canarias, Ávila y Segovia dando buena cuenta de las raciones de sardinas, cabrales, patatas con mojo, revolconas y cochifrito que les salieron al paso. En la última, solidarizándose con Peteira, que no podía excederse estando de guardia, decidieron no pasar al *whisky* de la tierra y declinaron los chupitos de DYC.

—Y dinos, Sancho, ¿tú cómo llevas toda esa mierda que te han hecho tragar? —retomó Peteira.

—Tardé en digerir la sanción. El expediente disciplinario por insubordinación no fue más que una excusa para quitarme de en medio una temporada. De hecho, los dieciocho meses al final se han quedado en seis, supuestamente por los méritos recogidos en mi historial, supuestamente —recalcó.

—¿Y lo otro?

El inspector cocinó la respuesta a fuego lento, pero, así y todo, olía a quemado.

—Mal, joder, ¿cómo lo voy a llevar? La que me lio el maldito cabrón. Lo tenía muy bien atado. Intento no pensar en ello, pero si el consciente es imprevisible, el subconsciente es incontrolable.

—Y tanto...

—Menudo hijo de puta —calificó Botello—. Encima, ahora con la publicación del libro su nombre está en todos los escaparates.

La expresión de Sancho era un homenaje a la sorpresa.

—Pensé que estabas al corriente. Hace..., no sé, poco más de un mes, una editorial carente de escrúpulos y con mucha necesidad de facturar sacó a la venta *La obra de Augusto Ledesma* y se están hinchando a vender. La fiscalía estuvo valorando si querellarse o no contra la editorial por apología de la violencia, pero no encontró el apoyo que esperaba en las familias de las víctimas, que con tratar de olvidar tienen trabajo más que suficiente. En La Casa del Libro, que me pilla cerca y que tiene una dependienta, Virginia, que vale su peso en oro, he visto rulando la quinta edición.

El semblante del inspector fue mudando desde el asombro al enojo.

—Es una locura. Dicen que en el Zero Café, el garito ese al que solía ir el jodido poeta, está hasta arriba de gente que quiere conocer su santuario. Y luego está la tía pesada de no sé qué periódico que pasó varias veces por la Brigada preguntando por ti para hacerte una entrevista, aunque, verdaderamente, ya han sacado a relucir tu vida y milagros en casi todos los medios que...

Álvaro Peteira diluyó las siguientes palabras en el último sorbo de cerveza al ver que el inspector resoplaba enérgicamente por la nariz. Sancho hizo lo propio con su indignación.

—¡La puta madre que me parió! —estalló al fin.

—Es cuestión de tiempo —trató de aligerar el gallego.

—Y los nabos en adviento —completó Sancho apurando la copa—. Pide otra ronda.

—¿No es ese el poli que se cepilló a Augusto Ledesma?! —escucharon decir a sus espaldas.

Botello intervino con celeridad. Rozando las buenas maneras invitó a las dos parejas que ya se acercaban móvil en mano a que se hicieran fotos con algún familiar suyo fallecido recientemente.

—Mejor vámonos —propuso el inspector.

Tardaron veinticinco minutos en conseguir un taxi. Llegando a la plaza de Poniente el subinspector tocó en el hombro al taxista.

—Déjeme aquí. Yo me retiro —anunció—. Mañana quiero estar fresco. Confío en que este no suene —dijo agitando el móvil de guardia.

—El lunes nos vemos —se despidió Sancho.

Botello le dio una palmada en la pierna y se volvió hacia Sancho.

—¿Dónde nos tomamos la penúltima?

—Vamos al Zero Café.

Exterior de la discoteca Bagur

Margarita salió de Bagur totalmente azorada y volvió a consultar la hora en el móvil: las 0:14.

—¡Jo-der!

Se había pasado cuarto de hora del toque de queda y ni siquiera le había dicho a Susana y a Carla que se iba. Ya les enviaría un mensaje cuando llegara a casa. Vivía a menos de cinco minutos, pero la bronca de su madre la tenía asegurada. Más aún con lo que le había costado convencerles de que la dejaran formar parte de la peña que organizaba la discoteca junto con otros *pubs* durante las fiestas. Por lo menos no llegaba como lo había hecho el imbécil de su hermano Josean el fin de semana pasado, escoltado por uno de sus acólitos y oliendo a vómito de la cabeza a los pies.

Casi tenía escrito el texto a su madre avisándola de que estaba llegando cuando la pantalla se fundió a negro.

—¡A la mierda!

Caminó deprisa tejiendo una red de excusas que la salvaran de estrellarse contra el suelo. De cualquier manera, pasara lo que pasara, el balance de la tarde-noche había sido espectacular. No había parado de bailar desde que puso los pies en Bagur. Se sabía todos los temas, pero la guinda llegó justo cuando iba a marcharse a casa con Carla, como siempre hacía. Toño se había acercado a pedir a la barra justo a su lado y no desperdició la oportunidad. Tras repasar la conversación varias veces, estaba segura de que no había metido la pata, muy al contrario, se había mostrado moderadamente receptiva a sus insinuaciones al tiempo que mantenía las distancias con dignidad. Prueba de ello era que, a la postre, él le había

pedido su número de teléfono. Tamaño botín bien valía una bronca o un millón. Aguantando las ganas de orinar y pensando en lo que iba a poner en Twitter antes de meterse en la cama, no pudo evitar sobresaltarse cuando un tipo con aspecto algo desaliñado, huesudo y de pétreas facciones se interpuso en su camino en la plaza de Santa Ana.

—Policía —se identificó mostrando la placa—. DNI, por favor. ¿Llevas encima algún tipo de sustancia que te pueda comprometer?

Margarita no supo cómo reaccionar. Esa misma noche habían comentado que el pasado fin de semana la poli había pillado a algunos compañeros de clase haciendo botellón en Las Moreras y les habían clavado una buena multa. Buscó la complicidad de las personas que iban y venían en todas direcciones, pero entre tanto tumulto nadie se interesó por participar en aquel *casting*.

—Te he preguntado si llevas algo encima —insistió el agente endureciendo notablemente el tono—, tu descripción se corresponde bastante con la de la lista que se ha montado su negociete particular en el baño de Bagur.

—Le juro que yo no... —titubeó azorada.

La adolescente se fijó en que el tipo tenía el párpado izquierdo caído y que este le tapaba un tercio de la superficie ocular. Se sintió harto incómoda buscando la forma de mirarle sin ofenderle.

—No me hagas perder el tiempo. Anda, rica, saca el documento nacional de identidad y así te dejo que sigas disfrutando de las fiestas.

—No, si ya me marchaba a casa. De hecho llego tarde —balbuceó.

—Claro. A casa —repitió con marcada ironía—. Venga pues, bonita, que no tengo toda la noche.

—Es que no lo llevo encima.

—Ya estamos, la hostia. Sabía yo que alguna me tenía que tocar. Vas a tener que acompañarme al coche para que pueda verificar tus datos. Anda, tira.

Margarita siguió las indicaciones del agente pensando que, después de todo, el balance de la noche quizá no mereciera tanto la pena. El agente le soltó una monserga que tragó con estoicismo mientras asentía cabizbaja como un muñeco de salpicadero. La entonación le recordaba a la de su tío

Joseba, que vivía en alguna población de nombre impronunciable cerca de San Sebastián. Doblaron la esquina de la calle María de Molina con Veinte de Febrero.

—Allí está mi compañero —señaló el agente.

Margarita reaccionó con recelo al comprobar que se trataba de un coche sin las enseñas de la policía.

—Seguro que has oído hablar de los vehículos camuflados. ¿Qué esperabas, que estuviera con el pirulo enchufado? ¿O que fuera un deportivo, pues?

Ella sabía que la policía utilizaba coches normales, pero no imaginaba que fueran tan cutres.

—No me has dicho cómo te llamas.

—Margarita.

—¿Margarita qué?

—Margarita Zúñiga Pérez. Mi padre es concejal del Ayuntamiento de Valladolid —soltó a modo de globo sonda, por si la llevaba a algún sitio.

—Y el mío farero de Getaria, la hostia, y aquí estamos, trabajando en el turno de noche —le espetó maldiciendo su propia locuacidad—. Anda, tira para dentro, guapa, y apúntame en esta libreta tu nombre completo, edad, dirección actual y nombres de tus padres.

En cuanto el policía tomó asiento en la parte trasera del coche, un acerbo presagio se adueñó de la voluntad de Marga. La corazonada se hizo certeza al ser empujada amablemente para sentarse a su lado cerrando la puerta tras de sí. En el asiento del conductor había otro hombre con el pelo color heno rizado que le caía sobre los hombros. Agarraba el volante con fuerza, como si fuera a arrancarlo de cuajo de un momento a otro. Notó entonces que la saliva le raspaba en el paladar y que le sudaban las palmas de las manos.

—Dame el móvil —le ordenó el supuesto agente con la inexpresividad de un artrópodo.

—¡Ay! ¡Por favor, por favor...! —se atrevió a decir mientras lo sacaba del bolsillo delantero del pantalón y escuchaba el sonido seco del cierre automático.

Dedujo que se trataba de un robo, deseó que así fuera, pero aquel pensamiento se volatilizó cuando vio con ojos incrédulos cómo lo desmontaba, le quitaba la batería, la tarjeta SIM y guardaba todas las piezas en una bolsa de plástico.

—Tira —le ordenó al conductor al tiempo que se agachaba a recoger algo bajo el asiento del copiloto.

—¡Por favor, por favor...! —repitió acurrucándose contra la puerta.

—Cierra la boca. No te va a pasar nada si no te comportas como una niña mal criada. No me obligues a usarlo.

El cuchillo de caza lo provocó.

—Tengo que ir al baño —rogó la quinceañera entre sollozos.

Pero la mancha que se extendía por la cara interna de los muslos evidenció que ya era demasiado tarde para eso.

Zero Café

No se contaban veinte almas en el bar. Guiados por su instinto se hicieron fuertes en la barra, cerca de la trinchera que ocupaba habitualmente Paco, alias Devotion, desde la que bombardeaba a los presentes con munición de canciones. Transcurrido un tiempo indefinido, no había un solo metro cuadrado de aquel campo de batalla que no estuviera ocupado por varios integrantes de distintas milicias que interactuaban entre sí, como si se conocieran de otras guerras.

La música era su común estandarte y en aquel trance de madrugada se escuchaba *November rain* de Guns N' Roses.

*So, if you want to love
me then, darlin', don't refrain
or I'll just end up walkin'
in the cold November rain.*

—En algún lugar de mi casa tengo toda su discografía. Hay que reconocer que el tugurio tiene su encanto —juzgó Sancho tras unos

segundos en los que disfrutó observando a la banda californiana.

—Diferente sí es —juzgó a vuela pluma su compañero.

La conversación transcurría por cauces triviales. El agente Botello había remado a favor de corriente navegando por aguas en las que se sentía muy cómodo: el mundo de los videojuegos, los viajes y las mujeres de corte exótico. Como pasajero, Sancho se había limitado a escuchar sin dejar de disfrutar del entorno, dejándose contagiar por la atmósfera del Zero.

—Me pregunto qué buscaba Augusto cuando venía por aquí.

—Si quieres saber lo que pasa en un bar, pregúntaselo a alguna camarera —sugirió Botello, algo afectado por la ingesta de cerveza.

—Ni más cojones.

—Una mujer que te sonrío mientras te da de beber siempre es bonita —comentó el agente—. Yo, si tú me lo pides, le pongo las esposas a esa alta del pelo *corto* y la interrogo en el cuarto oscuro. Y si no cuaja, pruebo con la otra sospechosa.

Sancho se frotó la barba con avidez y le pagó la broma con un gesto afable en fase de reconstrucción. El volumen de clientes esperando ser abastecidos no aconsejaba iniciar la charla en esos momentos, así que Sancho desvió la mirada hacia la pantalla, donde reconoció al cantante de Depeche Mode, entrado en años, moviéndose por el escenario como si aquella fuera la primera o la última vez.

—Jefe, me voy a retirar —le anunció Áxel Botello—. No me entra ni una birra más.

—Descansa.

—Estamos encantados de que hayas vuelto al Grupo —subrayó—. El lunes nos vemos.

Sancho no le dejó pagar y tras intercambiar los abrazos que llevaban sueltos, la menuda figura del agente Botello desapareció entre el gentío.

Dos Jameson con hielo después apenas quedaba una decena de guerrilleros con la insana intención de defender sus conquistas a hielo y espada.

—Disculpe que le moleste —le abordó Luis, que había salido fuera de la barra—. Le he reconocido nada más entrar. Supongo que ha venido a...

—No sé muy bien a qué he venido —le cortó—, pero me figuro que mañana sabré arrepentirme de ello.

Luis sonrió.

—Ya les contesté a sus compañeros las miles de preguntas que me hicieron sobre Augusto. Para nosotros era un cliente más. Un buen cliente, eso sí. No hablaba mucho. Pillaba su *gin tonic* de Hendrick's y se sentaba allí, a la izquierda de Tom —le indicó por encima de su cabeza hacia un cuadro de marco barroco que contenía un fotograma de Tom Cruise en *Entrevista con el vampiro*—. Cuando se lo soplaba me pedía otro y volvía a su sitio. Pagaba religiosamente antes de marcharse.

—Sí, eso ya lo he leído.

El pincha se unió a la conversación.

—Este es Paco, mi socio.

Tenía buena estatura y lucía una barba de corte moderno, modernamente recortada. No le hizo falta que Sancho le preguntara.

—A mí me molestaba poco. No era de esos tíos coñazo que tienen su listado de peticiones y no paran de insistir hasta que logran que les pinches dos o tres temas. Sé que le molaban Bunbury, Placebo, Rammstein, Muse y Depeche Mode porque cantaba las canciones. Tenía buen gusto musical, la verdad. Muy de vez en cuando se acercaba para preguntarme el título de algún tema o el nombre del grupo que acababa de sonar. Se lo anotaba en el móvil, me daba las gracias y volvía a sentarse allí enfrente.

—Un tipo educado, ¿eh?

—¡Joder! ¿Cómo era esa frasecita que decía? —le preguntó a Luis—. Sí, eso es: «Una canción para cada momento y un momento para cada canción».

El inspector se encaminó hacia el lugar repitiendo mentalmente la cita de Augusto. Se dejó caer en el sofá y examinó el entorno bajo la atenta mirada de Paco y de Luis. Pasados unos minutos se incorporó y se acercó de nuevo a la barra.

—¿Hay algo en particular que desee saber? —se ofreció Paco.

—En realidad no. Como te decía antes, todavía no sé por qué he venido —les dijo tendiendo la mano.

—Lamentamos mucho..., en fin, todo esto —resumió Paco—. Nunca llegamos a imaginar que fuera un tipo tan peligroso.

Sancho compuso una mueca de conformidad.

—Venga cuando quiera, aquí siempre será bienvenido —se despidió Luis.

Al salir del Zero su propia vaharada le alertó de que habían bajado ostensiblemente las temperaturas. Se metió las manos en los bolsillos del pantalón vaquero y dejándose acompañar calle arriba por el piar de los pájaros concluyó que, aunque uno se oponga, siempre termina amaneciendo.

O empieza.



POR GRANDE QUE PAREZCA EL RUEDO, EL TORO SIEMPRE TERMINA DESANGRADO

*Parque Klambatrún
Reikiavik (Islandia)*

2 de septiembre de 2012, 9:58

Se fijó en una que tenía forma de revólver; o eso interpretó. A pesar de su calamitoso estado, supuso que el viento debía de soplar con fuerza allí arriba porque en el siguiente pestañeo el cúmulo se metamorfoseó en un volumen informe, voluble, volátil. Por la nitidez de los perfiles dedujo que llevaba puestas las gafas. En aquella postura, Ólafur Olafsson deseó con todo el fervor que no tenía reencarnarse en una de esas, la que fuera, con tal de que pudiera observar el mundo desde la distancia, sin tener que tocar la tierra. Notaba el cuerpo entumecido y la espalda húmeda. Se sintió como un pedazo de cartón mojado y por asociación de ideas maldijo no haber buscado uno antes de tirarse a dormir al abrigo de aquel abeto. Casi se había acostumbrado a la presión craneal que le acompañaba en cada despertar, pero a lo que no podía habituarse era al incendio que ya empezaba a propagarse por su intestino. Si estuviera capacitado para despegar la lengua

del paladar le habría gustado verbalizar cualquiera de los improprios que conformaban su prolijo repertorio, pero prefirió seguir buscando señales en el firmamento mientras recuperaba el control de su sistema motor.

Aunque no lo recordaba, sabía muy bien cómo había llegado hasta allí puesto que la ruta la había repetido ya el número necesario de veces como para saber dónde empezaba y dónde terminaba su itinerario autodestructivo. El banderazo de salida se producía sobre las cinco de la tarde en alguno de los bares de las calles adyacentes a Laugavegur, normalmente en el primero que encontrara vacío y cuando el resto de clientes empezaban a incomodarle cambiaba de barra. Hacía la última parada en el Vegamót, donde Anna le preparaba unos Cosmopolitan cargados a demanda. Cuando todo cerraba tiraba de provisiones y a sorbos de Four Roses llegaba hasta Klambatrún, donde, con las primeras luces del día, reposaba en alguna de las zonas menos transitadas del parque.

A falta de más indicios celestiales, hizo el esfuerzo de incorporarse con la esperanza de haber tenido la prudencia de reservar la cantidad suficiente de combustible para ponerse en marcha. Con la columna apoyada en la irregular superficie del tronco, introdujo la mano en el bolsillo derecho de la gabardina, lugar en el que iba a reencontrarse —a pesar de los temblores de las manos— con el frío tacto del acero de la petaca como preludeo a las cálidas caricias del *bourbon*; el desayuno de la manada. Sin embargo, sus yemas se toparon con otra sustancia, más densa y viscosa, que le hizo desviar la atención del vacío en el que estaba concentrado. De inmediato reconoció los vestigios del almuerzo del día anterior. El olor a vómito le provocó un fuerte espasmo en el estómago y a pesar de que el sabor a bilis ya le asomaba por la garganta logró sacar la petaca y agitarla impacientemente.

Sonaba.

Se tuvo que ayudar de la otra mano para desenroscar el tapón y encajar la abertura entre los dientes hasta que cayó la última gota. Le habría encantado poder dar algunos tragos más, pero de igual forma supo agradecer su lenitivo efecto.

—¿Otra vez tú por aquí?! —escuchó.

No le hizo falta enfocar la vista para reconocer la indumentaria del empleado de limpieza con quien ya había tenido algún intercambio de impresiones, no recordaba cuándo. Lastrado por la distonía pero sin prisa, guardó la petaca y cargó su peso sobre el brazo para ponerse en pie. Instintivamente, se ajustó las gafas, carraspeó con fuerza y se pasó la lengua por los labios. El gusto de la malta se mezcló con la acidez de los jugos estomacales, ya reseco, depositados en la comisura de la boca.

—¿Por qué no te vas a dormir la borrachera a una pensión? Es domingo, por aquí vienen familias con niños que no tienen que tropezarse con el mismo viejo alcohólico de todos los días.

Ólafur Olafsson superó el comentario como lo hace un actor porno con balanitis; con profundo malestar. Se sintió más ofendido por el primer descalificativo que por el segundo y, a pesar de que reaccionó con mucho más retardo de lo que le habría gustado, halló las dos palabras que la situación requería.

—*Sornur tík* —pronunció en su lengua, «hijo de puta».

—¡Maldito mendigo! ¡Si te vuelvo a ver por aquí te muelo a golpes! —le amenazó blandiendo la escoba.

El excomisario se ajustó las solapas y se sacudió la gabardina de hojas secas. Luego dio media vuelta y recorrió los pocos metros que le separaban del operario arrastrando consigo cierto aletargamiento sináptico.

—Pronto caerán las primeras heladas y las aves migratorias emprenderemos el viaje a zonas más cálidas. No creo que tengas otra oportunidad para demostrarme lo que sabes hacer con ese palo, hijo de puta —insistió.

Un pinchazo en el páncreas le hizo arrugar el entrecejo, pero rebuscó en su entereza para exprimir los últimos restos de dignidad y mantenerse erguido. El operario de limpieza declinó el enfrentamiento con aquel tipo de tez amarillenta y bigote de morsa y, dejando un rastro de insultos nunca pronunciados, se retiró en busca de algo que recoger.

Otro aguijonazo más hiriente aún que el anterior le obligó a agarrarse el abdomen con furia, como si quisiera extirpar con sus propias manos eso que le estaba causando tal suplicio. Segundos más tarde se vio con la cara en el césped, los dientes apretados y las gafas partidas por el puente. Cuando el

dolor remitió y logró alcanzar la parada del autobús de la línea seis ya tenía claro que la siguiente la tendría que hacer en el Landspítali University Hospital. Mientras esperaba a que llegara el transporte público cobijado en la enclenque estructura metálica gris y roja, al excomisario Ólafur Olafsson le sobrevino una idea fruto de la interpretación de la señal que había visto dibujada en el cielo al despertar. Un destello de matiz abusionario.

No podía ser otra cosa que una llamada, concisa, del todo irrefutable.

En algún lugar de la provincia de Valladolid

Concentró todo el universo en el filamento de la bombilla. Brillaba.

Brillaba como lo hacía su corto pero intenso bagaje vital.

Como brillantes eran sus calificaciones en tercero de la ESO, rozando la perfección, siguiendo la tónica habitual de su sobresaliente expediente académico. En el colegio Pinoalbar era considerada una de las estudiantes con más proyección de futuro y así se lo habían comunicado a sus padres el equipo de orientadores. A ella le atraía el mundo del periodismo y la comunicación y, mientras que cursara sus estudios en la Universidad de Navarra, ellos le darían el visto bueno con total seguridad. En el club de ajedrez siempre había destacado del resto de niños de su edad. Ya era considerada una dura rival para cualquiera y muchos pensaban que antes de cumplir la mayoría de edad superaría los 2000 puntos en el *ranking* ELO de la Federación Internacional de Ajedrez. Tras una partida en la que firmó tablas con su profesor, este le expresó su admiración por la manera en la que había contraatacado desde una posición de notable desventaja y porque su habilidad para trazar alternativas sobre el tablero era más que brillante. Entonces Margarita tenía ocho años. Como brillante era también su desempeño jugando al tenis o montando a caballo, cada sábado en la Real Sociedad Hípica de Valladolid, club del que era socia desde que nació. Su principal afición, coincidente con la del resto de las chicas de su edad, era la música. La consumía obsesivamente, porque obsesivo era el modo en el que estrujaba un cantante o un grupo cuando le tocaba la fibra sensible. Desde hacía unos meses la había tomado con Calle 13, una banda portorriqueña de

trazas urbanas difíciles de definir: entre el rap alternativo y el reguetón. Se había hecho con toda su discografía y no pasaba un solo día en el que no escuchara su música a espaldas de sus padres, por supuesto, ya que sus letras subversivas distaban mucho de ser del tipo de mensaje que se prodigaba en el seno de su familia.

Margarita pestañeó varias veces de forma involuntaria para regresar forzosamente a la realidad de aquel espacio de apenas nueve metros cuadrados.

Sudaba y tenía sed. La temperatura no dejaba de aumentar a pesar del ventilador que removía el aire viciado y húmedo que reinaba en el ambiente. Sin embargo, lo peor era ese olor a orín seco que ascendía desde sus pantalones y que le recordaba al que despedía la arena de Priscila —la gata de angora de su madre— a pesar de que Gabriela, la asistenta, tenía la orden de limpiar el recipiente todas las mañanas. La única buena noticia era que casi se había acostumbrado a la suerte de bozal con el que se había despertado. Ella no podía verlo, pero aquel ingenio era una auténtica pieza de artesanía: un cuerpo principal fabricado en cuero le cubría los labios y el maxilar inferior. Sobre el mismo, dos correas. Una por encima de la barbilla hasta la nuca cuyo cometido era sujetar la pieza a la cara, y otra segunda que le impedía abrir la boca e iba desde el mentón hasta la coronilla. Ambas ajustables gracias a unas hebillas rudimentarias y lañadas entre sí para ganar en firmeza. Los grilletes de tipo bisagra le habían provocado visibles marcas en las muñecas por el daño que ella misma se había causado en las impetuosas tentativas de liberarse y en los estériles intentos de arrancarse el artilugio de la cabeza. Del cierre nacía la gruesa cadena enganchada a una rígida argolla que emergía del suelo como un champiñón de acero y que le limitaba la libertad de movimientos a la superficie del colchón.

Margarita permaneció inmóvil, sentada con las piernas cruzadas y con las manos, lastradas por el peso de la cadena, forzosamente recogidas en su regazo. Desde esa posición, solo alcanzaba a ver los objetos que quedaban dentro del perímetro iluminado por el desnutrido halo que manaba de la bombilla, descolgada del techo sobre su cabeza como figura alegórica de la ocurrencia. A su derecha, una palangana y un rollo de papel higiénico; frente a ella, una silla de madera mal pintada de rojo carmesí y a la

izquierda el ventilador, que emitía un zumbido grave y constante, continuo y prolongado; perpetuo. Y detrás de ella pared, solo pared.

Se entretuvo tratando de averiguar la hora. Desde que cometió la torpeza de subirse al coche y el falso policía le obligó a tumbarse boca abajo en el suelo a punta de cuchillo hasta que llegaron, transcurrieron treinta o cuarenta minutos, no más. Luego estuvieron parados hasta que le vendaron los ojos, la amordazaron y sintió el pinchazo en el brazo. Lo último que recordaba era que estaba temblando mientras la maniataban, barajando hipótesis variadas sobre lo peor que podría sucederle a continuación. Se sintió francamente aliviada con las últimas palabras que escuchó: «Sabemos que eres una chica lista, no nos obligues a castigarte». Al volver en sí lo primero que trató de averiguar fue cuánto había dormido. ¿Dos horas? ¿Tres? ¿Cinco? ¿Veinticinco? Desde el exterior no entraba nada de luz, así que no sabía cuándo había amanecido y, aún peor, tampoco distinguiría la llegada de la noche. En algún sitio había escuchado que la pérdida de la noción del tiempo provocaba un desorden en la rutina realmente angustioso, así que ese fue el primer objetivo a cumplir: establecer una serie de hábitos y costumbres para no perder la cabeza.

Si de algo estaba segura era de que sus padres y el abuelo ya estarían removiendo Roma con Santiago buscándola. Se preguntó si su hermano estaría preocupado por ella o aprovechando para revolver en sus cajones a ver si encontraba algo con que chantajearla.

Un ruido que superó el nivel de decibelios que producía el ventilador hizo que se estremeciera. Alguien estaba al otro lado de la puerta. Aquellos segundos se le hicieron eternos, como cuando su tutora le cantaba las notas al final del trimestre y hacía una breve pero pernicioso pausa entre el nombre de la asignatura y la calificación.

La luz del exterior invadió el suelo hasta rozar el borde del colchón. En el rectángulo luminoso acotado por el vano de la puerta se recortó una silueta. Su instinto le hizo ganar distancia hasta que se golpeó con la espalda en la pared y allí se agazapó sin perder de vista a la amenaza, abriendo los párpados todo lo que podía como si así tuviera más posibilidades de defenderse. Notó cómo se tensaban los músculos y le costaba respirar por la nariz. El desconocido se giró para empujar la puerta.

Portaba una bolsa de plástico y llevaba un pasamontañas que le cubría el rostro, excepto los ojos. Se aproximó sin mediar palabra, sacó una botella de agua de litro, un bocadillo envuelto en papel de plástico transparente y los arrojó sobre el colchón. Acto seguido la examinó durante unos instantes mientras metía la mano en el bolsillo trasero del pantalón. Margarita le adjudicó más de metro ochenta de estatura; era de espalda ancha y robusta, llevaba un jersey oscuro ajustado que le marcaba la prominencia abdominal y unas botas de montaña cubiertas de barro. Un auténtico jayán. De modo inesperado, se arrodilló junto a ella, alargó los brazos y le agarró la cabeza con determinación. Fue entonces cuando se fijó en las manos: las palmas abultadas y los dedos retorcidos en las falanges, sobre todo el meñique de la derecha, dramáticamente revirado hacia el interior.

—Te voy a quitar el bozal. No se te ocurra gritar o me obligarás a cerrarte la boca de otra forma.

La voz sonaba ordinaria y el tono era anodino. Tenía los ojos claros, grandes y abultados, lo cual hizo que le asaltara la imagen de Igor, el personaje interpretado por Marty Feldman en *El jovencito Frankenstein*. Bajo el pasamontañas asomaba el vello sobrante de unas abultadas cejas indiscutiblemente rubias. Margarita ejerció la mandíbula con movimientos lentos, exagerando todo lo que pudo las muecas de dolor.

—Dime el número de teléfono de tu casa —le ordenó.

Tardó unos segundos en reaccionar. No porque estuviera valorando alguna otra opción distinta, simplemente porque no lo recordaba. Margarita se concentró y los números fueron apareciendo en la cara interna de los párpados. Tras ejercitar la lengua, logró dictarlos varias veces a requerimiento del extraño. Este los anotó en un trozo de papel arrugado y se lo guardó en el mismo sitio de donde lo había sacado.

—Ahora, come.

Ella dudó. Era evidente que aquella botella no era de agua mineral ni estaba recién comprada, pero la sed no tardó en imponerse a la desconfianza y dio rienda suelta a su ansiedad. Mientras lo hacía, le pareció que aquellos ojos saltones se estaban recreando en sus pechos, pero prefirió pensar que era fruto de su imaginación.

—Come.

A través del plástico se intuía algún tipo de embutido, lo cual le repugnaba desde que se empachara a los ocho años con chorizo de Pamplona en el cumpleaños de su prima Delia.

—No tengo mucha hambre —pronunció encogiéndose de hombros y dejando caer la mirada.

—Tú misma. Ya comerás.

El hombre no dijo más. Agarró el bozal y se lo ajustó sin galanterías. Antes de marcharse murmuró algo que no llegó a los oídos de Margarita, todavía descolocada.

—Verás qué bien vas a dormir, niñata de los cojones.

Residencia de Ramiro Sancho

Había dormido bien y, sin embargo, se había levantado bastante irritado. Se metió en la ducha tratando de discernir los motivos de aquel colérico estado. No tardó en escuchar su propia voz recitando versos que nacían en su cabeza: «Parte de nada, apartado. Un todo de parte a parte. Nacido sin cordón umbilical, malparido, sin sangre en las venas, sin sentido. Abandonado en la tez de la tormenta, que es, a su vez, ceniza y placentera placenta».

Cerró el paso del agua de un golpe seco y salió de la bañera precipitadamente. Giró trescientos sesenta grados escudriñando aquellas blancas e impolutas paredes. A pesar de haber mandado cambiar los azulejos del cuarto de baño, mirara donde mirara, todavía podía ver la obra poética que le dejó Augusto Ledesma como herencia y recuerdo antes de partir en su último viaje.

Una impronta funesta.

Poemas nacidos de las vidas arrebatadas a seres inocentes, como la de su madre; como la de Martina Corvo y tantos otros. Versos ensangrentados. Una métrica que había marchitado su florido pasado y pudría su caduco presente.

Marcado a fuego.

Sancho agarró bruscamente la toalla e hizo uso de ella con notable escrúpulo, como si quisiera eliminar una fina película vergonzante que recubría la epidermis, creyendo que, de esa forma, podría dejar de oír el eco que susurraban las paredes. Seco pero empapado de ira, recorrió el pasillo hasta llegar al salón, arrastrando consigo una estela de enojo, de palpable exasperación. Desnudo, abrió el ventanal del octavo piso del edificio Lisboa en un acto de infructuosa purificación que solo sirvió para acrecentar aquella sensación de asfixia. El primer grito no fue suficiente para disminuir la presión que se había adueñado de él, con el tercero, engendrado en el estómago y prolongado hasta la extenuación, sintió que algo reventaba en sus cuerdas vocales liberando una somera percepción de sosiego. Exhausto, trató de evadirse en el extenso paisaje urbano con el que le obsequiaron sus ojos desde una de las zonas más elevadas de la ciudad. Tras la fuga mental infirió que, por grande que parezca el ruedo, el toro siempre termina desangrado.

Tenía que cambiar de plaza.

Como si se tratara del cambio de tercio en su particular festejo taurino, escuchó la sintonía de su móvil. Sancho desfiló con paso firme igual que un torero sin traje de luces. Lo que no se podía esperar era el astado que anunciaba la pantalla.

—¡Menuda sorpresa! —le saludó en inglés.

—Hola, Sancho, ¿cómo te trata la vida? —preguntó en tono apagado.

—Yo pensaba que estaba jodido, pero al escuchar tu voz parece que estás a punto de entrar en el infierno.

—Saliendo más bien. Acabo de dejar el hospital. Tengo... problemas de salud, por definirlo de alguna manera.

Sancho declinó hacer ningún comentario y Ólafur captó el mensaje.

—Verás, desde la última vez que hablamos las cosas no me han ido muy bien que digamos. Sinéad hizo las maletas y no he vuelto a saber de ella. He vuelto a caer, Sancho. Hasta el fondo —añadió.

—Mierda, no sé qué decirte.

—Ya. «Mierda» se ajusta bastante bien a la situación, pero no te he llamado para que escuches mis miserias.

—Tú dirás.

—Hace cinco semanas que he dejado de pertenecer a la Policía Nacional de Islandia. Me ofrecieron una salida digna sin posibilidad de rechazo y dispongo de mucho más tiempo del que soy capaz de malgastar aquí, en Reikiavik. Realmente necesito un cambio de aires.

Un breve silencio roto por un brusco carraspeo se intermitió en la conversación.

—Me preguntaba si te importaría mucho que pasara una temporada por allí.

Sancho horneó la respuesta antes de servirla en forma de pregunta:

—¿Qué tal se te dan las mudanzas?

En cuanto colgó se dio cuenta de que, sin saber muy bien cómo, había llegado a un rincón de la casa por el que hacía tiempo que no pasaba o, peor aún, en el que hacía tiempo que no se paraba. Demasiado. Aleatoriamente, fue leyendo los lomos: *Permanent vacation, Pum, Get a trip, Nine lives*. Salto de balda. *Pedrá, Agila, Yo, minoría absoluta*. Salto de balda. *Bleach, Nevermind, In útero*. Salto de balda. *Quiero hacerte gritar, Poligamia, Manual para los fieles, Ultrasónica, Relax*.

Dio un paso atrás para hacer un cálculo aproximativo. Debían de sumar más de cuatrocientos cedés.

Más de cinco mil canciones.

Miles de buenos y malos recuerdos.

Millones de emociones enlatadas y perfectamente colocadas en aquella estantería de pared.

Toda la música que había ido comprando desde que, con diecisiete años, le regalaron aquel *discman* de Sony. Necesitaba alimentarlo. Al principio solo compraba en fechas muy señaladas porque dos mil pelas eran dos mil pelas. Empezó con los grupos españoles que más sonaban en Los Cuarenta Principales: La Unión, Radio Futura, La Frontera, Dinamita pa' los Pollos, Héroe del Silencio, La Dama se Esconde y, cómo no, sus paisanos, Celtas Cortos. Se enganchó a las letras surrealistas de El Último de la Fila y durante meses no consumía nada que no tuviera la factura aflamencada de Manolo García y Quimi Portet. Cuando superó esa etapa se lanzó a explorar otros horizontes y fuera de nuestras fronteras encontró tendencias afines en Guns N' Roses, Nirvana, Aerosmith, Soundgarden, Stone Temple Pilots o

Pearl Jam. Corrían los primeros años de los noventa y Ramiro Sancho se encontraba afrontando su etapa universitaria. Eran tiempos de melena deslucida hasta los hombros y cazadora vaquera. Una fase de búsqueda, de afirmación. Una fase de desfase. Podía salir de casa sin los apuntes de Derecho Romano, pero nunca sin su reproductor y sus cascos. Podía pasarse meses sin comprarse ropa, pero jamás sin hacerse con lo último de su, cada vez más extenso, listado de grupos. Sin embargo, no fue hasta la aparición de *Poligamia* de Los Piratas cuando descubrió el poder oculto que contenía la música. Porque cada canción de ese elepé era un billete de ida a ese lugar en el que conseguía desconectar de la realidad y encontrarse consigo mismo. Con el tipo que era, con el tipo que quería llegar a ser.

Ese que fue y que había olvidado que era.

Entonces, identificó el tema que le apetecía escuchar.

Quería escucharlo.

Había cierto orden, pero sumido en ese estado de ansiedad, todas esas cajitas de plástico rotuladas en el lomo conformaban un galimatías colosal, del todo indescifrable. Estaba delante de sus ojos pero no daba con él.

Deseaba escucharlo.

El rastreo visual resultaba tan infructuoso como agónico. Así, resolvió sacarlas de aquel encierro y apilarlas en el suelo. Blur, The Offspring, Seguridad Social, The Cure, Eskorbuto, U2, Barricada, Los Rodríguez, The Smiths, Golpes Bajos, The Rolling Stones, Fito & Fitipaldis, Suede. Tenía que estar allí, en ningún otro sitio. Al alcance de su mano.

Necesitaba escucharlo.

Modestia Aparte, Tahúres Zurdos, Los Enemigos, Green Day, Kortatu, Rosendo, Oasis, Aerosmith, AC/DC, Los Piratas...

—Aquí estáis, cabrones —verbalizó.

Pero quería localizar una imagen en concreto, la de esa suerte de maniquí de madera descabezado sobre fondo negro. El último disco de Los Piratas. Una despedida en directo que incluía el concierto en DVD y CD, a la altura de lo que significaban esas canciones para Sancho.

—Ultrasónica, Poligamia, Manual para los fieles, Fin de la segunda parte. Este es, cojones.

Lo examinó antes de abrirlo, codicioso. Sacó el compacto y se dirigió presuroso a su habitación. Tenía un equipo en el salón, pero prefería escucharla en su *discman*. El reproductor estaba donde tenía que estar: en la caja sin desembalar que guardaba en la parte de arriba del armario. No le importó subirse a la mesilla ni vaciar el contenido sobre la cama, donde quedaron esparcidas varias decenas de objetos, todos inservibles menos uno, ese de color negro al que le faltaban las pilas.

—¿Dónde tengo yo...?!

El mando a distancia de la televisión se dibujó en su mente. Desnudo, vestido únicamente por el antojo desmedido, corrió por el pasillo. Le arrebató las pilas como si nunca hubieran debido estar allí y se las colocó al *discman*. Introdujo el disco y cuando apareció el número 16 en el *display* notó que le convenía sentarse para tratar de sosegarse.

No lo logró.

Sabía cuál era el corte. Pulsó doce veces y solo entonces se colocó los cascos.

Inspiró profundamente antes de apretar el botón del triángulo.

Prometo no mandar más cartas y no pasar por aquí.

Prometo no llamarte más y ni inventar ni mentir.

Prometo no seguir viviendo así, prometo no pensar en ti.

Prometo dedicarme solamente a mí.

Prometo que a partir de ahora lucharé por cambiar.

Prometo que no me verás, que no voy a molestar.

Sabes que lo digo de verdad, que no voy a fallarte en nada,

que tengo mucha fuerza de voluntad, que no te fallaré

en nada.

A partir de esa estrofa continuó él de viva voz.

No se percató de que se le habían mojado las mejillas hasta que se hizo de nuevo el silencio.

—Una canción para cada momento y un momento para cada canción.



AGUA PASADA NO MUEVE MOLINO, PERO ARRUINA EL SEMBRADO

*En algún lugar de la provincia de Valladolid
3 de septiembre de 2012, 6:24*

Abrió los ojos. Todo estaba borroso, difuso, como en proceso de definición. Estaba en posición fetal, apoyada sobre el lado derecho de su cuerpo, como acostumbraba a conciliar el sueño en su cama. Se preguntó cuántas horas habría dormido. La incógnita del paso del tiempo seguía azorándola. Se giró para colocarse boca arriba. Tenía ese costado aletargado, entumecido, pero era más urgente calmar el picor de los ojos. Tiró de la cadena para poder frotarse los párpados vivamente. Se trataba de una desazón extraña, nada habitual, como si hubiera permanecido con ellos abiertos una eternidad. Cuando terminó, buscó la bombilla con el fin de ajustar el enfoque, pero la recubría una neblina que difuminaba su perfil. Buscó otro objeto. Ese que era el culpable de la banda sonora monotemática de su encierro: el ventilador. Añoraba el pandemónium que se preparaba en el aula a última hora de la mañana. Por norma, Margarita odiaba el griterío, pero en aquella tesitura habría dado lo que fuera por participar en un buen follón. Se incorporó a duras penas y se dejó guiar por el sistema auditivo.

Algo le entrecortó la respiración.

Un objeto que no debería estar allí o, cuando menos, una forma que su cerebro no tenía registrada. Forzó la vista pero fue inútil. Atrajo súbitamente las manos hacia la cara con la intención de borrar esa invisible capa blanquecina. Los grilletes se clavaron en las muñecas y articuló una protesta que apenas salió de su boca, seca, empastada. Aun así logró su propósito y tras repetir la operación se centró en el elemento desconocido. Parcialmente oculto en la zona de penumbra, le fue imposible identificarlo, pero si algo tenía claro era que, fuera lo que fuera, se movía.

El ronroneo del ventilador no era más que un silencio molesto.

Silencio prolongado.

Insufrible silencio.

—¿Ya se ha despertado la bella durmiente?

Chilló. Emitió un sonido tan agudo y estridente que resultó molesto incluso para sus propios oídos.

—Tranquila, niña, que no te voy a comer —dijo la voz dejando patente que estaba disfrutando de aquello. No acertaba a distinguir sus rasgos faciales, pero era evidente que estaba sentado en la silla roja a escasos metros de ella. Reconoció el tono anodino del hombre de ojos claros y abultados, aunque sonaba algo más limpia—. No vuelvas a gritar o te lo colocaré de nuevo.

No se había percatado de ello. El último recuerdo que tenía antes de despertar estaba relacionado con la incomodidad que le causaba la hebilla de aquel aparatoso artilugio que le impedía abrir la mandíbula. Y eso, precisamente, era lo preocupante, porque ella se desvelaba con cualquier mínimo ruido y alguien le había quitado el bozal sin que lo hubiera notado.

—Tienes una boca muy bonita, ¿lo sabías?

Ella ni siquiera valoró la posibilidad de abrirla.

Otro silencio.

—Tienes que comer algo, no queremos que te mueras de hambre.

Pero la adolescente no dejaba de pensar en la posibilidad de que le hubiera hecho algo mientras estaba en ese estado de inconsciencia. Justo entonces, notó la vejiga hinchada.

—Tengo que hacer pis —avisó ella pronunciando deficientemente.

—Pasa al cuarto de baño, pues.

El hombre extendió el brazo y señaló a su derecha. Margarita giró la cabeza en aquella dirección para toparse con la palangana y el rollo de papel higiénico.

—Por favor... —rogó.

—Por favor, ¿qué? —preguntó con entonación burlesca.

—Me da vergüenza. Si me está mirando, no me sale.

—¡No me toques los cojones, niñata! ¿Me vas a decir ahora que nunca te has bajado los pantalones delante de un tío? ¿Vas a ir de mojigata conmigo? Tú verás: o palangana o te lo vuelves a hacer encima. Vas a poner fino el colchón y no sabemos..., vamos, que lo mismo estás ahí una semana o un año. Así que... tú misma, guapita.

—Por favor —insistió ella entre sollozos.

—¡Que no me toques los cojones con lloriqueos y pijerías! Palangana o colchón.

Margarita no aguantaba más. Estiró los brazos y se colocó el balde entre las piernas. Luego se giró para ocultarse de aquella rijosa mirada. Concentró todo su empeño en retener la orina mientras se ponía en cuclillas, se desabrochaba los pantalones y lograba bajárselos hasta las rodillas. Luego se retiró el tanga y en cuanto estuvo segura de que la palangana estaba en el sitio correcto, dejó que el cuerpo se encargara del resto. Tardó mucho más de lo que hubiera querido, totalmente abochornada por la coyuntura, expuesta, indefensa.

Se limpió y se colocó la ropa. Con sumo cuidado de no derramar ni una gota, volvió a colocar la palangana en el mismo lugar, llena casi hasta el borde. Cuando se giró vio que el hombre se había puesto en pie y había ganado unos metros, tantos que casi tocaba con sus sucias botas el extremo del colchón.

—¿Ves como no era para tanto? —comentó jocoso. Se había vuelto a poner el pasamontañas y su voz sonaba de nuevo apagada.

Un «Vete a la puta mierda, cerdo asqueroso» fue lo primero que pasó por su mente, pero se arredró antes incluso de humedecerse la garganta.

—Ahora quiero que te comas el bocadillo que te traje ayer...

El hombre emitió un chasquido con la lengua que dejaba patente que aquella última palabra no tenía que haber salido de su boca. Margarita se mantuvo a la expectativa.

—¡Que comas, «cagüendiós»!

El exabrupto le recordó sin género de dudas a la coletilla con la que su tío Joseba remataba muchas de sus intervenciones y que tanto cabreaba a su madre.

Ella obedeció. El pan estaba duro y el embutido de origen desconocido se había oscurecido. Le hincó los dientes con prudencia provocando que se desconchara la corteza del bocadillo. Masticó con desgana sin dejar de observar a su guardián. Su sistema digestivo agradeció el bocado y los que llegaron a continuación. Nada más terminar pidió agua.

—Claro, reina. No había de Vichy, así que tendrás que conformarte con esto.

Reconoció la botella de plástico. Estaba destapada y por el tacto supo que el agua era del tiempo. La olisqueó con el objeto de encontrar algún aroma que le hiciera saltar las alarmas. Se la colocó sobre los labios y la cató con un sorbo timorato. Agua tibia, nada tentadora pero absolutamente necesaria para empujar la bola alimenticia que podía notar atascando su esófago.

—Muy bien, bonita. Ahora te voy a dejar un rato sola. Como aún no nos conocemos, no puedo fiarme de ti —le anunció justo antes de colocarle de nuevo el bozal.

Ni siquiera le dio la oportunidad de protestar y con unas palmaditas en la cabeza se despidió dejando la palangana a modo de ambientador.

Cuando escuchó el sonido de la cerradura experimentó una sensación contradictoria: alivio e incertidumbre. Un cóctel que inmediatamente después solo le sabría a miedo.

Ramiro Sancho todavía barruntaba la idea del cambio de residencia con la que había salido del garaje mientras aparcaba en la campa exterior de la comisaría. Durante el trayecto le había acompañado Nirvana y antes de quitar la llave del contacto dejó que Kurt Cobain terminara *Come as you are*.

No, I don't have a gun.

No, I don't have a gun.

Salir de su casa de Parquesol era un objetivo prioritario, pero la idea de empezar a bucear en Internet o ponerse en manos de una inmobiliaria le provocaba ardor de estómago. Reconoció los coches de Matesanz, Botello y de Garrido pero le escamó no encontrar el Megane Coupé rojo de Peteira, que siempre acostumbraba a llegar unos minutos antes que él. Por lo demás, todo seguía igual y eso le insufló el ánimo que necesitaba para comenzar con buen pie aquel regreso.

Nada más lejos de la realidad.

Junto a la puerta se encontraban varios agentes conversando al tiempo que apuraban sus cigarros. Dejando atrás un sonoro «Buenos días», entró en el *hall* principal que daba acceso a las escaleras. No había subido cinco peldaños cuando se topó con la espléndida sonrisa que traía puesta el agente de la Unidad Motorizada, Dani Navarro.

—¡Inspector! Precisamente acabo de pasarme por arriba para saludarte.

El apretón de manos precedió al recíproco y siempre efusivo intercambio de golpes en la espalda.

—¿Todo en orden? —preguntó Navarro.

—Más *menos* que más, aguantando el peso del sambenito que han colgado para este otoño-invierno —bromeó.

—Tú con el sambenito y yo con el mono azul como segunda piel. A Cris le ha dado por volver a comprar revistas de decoración e interiorismo y adivina. Cada vez que la veo hojeando una me entran sudores fríos. Descansaría más cambiándome de casa.

—Coño, justo en eso venía yo pensando, en cambiarme de casa.

—Lo tendré en cuenta por si nos conviene compartir gastos —apuntó el águila continuando con el tono de chanza—. Te dejo ya, que con el corte que tenéis arriba supongo que no querrás entretenerme.

Sancho se rascó la barba.

—¿Corte?

Navarro resopló.

—Yo no digo nada, mejor que te lo cuenten los tuyos, pero te adelanto que te va a encantar el regalo de bienvenida que te han hecho. La jueza Miralles, que le ha vuelto a tocar, lo quiere celebrar contigo, según me cuentan.

—¡Hay que joderse!

—Algunos más que otros. A ver si sacamos un rato y nos vamos a picotear por las casetas del centro, que en ferias tenemos licencia. ¡Suerte!
—le deseó desde el primer escalón.

Entró en las dependencias del Grupo de Homicidios masticando la alteración que le había provocado el comentario de Dani Navarro aderezada por la llamada que no atendió de esa persona que contactaba periódicamente con él para proponerle una entrevista en directo para un programa de televisión.

Jacinto Garrido fue el primero en salir a su encuentro.

—Bienvenido, jefe. Te están esperando en el despacho del comisario.

—Buenos días a todos —dijo elevando la voz.

Carmen Montes y Carlos Gómez, tras sus escritorios, contestaron al unísono.

—Luego te presentamos a la nueva incorporación, la inspectora Sara Robles —le dijo Garrido.

Sancho la buscó con la mirada. Tenía el pelo castaño recogido en una coleta. De facciones nada vulgares, destacaban los pómulos, algo marcados, y las cejas, muy rectas y perfectamente definidas en su rostro sin maquillar de treintañera avanzada. Ella frunció los labios y movió la cabeza en un gesto cordial.

Sancho correspondió al saludo elevando sus pobladas cejas pelirrojas.

—¿Quiénes me están esperando? —le preguntó a Garrido.

—El comisario Herranz-Alfageme, Matesanz y se supone que Travieso.

—Empezamos de puta madre —calificó Sancho en cuanto le mencionó al comisario provincial.

—No lo sabes tú bien. Llevamos un fin de semana del copón bendito desde que... Bueno, mejor que te lo cuenten ellos.

El inspector inspiró profundamente antes de golpear la puerta del despacho.

—Pase —escuchó decir al comisario Herranz-Alfageme.

Le dio la impresión de que la tez de Copito había ganado en albor, proporcionalmente a lo que había retrocedido la presencia capilar en la frente desde la última vez que se vieron, cuando tuvo que comunicarle algo abochornado la sanción disciplinaria. Se levantó para estrecharle la mano y tras estudiarle unos segundos le dijo:

—Siéntate, por favor.

Un contundente y mudo apretón de manos fue suficiente con Patricio Matesanz.

—Los aquí presentes nos alegramos de que estés de vuelta, ya veremos si el que falta coincide en la misma apreciación —observó con sorna el comisario—. ¿Ya te han puesto al corriente?

—Lo único que han hecho mis queridos compañeros ha sido advertirme de que tenemos un marrón cojonudo entre manos, pero nadie suelta prenda sobre el asunto. Estoy decidiendo si pedir el comodín del público o la llamada.

—Una desaparición incómoda —desveló el comisario—. Se trata de una menor.

—Muy incómoda, cierto —corroboró el inspector tirándose de los pelos del bigote.

Copito desvió la mirada hacia Matesanz para que entrara en detalles.

—Se trata de Margarita Zúñiga Pérez. Quince años. Hija de Alfredo Zúñiga, concejal delegado general del área de Urbanismo, Infraestructuras y Vivienda del Ayuntamiento —leyó de su libreta—, y Azucena Pérez, de los Pérez del Grupo Helios.

—Los de las mermeladas —apostilló innecesariamente el comisario.

—Los mismos —corroboró Matesanz—. Denunciaron la desaparición a las dos y diez de la madrugada del sábado. Según parece, salió de la discoteca Bagur y no regresó a casa. Los padres aseguran que nunca se salta el toque de queda, así que, cuando pasaron unos minutos de las doce de la noche, empezaron la ronda de llamadas. Nadie sabía nada. No se le conoce novio ni noviete, sin embargo, una amiga suya, Carla, nos ha contado que estuvo charlando sobre las doce menos cuarto con un chaval de diecisiete que la trae loquita a la niña. No sabe más. Yo mismo he hablado con el

muchacho, Toño se llama. Sostiene que charló con ella unos minutos en la barra y se intercambiaron los teléfonos, pero que él siguió de fiesta hasta las tantas. Tiene dos colegas que lo rubrican y la resaca que arrastraba ayer a mediodía lo certifica. O es un auténtico cabronazo mintiendo o yo creo que dice la verdad. La desaparecida tiene el móvil apagado, al menos desde las doce y veinte que la llamó su madre. Ayer solicitamos la intervención a la compañía, pero, claro, domingo, día del Señor. En su habitación no hemos encontrado nada que nos haya llamado la atención. Nos hemos incautado de su portátil, pero a simple vista no hay nada raro. En Facebook lo último que está publicado es una foto con sus amigas subida desde Instagram a las diez de la noche. Nada reciente en Twitter y no aparece registrada en Tuenti. Tampoco se ha encontrado ningún diario ni la familia tiene conocimiento de la existencia de uno. En las estaciones de tren y autobuses no la han visto. Y poco más te puedo contar.

—Al margen de la que está liando el padre, claro —intervino el comisario—. A las siete de la mañana, el subdelegado del Gobierno ya estaba agitando la coctelera y tenemos a Travieso dando por el culo cada cuarto de hora en busca de novedades —dijo bajando considerablemente el tono—. En marzo se retira y...

—Está viendo peligrar el resultado en la prórroga —completó Sancho.

—Como seguidor atlético que es.

—¿Nadie la vio salir de la discoteca?

—Se despidió a lo Cenicienta y los porteros tampoco la han reconocido. Lógico, la noche del sábado lo mismo pasaron por allí dos mil pubescentes con las hormonas a galope tendido...

—¿Quién está tratando con la familia? —quiso saber Sancho.

—El aviso lo recibió Peteira la noche del sábado. Ahora mismo se encuentra en el domicilio. La madre está ya con tranquilizantes y el padre en plan mariscal general de todos los ejércitos, movilizándolo todas las tropas.

Francisco Travieso entró en el despacho sin permiso, ni falta que le hacía. Antes de sentarse se limpió el sudor de la frente con la palma de la mano y se la secó en el pantalón de un traje tan pasado de moda como sus

gafas, todavía algo oscurecidas por el sol que no lucía. A Sancho le sobrevino un retortijón.

—¿Alguna novedad? —espetó tras gorjear groseramente.

—Estamos igual que la última vez que hablamos —dijo Copito evitando hacer sangre con los detalles temporales.

—¿Qué hipótesis barajamos a estas alturas?

—Ninguna que esté fundamentada en algo distinto a las habituales conjeturas que rodean la desaparición de una adolescente —contestó el comisario exprimiendo el pleonasma.

—¿Lo que viene siendo? —persistió Travieso.

—Que siga de fiesta, que esté castigando a sus padres o que haya encontrado a su príncipe azul. Hasta el momento nada nos indica que le haya sucedido algo grave.

—¿Y si se la ha llevado alguien y la retiene contra su voluntad?

—Insisto, por ahora nada nos hace pensar eso. La familia no ha recibido comunicación de ningún tipo. De todos modos, tenemos la fortuna de contar con un especialista en el Grupo, aquí presente —dijo refiriéndose a Sancho.

—¿Y cuál es el diagnóstico de nuestro experto en la materia?

—Buenos días —recalcó maliciosamente—. Es cierto que en mi otra vida he participado en la resolución de dos secuestros y algunos casos de extorsión, pero dudo mucho que eso me otorgue el título de experto. Dicho esto, bajo mi punto de vista, si se trata de un secuestro no tardaremos en saberlo. Lo habitual es que contacten con el entorno familiar durante las primeras veinticuatro o cuarenta y ocho horas desde la desaparición con el objeto de exponer sus pretensiones, económicas en la mayor parte de los casos —añadió—. Si, por contra, estuviéramos hablando de un rapto, lo normal es que no sepamos nada hasta que aparezca la víctima.

—¿Aparezca? —repitió Travieso.

—Aparezca porque la persona o personas que la retengan decidan soltarla, aparezca porque logre escaparse o aparezca porque encontremos el cuerpo. Pero lo peor, sin duda, sería que nunca apareciera, que también es posible.

A Travieso se le escuchó tragar saliva tras descomponerse en un rictus imaginario de paje real.

—«Oséase», que lo más probable es que hayan raptado a la chiquilla.

—No. Lo más probable es yo no me haya explicado con propiedad —recalcó—. Como sabe, en un rapto la privación de libertad está motivada por razones de índole sexual. Por tanto, la duración es indeterminada, pueden ser horas, días, semanas, meses o años. Pero eso no implica necesariamente que ante la ausencia de noticias después de treinta y dos horas y doce minutos —concretó mirando su reloj— debamos pensar que ha sido raptada. Tampoco podemos considerar el secuestro hasta que él o los secuestradores den señales de vida.

La tez de Francisco Travieso cobró una tonalidad cardenalicia conforme Sancho fue avanzando en su exposición.

—Como apuntaba el comisario —prosiguió—, en España se denuncian unas veinte mil desapariciones de menores al año, de las cuales más del cincuenta por ciento son fugas y la mayor parte de ellas se resuelven en las siguientes doce horas. Otro porcentaje importante lo componen los jóvenes que no regresan a los centros de acogida, muchos de origen extranjero. Luego están los secuestros paternos y demás modalidades en las que no procede ahora profundizar. En definitiva, son muy pocos los casos de desapariciones con implicación de terceros, y en este que nos ocupa no tenemos motivos para pensar que así sea. Bajo mi punto de vista, tenemos que seguir investigando en su entorno más cercano, familia y amigos, antes de barajar hipótesis de naturaleza más sórdida. Porque un secuestro va mucho más allá de la mera privación de libertad, aunque eso solo lo sepan quienes lo han sufrido.

Tanta facundia hizo que el comisario provincial proyectara los labios y los congelara en ese estado mientras procesaba la información. Inmediatamente después, buscó un patrocinador que invirtiera en sus conclusiones, pero viendo que ninguno de los presentes manifestaba interés por ello, decidió cambiar de estrategia.

—Bueno. Manténgame informado de cualquier novedad al respecto —resolvió—. Les dejo trabajando.

Nadie abrió la boca hasta que desapareció, aunque todos tenían un calificativo para regalar al comisario provincial.

—Algún día descubriré cómo ha podido llegar ese hombre a... Dejémoslo ahí. A lo nuestro —retomó el comisario Herranz-Alfageme—. Matesanz, nos vas a tener que disculpar, quiero tener una charla con Sancho. Y dile, por favor, a la inspectora Robles que no se marche, que le quiero presentar formalmente al jefe del Grupo.

Domicilio de los Zúñiga

Alfredo Zúñiga encendió otro cigarro mientras asistía desde uno de los sofás del salón a las idas y venidas de su mujer.

—Te digo que ese tío no está haciendo nada. Otra vez las mismas malditas preguntas. Una y otra vez, una y otra vez. ¿Qué demonios quieren que les digamos que no les hayamos dicho ya? ¡¿A qué esperan para ponerse a buscar a mi niña?! —la escuchó decir nuevamente.

—Cariño, tranquilízate, ¿quieres? Tranquilízate. Yo ya he movido todos los hilos que tenía que mover. Me consta que están haciendo lo que pueden.

—¡¿Y qué es eso que están haciendo?! ¡Dime! A ver, ¡¿qué han hecho desde que fuimos a comisaría?! Revolver en su cuarto y freírnos a preguntas absurdas. ¡Eso lo podríamos haber hecho nosotros también! ¡Aquí nadie se mueve ni nos dice nada! —gritó elevando las manos.

—Ya has escuchado al subinspector: tenemos que esperar y dejarles trabajar. Esperar y dejarles trabajar —repitió bajando el tono y soltando el humo del tabaco.

—¿Esperar a qué? ¡¿A que nos la devuelvan en una caja de pino?! —

—Por Dios, Azucena. ¡Por Dios Santo!

—¿Y tú qué haces? Fumar y fumar. Vuelve a llamar al alcalde. Dile a León de la Riva que la policía nos está tomando el pelo. Que se están riendo de ti miserablemente. Llama, por favor, te lo ruego. Llama de una vez, por favor, Alfredo, vuelve a llamarle, por favor —repitió entre sollozos ocultando el rostro entre las manos.

Alfredo Zúñiga aplastó el cigarro contra el cenicero y se ensañó con él hasta que dejó de soltar humo. Luego se incorporó, fue al encuentro de su

esposa y la rodeó con los brazos. Azucena se acomodó en su pecho sin dejar de llorar.

—Algo malo le ha pasado, Alfredo. Lo sé, lo presiento. Quiero que me devuelvan a mi niña. Por favor, haz que nos devuelvan a nuestra pequeña, por favor, Alfredo.

—Todo va a ir bien, te lo prometo. Todo va a ir bien. Tienes que descansar. Necesitas dormir. Haz caso a la doctora Martín y tómate un Orfidal. Puede que cuando despiertes ya haya aparecido. ¿Quién querría hacerle daño? ¿Eh? ¿Quién?

De improviso, ella se separó ganando un metro de distancia. Se enjugó las lágrimas y atravesó a su marido con una mirada glutinosa e incendiaria; napalm concentrado.

—Esa misma pregunta deberías hacértela a ti mismo, Alfredo.

La voz de Azucena ya no sonaba atemorizada ni el tono era quebradizo. Muy al contrario, se había tornado en una modulación inquisitoria, rayana en lo acusatorio.

—¿Tienes algún enemigo? ¿Has hecho algo que no deberías haber hecho? ¡Dímelo, Alfredo!

Pero ni él salía de su asombro ni las palabras de su boca.

—Piensa, Alfredo. Piénsalo muy bien, porque la vida de Margarita depende de ello. ¿Te has ganado enemigos que quieran castigarte a través de tu hija? ¿Tienes alguna cuenta pendiente con algún tipo peligroso?

—¡Deja de decir estupideces! —protestó enérgicamente al fin—. ¡¿Con quién crees que trato, con la mafia rusa?! Mira, será mejor que te calmes porque no estás ayudando en nada. Solo conseguirás volvernos locos y el subinspector nos dijo que era muy importante que tratáramos de mantenernos serenos en la medida de lo posible.

—¡Ese subinspector se está riendo de ti! —estalló—. ¡¡De todos nosotros!! ¡¡De nuestra hija!!! ¡Si estuviera aquí mi padre sabría muy bien qué hacer y desde luego no optaría por quedarse de brazos cruzados! —continuó.

—Mamá, por favor —intervino Josean desde la puerta—. Así no solucionaremos nada. Por favor, tranquilicémonos —rogó con los ojos visiblemente humedecidos.

Azucena tardó unos segundos en desplomarse de rodillas farfullando palabras ininteligibles ahogadas entre sollozos y gritos.

Ninguno escuchó el timbre del teléfono hasta que sonó la segunda vez. Atribulado, Alfredo se dirigió hacia la mesita junto al mueble de la televisión.

—¿Diga?

—¿Le hablo a la casa de Margarita Zúñiga Pérez?

—¡¿Cómo dice?!

—Chingada madre, ¡que si vive ahí Margarita Zúñiga Pérez!

—Así es.

—Escúcheme con atención. Tengo a su hijita, cabrón. No se atrevan a hablar a la policía o se arrepentirán toda la vida. No hagan ninguna pendejada o la tendrán de regreso por partes. Solo esperen mis instrucciones.

El pitido fue disminuyendo en intensidad en la medida en la que Alfredo se iba separando el auricular de la oreja, con la mirada descargada en el vacío.

—¿Qué pasa, papá? ¿Quién era? ¡¿Quién era?!

Azucena, todavía en el suelo, agarrotada y desfigurada por el pánico, aguardaba como quien espera a ser ejecutado.

—Dice..., dice que la tiene —balbuceó Alfredo.

Comisaría de distrito de las Delicias

Herranz-Alfageme entrelazó los dedos detrás de la cabeza y fijó su atención en algún punto muerto más allá de su pelirrojo interlocutor.

—Sancho, no quisiera que interpretaras esta conversación como una ceremonia de autoimposición de medallas, pero es un hecho que llevo peleando en tu rincón demasiados meses y me gustaría que fueras consciente de ello —dijo Copito a modo introductorio antes encontrarse con los ojos azules del inspector—. La sanción no fue justa, aunque no es menos cierto que actuaste de manera no demasiado prudente.

—La situación lo requería. Le recuerdo que el cabrón estaba esperándome en mi jodida casa; armado —añadió.

—Con un arma que resultó no estar cargada.

—¡No me joda, hombre! No tenía manera de saberlo. Cojones tiene, comisario, cojones tiene. Que me lo diga un tertuliano o lo escriba un columnista, todavía, pero que lo tenga que escuchar entre estos muros no me lo esperaba yo ni en la peor de mis pesad...

—¡Quieto parado! —le interrumpió mostrándole las palmas—. No te estoy recriminando absolutamente nada ni pretendo darte lecciones, pero coincidirás conmigo en que hacerle dos agujeros del calibre cuarenta y cuatro en el pecho a un sospechoso no es el lazo rosa de un regalo sorpresa para este comisario, ¿verdad? No es mi intención entrar a debatir si actuaste o no de forma correcta, esas son carreteras muy peligrosas y aquí vamos todos en el mismo autobús. Además, no se te expedientó por ello sino por insubordinación; sin embargo, sí quiero que sepas que me he dejado los cuernos para que redujeran la sanción y para que conservaras tu cargo en el Grupo. Coño, Sancho, que algunos soñaban con no verte nunca más por aquí.

—Ya me imagino quién.

—Quiénes más bien, que los que piensan que has sido tratado con excesiva lenidad son más de un par. Pero tampoco ese es el tema, que, como tú dirías, agua pasada no mueve molino.

—Pero arruina el sembrado, que decía mi padre —completó Sancho—, y así está mi hoja de servicios: arruinada.

—No para mí. Sancho, toca mirar hacia delante, como las mulas. Con pocos me he cruzado yo más testarudos que tú.

—Me lo tomaré como un cumplido. Así que me querían lejos de aquí... —comentó el inspector retrepándose en la silla.

—Básicamente no te *querían* —precisó con asepsia—. Motivo por el cual se explica el traslado urgente de la inspectora Robles al Grupo de Homicidios.

Sancho no movió un músculo de la cara.

—¿Sustituirme o controlarme? No hace falta que me conteste. Estoy en el punto de mira.

—Eso parece, pero te aseguro que en esta comisaría no voy a consentir que se pierda el tiempo jugando al gato y al ratón. Por eso quiero aprovechar la coyuntura para presentártela y dejar las normas bien claras.

Copito levantó el teléfono del escritorio y menos de un minuto después Sara Robles pedía permiso para entrar.

—Adelante, inspectora, siéntese.

Vestía pantalón vaquero y un jersey de lana ancho de un negro algo deslucido a juego con las botas tipo Martens.

—Buenos días —saludó ella en tono neutro.

—Inspectora Robles, inspector Sancho —introdujo el comisario y esperó a que se estrecharan la mano—. Seré breve. Solo voy a decirles que confío en que se comporten a la altura de los cargos que ocupan y en virtud del buen funcionamiento del Grupo. El inspector vuelve a ser el jefe del Grupo —anunció sin un ápice de solemnidad, economizando al máximo toda parafernalia—. Tenemos varios asuntos importantes entre manos en los que quiero ver avances durante las próximas semanas y uno urgente: el de la desaparición de Margarita Zúñiga. Supongo que ya habrán notado a los buitres sobrevolando nuestras cabezas, ¿no? Es absolutamente perentorio que empecemos a dar explicaciones de lo ocurrido y, en estos instantes, no se me ocurre nada que contarle al subdelegado del Gobierno. El «estamos en ello» se me agota, así que denme argumentos sólidos y a poder ser antes de que termine la jornada.

Ambos asintieron poco entusiasmados.

—Si tienen algo que añadir, este es el momento.

Pero fue el móvil de Sancho el que pidió la palabra.

—Entendido —dijo tras escuchar a Peteira—. Vamos para allá.

El inspector se guardó el teléfono en el bolsillo del pantalón al tiempo que emitía un chasquido con la lengua.

—Ya tenemos algo sólido —parafraseó—. Alguien acaba de contactar con la familia asegurando que tiene a la niña. Y eso sí es un marrón muy sólido.

El pelirrojo se volvió hacia su compañera.

—Qué, ¿te apuntas?

—Sancho —intervino de nuevo Herranz-Alfageme—, estás al volante pero no te salgas de la calzada, que nos estrellamos.

—Tranquilo, jefe, no pienso rozar la línea continua.

Antes de salir de los dominios del comisario, Sancho se giró.

—Muchas gracias por su apoyo y su confianza.



A LA FUERZA AHORCAN

*En algún lugar de la provincia de Valladolid
3 de septiembre de 2012, 09:34*

Dejó caer intencionadamente el manajo de llaves sobre la mesa de mármol.

—¡«Cagüendiós»! ¡Qué susto, tú! —protestó Gorka llevándose la mano al lado izquierdo del pecho. En la mueca delatora de su compañero se podían ver claramente las muestras de satisfacción.

—Si fuera un madero ya te habría cosido a tiros, jodido cateto. ¿Te dije o no te dije que estuvieras atento?

Hablaba con él en castellano porque detestaba escucharle chapurrear su deficiente euskera.

—Anda la hostia, tendré que desayunar, ¿no?

—Con eso que tienes en la sartén podrían alimentarse varios campamentos de refugiados. Deberías cuidarte un poco —opinó mientras prendía un cigarro.

—Mira quién fue a hablar. El que se alimenta de humo.

Su úlcera de estómago se relamió de placer con la reacción que le produjo el comentario.

—Tú mismo, pero igualmente, aunque estés cocinando, comiendo o cagando, quiero que estés siempre alerta. Y más cuando yo no estoy.

El hombre de ojos saltones y pelo rizado color heno declinó el enfrentamiento.

—Ya estamos en marcha —anunció el fumador frotándose el párpado izquierdo, como si así fuera a conseguir que volviera a su sitio. La ptosis palpebral había empeorado en los últimos años y era perfectamente consciente de ello porque antes no tenía que inclinar la cabeza hacia atrás para ganar campo de visión.

—¿Y ahora qué? —preguntó volcando sin mucho cuidado los huevos revueltos y las salchichas sobre el plato usado de la noche anterior.

—Esperamos a ver qué nos trae la marejada. Les he dicho que la tenemos, nada más. Supongo que la poli ya estará montando el dispositivo de rigor. Les regalaremos unas cuantas horas más de zozobra y comprobaremos cómo se manejan con mar de fondo.

—Van a tener que achicar del copón.

—¿Qué sabrás tú de achicar! Si en tu puta vida has puesto un pie en un bote —comentó mientras buscaba una cerveza entre la multitud de latas de todo tipo que poblaban el interior del frigorífico.

—Habló Churruca, ¿no te jode? —pronunció con la boca llena.

—Mira, Besugo de los cojones —dijo girándose violentamente, aludiendo al mote bajo el que le conoció en la cárcel—. Estás en esto porque yo te metí, pero como me sigas tocando los huevos te ablando a base de hostias antes de tirarte por la borda. ¡A base de hostias! —repitió golpeando con los nudillos en la mesa.

Gorka interrumpió el proceso de deglución y puso cara de besugo congelado.

—¿Nos dejamos ya de tonterías o qué? —sugirió dejando escapar el humo con cada palabra.

Su compañero bajó la mirada al plato.

—Venga pues. ¿Ha comido?

—Tuve que animarla un poco a mi manera, pero al final comió.

—Me refería al Karatu, majete.

—Ah. Yo le he llenado el bol, como todas las mañanas. Supongo que se lo habrá zampado en un tita.

—Como tiene que ser. En cuanto a la niña..., no dejes pasar la oportunidad de meterle con la mano abierta. No hace falta ni que se lo gane. Cuanto antes sepa que las cosas solo pueden empeorar, mejor para todos.

—De momento se porta bien.

—De momento, tú lo has dicho, pero en cuanto se le quite el miedo verás qué pronto empieza a dar por el culo. Por cierto, necesitamos que esté despierta las próximas horas, deja de darle esa mierda, pues. Quítale el bozal y los grilletes, pero adviértela de que si emite un sonido que podamos escuchar se lo volvemos a poner. Activa el temporizador y no toques la programación, solo actívalo —insistió—. ¿Has comprado el periódico?

Gorka hizo un fugaz movimiento con la cabeza indicando la dirección que tenía que seguir. Sobre un mueble que no parecía tener más utilidad que la de servir de camposanto de objetos inservibles distinguió la portada del diario *Marca*.

—Anda la hostia... ¿Qué?, ¿no había otro? ¿O simplemente has elegido ese para tocarme los cojones? Mira que le tengo asco al portugués bien peinado este..., pero asco de verdad.

Su compañero miró de reojo mientras untaba con un gran trozo de pan el aceite que se había acumulado en el plato. El titular rezaba: «No aguanta más» y mostraba un primer plano de Cristiano Ronaldo con cara de circunstancias, pero efectivamente bien peinado.

—No me había dado ni cuenta, aunque, mira, la frase nos puede servir de mensaje subliminal —propuso, ocurrente.

—Vale, majete, a lo nuestro. En un rato bajas y le haces el vídeo. Que se le vea bien la jeta a la pájara y la portada del panfleto ese. Que diga solo lo que he escrito en el papel. Máximo doce segundos de grabación —le recordó—. Usa uno de esos teléfonos; los otros ni los toques. Y no te confundas, que la jodemos.

—¿Y qué hago con eso, pues? —preguntó señalando con un gesto el montón de ropa que descansaba sobre una silla.

—Dásela cuando se la gane. Voy a saludar al Karatu y luego me tiraré a dormir un rato. Trata de no hacer ruido. Otra cosa. ¿Sabes por qué a las

latas también se las conoce con el misterioso nombre de «conservas»?

El Besugo no quiso morder el anzuelo.

—Porque se conservan sin necesidad de frío —desveló apagando el cigarro contra la encimera—. Saca pues toda esa comida basura del frigorífico y dásela a la chavala, que para eso la hemos comprado. *Agur* — se despidió enfilando el pasillo, tratando de dejar atrás el malestar que le provocaba comunicarse con un tipo como ese, tan incapaz como imprescindible para llevar a buen puerto su plan.

Lo había estudiado durante siete meses, desde aquel domingo. Recordaba la fecha con nitidez porque lo conservaba en su memoria como el tatuaje de un pandillero: indeleble. Le quedaban tan solo trece días para salir del centro penitenciario en el que había pasado los últimos once años y diez meses. Meses antes se pasaba las noches en vela, valorando los pros y los contras de los dos caminos que podría seguir en cuanto llegara el día. Barajaba ir a ver a su tío a Miranda del Ebro y mendigarle un trabajo en el restaurante, pero aquello quedaba demasiado tierra adentro; demasiado fuera de su tierra. Además, tenía algo de dinero para ir tirando y lo último que necesitaba era pasar de preso a esclavo, cuando lo que más había echado de menos entre los muros de Botafuegos era el olor a libertad que impregnaba el litoral en el que creció. Con cincuenta y dos aún podría encontrar sitio en algún pesquero tirando de contactos, de viejos camaradas, si es que le quedaba alguno de la cuadrilla en Getaria, aunque, bien pensado, tampoco le hubiera importado en absoluto trasladarse a Hondarribia, Pasaia, Orio o Mutriku. El caso era estar cerca. Experiencia en la mar tenía, conocía la faena con el chicharro, el verdel, la anchoa y el atún; sabía moverse con soltura en cualquier cubierta y no le importaba salir a caladeros más alejados de lo que aconsejaban las embarcaciones y autorizaban los permisos. Sin embargo, todas aquellas elucubraciones cesaron cuando se topó accidentalmente con aquella foto y, todavía atónito, supo que tendría que preparar los aparejos, ahora bien, los de pescar piezas más suculentas.

No había agarrado el picaporte de la puerta que daba al porche de la parte trasera y ya podía escuchar el ruido de las pezuñas de Karatu, haciendo ochos, nervioso, esperando las carantoñas mañaneras de su amo.

Aquello le hizo relajar el semblante. Se había fijado en aquel dogo argentino porque era el único cachorro de la tienda que miraba hacia el exterior, con el hocico pegado al escaparate y los ojos tristes. Ansiaba la libertad, como él. Los trescientos cuarenta euros que pagó le dejaron de parecer un robo en el momento en el que la dependienta se lo puso en las manos. Siempre le había resultado más sencillo empatizar con los animales que con las personas, pero con aquel perro el vínculo fue más allá. Una mirada le bastaba para conectar con él, una palabra para comunicarse, un gesto para asociarse.

Karatu le aguardaba con impaciencia. Sentado sobre sus cuartos traseros, inmóvil como una estatua de mármol perfectamente tallada, a excepción del rabo, con el que estaba barriendo las hojas caídas de los árboles que cubrían el suelo. Se arrodilló para agarrar a su fiel compañero del cuello, ancho y robusto como el tronco de un roble.

—¡Yeeepa! ¿Cómo está hoy mi fiel amigo? —le susurró en euskera al tiempo que le acariciaba el lomo. El corto y duro pelaje, fiel reflejo del manual morfológico de la raza, acentuaba su complexión musculada—. ¿Has dormido bien? Yo poco, he tenido que salir muy temprano. Toda precaución es poca en este oficio. Acabamos de zarpar y no podemos saber cuándo volveremos a ver la bocana del puerto. Me acompañarás hasta el final, ¿verdad? Claro que sí —se respondió a sí mismo mientras le rascaba bajo la mandíbula—. Tienes que tener paciencia con el jodido Besugo, todavía es útil pero si todo sale como tiene que salir quizá te deje divertirme un rato con él.

Karatu gruñó de placer como si hubiera captado la idea de hincarle el diente y ello le provocara cierta turbación.

—Tengo que descansar un rato, pero después te prometo que nos iremos juntos al pinar, a ver si pillas otro conejo. Buen perro —le repitió a modo de despedida golpeando con ternura el lomo del animal.

Ya en el interior, bajó las escaleras para ver la captura. Abrió la portezuela y observó durante unos minutos cómo dormía. No tenía nada contra ella, pero, como en cualquier tripulación, cada uno desempeña su papel. Con tal convicción subió de nuevo a su cuarto, cerró la puerta por dentro y se tumbó en la cama sin quitarse la ropa.

Sus inconfundibles rasgos faciales le acompañaron nada más soltar amarras en las aguas de la somnolencia.

Calles del centro de Valladolid

Sara Robles sabía ser prudente cuando intuía que tenía que serlo.

Esperó a ver si el inspector Sancho se montaba en el coche por la puerta del conductor o la del copiloto y mantuvo la boca cerrada hasta que el reincorporado jefe del Grupo de Homicidios abriera la suya con alguna trivialidad.

—Así que vienes de Zaragoza, ¿no? —le dijo él poco después de arrancar.

Así era, aunque había nacido y se había criado en Jaca bajo la tutela de su padre, un brigada de la Guardia Civil destinado en la Unidad Especial de Montaña. Su madre falleció cuando aún no había cumplido los cuatro años por un cáncer de mama diagnosticado en un estadio demasiado avanzado. A pesar de la desgracia tuvo una infancia relativamente normal, salvando un matiz: los juguetes de Sara fueron cuerdas, arneses, pies de gato, mosquetones y magnesio, mucho magnesio. Se graduó en Ciencias Ambientales sin salir de Huesca, con la esperanza de poder seguir cerca de la montaña, pero aquella cima no la pudo alcanzar y no le quedó más remedio que montar el campamento base delante de su escritorio para sacar una de las plazas a la escala ejecutiva del Cuerpo Nacional de Policía. Dos años en Santander y otros tres en Zaragoza dentro de la Unidad de Drogas y Crimen Especializado antes de recalar, por motivos un tanto turbios, en el Grupo de Homicidios de Valladolid.

Así era y así le contestó, aunque no pasó de las dos primeras palabras.

Y así alcanzaron su destino, guiados por la prudencia y la música de Nirvana.

Encontraron a Peteira en el portal número 6 de la calle Menéndez Pelayo con el móvil pegado a la oreja y cara de circunstancias. Con un ademán le pidió a Sancho que esperara a que terminara con la conversación subida de tono.

—¿Qué idioma era ese en el que te estabas expresando? —quiso saber el pelirrojo.

—Mezcla de vigués y castrapo. Patricia es de una aldea minúscula de la provincia de La Coruña y cuando intercambiamos opiniones se nos desboca el potro por completo. La tengo alterada con el tema que te comenté de Marquitos, carallo, y no deja de llamarme..., pero, bueno, se le pasará; espero.

—Al final se cumplieron tus peores presagios del sábado —comentó Sancho.

—Cosa de meigas.

—¿Qué nos vamos a encontrar ahí arriba?

—Un pifostio de la reputa madre. La que está mangando la señora es olímpica, necesita Valium en vena.

—Quizá tenga que ver el hecho de que un tipo haya llamado a su casa para decirle que tiene secuestrada a su hija —valoró Sara Robles finiquitando el capítulo de prudencia de la jornada.

Peteira declinó contestarle por si acaso se le descontrolaba el castrapo.

—Vamos a subir nosotros dos a hablar con ellos. Hay que empezar a rascar el barniz que recubre a esa familia: personal y profesional. Encárgate de que todo el mundo esté en comisaría sobre... las doce —dijo mirando su reloj.

—Muy bien.

—Cuando nos marchemos, identifica al tipo ese de la furgoneta blanca, la que está en doble fila, ahí enfrente —le indicó sin girarse—. No creo, pero a veces estos tipos se dejan caer por el domicilio de la víctima para controlar sus movimientos. Encárgate de que haya un vehículo grabando las veinticuatro horas este portal, quiero saber quién entra y quién sale. Te veo luego en comisaría.

—Sexto A —informó el subinspector.

La indicación de Peteira resultó innecesaria, puesto que desde el ascensor se podía escuchar el griterío amplificado por las paredes que conformaban el rellano de la escalera. La puerta estaba abierta y había un trasiego de personas más propio de una estación de metro en hora punta que de un domicilio.

—Buenos días —saludó Sancho mostrando su identificación a la primera persona con la que se cruzó—, inspector Sancho e inspectora Robles. Queremos hablar con los padres de Margarita Zúñiga Pérez.

El hombre de pelo cano que se identificó como uno de los hermanos de la madre les condujo hasta el salón, abriéndose paso entre el gentío que se había adueñado de la vivienda. Con el brazo extendido señaló en la dirección en la que se encontraba Alfredo Zúñiga, sentado en un tresillo de corte aristocrático y tonos asalmonados parduscos a juego con el resto de la decoración cortesana del salón. En la mano izquierda sostenía un vaso ancho de licor y con la derecha a su esposa, visiblemente abatida, cabizbaja y con el rostro tomado por el desamparo; ambos bien escoltados por varios familiares que trataban de consolar a la pareja.

El inspector volvió a repetir la fórmula de presentación pero en un tono más seco y elevado, provocando un silencio inmediato que concentró todas las miradas en el origen del mismo.

—¡Por fin! —pronunció Alfredo evidenciando cierto reproche e impaciencia en la modulación.

Sancho evitó la provocación.

—Lo primero que les voy a rogar, señores —exhortó en voz alta—, es que se marchen. Necesitamos hablar en privado con los padres, con nadie más.

Un murmullo que fue ganando en intensidad estalló por boca de uno de los presentes, una mujer con aspecto de monja de clausura fugada del convento.

—¡Aquí todos somos familia! —protestó.

—Nadie lo pone en duda, pero padres de Margarita Zúñiga Pérez solo hay dos y son las únicas personas que van a escuchar lo que les vamos a decir. Además, les pido que vayan abandonando el domicilio de forma escalonada y en orden, lo último que queremos es llamar la atención del resto de vecinos y transeúntes de la zona.

—Haced lo que pide —se escuchó decir a Azucena con tono agrietado pero firme.

En la retirada, el inspector Sancho advirtió que alguien pronunciaba su nombre completo seguido de un par de frases más que sus oídos ya no

podieron registrar.

Poco a poco, el salón se fue vaciando, como la mirada de la madre de Margarita, que permanecía anclada en el teléfono inalámbrico que reposaba sobre la mesa del comedor.

Sara Robles acompañó al último grupo y, cuando regresó, el inspector Sancho se aclaró la garganta. La pareja permaneció sentada y en completo silencio.

—Inspector Sancho e inspectora Robles. Con su permiso —pidió antes de agarrar una silla por el respaldo y colocarla frente a ellos. Sara hizo lo propio—. En primer lugar les quiero agradecer el hecho de que hayan contactado inmediatamente con nosotros para ponernos al corriente de los hechos. Les puedo asegurar que, sea cual sea el motivo por el que retienen a su hija, van a precisar el asesoramiento de profesionales en la materia.

—¿A qué se refiere? —demandó el padre.

Sancho interpretó con acierto la intención de la pregunta.

—A que, según me ha transmitido el subinspector Peteira, desconocemos los motivos por los que su hija está desaparecida desde el sábado sobre las diez de la noche. Deben confiar en nosotros —percutió de nuevo—. Desde el momento en el que formalizaron la denuncia se han tomado todas las medidas necesarias para coordinar la búsqueda, pero antes de nada necesitamos verificar que realmente tienen retenida a su hija.

—¿Está usted sugiriendo que nuestra niña podría estar fingiendo su propio secuestro?

—Yo no sugiero nada en absoluto, señor Zúñiga, simplemente comparto con ustedes cuáles son los siguientes pasos que hemos de dar. No sería la primera vez ni la última que descubrimos que es el propio desaparecido quien está detrás de todo.

—¡No en este caso, inspector! Nuestra hija no...

—Señor Zúñiga —le interrumpió Sancho levantando ambas palmas—, déjeme continuar, se lo ruego.

Alfredo asintió de mala gana.

—Si se confirma que su hija está retenida contra su voluntad —el pelirrojo evitaba a toda costa pronunciar la palabra «secuestro»—, la buena noticia es que nos van a pedir algo a cambio. En la mayor parte de los casos

es dinero, pero no siempre. Averiguarlo será nuestro primer objetivo, aunque ya habrán podido deducir que si aún no lo sabemos es porque ellos no han querido contárnoslo.

Sancho hablaba más despacio de lo que en él era habitual, buscando el léxico adecuado para que encajara en un puzle de cristal a punto de resquebrajarse.

—Dicho de otra forma: tenemos que esperar a que vuelvan a contactar con ustedes —añadió— y estar preparados para cuando ocurra. Esto podría producirse por varias vías: por carta, por Internet o incluso a través de anuncios por palabras en el periódico, pero si el primer contacto ha sido telefónico debemos pensar que seguirán utilizando este medio. Fue usted quien recibió la llamada, ¿es así?

Alfredo asintió primero y apuró la copa después. Luego la dejó sobre la mesa de centro y entrelazó los dedos para prepararse a contestar una pregunta que esperaba recibir.

—Repítamela, si es tan amable, palabra por palabra.

Sara Robles sacó una libreta del bolsillo trasero del pantalón vaquero.

—Primero me preguntó si era la casa de Margarita y luego dijo que la tenía, nada más. Era colombiano, ecuatoriano o mexicano; sudamericano, de eso no tengo ninguna duda.

—No le he pedido eso —atajó el inspector en tono amable aunque algo desabrido para el nivel de tolerancia de Alfredo—. Necesito que haga el esfuerzo de recordar, palabra por palabra —enfaticó—, la conversación que mantuvo con el desconocido.

—Vamos, Alfredo, no tiene que ser tan complicado —le recriminó ella—. Duró menos de un minuto.

Su marido la observó con insigne displicencia antes de cerrar los ojos.

—«¿Es la casa de Margarita Zúñiga Pérez?». Yo no entendí y le pedí que repitiera. Entonces se cabreó y me soltó algo así como: «Chinga a tu madre, que si es la casa de Margarita Zúñiga Pérez». Le dije que sí y entonces el hijo de puta me amenazó: «Escúchame, cabrón. Tengo a su hija. No se les ocurra avisar a la policía o se van a arrepentir. No hagan pendejadas o se la devolveremos por partes. Esperen mis instrucciones».

—Excelente —calificó Sancho—. Lo ha hecho usted muy bien. Ahora necesito que me diga si se expresaba en singular o plural. Ha dicho «tengo», «devolveremos» y «mis». Dos singulares y un plural. Haga un esfuerzo por recordar. Es importante.

—¿Por qué es importante? —inquirió él.

Sancho valoró si contestar o no, pero concluyó que era un buen momento para tratar de ganarse la confianza de la familia.

—Es altamente improbable que una sola persona sea responsable del secuestro de su hija. Lo habitual es que de entre ellos haya uno, que no tiene por qué ser el líder o quien lo haya organizado —aclaró—, que se encargue de amedrentar a la familia y llevar el peso de la negociación. Seguramente sea el que más experiencia atesore. Que hable en plural denota que actúa en representación del grupo y por tanto no tiene la última palabra; que se exprese en singular nos indica que es quien lleva el mando de la negociación.

—¿Y qué es mejor? —intervino de nuevo Alfredo.

—Ninguna es mejor que la otra, pero marcará nuestra estrategia en la negociación, que es la clave para resolver satisfactoriamente un caso como el que nos atañe.

—Por favor, sea más explícito —le pidió Azucena.

—Negociar directamente con la persona indicada tiene la ventaja de que avanzaremos sin rodeos, sin idas y venidas. Irá al grano y debemos pensar que lo que pactemos con él será definitivo. Sin embargo, tiene el inconveniente de que, casi con total seguridad, no sea la primera vez que se ve inmerso en esta situación, por tanto tiene experiencia y será más... complejo —definió sustituyendo el «difícil» que estuvo a punto de pronunciar— de zanjar con éxito. En caso contrario, es decir, si se expresa en plural y tiene que convenir las condiciones con terceras personas, el proceso puede que sea más farragoso y es probable que se dilate en el tiempo.

Sancho evitó añadir que también era probable que actuaran con más torpeza para no restar entidad al enemigo.

—¿De cuánto tiempo estamos hablando? —siguió interrogando ella, con la voz tomada por el miedo a la respuesta.

Sancho inspiró por la nariz a la vez que se frotaba la barba.

—Voy a aprovechar su pregunta para advertirles de algo importante. Buena parte del éxito en la resolución de estos casos reside en el nivel de confianza que se cree entre el asesor y la familia. Consecuentemente, no voy a edulcorar mis palabras por duras que resulten. En una relación de confianza no caben las medias tintas. No sé si están de acuerdo.

Ambos afirmaron.

—Bien. No podemos saber cuánto se prolongará esta situación pero sí debemos estar preparados para resistir. El tiempo es otro de los factores clave. Puede que en este momento juegue a su favor, pero sabremos revertirlo en su contra.

—¿Cómo? —quiso saber de nuevo el padre.

—Eso ahora no procede. Ahora procede que trate de recordar si la persona que contactó con ustedes se expresaba en primera o tercera persona —insistió.

—Diría que en primera persona.

—Bien. Lo corroboraremos más adelante —dejó correr Sancho—. También ha mencionado las expresiones «chinga a tu madre» y «pendejada».

—Eso lo recuerdo perfectamente, inspector.

—Americanismos propios de casi toda Latinoamérica —intervino Sara Robles—. «Pendejo» y sus variantes se usa mucho en México de forma despectiva, un estúpido en grado sumo, por definirlo de alguna forma, aunque en otros países tiene connotaciones similares a «travieso» o «inmaduro». «Chingar», sin embargo, es uno de los vocablos más utilizados en el lenguaje coloquial mexicano. Se adapta a casi cualquier contexto.

Sancho supo ocultar su asombro y dejó las preguntas para otra ocasión.

—Todo ello, como ya he dicho, lo corroboraremos más adelante. Lo prioritario ahora es preparar a la persona de la familia que se vaya a encargar de la negociación. A lo largo de todo el proceso —subrayó—. No sabemos cuándo se va a producir la siguiente llamada, pero tenemos que estar preparados para reaccionar y saber sacar jugo a cada segundo de conversación. Hemos cursado la orden para intervenir esta línea fija así como sus teléfonos móviles por si decidieran contactar por otra vía. Van a

estar siempre acompañados por un experto hasta que resolvamos la situación. Cada caso transcurre por derroteros distintos, pero, aun así, antes de cada llamada prepararemos al portavoz de la familia y durante la misma le iremos indicando qué es lo que tiene que hacer y decir, cómo tiene que expresarse e incluso el tono que tiene que usar. Después, analizaremos las grabaciones y las desmenuzaremos, pero no compartiremos nuestras impresiones con nadie de la familia que no sean ustedes dos, y les ruego que ustedes hagan lo propio, aunque..., visto lo visto, me temo que todas las opciones de confidencialidad han muerto en este salón.

—Nuestra familia sabe ser discreta —aseguró ella con la boca pequeña.

—No lo pongo en duda, señora, pero los amigos, conocidos, allegados de cada uno de los integrantes de su familia que ya están al corriente de los hechos puede que no sepan ser discretos.

A Azucena la saliva se le volvió acerba.

—No nos interesa en absoluto que esto trascienda al ámbito público porque podría generar una presión sobre la otra parte nada favorable. ¿Hasta aquí alguna duda?

—Millones —reconoció ella mientras hacía girar de forma compulsiva los anillos de oro que lucía en los dedos.

—Es lógico. En la segunda llamada es muy posible que nos expongan las condiciones del rescate y esta suele realizarse dentro de las siguientes veinticuatro o cuarenta y ocho horas. Si son profesionales dejarán que pase esta jornada para que crezca la semilla del terror que acaban de plantar en el seno de la familia. No les voy a pedir que no tengan miedo, pero sí que aprendan a gestionarlo, principalmente la persona que se vaya a encargar de hablar con ellos.

Sancho hizo una pausa para asegurarse de que sus siguientes palabras iban a ser escuchadas con nitidez.

—Ahora toca decidir quién va a ser esa persona que represente a la familia durante el proceso de negociación.

Los progenitores intercambiaron muecas apocadas.

—Quiero que tengan presente que el camino puede ser tortuoso y del todo impredecible. Por tanto, esa persona debe ser alguien dispuesto a trabajar bajo presión, estar psicológicamente preparado y en buen estado

físico para asumir la carga que ello representa. Veinticuatro horas al día pendiente del teléfono —concretó—. Ellos nos van a coaccionar jugando con la integridad de nuestro ser querido, así, debe sobreponerse a amenazas de todo tipo; no caer en provocaciones ni insultos; mantener la calma y administrar la tensión; ser disciplinado para acatar las instrucciones que le vayamos dando; escuchar, escuchar y escuchar; expresarse con corrección y saber elegir las palabras entre las que nunca estará «no»...

—¿Y no podría ser usted esa persona haciéndose pasar por alguien de nosotros? —le interrumpió Alfredo, considerablemente alterado.

—No, no podría en ningún caso y le explico por qué. Parte de mi labor consiste en formar al equipo que se va a encargar de darles soporte y asesorarles, sin embargo, mis mayores esfuerzos se van a centrar en la investigación. En principio, la coordinación del personal asignado a la familia la llevará la inspectora Robles, aquí presente, con la que yo mantendré comunicación permanente.

—Siendo así, me encargaré yo mismo —se lanzó el político.

—Un momento, un momento —intervino su esposa—. Si alguien reúne las condiciones que ha citado el inspector, ese es papá.

—¿Tu padre? Venga, por favor. ¡Si ni siquiera está aquí! —protestó Alfredo agarrando instintivamente el vaso ya vacío y llevandoselo a los labios.

—Estaba de viaje de negocios, pero llega a Madrid en menos de una hora. Si, como augura el inspector, el siguiente contacto no tendrá lugar hasta mañana o pasado, tenemos tiempo más que de sobra para ponerle al día.

—¡De ninguna manera! Es mi hija y me corresponde a mí aguantar esa vela.

—¡¡También es mi hija!! —vociferó—. Por eso sé muy bien que no voy a poder estar en condiciones de asumir esa responsabilidad —reconoció Azucena corrigiendo progresivamente el volumen—. Tenemos que pensar solo en nuestra pequeña, solo en ella. Papá nació para negociar, tú lo has dicho y repetido hasta la saciedad. Tiene sangre fría y no le tiembla el pulso a la hora de tomar decisiones. Gracias a eso levantó una empresa como la nuestra.

—Señores —terció Sancho—, la decisión última no les corresponde a ustedes. Nosotros evaluaremos la idoneidad del portavoz de la familia de acuerdo con las aptitudes que les he citado anteriormente. Esto no es negociable. Algo de lo que sí tienen que hablar es de la cantidad económica que podrían reunir como hipotético pago por el rescate.

—¡Lo que haga falta! —expuso Alfredo.

—Lo que haga falta no es lo que conviene a su hija, créame. Piensen en una cantidad coherente de la que puedan disponer en breve y en efectivo —puntualizó—. Es solo por saber hasta dónde podemos llegar, porque les aseguro que la primera cantidad que exijan será tan desproporcionada como irrelevante. Llegado el momento, serán ustedes los que decidan el montante a pagar.

Viendo que el matrimonio estaba al borde del colapso, Sancho resolvió que había llegado la hora de dejarles a solas.

—Nosotros nos vamos a marchar, tenemos mucho por hacer. Si nos lo permiten, vamos a dar una vuelta por la casa por si viéramos algo que nos llamara la atención. Pura rutina. En breve se personará aquí un agente para ayudarles en todo lo que requieran. Y, por favor, mantengan la calma en la medida de lo posible.

—Inspector, ¿está en peligro la vida de mi hija?

—Esa es la buena noticia, señora: ellos saben que todas las opciones de sacar partido de esta situación pasan por mantener con vida a su hija —mintió Sancho.

En algún lugar de la provincia de Valladolid

Cuando volvió en sí le dolía la cabeza y seguía notando ese molesto picor en los ojos. Se frotó con apetencia antes de percatarse a través del tacto de que su pelo iba a necesitar diez lavados para recuperar su esplendor. Para su sorpresa, no estaba encadenada ni llevaba puesto el bozal. La sed le hizo agarrar la botella de agua y sin soltar el recipiente examinó su cuerpo. La luz amarillenta que partía de la bombilla bañaba escasamente hasta los límites de sus dominios definidos por el colchón; aun así, agradeció que

siguiera brillando en las alturas. Comprobó aliviada que llevaba la misma ropa con la que había salido de casa el sábado. Recordaba con detalle el momento en el que se encerró en el baño para prepararse. Al ritmo de las canciones de Calle 13 se hizo las uñas, se maquilló y vistió todo lo sexi que pudo dentro de los límites permitidos. Las expectativas eran altas: disfrutar a tope de la primera noche de ferias con sus amigas de toda la vida, ajena a la férrea vigilancia de sus celosos progenitores. Inmediatamente, las caras de sus padres se dibujaron en alguna parte de su cerebro y sin pretender evitarlo sus ojos se anegaron de lágrimas. Seguidamente, le sobrevino un himpado que se prolongó hasta que encontró la solución en su regazo. La botella era distinta a la última de la que había bebido, esta tenía precinto y a través del plástico percibió que estaba bastante fresca, por lo que dedujo que su guardián había vuelto a entrar en el cuarto mientras ella estaba dormida. Esta vez no le importó. Haciendo oídos sordos a una voz que le aconsejaba no beber, ingirió un trago corto al que le siguió uno más largo y otro tercero hartamente prolongado. El líquido le hizo recobrar el aliento, tanto que se aventuró a investigar a fondo el cuartucho.

Sentía las piernas algo entumecidas pero no tardó en recobrar la circulación a base de pequeños y repetidos saltos, como los que hacía para calentar antes del peloteo de rigor con Jorge, su monitor de tenis. El cuerpo le pedía más, así que continuó con elevaciones alternas de rodillas. Podía escuchar con nitidez la voz de su entrenador y las palmadas: «Uno-dos, hop-hop». Metódicamente, continuó con talones al «pompis», como él siempre decía. Odiaba esa palabra, le hacía sentirse una niña y todavía tenía muy presente la temporada que estuvo locamente enamorada de él cuando tenía trece años. Jorge era superguapo, con su barbita y sus hoyuelos, y le encantaba cómo le quedaba aquella camiseta sin mangas tipo Nadal, luciendo brazo. Era ocho años mayor y, sobre el papel, estaba fuera de su alcance, pero a esa edad no hay límites que no supere la imaginación. Hasta que le vio morreándose con su novia en el bar de la Hípica, una rubia tetona que se paseaba por allí como si estuviera desfilando en la Pasarela Cibeles, contorneando unas caderas que ya empezaban a ensanchar. Inmersa en aquellas remembranzas, no se dio cuenta de que había roto a sudar y que las

articulaciones empezaban a quejarse. Frenó en seco, pero no pudo evitar la colisión frontal con la realidad que la rodeaba.

El tiempo se congeló allí dentro.

Completamente inmóvil, con la respiración entrecortada, fijó su atención en la puerta que tenía enfrente. Eran tres pasos, cuatro a lo sumo, pero cada uno suponía una victoria parcial en su lucha contra la cautela. Cuando alcanzó su objetivo, extendió el brazo y alargó la mano para tocar aquella puerta sin picaporte. La superficie era algo rugosa por las imperfecciones que presentaba la pátina que la recubría. Era metálica, de eso no había la menor duda, pero no se atrevió a golpearla para escrutar su espesor. A la altura de sus ojos se revelaba una abertura de unos veinte centímetros de largo por tres de alto, similar a la boca de un buzón de correos, y pronto entendió su propósito: observar el interior de la estancia desde fuera. Trató de empujarla con dos dedos, pero no se movió ni un milímetro. Estaba claro que había sido pensada para abrirse solo desde el lado contrario. Su propia sombra proyectada sobre la puerta le obligó a ganar distancia para examinar el resto de la superficie. De forma inconsciente, pegó el pabellón auditivo a aquella plancha metálica que se interponía entre ella y el mundo y aguzó el oído.

Nada.

Solo los latidos de su corazón, en aceleración progresiva.

Intentó serenarse. Esa era la clave, sujetar su estado de nervios.

—Tranquila. Es lógico, no esperarías que te fueran a poner facilidades para que pudieras escapar a la primera de cambio, ¿no?

De repente, una mueca jovial se fue haciendo dueña de su rostro. Escuchar su propia voz la reconfortaba. No estaba tan sola como creía, estaba con su voz. Pero no era esa clase de voz interior a la que tantas veces se había referido el padre Damián, consejero espiritual de la familia. Se trataba de su otro yo, su parte más fuerte, la que en ocasiones salía de su escondite para imponerse a esa Marga pusilánime que llevaba las riendas de su vida la mayor parte del tiempo. La voz que escuchaba era otra, insolente; esa que alimentaba su imaginación y la empujaba a enfrentarse con aquello que la irritaba; esa que la invitaba a cometer deliciosos pecados carnales

con su propio cuerpo que sus padres no conocían. Su yo oculto, personal e intransferible, la parte de Margarita que rechazaba a Marga: Rita.

—¿Creías que iba a dejarte aquí sola? Claro que no, chata. Vamos a salir juntas de toda esta mierda en la que te ha metido la otra tontita. Vamos a seguir investigando tú y yo, ¿vale? Mira abajo.

Margarita se puso de rodillas. En la parte inferior de la puerta descubrió otra ranura, pero al seguirla con la yema del índice se percató de que tenía más altura que la superior, unos diez centímetros —calculó someramente.

—Por ahí es por donde te pasarán la comida cuando no quieran entrar —conjeturó Rita.

—Claro.

Se tiró al suelo y probó a abrirla obteniendo el mismo resultado. Un repentino picor le invadió la mucosa nasal y, a pesar de que lo intentó, no logró contener un primer estornudo al que le siguieron varias réplicas. Se incorporó para sonarse usando la camiseta de tirantes de la peña Bagur, que empezaba a despedir un olor acre, repulsivo, que le recordó al de la ropa del sábado noche de su hermano Josean.

—No desespere —le animó la voz de Rita la Insolente—, elimina el negativismo y piensa de forma positiva; si han previsto esa portezuela es porque quieren alimentarte durante un tiempo y eso es buena señal, ¿no?

—Depende del tiempo, bonita —le respondió Margarita cortante.

Se giró para hacer un recorrido visual de todo el perímetro. Le sorprendió la nueva dimensión que alcanzaba una estancia tan pequeña con solo cambiar de perspectiva. La zona achafanada vista desde ese punto ganaba en profundidad y tal circunstancia hacía que pareciera un espacio más amplio. Siguió con la mirada la línea de fuga del techo hasta que descubrió una rejilla. Enseguida dedujo que su función era permitir que se renovara el aire en el interior y que estaba a una altura inalcanzable, ni subiéndose en la silla.

—Las cosas cambian dependiendo del prisma con el que se miren.

Un segundo después la oscuridad se lo tragó todo, incluyendo a Rita.

Entonces, Marga la Pusilánime tomó de nuevo las riendas y gritó.

Gritó como nunca había gritado.

—La verdad es que la niña es un encanto —comentó Sancho en voz queda mirando la foto. Posaba junto a un caballo marrón almagre con espesas crines de tonos arcilla. Tendría doce o trece años y, aunque era evidente que forzaba la sonrisa, sus facciones conformaban un rostro bonito. Destacaban el tamaño de sus ojos almendrados color castaño oscuro y los labios carnosos y bien dibujados. La nariz, prominente pero estilizada estaba en consonancia con la robustez de su mentón de forma cuadrada.

De fondo seguía escuchándose el intercambio de golpes entre los cónyuges desde el improvisado cuadrilátero del salón. Daba la impresión de que Azucena se había hecho dueña del cuadrilátero y llevaba claramente la iniciativa.

—En foto todas las niñas son un encanto. Los problemas vienen cuando salen de marco —comentó la inspectora Robles.

—Mira, eso no te lo voy a discutir.

—Esta otra es más actual —dijo ella ante una con atuendo deportivo y raqueta de tenis a modo de guitarra eléctrica—. No sé cómo puede hacer deporte con ese pelazo, ¿hasta dónde le llega? Se le marcan algo más los pómulos que en la otra y lo que no son los pómulos. También se nota que ha estrechado la cintura. La chica es bastante guapa, eso hay que reconocerlo, lo cual no deja de ser preocupante.

—¿En qué sentido?

—Joder, Sancho, no me obligues a verbalizarlo.

El inspector la forzó con su silencio.

—Ese bombón en el frigorífico de unos animales, a su merced. Hoy le doy un mordisquito, mañana otro o me lo meto entero en la boca, lo chupo y lo vuelvo a dejar en el mismo sitio para el siguiente... Me dan náuseas solo de pensarlo.

—Sara, lamentablemente esa posibilidad, que no voy a negarla ni a minimizarla, no es el mayor de nuestros problemas. Si se confirma que está en manos de una banda de mexicanos va a ser complicado que a esta niña —la mostró levantando la foto— la lleguemos a ver vestida de blanco. Me vas a permitir que te dé el coñazo: en el año 1997 yo acababa de entrar en la Brigada de Información y nos ofrecieron la posibilidad de asistir a un

seminario impartido por Bonifacio Socorro, máximo exponente en la investigación de secuestros en México, que es lo mismo que decir del mundo. Junto con Georgia y Colombia, conforman la Champions League de la especialidad. Allí tratan casi tres mil casos de secuestros al año y en España los casos reales de secuestro no llegan a la veintena en el peor de los escenarios. Aquí se resuelven positivamente casi todos, en México casi ninguno, y muchos tienen un desenlace dramático que implica la muerte del plagiado, como denominan a la víctima por allí. Es cierto que las circunstancias al otro lado del Atlántico son muy distintas, en muchas ocasiones cuentan con la connivencia o incluso colaboración de la policía y el pago del rescate se considera un mal menor, lo cual no asegura que vayan a encontrar a la víctima con vida. Dos años más tarde, por un asunto que ahora no viene a cuento, me fui a ver a Bonifacio al D. F. Hicimos buenas migas y tomando unos tragos me reveló que los datos que proporcionaba su Gobierno y que él estaba obligado a repetir en público estaban muy maquillados. Me quedo con este: en los contados casos en que la policía detiene a los secuestradores, estos han realizado una media de veinte secuestros con anterioridad. Están especializados en la negociación, son extremadamente violentos y no dudan en... Bueno, te ahorro los detalles.

—Vamos, que estás puesto en el tema.

—A la fuerza ahorcan. El año que llegué a San Sebastián, ETA acababa de liberar a Cosme Delclaux y se cumplía un año del secuestro de Ortega Lara, que terminó superando el tiempo que había estado retenido José María Aldaya tan solo un año antes, creo recordar. Por tanto allí todos estábamos puestos en el tema —parafraseó—, aunque a mí no me tocó intervenir en ninguno de estos. En el 2009 la Dirección Adjunta Operativa ordenó la implantación de una red de especialistas en la gestión de secuestros y extorsiones que establecía la existencia de al menos un experto en cada jefatura de policía. En la de Valladolid seleccionaron a un perspicaz inspector pelirrojo, guapo y fornido; pero este falleció de forma dramática y no les quedó más cojones que ponerme a mí.

La boca de la inspectora conformó una sonrisa que desapareció en el instante en el que terminó de rehacerse la coleta. En el proceso, Sancho aprovechó para echar el último vistazo a la habitación de Marga.

—Lo que no dejo de preguntarme es qué coño hacen unos mexicanos secuestrando niñas en España —comentó él con la atención puesta en otra foto, con Margarita retratada luciendo su ropa de esquí y haciendo el signo de victoria con ambas manos.

—¿Abrir mercado? —sugirió Sara.

—Es posible, pero si son profesionales deberían saber que aquí no se funciona como en su casa.

—¿En qué sentido?

—Aquí el pago del rescate no es una opción.

—¿Entonces?

—Entonces tenemos que valorar que el dinero puede que no sea el móvil del secuestro.

A Sara se le tatuó una exclamación tras la mueca de sorpresa.

—Solo estoy soltando conjeturas al vuelo, a ver quién las caza —dijo Sancho.

El combate del salón se encontraba en su punto más álgido. Azucena tenía arrinconado a Alfredo y todo parecía indicar que estaba a punto de noquearlo. Sara Robles echó un último vistazo a la habitación, pero interrumpió el recorrido en un punto concreto, justo en el espacio que había entre la cama nido y la pared. La inspectora apoyó una rodilla sobre el colchón e introdujo el brazo por el hueco a la altura del cabecero. Sancho la observó con escepticismo, sensación que se esfumó cuando vio su expresión casi vanidosa, totalmente delatora. La inspectora extrajo el brazo con la captura: un pequeño cuaderno con tapas de un naranja ofensivo a la vista.

—O mucho me equivoco o acabamos de encontrar su diario secreto —apuntó Sara en voz queda al tiempo que lo hojeaba.

—¿Y bien?

Ella asintió. Sancho le hizo un gesto de fácil interpretación y la inspectora se guardó el cuaderno.

—Volvamos a comisaría —sugirió Sancho—. Tenemos que calzarnos las zapatillas antes de echar a correr. Además, en cuanto ponga al corriente a Herranz-Alfageme va a tener que hacer unas cuantas llamadas a Madrid.

—¿Va a venir la caballería?

—Tan seguro como que el abuelo es ya el candidato mejor posicionado como interlocutor de la familia para la negociación. Los de la Unidad Central de Secuestros y Extorsiones no van a dejar pasar un cocido con tan suculentos ingredientes: una menor, hija de un político y nieta de un gran empresario, supuestos delincuentes mexicanos... Conozco a Fernando Fajardo Feix, el jefe de Grupo, somos de la misma promoción y después hemos coincidido en un curso de mediación policial. Hace unos cuantos años que no tengo contacto con él, pero no creo que haya cambiado. Es un tipo raro de cojones, el cabrón, pero muy diligente y eficaz a tenor de su hoja de servicios.

Se despidieron fugazmente pasando de puntillas por el cuadrilátero. La cara de Alfredo era el fiel reflejo de una toalla arrojada sobre la lona.

—Una magnífica forma de reencontrarse con el trabajo —observó la inspectora en la puerta del ascensor—. Parece que hubieran esperado a tu reincorporación para ponerlo en marcha.

—Esta es la buena suerte que me persigue desde hace unos años.

—Espero que no sea contagioso.

Caminando en dirección al coche, Sancho se detuvo en seco frente al escaparate de El Corte Inglés.

—¿Sucede algo? —quiso saber la inspectora.

Sancho no contestó. Su capacidad verbal se vio anulada por la cubierta de un libro que destacaba sobre el resto de manera notable y cuyo título rezaba: *La obra de Augusto Ledesma*.

—¡Hay que rejoderse!

Todavía malhumorado, trató de licuar su irascibilidad cambiando de CD. Tras una breve búsqueda entre los que había seleccionado esa misma mañana, eligió *Para todos los públicos* de Extremoduro. La inconfundible voz de Robe Iniesta interpretaba el primer corte: *Locura transitoria*.

*No sé en qué parte de esta historia
perdí el argumento primario.
No sé qué cojones me agobia.
Voy según dice el calendario.
Vuelve a llegar la primavera*

*y me molesta el sol.
Alma que nunca se deshiela
y se queja del calor.*

Sancho subió el volumen.
Y Sara Robles interpretó correctamente el gesto.

En algún lugar de la provincia de Valladolid

Dejó de gritar cuando escuchó unos pasos al otro lado de la puerta. Petrificada en el sitio, agarrotada, sin poder mover un músculo de las piernas. Jamás había tenido miedo a la oscuridad, pero lo cierto era que nunca se había tenido que enfrentar a una negrura como aquella.

Un clic precedió al ocaso de las tinieblas.

Margarita, ocupada en gestionar la molestia que la luz provocaba a sus pupilas en proceso de adaptación, no se percató de que Gorka había entrado en el cuartucho. Menos aún pudo advertir la llegada a gran velocidad de una mano abierta, a pesar de su gran tamaño.

Más que a tortazo, sonó a barrigazo piscinero.

Y aunque la luz seguía encendida, las tinieblas volvieron a engullirla.



CON LA IGLESIA HEMOS TOPADO

*Apartamento de Ólafur Olafsson
Barrio de Tun.
Distrito de Laugardalur. Reikiavik (Islandia)
3 de septiembre de 2012, 12:10*

El temblor era de tal magnitud que todos los intentos por introducir la condenada llave en la cerradura resultaron estériles. Y tal era la premura por entrar que no le quedó otra alternativa que golpear la puerta de la señora Jónsdóttir y encomendarse a sus antepasados para que no hubiera salido a comprar. Desde luego, la climatología no acompañaba.

La jauría no había dejado de protestar desde que salió de casa para recoger los billetes de avión en la agencia de viajes. Allí nadie tenía prisa y la media hora escasa que había previsto en resolverlo se convirtió en más de ciento veinte minutos de dolorosa ansiedad; de tortura abstémica. Atendiendo a razones de naturaleza irracional, Ólafur Olafsson había decidido cancelar la habitual ruta alcohólica de la noche anterior, sin embargo, no contó con el consenso de las fieras que habitaban su estómago y estas no estaban dispuestas a pasar por alto la afrenta. Necesitaban una ración mucho más succulenta que el medio vaso de *whisky* con el que su

huésped había calmado el despertar. El excomisario apenas había ingerido alimento desde la tarde anterior y no había logrado conciliar el sueño más de dos horas, contando la suma de todos los períodos en los que lograba perder la conciencia.

Sobrepasado por la virulencia de los mordiscos, de los zarpazos desesperados y de las cruentas dentelladas, concluyó que tenía que darles de comer de inmediato o las fuertes palpitaciones que estaba sufriendo terminarían por provocar el colapso de su organismo.

Cuando por fin la señora Jónsdóttir abrió la puerta, la anciana solo reconoció el desgastado gorro *ushanka* con el que su vecino se solía cubrir la cabeza y las orejas. Se sujetaba a la pared con un brazo, encogido en sí mismo, tiritando, agarrándose con ambas manos el abdomen, como si hubiera recibido varias puñaladas.

—Ólafur, ¿eres tú? ¿Te encuentras bien? —preguntó asustada la mujer.

El excomisario notaba cómo varios ríos helados de sudor recorrían la espalda en busca de una desembocadura fantasma y, aun habiendo anegado el estuario de su resistencia física, logró elevar la mano en la que sostenía el manajo de llaves.

El eco del tintineo metálico rebotó en las paredes del edificio de cuatro plantas.

—¡Dios bendito, Ólafur, necesitas que te vea un médico!

—¡No! Solo le pido que me ayude a abrir la maldita puerta de mi casa —logró pronunciar entre dientes.

—Pero...

—¡Por favor! —gritó iracundo.

—Está bien. Voy a por las gafas.

La última frase fue una losa demasiado pesada para soportar con tan poco cimientito robusto y ringó en el sitio, como un elefante en el preludio de su muerte.

Lo siguiente que escuchó fue la voz de la anciana anunciándole alarmada que había logrado abrir la puerta. Aquello insufló la fuerza que requería para alcanzar la meta a gatas. Ya en la cocina, se valió de las patas de la primera silla con la que se topó para incorporarse y acometer el asalto a la encimera donde le esperaba una botella de *whisky* de supermercado

para consumo diario. Por suerte, se encontraba sin el tapón, por lo que no necesitó más maniobra que asirla firmemente con ambas manos y atinar con el hueco de la boca para introducir el cuello.

Y tragar.

Tragarlo todo.

Calles del barrio de las Delicias

Enfilando el paseo Arco de Ladrillo saltó una llamada del comisario Herranz-Alfageme en el manos libres del coche. El inspector chasqueó la lengua por tener que pausar la música.

—Sancho.

—¿Estáis todavía en el domicilio de la familia?

—No. Estamos de camino a la comisaría, mi gente me está esperando.

—Muy bien. Cuando termines pasa por mi despacho, pero te adelanto que acabo de recibir la llamada del director adjunto operativo para decirme que ha autorizado la intervención en el caso de un equipo de la Unidad Central de Secuestros y Extorsiones. No me habías dicho que el tipo que se puso en contacto tenía acento sudamericano.

—No he tenido la ocasión de hacerlo.

—La orden viene directamente de Hernández Santiago, así que no hace falta que te diga por dónde llega la filtración.

—Los políticos se mueven rápido si la situación lo requiere.

—Sancho, sin envoltorios, dime cómo lo ves.

—Aún es pronto, pero no pinta bien. ¿Le han informado sobre las personas que integran el equipo?

—Me han dicho el nombre de la persona al mando, pero no me he quedado con él.

—¿Fernando Fajardo Feix?

—El mismo. ¿Lo conoces?

—Lo conozco bien, sí.

—¿Y nos va a tocar mucho los cojones o solo lo justo?

—Mucho. Se hace llamar la Triple Efe, no le digo más.

—Que el cielo nos guarde. Todo tuyo.

—Muy amable.

—Lo dicho, cuando acabes con tu equipo pásate a verme y me pones al día.

En cuanto se cortó la comunicación, Sancho buscó en la agenda del teléfono el número del aludido.

—¡Ese Sanchito bueeeno! —contestó el jefe de la Unidad Central de Secuestros y Extorsiones—. Mira que estuve tentado de llamarte cuando me enteré de lo tuyo, pero me pareció cruel incluso para mí.

—Te hubiera mandado a tomar por el culo sin billete de vuelta antes de darte la oportunidad de descojonarte de mí.

—Ya será menos. ¿Y este marrón que te ha caído? Pero tíooo. ¿Qué coño haces para meterte en estos jaleos? Has tenido que ser muy malo en la otra vida. ¡Máquina, que eres un máquina!

—No cabe otra explicación. ¿Qué te han contado? —quiso saber.

—La cosa viene del director general. El papá de la criatura ha removido las cloacas hasta dar con el sapo más gordo. Una adolescente hija de un político numerario del Opus por parte de padre y de familia adinerada por parte de madre.

—¿Del Opus?

—Exacto y parece ser que amigo personal de nuestro ministro del Interior, supernumerario de la Obra a la sazón. Con la Iglesia hemos topado, amigo Sancho.

—¡Hay que rejoderse! Tenía que haberlo supuesto por toda la imaginería católica que decoraba el piso —se lamentó el inspector—. Perendengue y oropel, que denominaba mi padre.

—¡Uno a cero gana papá y aún no he salido del túnel de vestuarios! La Triple Efe golpea primero, acostúmbrate porque la vamos a gozar, Sanchito. Además, me he enterado de que estáis de fiestas por tu pueblo, ¿no? ¡Qué gozada! Te tengo que dejar, que todavía tengo que organizar todo el berenjenal. Llegamos entre las cinco y las seis de la tarde, me acompañan el subinspector Bravo y Nacho Ávila, verás qué espécimen más majo este último. Nos vemos en comisaría y desde allí vamos juntos al domicilio

familiar, ¿de acuerdo? Oye, máquina, dime que ya está intervenida la línea y que tienes a alguien en la casa en estos momentos.

—Luego te lo digo —dijo Sancho antes de colgar.

—Menudo prenda —definió la inspectora.

—No lo sabes tú bien —corroboró el pelirrojo.

—A estos fantoches en mi tierra los llamamos «hinchapelotas».

—Por aquí, «tocacojones», pero afortunadamente este lo es solo desde que se levanta y luego ya todo el día.

Dicho lo cual, las únicas palabras que se escucharon en el habitáculo fueron las que pronunció Robe Iniesta, de Extremoduro.

En algún lugar de la provincia de Valladolid

Comprobó el reloj en cuanto salió de la ducha. Apenas había dormido tres horas y en breve tendría que conducir otros trescientos kilómetros para alimentar las calderas de la sala de máquinas. Esta vez la llamada la harían sobre las ocho de la tarde, pensando en que la policía ya habría tenido tiempo más que suficiente para poner en marcha el tinglado. Se notaba algo tenso por tratarse de un momento crucial, pero confiaba en el saber hacer del Chimuelo; ocho secuestros lo avalaban, aunque él tampoco le andaba a la zaga en la disciplina. Ese era el motivo por el que le había ofrecido entrar en el asunto: ser la voz. La cantidad de cuatro millones de euros entraba dentro de las posibilidades de la familia, con un patrimonio cercano a los doce; no obstante, era muy consciente de que el negociador rebajaría la cifra significativamente. El límite lo habían fijado en un millón y el plazo inicial que establecerían para el pago en setenta y dos horas, sabedor de que el proceso se dilataría bastante más.

Se cepilló los dientes en aquel lavabo que tanto le recordaba al del penitenciario y se miró al espejo. Le costaba reconocer aquel rostro enjuto, cincelado a base de los golpes secos y certeros, labrado por la pronosticable desdicha. Se lo había escuchado decir decenas de veces al abuelo Agoitz: «La vida siempre nos reserva una gran hostia», pero solo en una ocasión le explicó el misterio que encerraba la frase. La gran hostia era esa que nunca

se veía venir, que no duele en el momento pero que a uno lo deja marcado para siempre. La suya le llegó el 12 de mayo de 1999 y, tal como predijo su abuelo, ni la vio venir ni le dolió, pero aquel día su existencia se torció para no volver a enderezarse jamás. Era viernes y las calles del casco viejo empezaban a llenarse a pesar de que el chirimiri no había dejado de caer intermitentemente desde primera hora de la mañana. Había quedado con la cuadrilla para salir de potes con la intención de no liarse mucho porque el sábado tenía que estar en el tajo a las cinco de la madrugada para descargar las capturas de la noche anterior. Ya habían pasado por el Herrería y siguiendo la ruta habitual entraron en el Aurreku. Hacía semanas que no veía a Jon, un buen camarada, un tío de fiar, y ese fue el motivo que le hizo sentarse con él a rememorar hazañas callejeras de tiempos pasados. Nada le hacía pensar que aquel tipo sieso con el que llevaba más de un año compartiendo piso fuera quien le propinara su gran hostia.

Se secó el pelo con avidez como pretendiendo borrar aquellos pensamientos de su cerebro y concentró toda su animadversión en el párpado caído, descolgado como una persiana a medio bajar o a medio subir. Y si algo causaba irritación eran las cosas a medias.

Antes de sacar a Karatu quiso comprobar si Gorka había sido diligente con sus tareas. Se lo encontró delante de la televisión, sosteniendo el mando como si fuera una prolongación de su cuerpo.

—Y qué, aparte de ver programas para manijas y parados, ¿has hecho algo productivo?

—Ahí tienes las fotos, para que elijas la que prefieras y el vídeo también. Echa un vistazo, te va a gustar —presumió.

No se llevaba bien con los dispositivos electrónicos de nueva generación. La marea tecnológica había pasado por delante de su celda sin salpicarle una gota y todavía no se había habituado a esa nueva ola de sumisión a la inteligencia artificial. A pesar de ello prefirió no pedirle ayuda y sumergirse a pulmón libre en la pantalla táctil. No tardó en dar con el icono de imágenes otorgando la razón a quienes aseguran que esos intuitivos menús están diseñados para torpes. Cuando abrió la carpeta se le tensaron todos los músculos de la mandíbula. El masetero sobresalía como los bultos del lomo de Karatu.

El lado izquierdo de la cara de Margarita estaba visiblemente tumefacto y enrojecido. La sangre seca que le había manado de la nariz pintaba casi todo el labio superior de un rojo nazareno vergonzante. Sin embargo, lo que más le llamó la atención fue la mirada de la niña. Amplió el encuadre de los ojos para corroborar la primera impresión y, efectivamente, no había rastro alguno de miedo, solo aversión.

—Se puso a gritar como una loca y según entré le pegué de derechas, medio y plano, como si estuviera en el pasa. Ni Beloki le hubiera dado mejor, tú —se mofó Gorka.

Tuvo que comerse las ganas de hacerle un agujero de nueve milímetros en la nuca, pero tragó bilis y se dio media vuelta.

—Voy a dar un rulo al Karatu, luego agarro el coche.

—«Ahivalahostia». ¿Que no vas a ver el vídeo, pues? —preguntó visiblemente decepcionado.

—No me hace falta. *Agur*, majete.

Apartamento de Ólafur Olafsson

Los temblores habían cesado y la manada seguía entretenida limpiando los últimos bocados de la pieza.

El vuelo tenía fijada la hora a las 22:25. Tomaría tierra en Barajas casi diecinueve horas más tarde tras hacer escala en el Josef Strauss de Munich. Había mejores combinaciones y con la pensión que le había quedado tampoco tenía necesidad de buscar la más barata, pero realmente no tenía ninguna prisa por llegar, la única urgencia consistía en salir cuanto antes de Islandia.

Mientras ordenaba en un viejo petate la poca ropa que iba a llevar en aquel viaje observó la bolsa de fármacos que Magnus Arason, jefe de la Científica y posiblemente el último amigo que le quedaba en toda la isla, le había entregado la última tarde que se vieron. «Por si algún día te apetece volver a vivir, esto te puede ayudar», le dijo la Sombra. Sin interesarse siquiera por el contenido, lo metió dentro como quien se lleva un chubasquero a una ruta por el desierto. Acto seguido sintió la necesidad de

darse un baño. Sumergido en la tibieza del agua hizo un esfuerzo por identificar el momento en el que decidió tomar el control de su vida para desordenar su existencia. No le hizo falta bucear demasiado y se trasladó de inmediato a aquella tarde del viernes 17 de mayo de 1974. El humo que había levantado la deflagración empezaba a disiparse en la dublinesa calle Talbot y sus retinas comenzaron a registrar imágenes horribles, ominosas: el cuerpo decapitado de la mujer embarazada de las botas de color marrón; el anciano cubriendo restos humanos con papel de periódico; la niña que trataba de sacudirse los cristales que se habían incrustado en sus extremidades; el hombre de chaleco y sombrero que intentaba liberar a alguien de los cascotes desprendidos de la fachada de los almacenes Guineys, o la mujer que se probaba los zapatos esparcidos en la calle como si así pudiera escapar del infierno al que habían condenado a todos aquellos inocentes.

Un infierno en el que Ólafur Olafsson era Cerbero, el perro guardián.

Aquella jornada dejó treinta y cuatro muertos, los treinta y tres que murieron a consecuencia de los atentados más un joven integrante de la Real Policía del Úlster de origen islandés y criado en los barrios bajos de Liverpool. Del hombre que nació al día siguiente nada quedaba del anterior, porque ya no había nada que le forzara a seguir conectado a la realidad.

Nada por lo que mantenerse sobrio.

Tocaba dejarse llevar por las valkirias hasta el salón de Odín y beber hasta agotar la hidromiel del cuerno.

Comisaría, de distrito de las Delicias

La reunión se había prolongado durante casi dos horas. A excepción del agente Botello, que permanecía en el domicilio de los Zúñiga, el resto de integrantes del Grupo de Homicidios habían atendido las indicaciones de Sancho. En el punto en el que se encontraban, la investigación se iba a cimentar fundamentalmente sobre cuatro pilares. A Álvaro Peteira y a Carlos Gómez les había correspondido sacar la fotografía actual del secuestro como actividad delictiva en el ámbito nacional y sus caras más

reconocibles, para lo cual tenían que contactar con todas las unidades y grupos especializados en la materia pertenecientes a las distintas Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado. Patricio Matesanz y Áxel Botello se encargarían de seguir revolviendo en el círculo de amistades de Margarita Zúñiga y de la empleada del hogar de nacionalidad colombiana, Gabriela Rincón, así como de reconstruir las últimas horas de la adolescente antes de su desaparición. A Jacinto Garrido y Carmen Montes les había asignado profundizar en el entramado empresarial de la familia Pérez y a Sara Robles le tocaba la parte más delicada: la actividad política de Alfredo Zúñiga. En aquel libreto se había reservado para él la interpretación del papel de catalizador dependiente de la evolución en la negociación con los secuestradores además de la propia investigación.

Acto seguido acudió al despacho de Herranz-Alfageme, donde mantuvo un intercambio de impresiones sobre el modo oportuno de manejar la ayuda que a punto estaba de llegar desde Madrid. El comisario había insistido en la importancia de evitar tensiones entre su equipo y el de especialistas. Aunque Sancho no lo expresó, sabía que, conociendo como conocía a Fajardo, iba a ser más sencillo robar las manzanas del jardín de las Hespérides que meter en cintura a la Triple Efe.

Con esa certidumbre se acercó al Mesón Castellano para meter algo en el estómago y a punto estaba de hacerlo con el primer trozo de tortilla de patatas cuando le vibró el teléfono en el bolsillo del pantalón. Era el agente Navarro.

—Sancho.

—Voy a obviar hacer cualquier comentario sobre el lío. Te llamo por otra cosa.

—Mejor.

—¿Lo que me has comentado esta mañana sobre tu idea de cambiarte de casa iba en serio?

—Muy en serio.

—Resulta que según he salido de comisaría me he acordado de que mi amigo el representante de jugadores de rugby alquila su casa. ¿Te acuerdas de él?

—Perfectamente, el calvo que traga casi más cerveza que tú.

—Ese. Me lo comentó el otro día en la grada de Pepe Rojo. Yo he estado varias veces cenando allí, en su bodega. La choza la tiene niquelada y la alquila por quinientos pavos al mes. Es un pareado en la urbanización Aldeamayor Golf, ¿la sitúas?

—Perfectamente —repitió tratando de retener la comida en la boca—. Perdona, que me pillas comiendo algo.

—Nada. Aliméntate, que falta te hace. Pues eso, que si quieres hablo con él y que te la enseñe.

—Suenas de puta madre.

—Venga. Ya te aviso. Mastica bien, no te añusgues.

—De tu parte —se despidió Sancho.

No había terminado el pincho cuando el móvil volvió a reclamar su atención.

—¡Hay que joderse! —se lamentó al leer su nombre. No quería hacerlo pero deslizó el dedo por la pantalla para aceptar la llamada.

—Sanchitooo. ¡¿Qué pasa contigo?! Estamos aquí, en tus dominios, y ni Dios sabe dónde coño estás.

—Estoy intentando terminar un jodido pincho de tortilla que me estaba sabiendo a gloria hasta que he escuchado tu voz. Subo en unos minutos, espérame ahí y trata de no tocar mucho los cojones al personal.

—Tranqui, tranqui, tú coge fuerzas, que las vas a necesitar. ¡Qué ganas tengo de verte, máquina!

El inspector tuvo que dar un trago largo del botellín de agua para pasar la última perla de Fernando Fajardo Feix. Aun así, cuando pisó las dependencias del Grupo de Homicidios el bolo alimenticio conformado por huevo, patata y mucha cebolla aún no había pasado del esófago y cerca estuvo de regurgitarla en el mismo instante en que lo vio sentado en su mesa de trabajo. Se confabuló consigo mismo para meterle un tiro en la boca si se le ocurría recibirle delante del personal con un «Sanchitooo» o similar, pero descartó la idea; no llevaba encima el Colt Anaconda.

—Ya veo que te has apresurado a tomar posiciones, Fernando —se adelantó el pelirrojo.

—Es que yo necesito pocas invitaciones, eso ya deberías saberlo —repuso él, ufano.

El inspector no sabía si le irritaba más su querencia a la vis cómica o su peculiar dejo madrileño, que alcanzaba su máxima expresión en el «ejque». Era de talla menuda y extrema delgadez. La prominente nariz de talante aguileño y las bolsas que colgaban bajo esos ojos de mirada artera le hacían parecer un doble de Al Pacino venido a menos. Se estrecharon la mano con firmeza intercambiando muecas difusas cargadas de suspicacia.

—¿Y esa barba de yihadista irlandés? ¿Qué apuesta perdiste?

Sancho dejó escapar una risa silente, pasajera, antes de hacer valer sus más de veinte centímetros de diferencia de altura para agarrarle por el hombro con suavidad y dirigirle de forma sucinta hacia el pasillo. Se alejaron unos pasos de la puerta y entonces Sancho se plantó frente al jefe de la Unidad de Secuestros y Extorsiones.

—Vamos a marcar las reglas del juego antes de que nos expulsen a los dos del campo —le conminó moderando el volumen de la voz—. Ya no somos dos putos críos y ambos sabemos dónde empiezan y terminan nuestros cotos de caza. Así que no dispares en el mío, no sea que le vayas a dar a uno de mis corzos y me vea en la obligación de matar dos de tus ciervos.

—Sí que estás metafórico, sí. Bastaba con que me dijeras que no te tocara los cojones delante de tu gente. Tranquilízate un poco, ¿vale? Sé muy bien a qué he venido y no tengo ninguna intención de pisar las flores de tu jardín. ¡Coño! A ver si lo de la poesía va a ser contagioso...

—No sabes tú cuánto —apostilló el pelirrojo con sinceridad.

—De todos modos, no sabía que te habías vuelto así de vinagre.

—Es que antes no sabía a qué sabía.

—¿El vinagre?

—La mierda. Toda la puta mierda que me ha tocado tragar estos meses atrás.

—Siendo así, te concederé una tregua temporal mientras resolvemos este asunto.

Ramiro Sancho cogió aire y lo retuvo en sus pulmones.

—Te lo agradezco. Me alegro de que estés aquí, tenemos un lío de puta madre.

—Lo sé, he leído el informe. Vamos a tener que hilar muy fino, así que dejemos de dar vueltas a la madeja, que hay que vestir a la Virgen. Bravo nos está esperando en el coche —anunció.

—Andando, que es gerundio.

—Lo que te decía, máquina, eso de la poesía es contagioso.

Antes de salir de las dependencias policiales, Garrido se cruzó en su camino.

—Jefe, no se lo va a creer —anticipó.

—Tú prueba —le conminó enterrando las falanges en la frondosidad de su barba.

—Ha llegado este aviso de los picoletos. Nos informan de que han encontrado un Toyota RAV4 hundido en el embalse de Encinas de Esgueva y...

—¿Pero viene con premio o sin premio? —interrumpió la Triple Efe, jocoso.

Garrido obvió el comentario.

—Aparece a nombre de Leopoldo Blume.

—¿Y qué?, ¿se trata de algún pariente cercano o algo así? —prosiguió Fajardo en el mismo tono.

—¡Hay que joderse! —pronunció Sancho entre dientes al empujar la puerta de salida. Se preguntó hasta cuándo le iba a perseguir la sombra de Augusto Ledesma, porque notaba su resistencia muy al límite.

En algún lugar de la provincia de Valladolid.

Negro.

Como si en aquel espacio angosto todo hubiera sido devorado por la antimateria. Todo menos ella. Porque ella seguía allí, eso era incuestionable, sentada sobre el colchón, inmóvil, con los párpados muy abiertos, con la esperanza de poder distinguir algún objeto, forma o volumen. Por momentos la invadía la irritante percepción de que sus ojos habían dejado de captar imágenes y colores. Añoraba los distintos tonos, matices y gamas que pintan la realidad y que pasan inadvertidos tras la cortina de lo

cotidiano. Ni siquiera percibía el movimiento de sus manos agitándolas a escasos centímetros de la nariz. La oscuridad se lo había tragado todo. Todo menos a ella. Porque seguía viva, y lo sabía empíricamente porque todavía le palpitaba el lado izquierdo de la cara, notaba hinchado el pómulo y le escocía el labio si se pasaba la lengua.

Tardó en recuperarse del tortazo que le propinó su guardián y para colmo la había obligado a grabar un vídeo sosteniendo el *Marca* al tiempo que leía las cuatro frases escritas en una cuartilla. Había logrado contener el llanto durante la grabación, no porque no tuviera ganas de llorar, sino porque la actitud fatua de Rita se supo imponer. Sin embargo, cuando se marchó su carcelero comenzó a imaginar las reacciones que tendrían sus padres al recibir el archivo. Entonces, Marga la Pusilánime se hizo con el control y Margarita se deshizo en lágrimas. En honor a la verdad, la llorera resultó ser un bálsamo para recobrar la serenidad envuelta en aquella oscura oscuridad.

Poco después, escuchó los pasos de Gorka y su naturaleza le hizo buscar refugio contra la pared, como un corderito asustado. Un chirrido precedió a otro sonido que supo reconocer como el de algo metálico deslizándose por un suelo rugoso, granulado.

—Aquí tienes tu comida —le escuchó decir desde fuera—. Como no sabes comportarte, no me ha salido de los cojones calentártela, así que te abres el bote tú sólita y te comes la fabada tal cual. Y puedes mojar pan, si te apetece. Hala pues, a más ver —fue lo último que dijo.

Ella esperó pacientemente a no sabía qué.

—¿Ahora apareces? —preguntó Margarita.

—Sí, ahora —repuso Rita la Insolente con hostilidad—. Si quieres te lo cuento o bien te puedes volver a poner a llorar como una niña tonta a la que se le ha roto su muñeca preferida.

—Te escucho.

—He tenido una idea —le oyó decir—. Este es nuestro reino. Y aquí siempre brilla el sol porque la reina así lo dispone.

—¿Qué estupidez es esa?

—Es una forma de hablar, boba. Tú solo sabes que hay oscuridad a tu alrededor porque estás con los ojos abiertos, si los tuvieras cerrados verías

lo que tú quisieras. Haz la prueba. Piensa en..., eso es, piensa en Toño o, mucho mejor, piensa en Jorge, que yo sé que te pone más. ¿Recuerdas el día que se quitó la camiseta porque estaba empapado de sudor? Claro que lo recuerdas. Te hubiera gustado ser la toalla con la que se secó el cuerpo, ¿verdad? Y esa tableta que marca... ¡Por favor! Y dime, querida, ¿lo ves en color o en blanco y negro?

—En full HD.

—Pronto lo verás en tres dimensiones. Esta será la rutina, anota: cuando ese cabrón te apague la luz, tú cerrarás los ojos y viajarás donde y con quien te dé la gana; cuando tela vuelva a encender, te mueves por tu reino. Comes, haces tus necesidades, corres, saltas... ¿Lo pillas?

—¡Lo pilló! —exclamó.

—¿Ves como soy una tía de fiar?

—Sí y te lo agradezco en el alma, pero déjame a solas con Jorge, por favor, que no me molan los tríos.



ENTRE EL HONOR Y EL DINERO, LO SEGUNDO ES LO PRIMERO

*Hotel Metropole Bruselas (Bélgica)
3 de septiembre de 2012, 18:57*

Entró en la fastuosa recepción del hotel con los ojos clavados en la esfera de su reloj Cartier de 3.450 libras que le acababa de traer su mujer de Londres. Había previsto llegar con antelación a la cita con el señor Frei, pero no contaba con el accidente que había colapsado la R20 retrasándole más de un cuarto de hora. Faltaban tres minutos para las siete y todavía tenía que averiguar en qué sala privada le esperaba el hombre al que debía rendir cuentas dentro de la organización. El político no estaba acostumbrado a esperar a nadie y menos aún a digerir malas noticias; pésimas, en honor a la verdad, de las cuales él era el portador.

Para desgracia del abogado Thomas Geoffroy, los nueve metros de longitud del mostrador estaban abarrotados de personas y los tres empleados no aparentaban tener mucha prisa en despachar con celeridad a sus pudientes clientes. La mayoría rebasaba la tercera edad. Volvió a consultar la hora y determinó que en los ciento veinte segundos que le restaban no cabían galanterías. Localizó el objetivo más hacedero y se lanzó

a su conquista licuando recato y consideración en el empeño. Maniobró entre varias mujeres octogenarias sin acolchar su tosquedad, sirviéndose del maletín para apartar sus achacosos organismos al tiempo que repetía una suerte de salvoconducto universal:

—¡Disculpen, lo siento! ¡Disculpen, lo siento!

Las airadas protestas de las señoras resultaron vanas y Thomas Geoffroy alcanzó su objetivo, abochornado sí, pero a tiempo. El recepcionista lo examinó con un gesto réprobo pero el vituperio se extinguió en las desencajadas facciones de aquel individuo de desacomodado bisoñé.

—Es una urgencia. Llego tarde a una reunión con el señor Frei y necesito saber en qué sala me espera.

El recepcionista invirtió unos valiosísimos segundos en retirar su mirada y revisar el libro de registro. Siguiendo el flemático recorrido de la punta de aquel Mont Blanc por cada línea, el abogado valoró la posibilidad de arrebatarse la estilográfica al recepcionista y clavársela repetidamente en aquellos inservibles ojos.

—Sala Roma. Tercer piso —desveló por fin.

Thomas Geoffroy no tuvo que articular vocablo para regurgitar un interrogante.

—Tuerza por ese pasillo y suba por el ascensor del fondo —le indicó sin modificar un ápice su agrio semblante.

No tardaría en percatarse de que el cuero de la suela de sus zapatos de Christian Dior no era en absoluto compatible con el impecable encerado del suelo. Utilizando la técnica de deslizamiento de los patinadores sobre hielo logró recorrer la distancia que le separaba de la alfombra central, por la que podría avanzar más rápido y sobre todo con menor riesgo para su integridad. Notaba cargados los cuádriceps pero supo sufrir los últimos metros hasta que pisó la superficie alfombrada.

Para entonces, ya había roto a sudar.

Tal y como le había anunciado el recepcionista, el ascensor estaba al fondo; demasiado al fondo. Casi corría. A escasos metros de alcanzar la siguiente meta volante vio cómo el botones, vestido de riguroso pantalón negro, guantes blancos, chaqueta corta abotonada color carmín y fez a juego, invitaba a pasar a un grupo de ejecutivos y se disponía a cerrar la

cancela exterior. El abogado solo pretendía llamar su atención, pero el grito que se fabricó en las cuerdas vocales, amplificado por el abatimiento, mutó en terrible alarido provocando en el empleado la reacción contraria a la que buscaba. A la desesperada, logró interponer el maletín entre la cancela y el cierre para sorpresa del botones, al que no le quedó más remedio que dejarle entrar.

Una vez dentro, no le hizo falta hacerse sitio, pues los ocupantes del ascensor se agolparon contra las esquinas sincronizando la audaz maniobra preventiva del paso atrás. Thomas Geoffroy vio su rostro reflejado en el espejo y le entraron ganas de llorar. Tenía las mejillas coloradas por el improbable esfuerzo y la frente se había perlado de unas delatadoras gotas de sudor; el bisoñé estaba francamente mal colocado, como si se le hubiera roto en la cabeza, igual que un huevo peludo en una sartén. El nudo de la corbata tipo Eldredge parecía una alcachofa deshojada y un pico de la camisa asomaba curioso por debajo de la chaqueta. Se recompuso antes de salir del mismo modo que había entrado: atropelladamente.

Las agujas marcaban las 19:03. Mientras decidía en qué dirección correr, notó que su vientre empezaba el proceso de centrifugado; manifestación inequívoca de su desbocado estado de nervios. Su cuerpo le pedía evacuar con inmediatez pero el abogado apretó los dientes e ignoró la rogativa. De forma recíproca, la fortuna lo ignoró a él y, tras recorrer todo el pasillo hacia la derecha, tuvo que deshacer el camino para llegar a la sala Roma: la última puerta del pasillo de la izquierda.

Fatigado, comprometido intestinalmente y acongojado por el retraso y la tesitura del encuentro, tocó la puerta con los nudillos, timorato, atenazado.

Reconoció el rostro agrio de quien le abrió, François de Smet, el chófer y asistente personal del señor Frei, un tipo de metro noventa y cuello robusto embutido en un traje que daba la impresión de que iba a reventar en el primer pestañeo. Ante sí una sala enmoquetada en la que predominaban las tonalidades siena y chocolate, cálidas en intención y sin embargo ineficaces a la hora de caldear esa gélida atmósfera. No era la primera vez que acudía a una reunión convocada por el ramal del que dependía dentro de la organización, pero las caras poco amigables de quienes aguardaban su

llegada distaban mucho de conformar una calurosa bienvenida. Frente a él, una mesa central de wengué charolado con ocho butacas de cuero negro de las cuales solo dos estaban ocupadas. La butaca presidencial la ocupaba el presidente del Partido Cristiano-Demócrata y Flamenco, el señor Frei, impertérrito, con la espalda recta y los codos apoyados sobre la mesa en ángulo recto. A su derecha, su asistente personal y mano derecha, Luciana Lammers, que le recibió con una mirada efervescente, rayana en el desprecio, sin un adarme de empatía. Tomó asiento cuando De Smet cerró la puerta a su espalda y el señor Frei le autorizó con un gesto casi imperceptible.

—No tiene usted buen aspecto, señor Geoffroy —inició el político.

Un violento retortijón le hizo contraer los músculos de la cara.

—Una concatenación de hechos desgraciados me han impedido llegar a tiempo, señor; le pido disculpas por ello. A todos —añadió.

—¿Conoce el motivo por el que hemos convocado esta reunión? —preguntó Frei.

—Por supuesto, señor. Aquí traigo el informe que recuperamos del despacho que tenía Aarjen de Bruyn en su domicilio en Lieja.

El abogado puso el maletín sobre la mesa. Presentaba serios desperfectos como consecuencia del episodio del ascensor y al intentar abrirlo se percató de que los cierres de seguridad se habían llevado la peor parte. Obviando el detalle y luchando contra las incesantes llamadas ventrales, resolvió que lo mejor era continuar hablando.

—Sabemos que la policía lo está buscando, pero no debemos preocuparnos por ello, ya sabemos cómo trabajan los arcángeles.

—Así que no debemos preocuparnos por ello —repitió sin gesticular—. Es decir, que no debemos prestar atención a un miserable ayudante del fiscal de Hainault ya retirado que lleva investigando nuestras actividades desde hace más de una década. ¿Es eso lo que quiere darme a entender, señor Geoffroy? ¿Podría recordarme usted, si es tan amable, cuáles son sus responsabilidades como centinela de la organización?

El abogado notó cómo la lengua empezaba a revestirse de una capa de serrín que iba absorbiendo toda la humedad de la boca. Bebió agua para contrarrestar los efectos.

—Evitar filtraciones de seguridad en el ámbito legal.

—Y bajo su criterio..., ¿cree que se podría catalogar este suceso como una filtración de seguridad en el ámbito legal?

—Se podría —admitió.

El abogado se vio en el brete de constreñir el esfínter y el esfuerzo tuvo una prolongación en sus facciones, dramáticamente contraídas.

—Nos gustaría revisar el informe en cuestión —solicitó Luciana Lammers.

Thomas Geoffroy trató de abrir el maletín de forma infructuosa. Una densa gota de sudor que nació bajo el bisoñé se asomó tímidamente por la sien izquierda y, sin hacer ninguna parada, se aventuró a descender por la mejilla.

—François, ¿sería usted tan amable de ayudarlo?

El sonido de un muelle paralizó el sistema nervioso del abogado, que no pudo ni girarse. El chófer invirtió apenas unos segundos en abrir el maletín con la navaja y regresó a su posición junto a la puerta.

El centinela sacó la carpeta con el informe de Aarjen de Bruyn y se lo entregó a Luciana Lammers, que ya extendía el brazo para recogerlo. El abogado se sabía de memoria los ciento ocho folios en los que se probaba la existencia de una gran red europea delictiva con ramificaciones en otros continentes y dedicada fundamentalmente a la explotación de personas. El autor, ya difunto, ponía especial interés en las actividades relacionadas con la prostitución de menores, lo cual sabía que iba a levantar ampollas dentro de la Congregación de los Hombres Puros. Pero lo más gravoso, sin duda, era que se mencionaba la existencia de El Cartapacio de Minos.

Los veinte minutos que la mujer tardó en revisar el informe se convirtieron en un calvario nihilista en el que el abogado trataba de negar la evidencia: necesitaba defecar de inmediato.

—Señor Geoffroy, ¿se encuentra usted bien? Está adquiriendo un color alarmante. ¿Quiere que llamemos a un médico?

—No, señor, estoy bien. Solo que...

—Continúe —le exhortó Frei.

—Tengo que ir al baño urgentemente.

El rostro del político se cimentó adoptando un semblante hierático, a medio camino entre la incredulidad y la indignación.

—Acompáñele —le ordenó a De Smet.

Se incorporó con extrema cautela, sabedor del riesgo que se corre cuando la luz se pone en verde. Apretando las nalgas y dando pasos cortos alcanzó el baño. El aroma a frutas del bosque con matices de cítricos que gobernaba la atmósfera era la señal que esperaba el intestino grueso para dar la orden de evacuación con efecto inmediato. Logró bajarse a tiempo los pantalones y los calzoncillos, dejando que el cuerpo se hiciera cargo del resto. La vida se tiñó de colores vivos, alegres, y durante los minutos que duró la descarga se sintió tan aliviado que borró de su mente lo que estaba sucediendo en la sala.

Thomas Geoffroy acometió el siguiente asalto con tanta abyección como congoja.

—Espero que se encuentre mejor —retomó Frei.

—Mucho mejor; gracias, señor.

—Volviendo al asunto que nos ocupa, estará de acuerdo conmigo en que este informe es francamente comprometedor para nuestros intereses.

—Estoy de acuerdo, pero no supimos de su existencia hasta el mes de mayo, cuando recibí el aviso de uno de nuestros hombres de la Administración de Justicia de Limburgo.

—Es decir, que este hombre llevaba metiendo las narices en nuestras actividades desde el año 1992 pero usted no se ha percatado de ello hasta anteayer, como quien dice. Alguien podría pensar que no ha sido muy diligente en el cumplimiento de sus responsabilidades.

—Lo importante es que lo hemos descubierto a tiempo y cortado de raíz evitando que pueda comprometerlos. Todos los archivos están ahora en nuestro poder —se arriesgó a decir Geoffroy.

—¿Está usted seguro de ello?

—Lo estoy.

Frei le hizo una indicación a Luciana Lammers. Esta giró su portátil y lo colocó frente al interrogado.

—Esta grabación fue tomada el pasado 9 de agosto.

Luciana accionó el *play*. El dispositivo concentró la atención del abogado como si el hecho de que una pantalla pudiera reproducir imágenes fuera un acto de brujería, algo ignoto para él. A pesar de la limitada resolución, se podía ver con nitidez cómo un hombre que portaba dos sobres en la mano entraba en una oficina de correos de Lieja. A continuación, otra cámara situada frente al mostrador de envíos captaba el rostro de Aarjen de Bruyn entregando los sobres. La grabación se cortaba en un fotograma en el que se le veía abandonar la sucursal luciendo una amplia sonrisa.

Thomas Geoffroy volvió a sentirse incómodo, pero ya no se debía a una urgencia física sino a una premonición condenatoria.

—Estamos tratando de averiguar a qué direcciones los envió y quiénes son esas personas. No va a ser sencillo, la confidencialidad de los datos del servicio público de correos es tan férrea que ni el dinero puede solucionarlo. Nos estamos viendo obligados a pedir favores a personas que, antes o después, nos pedirán reciprocidad.

—¿Tiene usted algo que decir al respecto?

El centinela buscó alguna fórmula en su repertorio que pudiera sacarle de aquel embrollo, pero no encontró ninguna que no fuera a revertir en su contra.

—Lo suponía —dijo Frei chasqueando la lengua—. ¿Entiende las consecuencias que acarrea su negligencia y que, como guardián, estoy obligado a tomar?

Sin necesidad de girarse, el abogado notó la cercana presencia de François de Smet. Thomas Geoffroy admitió que no había recurso de amparo ante aquel tribunal.

—Solo permítame despedirme de mi familia; se lo suplico, señor.

—Sabe que eso no es posible. Precisamente es en su familia en quien tiene que pensar ahora. Si asume su responsabilidad tiene mi palabra de que Michelle y los niños nunca se verán salpicados por este asunto.

—Solo quiero verles una vez más, señor, concédame ese último deseo —impetró el abogado sin esperanza alguna de obtener la gracia del guardián de la Congregación.

En la diamantina expresión de Peter Frei estaba tallada la negativa. Luciana Lammers se incorporó con estudiada calma para depositar una pequeña caja metálica junto al vaso de agua del condenado. Thomas Geoffroy sabía qué contenía.

—El cianuro hará que a los ojos de su familia usted haya sufrido un terrible e inesperado infarto; una desgracia más, como tantas otras. Nadie le practicará una autopsia, puede estar tranquilo. Sus servicios terminan aquí, en esta sala, no nos lo haga más difícil de lo que ya es. Elegir cómo y dónde morir es el último privilegio que le regala la Congregación de los Hombres Puros.

El abogado conocía las normas y era consciente de que no tenía ninguna posibilidad de salir de allí con vida. Él mismo había tenido que aplicar el método en una ocasión y asistir a la muerte en directo de un miembro de su ramal. Desde la ingesta de la pastilla todo se sucedía con moderada rapidez: primero las convulsiones, dilatación de las pupilas, aceleración del ritmo cardíaco, respiración entrecortada y sensación de ahogo hasta que se producía el fallo respiratorio definitivo.

—Prométame que mi familia estará a salvo.

—Tiene usted mi palabra de honor —le aseguró Frei.

El último vocablo le hizo recordar una frase que repetía con frecuencia el catedrático Blanque durante su último año de doctorado en La Sorbona: «Entre el honor y el dinero, lo segundo es lo primero». Con manos temblorosas, Thomas Geoffroy abrió la cajita y asió entre el índice y el pulgar la minúscula pastilla. Se la introdujo en la boca y cerró los ojos para hacer un último recorrido por las caras de Michelle y los niños. Declinó el agua para tragarla.

—Que Dios se apiade de mi alma —fue lo último que dijo.



LAS CASUALIDADES SE ALIMENTAN DE CAUSALIDADES

*Residencia de los Zúñiga Pérez
C/ Menéndez Pelayo, 6 (Valladolid)
3 de septiembre de 2012, 19:50*

Siguiendo la estrategia de un médico encargado de transmitir el pronóstico reservado de un paciente, el jefe de la Unidad de Secuestros y Extorsiones había dibujado un escenario calamitoso que él mismo se había encargado de ir aligerando muy poco a poco y de forma progresiva, condicionado en todo caso a que se siguieran rigurosamente sus instrucciones. Así, Fernando Fajardo Feix había logrado que la predicción borrascosa que marcaba el inicio de la tarde pasara a anticiclónica en cuestión de horas. Sin salirse del manual de la Triple Efe, se había trasladado con el interlocutor de la familia a la habitación de Margarita, donde Nacho Ávila ya tenía instalado y funcionando el dispositivo de escuchas. Allí le había aleccionado sobre cómo actuar durante la siguiente conversación que mantuviera con el secuestrador. Cuando hubo terminado, volvió a reunir a toda la familia en el salón para insistir en los roles que cada uno debía interpretar.

La estabilidad atmosférica que reinaba de forma momentánea entre aquellas paredes pintadas de naranja coral y caqui se veía seriamente amenazada por el sistema de bajas presiones proveniente del lugar que ocupaba el abuelo José Antonio, alimentada por la tormenta eléctrica que se estaba formando en la cabeza de Azucena, a punto de encontrarse con la masa cálida que dominaba el sofá de Alfredo.

Ramiro Sancho y Sara Robles observaban desde un segundo plano la evolución de los acontecimientos.

—Es un encantador de serpientes —le susurró ella.

—Sí, pero ese áspid —indicó con la mirada hacia la madre— le puede morder en cualquier momento, aunque también podría terminar engullido por esa boa constrictor.

La comparación estaba bien fundamentada. José Antonio Pérez había adoptado una actitud de escucha desafiante. Erguido, con los brazos cruzados a la altura del pecho y el rictus torvo, parecía estar aguardando a que su presa pasara por debajo del árbol para caer sobre ella. Solo había intervenido una vez para pedir a Fajardo que elevara el tono de voz, dados sus problemas de audición. El abuelo lucía un buen estado físico para haber sobrepasado los sesenta y cinco. No se apreciaban claros en su plateada cabeza y las arrugas apenas se habían cebado con su piel. Vestía con uno de esos trajes oscuros hechos a medida que sirven tanto para bodas como para funerales.

—El inspector Sancho nos dijo esta mañana que lo único que podemos hacer ahora es esperar a que los secuestradores vuelvan a ponerse en contacto con nosotros —intervino Alfredo.

—Correcto. Pero eso no quiere decir que nosotros tengamos que estar parados. El equipo de Sancho ya está trabajando en varias líneas de investigación y por nuestra par...

—¿Y cuáles son esas líneas? —inquirió el abuelo sin cambiar de postura.

—En este momento no puedo compartir esa información con ustedes. Cuando se produzca alguna novedad yo mismo me encargaré de comunicárselo —contestó Sancho.

—Dicho con otras palabras: que todavía no tiene nada que contarnos — resumió el abuelo.

—Se equivoca. Podría contarle muchas cosas, pero no lo haré porque no son concluyentes y por lo tanto no necesita saberlas.

—Eso lo decidiremos nosotros, inspector.

—Vuelve a equivocarse, señor —apostilló en un tono de voz más grave aún de lo habitual—. Eso, precisamente, lo decidimos nosotros, concretamente yo. El inspector jefe Fajardo ha sido muy claro en su exposición. Ustedes, usted —especificó—, que va a ser el portavoz de la familia, tiene que centrar toda su atención en seguir las indicaciones de los especialistas. Y le aseguro que no va a ser una tarea sencilla. Si no mantiene la cabeza totalmente despejada va a cometer errores que podrían ser fatales, por ese motivo no voy a incurrir en la irresponsabilidad de distraerle compartiendo con usted la evolución de cada una de las líneas de investigación.

—Papá, creo que tiene razón —intervino Azucena de forma timorata.

—Claro que la tiene —aprovechó Alfredo—. Nosotros nos tenemos que ocupar de la negociación y ellos de la investigación. Más claro, el agua.

José Antonio posó la mirada lentamente sobre su yerno, como calibrando el instante adecuado para empezar a constreñir su cuerpo hasta privarlo de la última molécula de oxígeno.

El timbre del teléfono provocó el sobresalto de los presentes.

—¡Atención! —dijo Fernando Fajardo levantando un dedo en dirección al cuarto de la joven. Dejó que sonara dos veces más antes de hacer la seña a José Antonio y cerró la puerta de la habitación.

Los progenitores encallaron en el mutismo absoluto naufragando en muecas de histeria contenida.

—Dígame —contestó José Antonio con firmeza.

—¿Quién carajo habla?

Fajardo asintió con la cabeza: el gesto acordado para iniciar el guión que tanto habían ensayado previamente.

—José Antonio Pérez Pérez.

—¿Y quién chingados es usted?

—Soy el abuelo de Margarita.

—Póngame en este momento con el padre de Margarita Zúñiga —
exigió la voz endureciendo el tono.

—Mi yerno no se encuentra en condiciones, señor, y mi hija tampoco. Ambos están siendo tratados médicamente. Yo me ofrezco a hablar con usted.

—¡A toda madre! El abuelo toma las riendas.

José Antonio declinó intervenir.

—¿Y ya sabe quién soy yo?

—La persona que retiene a mi nieta. ¿Cómo quiere que me dirija a usted?

Fajardo quiso alentarle haciendo una seña con el pulgar hacia arriba.

—Está hablando con su comandante, mi amigo. Puede llamarme «mi comandante».

—Mi comandante —repitió en tono mortecino.

—Eso es, abuelo, eso es, el cabrón que tiene a su nietecita querida, y si quiere que se la regrese vivita y caminando, tendrá que hacerlo todo tal y como yo se lo indique. ¿Me explico?

—Sí.

—Muy bien, güey. Ahora agárreme papel y pluma, afineme el oído y no se me separe del teléfono, porque, a partir de ahorita, solo hablaré con usted, con nadie más. ¿Escuchó bien? Con nadie más, mi amigo.

—Le escucho perfectamente —replicó remarcando las últimas cinco sílabas palpablemente ofuscado.

—No se me ponga pendejo, abuelito, porque, si en algún jodido momento me chinga, terminaré esta llamada y se la desprendo de la vida. ¿Me explico, carajo?

Fajardo le hizo una seña para que se sosegara. José Antonio asintió.

—Sí, entiendo. Discúlpeme, son los nervios.

—Eso es, pinche sordito. Sin charadas. Anote: para que yo le regrese a su nieta completita me tiene que pagar cuatro millones de dólares. Eso vale su vida, ¿escribió bien la cifra? Es un cuatro seguidito de seis ceros. Se lo repito, cuatro millones de dólares en efectivo. Y le concedo exactamente setenta y dos horas para reunir esa cantidad. ¿Anotó todo todito?

Fajardo le mostró lo que había escrito en el folio: «Prueba de vida».

—Lo he anotado, sí, pero antes de hablar de dinero..., necesitamos una prueba de que Margarita está en perfecto estado.

—Claaaro, mi amigo, ¡cómo no! Deme ahorita mismo el número de su celular y no me vaya a decir que no dispone de uno.

Fajardo negó vehementemente con ambas manos. El silencio se adueñó de la comunicación.

—Óigame, pendejo, el tiempo se agota y si no me da su número de celular dígito a dígito ahorita mismo cortaré la comunicación y jamás volverá a ver a su escuincla. Tres segundos no más.

Fajardo escribió: «No lo recuerdo en este momento» y se lo puso delante de la cara.

José Antonio empezó a dictar.

—Muy bien, abuelo. Llévelo siempre prendido porque si se le apaga se apagará la vida de su nietecita querida, ¿me explico?

—Sí.

—Hemos terminado, mi amigo. Llamaré a su celular transcurrido el plazo, dentro de setenta y dos horas. Setenta y dos horas, ni un segundo más, ¿escuchó bien, pendejo? Y si en algo valoran la vida de la chamaquita, no me hagan ninguna charada. Esto es entre usted y yo, nadie más, ¿me oyó bien, cabrón?

—Sí.

—Eso es, mi amigo. En cuanto cuelgue recibirá la prueba de que yo no me ando con mamadas. Otra cosita... La próxima vez que le llame su comandante se me va a dar un paseíto por la calle y no trate de chingarme porque lo sabré.

—¿Cómo? No le entiendo.

—¡No mames, pinche cabrón, que el que con lobos anda a aullar se enseña! —dijo endureciendo el tono—. Le digo que cuando le llame su comandante se me sale de la casa y se me pone a caminar hacia donde carajo quiera mientras platica conmigo. Yo lo sabré mi amigo, y si noto que no está en la puta calle primero me cogeré a la niña y luego le enviaré una oreja suya, ¿sí?

—Sí, sí. Entendido, haré lo que me ordena, pero no haga daño a mi nieta, se lo ruego.

—Eso es, mi amigo. Se terminó la moneda. Adiós, José Antonio Pérez Pérez. Salúdeme a los pacos.

Sin tiempo para reponerse, un doble pitido avisó de que había recibido un mensaje multimedia.

Margarita miraba fijamente a la cámara. A pesar de que el pelo le tapaba parte del rostro, los daños que presentaba eran evidentes. Sin embargo, no parecía asustada, más bien cabreada.

«Papá, mamá: Estoy bien, pero si no hacéis lo que dicen no volveréis a verme. Os quiero».

Cuando Ramiro Sancho entró en la habitación encontró a José Antonio con la mirada inerte clavada en la pantalla del teléfono; temblaba ostensiblemente. De inmediato, buscó la de Fajardo y la encontró.

No quedaba ni rastro de su ingenio, donaire y sagacidad.

*Algún lugar de la provincia de Salamanca
(a 158 km de Valladolid)*

Soplaba aire frío entre las encinas que forraban la dehesa castellana. Apenas podían distinguirse las caras, pero ambos se conocían a la perfección y ninguno quiso reducir la distancia; esa que se genera entre quienes se guardan más recelo que confianza.

Servando Garay, alias el Chimuelo, desmontó el terminal que le había entregado el vasco justo antes de hacer la llamada. Lo roció en gasolina usando el bote con el que rellenaba *su Zippo*, aunque hacía tiempo que no fumaba. Mientras ardía, pasó el dedo pulgar por el distintivo en relieve que lo embellecía.

—Mira, hermano —le dijo mostrando orgulloso el encendedor conforme iba apareciendo en su boca un teclado irregular, con más teclas negras que blancas, por los vacíos que dejaban las muchas piezas dentales que le faltaban—. Es el emblema del Sayeret Matkal que me obsequió el capitán Amos Mekel, el tipo que nos adiestró cuando estaba en el GAFE.

El vasco lo observó en la distancia, aquellas alas desplegadas unidas en su eje por una alabarda dentro de una circunferencia no significaban nada para él. Sin embargo, agradeció que aquel objeto focalizara su atención sin detenerse ni un segundo en aquella mueca grimosa.

—Ese cabrón sabía —comentó para sí el mexicano—, vaya si sabía. Sabía hasta el valor que tiene el culo para agarrar al armadillo.

—Me marcho —anunció sin hacer comentario alguno sobre la técnica de caza del pequeño mamífero blindado.

—¿Tanta prisa tienes, hermano?

—Tengo que volver.

—No mames, güey. Por aquí no se ve un alma y ya llevo muchos días encerrado en ese cuchitril, como el ganado. Vamos a pistear y nos ponemos hasta la madre. Yo invito, aunque con todo el varo que nos vamos a chingar poco importa quién pague.

—¡Déjate de hostias! Ya lo celebraremos cuando tengamos algo que celebrar.

—Órale, no seas mamón, que todo está bien derecho —insistió el mexicano.

—Bien derecho, los cojones. En unas horas estarán por aquí dando vueltas. Seguimos tal y como lo hemos planificado. Yo a lo mío y tú con lo tuyo. Además, la niña está sola y no quiero que le pase nada —mintió. Margarita Pérez estaba custodiada por Gorka, pero ese era un detalle que no conocía el Chimuelo.

—Llegados a este punto, poco importa lo que le suceda a la chavita. Ya tienen la prueba de que está en nuestro poder. No tenemos por qué regresársela siquiera.

—Pedirán otra antes de pagar el rescate, de eso que no te quepa duda.

—Las orejas tardan en pudrirse.

El vasco hizo oídos sordos a la observación jocosa del Chimuelo.

—¿Ya te encariñaste con la pendejita? Ya vi que le metiste un madrazo bien chido..., ¿te gustó?

—Nos vemos el jueves en el lugar acordado —le cortó tajante, conteniendo en los puños las ganas de recordarle quién tomaba las decisiones—. Y no te dejes ver por ahí.

—Sé muy bien lo que hago, carnalito. Vete tranquilo a regar a la florecita, no se te vaya a marchitar. ¡Ándale!

Su socio se ajustó el gorro negro de lana y se giró en dirección al vehículo.

—*Agur*. Y, por cierto..., buen trabajo —calificó sin volverse.

—Te lo digo y no me crees, güey. Yo soy el chingón de chingones en esto.

Residencia de los Zúñiga Pérez

Eran más de las diez de la noche cuando Sancho y Fajardo salían del domicilio familiar. Minutos antes, Sara Robles se había marchado a comisaría para verificar la información que acababa de recibir sobre la actividad económica del concejal de Urbanismo. Habían escuchado la grabación de la conversación una docena de veces y reproducido el vídeo otras tantas. Luego habían mantenido una charla con todos los Zúñiga en la que el jefe de la Unidad de Secuestros y Extorsiones se había esforzado al máximo por aparentar una serenidad que no sentía. Mientras eso se producía, descargaron el vídeo y lo eliminaron del dispositivo del abuelo con el objeto de que no horudara aún más la resistencia del núcleo familiar. Protestaron airadamente por ello, pero la palabra «procedimiento» seguía funcionando con eficacia para detener hemorragias de tal calado. Se despidieron hasta el día siguiente dejando en el domicilio al subinspector Bravo y a su compañero Nacho Ávila preparando ambos archivos para su envío inmediato a acústica forense.

Ya en la calle, al chequear el móvil, Sancho tropezó con siete llamadas perdidas de cinco contactos diferentes. Relinchó exasperado.

—Necesito una cerveza por vía intravenosa —sugirió Fajardo con el gesto atribulado, con las facciones lastradas por el exceso de tensión.

—Una rápida —consintió el pelirrojo.

Llegaron a la plaza de Coca y se acomodaron como buenamente pudieron en el medio metro de barra de una de las casetas plantadas en medio de la plaza durante las fiestas.

—No pinta nada bien, Sanchito, nada bien. A ver qué sacamos de la procedencia de la llamada, pero no esperes ningún conejo blanco saliendo de una chistera.

—Con que salga algo, me da igual chistera o boina.

El inspector supo leer la necesidad de Fajardo por soltar todo lo que había ido barruntando por el camino y se limitó a prestarle atención.

—Ese tío controla. Me juego el pescuezo a que no es la primera vez que organiza un secuestro. Órdenes concisas, tono firme y amenazante, prueba de vida preparada..., ha seguido el manual del buen secuestrador. Además, conoce el procedimiento policial, sabía que estábamos a la escucha y ya le ha puesto remedio obligando a su interlocutor a salir de la casa. No me gusta. Tiene bien estudiados a todos los integrantes de la familia, incluso sabía que el abuelo tiene problemas de audición. No me gusta —repitió—. En la próxima llamada va a ser aún más complicado, máquina.

—¿Qué tal se ha comportado?

—Bien, dentro de lo que cabe. Facilitarle el teléfono móvil ha sido una cagada gorda, perdemos el control del soporte en la negociación, pero hay que reconocer que el cabrón del comandante no se lo ha puesto nada fácil. Nunca lo es. La única vez que hemos tenido que pisar México para intervenir en un caso similar salimos escaldados. Todavía lo tengo muy reciente... —confesó pronunciando un pensamiento que no hubiera querido verbalizar—. ¿Qué es eso del Lorencito que tanto pide la gente? —aseguró volviendo al presente.

—Un brebaje a base de vino blanco y Sprite. Nuestro Cartojal castellano, resaca asegurada —apostilló mordiendo el montado de lomo con pimientos.

—En cuanto tengamos tratada la voz hay que enviársela a nuestros amigos mexicanos a ver qué nos cuentan. No creo que en Madrid encuentren alguna coincidencia, pero los federales tienen una base de datos ingente.

—¿Mantienes contacto con Bonifacio Socorro? —quiso saber Sancho.

—Hace tiempo que no hablamos, pero sí, sé cómo localizarlo.

—He oído que ya no está al frente de la lucha antisequestros.

—Correcto. Ahora pertenece a la Secretaría de Gobernación, pero sigue manejando el cotarro desde la sombra. También guardo buena relación con Antonio Castillo, procurador de justicia del estado de México, uno de los más afectados del país. Allí el problema se ha convertido en un mal endémico, en algunos estados es más probable que te secuestren a que te roben —aseguró Fajardo apurando su cerveza.

—Cuatro millones, ni más ni menos.

—Ni menos ni más. Saben que la familia dispone de ellos, pero se conformarán con mucho menos. Nos sacan mucha ventaja porque ellos han movido primero. En estas partidas siempre nos toca jugar con las negras, estamos acostumbrados, solo tenemos que tener cuidado de no desproteger a nuestra dama.

—Muy acertada la metáfora —calificó Sancho.

—Hay que actuar rápido, tenemos setenta y dos horas antes de la siguiente llamada. Toca negociar la cantidad del rescate y el lugar de la entrega. El primer intento será fallido casi con total seguridad, una farsa para comprobar cómo nos manejamos. Nos va a evaluar, pero lo mismo le nace pelo a la rana. Doy por hecho que nos va a detectar, ahora bien, la representación que le tengo preparada va a estar a la altura del mejor corral de comedias.

El pelirrojo no quiso indagar en el asunto.

—Y la niña... ¿crees que estará bien?

Fajardo se encogió de hombros.

—Imposible saberlo.

—El comandante no parece que sea un mierda —apuntó Sancho.

—No. No lo parece. Tenemos que averiguar quién es ese cabrón y qué hace en España.

Ramiro Sancho asintió antes de dejar su vaso de plástico sobre la barra y echar mano a la cartera.

—¿A qué hora crees que te llamará tu gente?

—Teniendo toda la infantería sobre el terreno, imagino que en un par de horas o tres sabremos desde dónde hizo la llamada. Yo voy a aprovechar para pasar por el hotel.

—Te llevo —se ofreció Sancho.

—No te molestes, máquina, iré dando un paseo, que necesito ventilarme. Así aprovecharé para invocar a los dioses aztecas —dijo mostrando el móvil—. Me alojo en el hotel Mozart, muy cerca del domicilio de la familia.

—Me pregunto qué estará pasando allí dentro.

—Angustia es un término que lo recoge perfectamente —apuntó Fajardo—. Te mantengo informado.

Sancho se quedó unos minutos observando el trasiego de las muchas personas que circulaban por la plaza de caseta en caseta, exprimiendo al máximo el ambiente festivo en compañía de sus seres queridos, como si aquella felicidad fuera cierta.

Hastiado de la música que se escuchaba en la plaza y empujado por el último tema de moda de Shakira que le atormentaba los tímpanos, decidió refugiarse en el coche y elegir la suya.

Exprimiendo todo el jugo de sus cuerdas vocales cantando *Ángel exterminador* de Ilegales, el pelirrojo enfiló la carretera de Madrid pensando únicamente en meterse en la cama.

*Ángel exterminador,
te espera la guerra.
Aún no se ha declarado, ya lo sé,
pero habrá guerra.*

*Guerra excitante y prohibida
solo es para mayores de dieciocho años.*

Residencia de los Zúñiga Pérez

Azucena no era capaz de controlar los nervios. Tenía la absoluta necesidad de ver el vídeo una y otra vez, pero la policía lo había incautado aduciendo razones procedimentales que escapaban a su entendimiento y eliminado del dispositivo a pesar de la oposición inicial de la familia. En cuanto encontró

el momento, José Antonio abrió la caja de las posibles hipótesis encontrando en su interior variopintas teorías conspiradoras de diverso calado, todas inverosímiles, con Alfredo como único espectador al tiempo que fumaba de forma compulsiva y bebía *whisky* de manera descontrolada. A Josean lo habían enviado a casa de sus tíos para apartarlo —con buen criterio— de toda aquella locura. Nacho Ávila seguía encerrado físicamente en la habitación de la niña aunque su mente y espíritu navegaban por la VPN que tenía conectada con su unidad en Madrid. Mientras, Gabriela Rincón, la asistenta, escuchaba desde la cocina procurando no alejarse mucho de aquel reducto por si salía mal parada.

—¿Cuánto y cuándo vas a poder reunir el dinero, papá? —quiso saber Azucena.

José Antonio rehuyó la pregunta elucubrando sobre la escasa operatividad de la policía.

—Papá, ¿has oído lo que te he dicho?

—Te he oído perfectamente —replicó ofendido. Desde que le detectaron los problemas de oído reaccionaba de ese modo cuando alguien aludía a su capacidad auditiva—. Cuatro millones de dólares, como si pudiera disponer de esa cantidad chasqueando los dedos. Voy al banco, «Oiga, me va a poner cuatro millones en billetes pequeños y sin marcar, que son para un secuestro». ¡No te fastidia! Primero: no sé vosotros, pero yo no dispongo de cuatro millones en metálico, ni tres ni dos. Eso para empezar. Como ya sabéis, hace dos años el Consejo de Dirección decidió abrir mercado en Latinoamérica y los comienzos se recorren perdiendo dinero a puñados. Ahora la empresa vive gracias a las líneas de crédito que tenemos concedidas, porque liquidez, lo que se dice liquidez..., poca. Tenemos que tirar de nuestro patrimonio personal. ¿De cuánto disponéis vosotros?

Azucena le rebotó la pregunta a su marido y este la aplastó contra el cenicero.

—Exactamente de sesenta y cuatro mil doscientos doce euros con veinte. Eso es lo que tenemos en la cuenta de ahorro, lo he comprobado esta mañana. Luego tenemos unos paquetes de acciones que nos vendió Ramón, el de La Caixa, cuyo valor no llega en este momento a dos mil jodidos euros.

—Vendamos la casa de Suances —propuso ella.

—Claro, cariño, en setenta y dos horas nos saldrían compradores de debajo de las piedras, todos los que se han escondido desde que la tenemos en venta hace... ¿cinco años?

—¡Maldita sea, Alfredo! Métete tu sarcasmo por donde te quepa. Si no te hubieras empeñado en comprarte ese cochazo para aparentar lo que no somos tendríamos sesenta y nueve mil euros más en la cuenta.

—Te recuerdo, querida —pronunció sin ningún cariño—, que fuiste tú la que insistió en pagarlo de golpe, que pagarlo a plazos era..., ¿cómo dijiste? Sí, de jornaleros. Así que no me saques el coche a relucir o empiezo yo a tirar de facturas de Tremiño, joder, que todos los meses cae una joyita. La última, en concreto, fue de más de mil euros.

Azucena se echó la mano al colgante de oro rosa y brillantes blancos y negros que le adornaba el cuello.

—¡Ya sabía yo que no iba a tardar en salir el asunto! ¡¡Ya sabía yo!! Mira —dijo levantando el dedo índice como preludio a la retirada del salón. Los golpes y portazos invitaban a pensar que no tardaría en regresar.

Efectivamente. Volvió al salón con el gesto compungido y un cofre entre las manos. Cuando alcanzó la mesita frente a la televisión, volcó el contenido provocando un ruido harto estridente.

—¡Aquí las tienes! ¡Véndelas todas, incluidas las de mamá! Sacarás medio millón de euros. ¡¡Véndelas!! No las necesito. ¡Solo quiero que me devuelvan a mi niña! —gritó.

—He hablado con Pedro —intervino José Antonio mencionando al asesor fiscal de la familia—. Me asegura que si vendo los paquetes de acciones del Santander y Telefónica podría obtener unos ochocientos mil euros y que si recupero el dinero de los fondos de inversión podría llegar al millón trescientos.

—¡¿Nada más?! —gritó su hija.

La respuesta la obtuvo en la mirada tibia del empresario.

Azucena empezó a agitar ambas manos y a resoplar como si estuviera expulsando algo que habitaba dentro de su cuerpo.

—Podemos recurrir a nuestra gente, ¿no? Para eso están, para estos momentos de extrema necesidad. ¡Hagamos una colecta! Habla con Jesús

Ángel y que lo organice. Ya se lo devolveremos cuando podamos. Está en juego la vida de nuestra pequeña, ¿es que no habéis visto cómo le han dejado la cara a mi niña?

—¡Por supuesto! ¡También es mi hija!

—Calma, por favor, calmémonos todos. El especialista en secuestros me advirtió que iban a pedir una cantidad muy alta, absurda, y que ellos mismos saben que no vamos a poder conseguir. Se conformarán con mucho menos.

—¿Con cuánto? ¿Cuánto vale la vida de nuestra pequeña? —preguntó todavía alterada Azucena.

—Menos de la mitad, supongo.

—¿Un millón y medio de euros? —lanzó Alfredo.

—Es posible, sí —continuó José Antonio—. Primero les ofreceré algo menos de un millón para dejarnos un margen de negociación. Mañana por la mañana me acercaré al banco, tú haz lo mismo —le dijo a su yerno— y tú... mira a ver cuánto te dan por todo ese perendengue.

—¡No es ninguna chatarra! —estalló Azucena con los ojos vidriosos—. Son las joyas que me dejó mamá, las que tú le regalaste, mis joyas de la boda —dijo agarrando un par de piezas—, el anillo de pedida..., nada de esto es chatarra. ¡Nada!

—Perdona, cariño..., no quise emplear ese término —se disculpó su padre sujetándola por el cuello delicadamente—. Así las llamaba tu madre, ya sabes lo irónica que resultaba ser a veces. Sé que tienen mucho valor sentimental para ti. Podrías separar esas de las que no te quieres desprender de las otras y ver cuánto consigues por ellas.

—Me voy a la cama —anunció ella—. Necesito dormir un par de horas, mañana va a ser un día muy duro.

—Eso es lo que deberíamos hacer: descansar —suscribió José Antonio.

—Estoy de acuerdo. Voy a darme una ducha —anunció Alfredo.

Cuando salió del salón, Azucena se acercó a su padre y este la envolvió entre sus brazos.

—Papá, tienes que hacer todo lo que esté en tus manos para recuperar a nuestra pequeña. Margarita te adora, ya lo sabes, te quiere muchísimo.

—Y yo a ella. Te traeré a mi nieta sana y salva, te lo prometo. Haré lo que tenga que hacer para recuperarla y en un tiempo esto no habrá sido más que un mal sueño.

—Un sueño horrible, papá, un sueño horrible.

En algún lugar de la provincia de Valladolid

Era *como* si un peso invisible le estuviera aplastando el estómago. Sin embargo, la oscuridad la amarraba al colchón con mucha más fuerza que los gritos de auxilio que emitía su organismo.

Necesitaba comer de forma inminente.

Alimentarse.

—Vamos, no seas miedica —escuchó decir a Rita—. Sabes perfectamente dónde está la comida. Cierra los ojos y arrástrate hasta allí, son solo unos metros.

Margarita apretó con fuerza los párpados, estiró los brazos y se ubicó en el espacio al tocar la pared que hacía las veces de cabecero de cama. Se colocó a cuatro patas y avanzó lentamente deslizando las manos en la dirección que le marcaba su sentido de la orientación.

Cada palmo era un hito, cada metro una conquista.

Al sentir la pared con la punta de los dedos supo que se había desviado hacia su derecha. Se puso de rodillas y palpó aquella superficie buscando otra menos abrupta: la chapa metálica de la puerta. Sonrió fugazmente cuando notó el frío en las palmas y descendió paulatinamente hasta dar con un objeto. Lo examinó a tientas para cerciorarse de que se trataba de una lata de conserva y en su cabeza se dibujó una como las que Gabriela guardaba en el armario para dar de comer a Priscila. Solo le faltaba maullar de excitación como hacía su gata al escuchar el ruido de la anilla. La abrió sin pensárselo dos veces e introdujo los dedos que le cupieron dentro a modo de cuchara. No distinguió la composición ni el sabor de aquella sustancia gelatinosa hasta que la masticó por primera vez tras haber deglutido la mitad de las alubias. Habría preferido que estuvieran más calientes y menos pastosas, pero los jugos gástricos se activaron como si se

tratara del mejor y más selecto de los manjares. En el momento en el que dejó de alcanzar la comida con sus apéndices volcó el recipiente directamente en la boca hasta que cayó la última legumbre. Acto seguido, palmeó el suelo en busca del pan que había mencionado Gorka; tardó poco en encontrarlo, mucho menos en devorarlo. Como colofón, encontró la botella de agua y bebió, tragó con ansia desmedida hasta que notó que le escocía un dedo de la mano derecha. Instintivamente se lo metió en la boca. El escozor era suficiente para deducir que se había cortado con la lata durante la ingesta, pero el sabor de la sangre convirtió la sospecha en hecho irrefutable.

—¿Te has dado cuenta?! —la apercibió Rita.

—Sí, ya lo he pensado yo. Cuando encuentren mi cadáver, quien se fije en estas uñas hechas un asco... ¿qué va a pensar de mí? —contestó tirando de sorna.

—¡Así me gusta, mi niña, de buen humor! Pero no me refería a eso.

—Ya sé que me he comportado como un animal de bellota y que podría haberme hecho un corte muy profundo, pero, hija, el hambre es el hambre.

—No me refería a eso, pedazo de mema —la interrumpió antes de susurrárselo al oído.

—¿Y qué pasa si él se da cuenta? —intervino la voz de Marga— Ese tío es estúpido, tanto o más que tú, así que cierra el pico y vuélvete a tu rincón de gimotear.

Y eso hizo.

Margarita esbozó una sonrisa que no tardó en convertirle en una carcajada histriónica, descontrolada. Las siguientes horas se las pasó acariciando aquello, pensando dónde esconderlo en cuanto terminara la fase oscura.

Sonreía mientras canturreaba a dúo con Rita todas las Canciones de Calle 13 que le venían a la cabeza.

Residencia de Ramiro Sancho

Enjambres, jaurías y piaras de cerdos.

A Raluca Marichkov, una pieza codiciada

Alambres de espino.

*Enjambres de avispas que zumban al cielo
polinizando; esencia de picor y veneno.
Aristas.*

Agonías del destino.

*Jaurías de perros que aúllan al ciego
fecundizando; ausencia de mordiscos y besos.
Artistas.*

Taras del camino.

*Piaras de cerdos que chillan al ceno
estercolando; paciencia a sangre y fuego.
Autistas.*

A todos convoco desde este destierro

*para sacarnos los ojos y vernos en el averno.
Entre tanto, trato de entretenerme.
Mientras tanto, mato; tratad de detenerme.*

—¡Qué hijo de la gran puta! —calificó Sancho sin acritud. Era la quinta vez que leía ese poema. Sancho no había encontrado mejor manera de entretenerse mientras llegaban noticias de la localización de la llamada. Habían pasado dos horas y, a pesar de que ya empezaban a aparecer los primeros signos de somnolencia, decidió acometer la lectura del siguiente poema.

Victimario.

A Svetlana Mihailovic, víctima inmortal por causas naturales

*¡Ay, querida!, si tú supieras
lo que para mí eres o eras.*

*Un recuerdo implantado,
un olvido intencionado.
Una simple brisa robada,
una ardua corriente sedada.*

*¡Ay, amigo!, si tú quisieras
ver lo que yo veo o vieras
cómo disfruto arrebatando,
cómo padezco despojando
tus falsos sueños mundanos,
tus veraces delirios humanos.*

*¡Ay, hermano!, si tú pudieras
pedir lo que yo pido o pidieras
no volver a la vida tuerta,
no vivir en la vía muerta,
no morir en casa ajena,
no ser ajeno en la escena.*

*Inmortalizar tu existencia.
De víctima a vivencia.*

En algún momento Sancho concluyó que, en cierto modo, él formaba parte del macabro universo de Augusto y, lejos de sentirse mal, o incómodo, podía notar una sensación que se aproximaba extrañamente al orgullo. Satisfacción por haber sido quien pusiera el punto final a su obra al tiempo que lamentaba que no estuviera vivo para que le pudiera resolver las muchas incógnitas que revoloteaban en su cabeza. El sonido del móvil interrumpió aquellas cavilaciones. Era Fajardo.

—Sancho.

—¡Lo tenemos, Sanchito! Provincia de Salamanca, cerca del embalse de Almendra. ¿Te dice algo?

—Nada.

—Algún mendrugo ha dado el aviso a la Comandancia de la Guardia Civil. Un tal Travieso ha sido el lumbreras, ¿lo conoces?

—Por desgracia.

—Vamos para allá. ¿Me pasas a recoger?

—Doce minutos.

En once ya estaban camino de Salamanca con el acelerador pegado a la alfombrilla.

—No vamos a encontrar una mierda —comentó Fajardo—. Fijo que tendrán a la niña en un radio de ciento cincuenta o doscientos kilómetros desde donde han hecho la llamada; sin embargo, no está mal que nos demos un garbeo por allí para ver con qué hilo están tejiendo el paño estos cabrones.

—Puede que alguien haya visto por la zona a un tipo con cara de secuestrador mexicano. No creo que haya muchos de esos por allí.

—Hablando del comandante 54..., mi gente no tiene ninguna duda acerca de la procedencia del acento. No obstante, lanzaré la consulta allende los mares para ver si concretan o si tienen algo sobre ese cabrón. Los Zetas suelen utilizar números que son indicativos de su rango dentro de la organización. A menor número, más reputación.

—Cincuenta y cuatro no parece muy prestigioso —comentó Sancho rebuscando el dato en su memoria.

—No te creas. No repiten numeración y teniendo en cuenta que del uno al treinta ya están a la derecha de la Virgen de Guadalupe... Ojo, que también podría tratarse de un idiota dándoselas de chungo. A ver qué me cuentan mañana por la mañana mis cuates.

—Independientemente, habrá que recorrerse hoteles, hostales, gasolineras, bares, restaurantes, puticlubes y demás garitos de la zona, que las casualidades se alimentan de causalidades.

—¿Cómo?

—Que si nadie sopla no suena la flauta.

Fajardo rio.

—Tú y tus putos refranes, máquina.

—Tú y tu puta madre —zanjó Sancho con voz grave y dudoso tono jovial.

Llegaron al lugar una hora y tres minutos más tarde. Tenían luna llena y las pocas nubes que pululaban a su alrededor no impedían que la claridad les marcara el camino hasta un encinar señalado por las luces de los Nissan Patrol de la Benemérita.

Un hombre uniformado fue a su encuentro.

—Brigada Martínez, del puesto de Vitigudino —se presentó estrechándoles la mano—. ¿De qué va todo esto, si puede saberse?

—Le informarán a su debido tiempo —contestó Fajardo—. ¿Qué tienen?

—Hemos peinado el cuadrante que nos indicaron y creo que hemos encontrado algo. Es por aquí.

A unos cincuenta metros había dos guardias en cuclillas alumbrando con sus linternas hacia el suelo.

—Es un móvil. O lo que queda de él —comentó uno.

Sancho y Fajardo se agacharon para comprobarlo. Efectivamente, sobre la tierra descansaban los restos de un terminal que había sido pasto de las llamas.

—Primero lo han desmontado y luego lo han quemado. Esa es la carcasa, eso otro debe de ser la batería y lo otro el resto del terminal —señaló la Triple Efe con una modulación en la que no había cabida al error.

—Y esa pelota debió de ser la tarjeta —apuntó Sancho.

—Bien visto, pero esto es como si tú acudes al tricólogo, no sirve para nada —bromeó—. Nacho ya tiene la numeración de la tarjeta SIM desde la que se hizo la llamada. Lo estamos rastreando a ver dónde nos lleva. Es de Yoigo, ahora tenemos que saber dónde se vendió ese lote.

—Yo diría que es uno de esos terminales chinos baratos —comentó uno de los guardias civiles—. Vamos, estoy casi seguro, pero la marca no se distingue.

Fajardo se incorporó para dirigirse al brigada Martínez.

—Hagan el favor de recogerlo y acotar la zona. Espero que los de la Científica ya estén de camino, porque aquí sacan tajada —le comentó a Sancho—. Hay que localizar huellas recientes de pisadas y de vehículos que podamos procesar. Si identificamos la marca y modelo podremos deshacer

la ruta a través de las cámaras de la Dirección General de Tráfico hasta la puerta de su casa.

El brigada relinchó.

—Las cámaras de la DGT sirven solo en el caso de que hayan venido siguiendo la red viaria principal, cosa que me extrañaría, porque las de la secundaria... —terminó la frase relinchando de nuevo.

—Por eso mismo vamos a ampliar el área acordonada hasta los puntos de acceso natural. Por favor, saque a sus hombres a la voz de ya del terreno, que esto parece una peregrinación rociera. Anote a los que hayan estado deambulando por ahí y que se presenten a los de las batas blancas para que les tomen una muestra de la pisada. Y ya que estamos, que identifiquen los restos que hayan podido dejar, como esa colilla que acaba de tirar aquel hombre, por ejemplo.

El brigada Martínez se tragó uno a uno todos los exabruptos que estuvo amasando durante la exposición de aquel hombre menudo y enjuto con cara de no haberla metido en caliente desde el cambio de siglo.

—No parece que haya venido hasta aquí a pie —*conjeturó* Sancho mirando en derredor.

—No crea. La 302 está ahí mismo —señaló el brigada— y Ledesma no estará a más de cinco o seis kilómetros.

El inspector Sancho se giró violentamente.

—¿Cómo ha dicho?

—Que la carretera pasa justo por ahí —insistió dibujando *el* trazo en el aire— y que el pueblo más grande de por aquí cerca es Ledesma. Mire, allí se ven las luces.

—Ledesma —repitió—, ¡hay que joderse!

—Nosotros ya hemos terminado aquí —anunció Fajardo—. Por favor, que no se llene esto de aldeanos curioseando ni excursionistas buscando setas. Cada minuto cuenta.

—Esperaré instrucciones.

—Gracias. Le mantendremos informado —se despidió el de la Unidad de Secuestros y Extorsiones con un nuevo apretón de manos.

Cuando buscó a Sancho lo descubrió caminando cabizbajo en dirección al vehículo, visiblemente cabreado.



FICCIÓN Y VERDAD COMPLETAN LA REALIDAD

*Comisaría de distrito de las Delicias
C/ Gerona, s/n (Valladolid)
4 de septiembre de 2012, 13:50*

—No vuelva a llamarme —exigió Sancho en un tono exento de amabilidad. La coordinadora de producción del programa le había contactado desde otro teléfono que no tenía controlado y la treta le funcionó el tiempo suficiente para comunicarle la nueva oferta económica que acababa de aprobar la dirección de la cadena de televisión. Pero esa no fue la única llamada recibida que le había generado el malestar con el que enfilaba el último tramo de la mañana.

El inspector Sancho había comenzado la jornada con un remanente de cuatro horas de duermevela. Ojeras y bolsas pugnaban por ser el rasgo predominante en el iracundo semblante del pelirrojo.

En cuanto pisó las dependencias del Grupo se sentó con los subinspectores Matesanz y Peteira y la inspectora Robles con el propósito de establecer un diagnóstico de la situación. Todavía no estaba completo, pero Gómez había realizado un buen trabajo indagando en el noble arte del

secuestro dentro de nuestras fronteras. Tras la ronda de consultas con otros Cuerpos de Seguridad del Estado, coincidiendo con lo que reflejaban los informes proporcionados por el Ministerio del Interior, como actividad delictiva el secuestro representaba un porcentaje muy poco significativo en España. Sin embargo, la modalidad exprés había crecido sustancialmente en los últimos años como consecuencia de la proliferación de bandas organizadas y especializadas en extorsiones en la Costa del Sol y la zona de Levante; todas de origen sudamericano o del este de Europa. Apenas encontró una decena de casos que encajaran en la modalidad de secuestro que tenían entre manos y ninguno de ellos presentaba vínculos al otro lado del Atlántico.

Matesanz tampoco era portador de buenas noticias: nada habían encontrado en el círculo de amistades de Margarita y nada hacía sospechar que la empleada del hogar, Gabriela Rincón, tuviera una mínima vinculación con el caso. La colombiana atesoraba diecisiete años de servicio, tantos como los que tenía el hijo mayor de la familia, y su cuenta bancaria no registraba ningún movimiento más allá de los ingresos modestos y gastos ponderados. Sí hubo algo que llamó la atención del equipo de investigadores, que fue la observación de Josean sobre las rarezas de su hermana. Según aseguraba su único hermano, era frecuente escuchar a Margarita manteniendo conversaciones consigo misma desde hacía un tiempo que no fue capaz de concretar. Sobre el contenido de las mismas tampoco precisó, pero Sancho conminó al veterano subinspector que profundizara en la cuestión por si les llevaba a conocer mejor a la víctima.

En lo relativo a la reconstrucción de los hechos, Axel Botello había recogido el testimonio de un trabajador de una de las casetas ubicadas en la plaza de Santa Ana que se había fijado en ella porque, según él, se parecía demasiado a una ex que estaba de muy buen ver. La descripción encajaba: pelo largo color castaño claro, camiseta blanca de tirantes, pantalón vaquero corto y zapatillas deportivas «de esas que llevan ahora todas las pijas», añadió. El testigo aseguraba que sobre las doce de la noche la vio hablando con un hombre de mediana edad y mediana estatura. «Un tipo normal», lo definió. Y que un rato más tarde la perdió de vista en dirección a la calle

Veinte de Febrero. A falta de detalles suculentos, Sancho confiaba en tener algo más de suerte en las imágenes recogidas por las cámaras de la zona.

Del entramado empresarial de la familia apenas había resultados por el momento; a pesar de ello, lo que sí se había comprobado era la existencia de un estructurado plan de expansión de Helios en toda Latinoamérica. El proyecto había arrancado en enero y avanzaba por buen camino bajo la supervisión del propio presidente de la compañía y de su mano derecha, su sobrino Andrés Pérez, con quien Montes ya había fijado una cita con la intención de detectar alguna conexión oscura que pudiera rastrearse.

Respecto a la delicada labor que le había encomendado a Sara Robles, esta había demostrado su capacidad de trabajo revolviendo en la hemeroteca local en busca de algún escándalo o noticia que hubiera asperjado la imagen del concejal.

Halló varios asuntos menores y uno reciente que había puesto a funcionar sus glándulas salivales. El titular de *El Norte de Castilla* rezaba así: «El juez Sánchez Cartón estudia la imputación del concejal Alfredo Zúñiga en el caso Trituradora». El asunto en sí lo relacionaba con la adjudicación de contratos públicos a empresas participadas por amigos del aludido. El cohecho y el tráfico de influencias representaban dos enormes y negras aves carroñeras, y el hecho de que llevaran planeando los últimos meses por encima de la cabeza del padre de Margarita le hizo valorar que el edil podría haberse visto empujado a incurrir en algún error de mayor calado. El caso Nóos, la trama Gürtel, los ERE fraudulentos y la operación Malaya copaban los titulares de los periódicos en una vergonzante sucesión de noticias que se solapaban entre sí. Los juzgados eran incapaces de instruir en tiempo y forma todo lo que les caía al respecto y el ciudadano de a pie señalaba a la clase política como causante directa de la insostenible crisis económica que parecía no tener fin. Sancho era muy consciente de que hinchar ese globo le iba a consumir demasiado aire, oxígeno muy preciado del que no disponía, y, sin embargo, intuía que era un cordel que no podía soltar aunque le arrastrara a la estratosfera de la corrupción.

Donde los progresos sí parecían producirse de modo más palpable era en lo relacionado con el rastro que había dejado la llamada del comandante. Las pesquisas habían desembocado en un punto de venta asociado a la

operadora de telecomunicaciones del centro comercial El Ferial de Parla. A primera hora de la mañana se habían personado dos agentes del grupo de Fajardo con la orden pertinente y del sistema de gestión de la franquicia habían obtenido un nombre: José Ramón Madruga Sieso, un conocido toxicómano con un suculento historial de antecedentes penales entre los que se repetía el robo con violencia o intimidación por el que había cumplido dos penas de tres y cinco años respectivamente. El apunte de ventas había sido corroborado por el encargado de la tienda, que recordaba con nitidez el hecho acaecido el día 22 de agosto a última hora de la tarde cuando se presentó el aludido con evidentes síntomas de faltarle la penúltima dosis. Adquirió tres terminales con tarjetas prepago de la marca Huawei y abonó en efectivo antes de marcharse igual que había llegado: necesitado de un pico. La orden de búsqueda y captura ya estaba cursada, así como la solicitud de intervención de las otras dos líneas.

Procesando todo aquello para trasladárselo al comisario le entró una inesperada llamada con el prefijo de Italia. Tras los escasos diez minutos que había durado el diálogo, la cabeza le decía que Gracia se había mostrado poco más que cordial mientras que el corazón se empeñaba en convencerle de que sus palabras arrastraban mucho más que afecto. Tratando de eliminar el eco de la última frase con la que se había despedido la triestina a base de impetuosos tirones del pelo de su cobriza barba, no se percató de que la inspectora Robles estaba llamando su atención.

«Alessandro te echa de menos; y yo también».

—¿Sancho? —insistió ella elevando el tono.

—Perdona —reaccionó—, estaba dando vueltas a todo este embrollo.

—Me imagino, perdona la intromisión. Me preguntaba si te apetece bajar a picar algo, querría comentarte un tema que no sé si...

Sancho miró su reloj.

—Supongo que Herranz-Alfageme puede esperar unos minutos.

Sentados en las nada confortables sillas de madera del Mesón Castellano a la espera de que Manolo les diera de comer, Sara pisó el jardín sin descalzarse.

—Se trata del subinspector Peteira.

El inspector frunció el ceño.

—Es muy probable que me esté metiendo donde nadie me ha llamado, pero creo que, como jefe del Grupo, no te haría ningún favor ocultándotelo —expuso acompañando la última palabra con el gesto correspondiente. Sancho cayó en la cuenta de que la inspectora solía apoyar sus exposiciones con mímica—. Hace un rato he escuchado una conversación telefónica de Peteira, sospecho que con su mujer, en la que ha debido de recibir muy malas noticias porque..., en fin, que ha terminado llorando. Es algo relacionado con su hijo —añadió.

—¡Hay que joderse! —juzgó el pelirrojo.

—Ha sido casual. Yo estaba en el servicio y... —se excusó ella.

—Tranquila, has hecho lo correcto —resolvió—. Hace unos días comentó que últimamente encontraba raro a uno de los gemelos. ¡Me cago en mi puta vida mil veces, joder!

—Espero no haberme ganado la enemistad de Peteira, es un gran compañero y un profesional como pocos.

—Dejaré pasar unos días a ver si sale de él, pero este cabrón, al margen de ser un profesional como pocos —parafraseó— y un gran compañero, es el típico «mascaprotelemas».

Los huevos fritos con patatas se personaron sobre la mesa en el momento menos propicio, aun así, ambos hicieron un esfuerzo por tragar la comida con un nudo en la garganta.

—Cambiano de tema —retomó él—. La gente de Fajardo está segura de que la voz corresponde a un mexicano. Pleno en la tirada. Me sorprendiste con tu argumentación lingüística.

—Supongo que ya sabrás que antes de recalar en esta preciosa ciudad curraba en vigilancias y seguimientos. La experiencia afinando el oído hizo el resto.

—¿Y qué más virtudes mantienes ocultas?

—Mi amabilidad —contestó lozana.

Levantó la mirada de la cazuela de sopas de ajo para encontrarse con la de la inspectora, sulfurosa y limpia.

Aquel fue, con mucha diferencia, el mejor instante del día para Ramiro Sancho.

Aeropuerto internacional Josef Strauss (Munich)

Cuando abrió los ojos todos los pasajeros que, igual que él, estaban esperando para embarcar, habían desaparecido. Un automatismo interno le incitó a moverse de inmediato del asiento, pero el equilibrio no supo imponerse a los gramos de alcohol que circulaban por el torrente sanguíneo de Ólafur Olafsson. Sin entender muy bien cómo, se vio besando la lona del moderno y confortable aeropuerto muniqués.

Antes de que el avión proveniente de Keflavik tomara tierra en suelo alemán, y de aquello hacía ya más de diez horas, había resuelto beberse el tiempo de espera aliándose con la profusa variedad de cerveza de la región de Baviera. La cata fue disputada pero finalmente el top cinco lo habían encabezado, por este orden: Hofbräu, Augustiner, Löwenbäu, Franziskaner y Paulaner, aunque otras muchas marcas habían optado al cajón hasta la penúltima ronda, hasta el último sorbo. A falta de una hora para que saliera el vuelo tomó asiento frente a la puerta de embarque y se dedicó a construir dramáticas historias para cada pasajero que le llamaba la atención por algo concreto: parte de su atuendo, un gesto extraño, un comportamiento anómalo o un rasgo peculiar. Sin embargo, en algún momento su cerebro le debió de pedir una tregua y el islandés se la concedió en forma de descanso visual. Con lo que no contaba era con que, en su estado de embriaguez, los segundos se transformaran en minutos.

Se incorporó a duras penas agarrándose a las patas de las filas de asientos ancladas al firme y siguiendo una trayectoria en absoluto rectilínea alcanzó el mostrador gobernado por la empleada de la compañía aérea que acababa de cerrar el pasaje para el vuelo 2231 con destino Madrid.

—Señorita —pronunció en inglés mientras trataba de encontrar la tarjeta de embarque en el bolsillo interior de su gabardina—, tengo que subirme a ese avión.

La mujer blindó el semblante tras una mueca que dominaba a la perfección, dada su dilatada experiencia. Lo examinó con curiosa frialdad. Había algo en aquel hombre que le hizo recordar a su abuelo Bozydar. No

se trataba del parecido físico; su antepasado era moreno, espigado y con rasgos marcadamente semitas. Tampoco era su modo de expresarse, nada rudimentario para tratarse de un operario de la cadena de una fábrica de calderas a las afueras de Varsovia.

—Eso va a ser imposible —sentenció—. El vuelo está cerrado.

El alcohol engrasaba su persistencia e inyectaba carburante de elevado octanaje en su locuacidad.

—Imposible sería en el caso de que el avión ya hubiera despegado, hecho que, según puede constatar usted misma, no se ha producido. Por favor, sea usted tan amable de permitirme coger ese vuelo. Se lo ruego —aderezó forzando una sonrisa poco convincente.

—Creo que no he sabido explicarme correctamente, señor. Cuando digo «imposible» es porque no depende de mí, trasciende de mis responsabilidades y, en consecuencia, no puedo permitirle el embarque.

Ólafur detectó, o creyó vislumbrar, grietas minúsculas, casi imperceptibles, en la tenaz resistencia de su opositora.

—Señora, no me deja otra opción que apelar a su bondad. Por motivos que exceden sus reservas de paciencia omitiré los detalles por los que necesito subirme a ese avión. Pero sí puedo asegurarle que, si no me permite hacerlo, volveré a la barra de aquel bar y permaneceré allí hasta que consuma todo el saldo de mi tarjeta de crédito, que no es poco, créame. Por tanto, aunque sea de forma indirecta, usted será parcialmente responsable de mi denigrante comportamiento y de los más que previsibles actos bochornosos que se van a producir a escasa distancia de su puesto de trabajo.

La empleada de la compañía aérea oía hablar a aquel señor de mostacho amarillento, pero no escuchaba. Era el olor. El dulzor etílico que, como una nebulosa, acompañaba cada palabra que salía de su boca. Como el abuelo Bozydar.

—Permítame un segundo —le interrumpió ella antes de agarrar el teléfono. Algo después, sus labios dibujaron una mueca infantil—. Permítame su tarjeta de embarque, señor.

—Muy amable.

—Que disfrute del vuelo, señor Olafsson.

Residencia de los Zúñiga

José Antonio se aproximó con sigilo al sofá en el que descansaba su hija. Había adoptado una postura inverosímil, nada confortable; idéntica a la de cuando era una niña. De aquella criatura de rostro angelical poco quedaba, apenas el esmalte de la loza.

Tenía perfectamente identificado el momento exacto en que las raíces de Azucena habían dejado de absorber nutrientes, el tallo empezó a desviarse y las flores se tornaron mustias: el día que negó el primer mandamiento. Cuando la muerte de su madre los cogió a todos por sorpresa ella tenía ocho años.

—¿Mamá está en el cielo? —le preguntó ella semanas después del funeral. Todavía podía verla luciendo uno de esos vestidos que eran réplica a tamaño natural de los que vestían las muñecas de porcelana que coleccionaba su difunta esposa por decenas.

—Dios la ha llamado porque quiere que esté junto a él.

—Pero yo también quiero que esté con nosotros —protestó la niña.

—Claro, hija. Pero mamá vivirá siempre aquí —argumentó poniendo la mano sobre su pecho.

Luego de barruntar aquellas palabras durante unos segundos, Azucena negó con la cabeza.

—No me gusta —expuso la pequeña.

—¿Qué es lo que no te gusta?

—Dios. No me gusta Dios.

No era la primera vez, pero sí fue la última que José Antonio se vio en la necesidad de cruzarle la cara. A partir de aquel día sus ojos de color jade se oscurecieron, se ahuecaron por dentro como los de las condenadas muñecas, con ese brillo vítreo, amañado y postizo; simulado. No tardó en cobijarse en una conducta taciturna que marcaría su adolescencia, aceptando en silencio las normas de una educación encorsetada en la doctrina del Opus Dei. Y mientras su hija se marchitaba, él caminaba recto por el sendero que iluminó san José María Escrivá, haciendo de su trabajo

una bendición de Dios; abonando con su sudor el mañana de su familia o lo que quedaba de ella. Con el transcurrir de los años José Antonio se fue separando, sin reconocerlo, de aquellos preceptos divinos con el objeto de acercarse al lado humano de su única hija, de recuperar el esplendor de sus retinas. Tardó en darse por vencido, en reconocer que aquella fractura no podía salvarse con ninguna pértiga y que la única forma de pasar a su lado era el puente que él mismo se había encargado de derribar durante su infancia. Tal era el distanciamiento que ni siquiera fue capaz de corregir sus equívocas decisiones, como la de contraer matrimonio con aquel joven apuesto que, con la carrera de Derecho sin terminar, ya había trazado un atajo profesional llamando a la puerta de la política. No le quedó más remedio que exprimir sus influencias para que se la abrieran de par en par y caminara sobre la alfombra roja que él mismo colocó a sus pies. Esa fue su manera de rellenar el vacío que se seguía ocultando tras el barniz de la mirada de Azucena. Pero cuando menos esperanzas albergaba de cruzar el abismo que le separaba de su hija apareció ella: Margarita, su primera nieta. Su llegada, igual que sucediera con su esposa, también los cogió a todos por sorpresa, y a José Antonio le gustaba pensar que ese era el motivo que animó a Azucena a bautizarla igual que ella. Cada minuto que pasaba con su nieta se materializaba en una tonelada de cemento destinado a recomponer la fractura. A partir de entonces, no hubo ni un solo día desde su nacimiento que no hubiera pasado por casa, aunque ya estuviera dormida. Se conformaba con poder besarla en la frente y respirar la fragancia que se desprendía de su cabello. Y así fue año tras año hasta que la delicada situación de la empresa en su aventura americana le forzó a coger un vuelo para reunirse con sus accionistas en Sao Paulo. Quince años, siete meses y cuatro días sin dejar de ver a su pequeña y en la semana en la que está fuera del país unos demonios se la arrebatan de su lado.

Los caminos del Señor son inescrutables, eso no lo ponía en duda. Sin embargo, José Antonio Pérez Pérez ya tenía decidido que, si se trataba de una prueba del cielo, él removería todos los infiernos para hacer que Azucena volviera a abrazar a su hija.

—¿Papá? —su somnolienta voz le trajo de nuevo al presente.

—Aquí estoy, hija. A tu lado.

—¿Ya ha vuelto Marga?

José Antonio tragó azufre y las palabras se deshicieron en su garganta.

—No. Todavía no.

—¿Cuándo me la van a devolver, papá?

—Pronto. Muy pronto.

—Prométemelo, papá. Prométeme que me la traerás a casa. Prométemelo, papá —le suplicó anegando las palabras en un llanto agónico, desgarrado.

—Hija mía, jamás he pronunciado el nombre de Dios en vano, pero hoy te juro por el Altísimo que te traeré de vuelta a nuestra Marga. ¡¿Me has oído bien?! Te juro por Dios todopoderoso que volverás a abrazar a tu hija igual que yo te estoy abrazando a ti.

En algún lugar de la provincia de Valladolid

No dormía, pero prefirió permanecer tirado sobre aquel colchón a mantener otra conversación con Gorka. Sin embargo, llevaba tanto tiempo dándole vueltas a la frase del Chimuelo: «No tenemos por qué regresársela», que terminó levantándose para buscar una nueva ocupación mental. Se metió la Beretta por dentro del pantalón y se sacó la camisa a la vez que se acorazaba anímicamente para no alimentar su úlcera de estómago. Prendió un cigarro y salió de la habitación. El volumen de la televisión inundaba toda la casa y antes de que entrara en el salón ya había pintado el cuadro que se iba a encontrar. Le chocó encontrárselo hojeando una revista.

—Aúpa.

Gorka pronunció algo sin despegar la mirada de los modelos de coches deportivos.

—¿Qué?, ¿cómo anda la pieza? —insistió él.

—Por ahí dando vueltas, perreando, que es lo suyo, ¿no? —contestó en un alarde de ingenio.

—Me refería a la chavala.

—«Ahivalahostia». Pues ahí abajo anda. Vamos, que salir no ha salido...

Con ganas de vaciarle el cargador de la 9 mm parabellum, se dio media vuelta y se encaminó al sótano. Lo primero que hizo fue comprobar que el programador del encendido eléctrico de la antigua despensa en la que mantenían retenida a la chica funcionaba correctamente. Luego abrió la rejilla con suavidad y reclinó la cabeza hacia atrás para ganar ángulo de visión con su ojo izquierdo.

Aquello no se lo esperaba.

Corría descalza sin desplazarse sobre el colchón en un metro cuadrado que se había convertido en su pista de atletismo privada. Tenía la camiseta de tirantes empapada en sudor y se podía escuchar cómo llevaba el ritmo de la respiración: dos inhalaciones por la nariz coincidiendo con cada apoyo y la exhalación por la boca de una sola vez y de forma prolongada durante los dos siguientes.

El vasco permaneció observando durante un tiempo indefinido, absorto en la carrera de Margarita, convencido de que aquella muchacha era francamente especial. Una mala elección.

Fuera de la casa, Servando Garay cantaba *Noche de ronda* impostando la voz de Agustín Lara mientras vigilaba a cierta distancia desde el interior de aquel vehículo más apto para el desguace que para la circulación.

No había sido por motivos de desconfianza, en realidad no sabía muy bien qué era lo que le había empujado a seguirle tras su último encuentro hasta la casa donde el vasco tenía retenida a la niña. Y lo había hecho a pesar de que las normas impuestas por su socio establecían que solo él debía conocer su paradero. Por motivos de seguridad —le justificó en su día—. El Chimuelo lo consintió porque no quería poner en peligro su participación en el negocio, pero desde el principio tuvo claro que no iba a consentir que él tuviera la llave maestra en exclusiva. Margarita Zúñiga Pérez era la garantía en el pago, el escudo en la investigación policial, el aval en la negociación y el paraguas en el momento de recoger la cosecha. Él lo sabía muy bien, quien controla al plagiado controla el plagio, y él nunca dejaba que nadie le dijera la cantidad de picante que había que poner en su enchilada.

Como siempre había sido.

El Chimuelo, como era conocido en el barrio de Tepito, se inició con catorce años asaltando a los pocos turistas que se atrevían a adentrarse en aquella zona del D. F. Con dieciséis robó una motoneta que le facilitaba los tirones y sobre todo las huidas por las callejuelas, que conocía como si él mismo las hubiera dibujado. A principios de los ochenta todavía no habían saltado las alarmas y las calles no estaban plagadas de polis a los que untar para que miraran hacia otro lado. Sin embargo, cuando mejor le iban las cosas, llegó su noche triste. Estaba a punto de irse a dormir tras hacerse con un botín que superaba los 1.000 pesos cuando dos patrullas de la SSPDF le salieron al paso. Al ver que uno de ellos se ajustaba un puño americano y que habían apagado las luces de los coches supo que la detención no era el objetivo de esa noche para los agentes. Le quitaron todo lo que llevaba encima y le destrozaron la moto primero y la cara después. Perdió cuatro dientes y ni su madre tenía dinero para pagarle el arreglo ni él estaba dispuesto a invertir en lo estético. De esta manera, Servando adoptó el apodo de Chimuelo y entregó su nombre a la beneficencia.

Sin piezas dentales delanteras pero con el instinto de supervivencia intacto, llegó a la conclusión de que tenía que buscar protección dentro de un grupo. No le resultó complicado entrar en una pandilla que se hacían llamar Los Santones y que controlaban la parte alta del Eje 1 Norte. Pronto se fue ganando un sitio a base de asaltos a mano armada en negocios fuera del barrio o atacando a otras pandillas que trapicheaban con drogas para terceros. Pero en alguna de aquellas incursiones pisaron terreno del cártel de los Beltrán Leyva y seis de sus compañeros terminaron en un camión refrigerador encontrado en Nuevo Laredo. De sus cabezas nada se supo.

Corría el año 1996 cuando Servando Garay resolvió que había llegado la hora de cambiar de aires; radicalmente. Se enteró de que el Grupo Aeromóvil de Fuerzas Especiales reclutaba jóvenes sin formación académica —cumpliendo con el plan de expansión del presidente de la República, Ernesto Zedillo— como fuerza de choque para combatir la expansión del Ejército Zapatista de Liberación Nacional. Pasó seis meses infernales en el centro de adiestramiento de Temamatla, pero salió de allí curtido en distintas técnicas de combate y en el uso de todo tipo de armamento ligero además de profundizar en materias totalmente

desconocidas como la disciplina, el control emocional, el valor o la tolerancia al dolor. Toda una licenciatura diseñada para fortalecer la presencia militar estatal en cualquier estado del territorio mexicano. Sin embargo, tres años más tarde, al Chimuelo le pareció mucho más atractiva la oferta de Osiel Cárdenas Guillen, que llevaba un tiempo captando exmilitares a golpe de talonario para conformar el brazo armado del cártel del Golfo. Fue la primera vez que se escuchó hablar de los Zetas. Empezó ocupando el escalafón más bajo de la organización, los halcones, cuya función principal era vigilar la actividad de otros grupos delictivos competidores en la zona. En los primeros años del nuevo siglo, los Zetas se encontraban en franca minoría frente a la gente del cártel de Sinaloa, el de Juárez, el de Tijuana o incluso el de Guadalajara. Solo la alianza que mantenían con el cártel del Golfo les proporcionaba cierta protección. Protección que no impedía que, cualquier día a cualquier hora, cualquiera pudiera encontrarse con un pincho clavado en la garganta. De hecho, la primera vez que el Chimuelo tuvo que apiolar a alguien fue pasando una temporada entre los muros del Altiplano tras ser condenado a seis años por una refriega armada con los federales sin resultado de muerte. Se trataba de un sicario de medio pelo del cártel de Juárez que andaba fanfarroneando de haberse llevado por delante a varios pistoleros del cártel del Golfo con la corta y la cuarenta. Servando Garay le abrió la garganta en el comedor aprovechando un «descuido» de los guardias, que, ante la confusión generada por los reclusos, no supieron discernir quién había sido el autor de los hechos. El hecho en sí le hizo sumar varios puntos de prestigio, pero sin duda alguna fue de su relación con Daniel Arizmendi, alias el Mochaorejas, de donde sacó más provecho de su paso por prisión. El tipo había formado y dirigido una banda especializada en el secuestro y la extorsión, operando con total impunidad entre los años 1995 y 1998, en los que llegó a consumir más de veinte con éxito. Su manual incluía la mutilación de la víctima, normalmente una oreja, aunque también amputaba dedos para enviar a los familiares. En ocasiones, tres que se sepa, se veía en la obligación de matar al secuestrado por negarse a pagar o no disponer de la cantidad suficiente que reclamaba para el rescate. Mantuvo en jaque a toda la Policía Judicial Federal y estuvo en boca de los medios de comunicación

durante bastantes meses. Las autoridades tasaron su fortuna en cuarenta y tres millones de pesos y más de cuatro millones de dólares, cifras estratosféricas que llamaron la atención a quienes querían enriquecerse por la vía rápida. Como preso, a Daniel Arizmendi le convenía estar protegido por algún grupo y los del Golfo se llevaron el premio gordo. De esta forma el Chimuelo pasó mucho tiempo junto a la primera persona que hizo del secuestro una beneficiosa disciplina, un arte, un oficio extraordinariamente lucrativo si se ejecutaba con destreza.

Todo lo que Servando Garay sabía sobre ello lo aprendió del gran maestro.

Cuando salió de la cárcel en el 2006, los Zetas se encontraban en un gran momento, liderados por la crueldad de Miguel Ángel Treviño Morales, que había borrado el cártel de Sinaloa de territorios tradicionalmente bajo su dominio, como fue Nuevo Laredo durante tantos años. Necesitaban soldados experimentados y la fidelidad del Chimuelo tuvo su recompensa al verse acogido de nuevo en el seno de la estructura dentro de los cobras viejos, el personal de máxima confianza. El negocio había sufrido una importante transformación. La muerte de Pablo Escobar había debilitado de forma paulatina los cárteles colombianos y las organizaciones mexicanas se mataban por meter su cuchara en ese succulento pastel del vecino. Así, las tensiones con el cártel del Golfo estaban a punto de derivar en un enfrentamiento armado por el control de las rutas de entrada de cocaína hacia los Estados Unidos. Los Zetas se distribuían en numerosas células de la organización, denominadas estacas, y al Chimuelo lo colocaron al frente de una en la que tenía a su cargo a dos cobras nuevos y tres halcones. Como comandante le asignaron el número 54, que era el que le correspondía, pero todos lo conocían como comandante Chimuelo. Mucho antes de que estallara la guerra abierta con los del Golfo por el control de los estados de Tamaulipas y Veracruz, supo aprovechar la coyuntura prebélica para explorar nuevas vías de ingresos en los estados de la otra costa: Michoacán y Guerrero. Y así fue como su estaca empezó a secuestrar emulando la metodología ya testada de la banda del Mochaorejas: recabar información de la familia y del secuestrado; averiguar su capacidad financiera, conocer sus hábitos y costumbres; preparar el lugar en el que retener al secuestrado,

la logística y horarios de vigilancia; planificar meticulosamente la acción del secuestro, medir los riesgos; trabajar la negociación con la familia utilizando todos los medios al alcance para obtener la mayor suma posible; programar el pago del rescate de acuerdo con la evolución de los acontecimientos; y por último la desaparición. De esta manera lograron tener éxito en siete ocasiones en el plazo de catorce meses, recaudando una suma total de once millones de pesos y setecientos mil dólares, de los cuales el sesenta por ciento fueron a parar a las arcas de los Zetas y el resto a repartir. En algo más de un año el Chimuelo había ganado más dinero que en los treinta años de intensa, aunque poco fructífera, actividad delictiva.

Sin embargo, a pesar de lo lucrativo de aquella actividad para la organización, Treviño Morales tenía otros planes para el comandante 54. A principios del 2010, dado que no lograban ampliar su territorio de influencia en el espacio patrio, determinaron extender sus tentáculos en Europa y para ello enviaron a varios hombres de confianza a sondear el mercado del otro lado del Atlántico. A él le asignaron la zona del estrecho de Gibraltar por contar con la doble nacionalidad, española y mexicana, con el propósito de evaluar el grado de penetración de los competidores, analizar futuras alianzas con terceros y recabar información sobre el volumen de negocio en la zona. Objetivos que no logró completar dado que fue detenido en una redada rutinaria en un club de alterne de Algeciras a las catorce horas de tomar tierra en España, con tan mala suerte que llevaba encima los cinco gramos de cocaína y siete de MDMA que acababa de comprar a un camello de poca monta. También perdió los ciento ochenta mil euros que le encontraron en el equipaje y que no pudo justificar ante las autoridades españolas. Y no fue posible porque, efectivamente, no eran suyos, eran los fondos de la organización destinados a montar el cuartel de los Zetas en el Estrecho.

Los dos años de prisión se quedaron en catorce meses y seis días, breve período pero suficiente para perder todo el prestigio ganado años atrás, el rango de comandante y la posibilidad de volver a México durante una larga temporada, a no ser que devolviera el dinero incautado más los intereses.

Servando Garay no sabía lo mucho que echaba de menos su tierra hasta que se vio apartado de ella. Era una cuestión de instinto, algo contra lo que

no se puede luchar, un pálpito, una voz. Y esa voz insistía en que debía tener más controladas todas las variables que podrían hacer fracasar aquel succulento negocio. Le gustara o no al vasco.

Y lo que iba a presenciar esa noche desde el interior de aquel coche destartalado refrendaba el pálpito que aquella voz le había susurrado.

Comisaría de distrito de las Delicias

—Sanchitooo, tenemos buenas noticias —le anunció Fajardo tras aceptar la llamada.

—Te escucho.

—Han agarrado al yonki que les hizo las compritas.

—Se han dado prisa...

—Los compañeros sabían por dónde paraba y para su desgracia lo han pillado con bastante mierda encima. Lo están trasladando a la comisaría de Villa de Vallecas.

—La conozco bien. Ahora le envío un transporte para que me lo traigan al hotel antes de que sirvan las cenas —dijo mirando el reloj.

—Habla con la jueza de instrucción, no la preparemos.

—Tranquilo, ahora hablo con Miralles.

—Perfecto, nos vemos en unas horas por allí.

Sancho eligió con cautela las siguientes palabras.

—Ni por los cojones —dijo en un tono grave, cavernoso.

—¿Cómo?

—Que al pájaro lo hago cantar yo solito. Luego te reproduzco la partitura si te interesa escucharla.

—No seas tocacojones, Sancho, que nos conocemos.

—Por eso mismo. En mi sala de interrogatorios no quiero compañías, ya deberías saberlo.

—Algo sabía. Tú ganas, máquina, no pienso desgastarme con tonterías —claudicó antes de lo que el pelirrojo esperaba—. Yo, mientras tanto, sigo dando clases particulares al abuelo.

—¿Cómo está la cosa por allí?

—Tensa, como tiene que estar, pero lo veo muy entero. Muy seguro. Me gusta este cabrón, por eso no pienso darle un metro más de correa que la que ya tiene, no sea que se me revuelva y me acabe mordiendo la pantorrilla.

—Haces bien.

—Por lo menos tendrás la decencia de llamarme cuando termines de exprimir al yonki, ¿no?

—Es probable.

Colgó.

Ocho minutos más tarde, Patricio Matesanz ya había recortado treinta de los ciento ochenta y seis kilómetros que marcaba el BMW hasta el destino y la jueza Miralles estaba en comunicación con el titular del juzgado de instrucción número 20 para solicitar el traslado del detenido.

En ese momento, Sancho se percató de que había quedado a las ocho con el representante de jugadores de rugby para ver la casa. Tenía que adelantar la visita. Las cuatro primeras canciones de un recopilatorio de The Smiths le acompañaron durante el trayecto.

—Al jardín le falta un poco de cariño —comentó César terminando ya de hacer el recorrido.

«Que no va a ser el que yo le dé», pensó Sancho.

—No me importa, la bodega me ha conquistado y la zona parece tranquila.

—Lo es. Los vecinos son un encanto y ruido no hay. Solo se escucha a los pájaros.

La mención le hizo mirar el reloj. A esa hora el pájaro ya debería de estar entrando en la jaula.

—Es lo que estaba buscando. ¿Cuándo podría entrar?

—Si quieres, te doy las llaves ahora mismo. Dani me asegura que eres un tipo de ley. Te envió el contrato por *e-mail* y lo dejamos cerrado esta semana.

—Cojonudo, aunque me van a faltar muebles para llenar toda la casa y tiempo para hacer la mudanza.

—Si te lo puedes permitir, contrata a una empresa. Yo lo hice y en un abrir y cerrar de ojos te lo dejan todo colocadito y hasta el frigo lleno, si se

lo pides y lo pagas —bromeó el representante con escaso donaire.

—Así que te marchas a Madrid.

—Olga lleva casi dos años trabajando allí y, a pesar de que parezca que estamos a tiro de piedra, la distancia...

—Es la distancia —completó Sancho—. Desde allí te resultará más fácil mover jugadores, supongo.

—Eso ya es agua pasada. He terminado hasta las pelotas de todo, incluyendo mi socio. Me voy a dedicar a escribir. Tengo una novela empezada que siento la necesidad de terminar. A ver de lo que soy capaz.

—¿Una novela?

El exrepresentante se pasó la mano por su afeitada cabeza.

—Policiaca. Muy negra. No descartes recibir algún día una llamada de tu nuevo casero para pedirte información.

—Ficción y verdad completan la realidad, que decía mi padre.

César desmenuzó la frase mientras estrechaba la mano del pelirrojo. Una sonrisa cuarteada antes de subir al vehículo fue la última imagen que registró el proyecto de escritor novel, que acababa de dotar de alma a uno de sus personajes protagonistas: un inspector pelirrojo.

Y la letra de una canción de The Smiths lo último que escuchó.

*Take me out tonight
because I want to see people
and I want to see life.
Driving in your car,
oh please don't drop me home
because it's not my home, it's their home
and I'm welcome no more.*



ES PREFERIBLE SER UN IMBÉCIL POR DECISIÓN PROPIA QUE LISTO POR IMPOSICIÓN

*En algún lugar de la provincia de Valladolid
4 de septiembre de 2012, 20:18*

El timbre volvió a sonar. Los persistentes gañidos de Karatu, más parecidos a tosidos secos de un fumador que a ladridos, multiplicaron su malestar. Barruntó si soltar al animal para que se encargara de ahuyentar al visitante pero lo descartó en previsión de males mayores. Bajó el volumen de la televisión confiando en que, fuera quien fuera, desistiera, porque su compañero no le había dejado instrucciones de cómo proceder en ese caso y él, como casi siempre, no estaba allí para tomar una decisión.

Los deseos de Gorka no se cumplieron y no le quedó otra opción que levantarse del sofá dejando una estela de mal humor reprimido. Trataba de no hacer ruido, pero los guijarros atrapados en el dibujo de sus pesadas botas no colaboraban en absoluto.

—¡Buenas tardes! —escuchó tras la puerta.

—¿Quién es?! —contestó sin abrir.

—Fernando, ¿eres tú? Soy la Reme. Pasaba por aquí y quería daros la bienvenida. ¿Cómo están Ruth y los niños?

—Aquí no vive ningún Fernando, señora.

—Ahhh, pensé que habíais regresado. Como he visto ese perro blanco correteando por la parcela...

El comentario acrecentó la animadversión que sentía hacia el condenado animal.

—Señora, ahora no puedo atenderla. Estoy trabajando.

—Qué pena. Había traído unos mantecados caseros de esos que tanto os gustan. Bueno, que les gustan a ellos, a los dueños. Son de almendra y azúcar tostadito. Recién sacados del horno. Huelen de maravilla. Con una mistela entran divinamente. ¿Ustedes están de alquiler o es que les han comprado la casa?

—¡«Cagüendiós», señora! ¿No le he dicho que estoy trabajando? ¡Deje de molestarme de una puta vez!

—¡Uy qué modales, por favor! Nada, nada. Ya me marchó, ya me marchó. Y disculpe usted.

—A tomar por culo, pues —murmuró Gorka observando tras una de las rendijas de la persiana cómo la vecina se alejaba a tanta velocidad como le permitían sus pantuflas de color marrón, alimentando el motor con el combustible de la ofuscación.

Remedios Hermosilla, la Reme, ni siquiera se volvió. Estaba deseando llegar a casa y relatarle la vejación que había sufrido a su marido Jacinto.

Él sabría muy bien qué hacer.

Bajó a los calabozos envuelto en una incómoda sensación, como la que le solía acompañar cuando salía del vestuario y pisaba el césped del campo de rugby. Normalmente desaparecía en el primer contacto con el rival, pero hasta que eso se producía le daban ganas hasta de pedir el cambio.

Nunca lo hizo.

—Te está esperando en la salita de invitados —le informó Matesanz—. ¿Té con pastas, como siempre? —sugirió ladinamente.

—Como siempre. ¿Cuánto tiempo lleva ahí?

—Menos de quince minutos.

—Vale. ¿Qué sabe?

—Nada, pero no veas la que me ha dado durante el viaje. Está acojonado. Este pieza derrota al tercer capotazo —pronosticó el subinspector tirando de símil taurino.

—Eso espero, porque estoy para pocas corridas. Gracias, ya me encargo yo del cliente.

Matesanz le regaló una palmada en la espalda antes de subir las escaleras de una en una, como si no quisiera llegar nunca a su destino.

Del mismo modo, Sancho entró en la sala de interrogatorios y lo primero que le vino a la cabeza fue que la última vez que estuvo allí tenía delante a Augusto Ledesma y fracasó en el empeño. Esa vez no sería así, lo supo en cuanto cruzó la mirada con el detenido.

—Buenas tardes. Soy el inspector Sancho. Espero que estés disfrutando de una estancia agradable. ¿Sabes por qué estás aquí?

—¡Qué coño voy a saber, jefe! Es que nadie me ha dicho qué pasa. De repente han venido dos maderos y me han detenido. Me han llevado al calabozo, al rato me han sacado de allí y me han metido en un coche conducido por un viejo que venía a toda hostia por la autopista. ¡Si yo no he hecho nada malo, jefe, se lo juro!

—Te creo, te creo. Déjame que te cuente. Estás detenido en relación con un caso de secuestro que pinta muy mal. Feo feo de verdad.

—¡¿Secuestro?! ¿Qué secuestro? Yo no he secuestrado a nadie en mi puta vida, jefe, se lo juro. A nadie, se lo juro por Dios.

Sancho se puso el dedo índice sobre los labios e inmediatamente el detenido cerró la boca.

—«José Ramón Madruga Sieso» —leyó Sancho abriendo la carpeta con el expediente delictivo del sujeto—. ¿Qué nombre es ese? ¿Madruga si eso? Y si lo otro..., ¿no madruga?

—Llevan toda la vida dándome por culo con lo mismo.

—No me extraña. A mi subinspector le va a encantar, es muy dado a los nombres tipo Gomaespuma: Gustavo Querón del Mar, Benito Camelas, Josetxu Letón Pasado, Jacinto Mate Maduro..., ya sabes. Pero, perdona, me estabas diciendo que te han dado mucho por el culo. ¿En la trena también? Porque veo que ya has subido dos veces al escenario y te aseguro que esta

tercera vez vas a disponer del tiempo suficiente para cantarte una ópera completa.

—¡Pero, jefe! Escúcheme, hombre, que yo no he hecho nada. Créame, jefe, nada de nada.

—Insistir en eso es como querer economizar en el uso del papel higiénico y terminar manchándose las manos. Absurdo e inútil, a la par de antihigiénico.

El detenido, confuso, no supo qué decir.

—Entonces..., ¿no sabes nada del secuestro de la menor en el que estás implicado?

—¿Implicado? Que yo no tengo ni puta idea, jefe, se lo juro. Yo no he hecho nada. Esta vez —aclaró—. Hace tanto que no pego un palo que ni me acuerdo, jefe.

—¿De dónde sacas la tela para meterte? Porque tus brazos no mienten, madrugues o no.

—Me apaño. Chapucillas de aquí, de allá; colegas, alguna amiga que tengo que me suministra..., cosas así, jefe, pero nada chungo, se lo juro.

—Entonces me tienes que explicar muy despacito para que yo lo entienda por qué el teléfono que compraste el día 22 de agosto se está utilizando para comunicarse con la familia de una menor secuestrada. ¿Sabes cuál es la condena por participar en un secuestro?

José Ramón facturó una mueca de sorpresa pero no viajó a ningún sitio. Se quedó en su cara, congelada, sin levantar vuelo.

—Pero que no, jefe, que yo solo compré esos móviles, nada más. Me llegó un tipo en la cañada y me dijo que si me quería ganar doscientos papeles. Al principio le mandé a cagar porque pensé que quería que se la chupara o algo peor, y yo no he puesto el culo en mi puta vida, jefe. Que no, que no. Que solo fui a las tiendas y pillé los putos teléfonos. Yo entraba, los compraba a mi nombre y se los daba. Luego me dio la gallina y se piró. No lo he vuelto a ver al hijoputa ese. Se lo juro, jefe.

Sancho resopló mientras anotaba mentalmente que se estaba expresando en plural.

—Es decir, que reconoces ser el tío que suministraba el material para cometer el secuestro de la menor —repitió de nuevo para añadir otra ración

de dramatismo al interrogatorio—. Estás bien jodido, compañero.

—Pero es que a mí nadie me dijo que fueran a secuestrar a nadie, jefe. ¿¡Qué me van a decir!>? Pero si casi no abría la boca el colega. Me montó en el coche, me llevaba de un sitio a otro y ya está, jefe. Pero yo no sabía nada, se lo juro por Dios.

—Y por la Virgen, si hace falta, pero eso no lo podemos demostrar de ninguna manera, José Ramón, ¿o prefieres que te llame Joserra?

—José a secas.

—Vale. Descríbeme al colega, Joserra.

José Ramón apretó los párpados y se mordió el dedo pulgar.

—Era alto y fuerte. Bueno, más gordo que fuerte, pero alto sí era. El nota llevaba siempre un gorro negro y gafas de sol.

—¿Te estás descojonando de mí? ¿En mi putísima cara?

—Que no, jefe, que era así. Alto, barrigudo, con gorro negro y gafas de sol. Y tenía algo de barba, rubia, eso es. Barba rubia. No tan así como la suya, pero con barba.

—¿Así cómo?

—Pues así —definió acompañando las palabras con mímica.

—¿Tenía acento?

—¿Qué acento? —preguntó desconcertado.

—Si reconociste algún acento extranjero, latinoamericano, concretamente.

—Casi no hablaba. Solo conducía de un lado a otro y punto. Pero no hablaba como un sudaca, no.

—Sudamericano —le corrigió.

—Pues eso, sudaca.

—No, Joserra, no. «Sudaca» es despectivo y denota xenofobia. ¿Además de ser un yonki estúpido que se deja manipular, eres racista?

—No, no. Creo que no, jefe —dudó.

—¿Cómo era el vehículo? —prosiguió Sancho.

—Uno normal. Ni grande ni pequeño, de color blanco, eso sí. De eso sí me acuerdo.

—¿Marca?

—Ni puta idea, jefe, no me fijé en eso. Iba un poco colocado, ya se lo he dicho, jefe.

—¿Entiendes el lío en el que estás metido hasta el cuello, Joserra? Podemos probar que compraste los teléfonos que están utilizando para extorsionar a la familia de la niña. Por colaboración con banda criminal te pueden caer de cinco a diez años, pero, si le terminara sucediendo algo a Margarita Zúñiga Pérez —nombró intencionadamente—, te puedo asegurar que haré todo lo que esté en mis manos para que sean quince.

A continuación, Sancho fabricó un silencio para que terminara de devorar las últimas esperanzas del detenido. Este se inclinó hacia delante y se rascó la cabeza con ambas manos. El pelo sonó a estropajo y expulsó algunas partículas que fueron a descansar sobre la mesa de la sala de interrogatorios.

—Has hablado de varias tiendas. Dime cuántas y dónde.

—Joder, jefe. No me acuerdo, se lo juro. Iba muy colocado y el hijoputa del gorro era el que me llevaba de un lado para el otro.

—Antes ibas algo colocado y ahora muy colocado. Si no haces un esfuerzo para acordarte de las direcciones de esas tiendas no te vas a volver a colocar en tu puta vida. Además, no dispongo de mucho tiempo para perder contigo. Cuando se te encienda la bombilla me llamas. ¿Ya tienes abogado?

—Pero, jefe, qué voy yo a tener. Además, no lo necesito, que yo no he hecho nada —insistió.

—Aunque los políticos piensen lo contrario, no por repetir continuamente la misma mentira se termina convirtiendo en verdad, ¿comprendes, Joserra? No te preocupes, mañana o pasado te pedimos uno de oficio para que esté presente cuando te tomemos declaración.

—¡Espere, espere! Eran todos en centros comerciales de esos.

—¿De cuáles?

—De esos, jefe, de los grandes.

—Parecemos Faemino y Cansado, y de verdad que ya estoy cansado de aguantar tus chorradas.

Al detenido se le barnizó el semblante con la última capa de angustia.

—El Islazul ese era uno y otro el de Xanadú.

—Vaya, de repente salen a flote los recuerdos... —dijo desde la puerta.

—Espere, jefe, es que tengo que pensar. ¡Espere!

—Muy bien. Piensa, pero ya se lo cuentas a otro y con el leguleyo delante. Y ten en cuenta una cosa: si al llegar el momento de hablar te ves en la necesidad de darte un remojón en las lagunas de tu memoria, ten muy presente que me voy a tirar yo mismo a rescatarte para llevarte al puesto de socorro del juez. Y ese no entiende de flotadores —dijo al abandonar la sala.

Subía las escaleras de dos en dos en dirección al despacho del comisario cuando le vibró el teléfono en el bolsillo del pantalón. Pensó en Fajardo pero estaba muy equivocado.

—¡Hay que joderse!

Lo había olvidado por completo.

—Sancho —respondió casi malhumorado.

—Buenas tardes. Espero no interrumpirte en algún asunto importante.

—Estoy de mierda hasta el cuello, Ólafur, trago todo lo que puedo pero me rebosa. ¿Dónde estás? ¿Ya has aterrizado? —preguntó desempolvando su inglés.

—Estoy en un tren. Llegamos a Valladolid en... ocho minutos.

—¡Ocho minutos! Me llamas con tiempo, ¿eh? Para que me organice. La madre que te parió...

—Ya. Tú tranquilo. Busco un bar cerca de la estación y te espero el tiempo que haga falta. No tengo prisa.

—Te lo agradezco. Te llamo en cuanto salga, espero no liarme demasiado.

—*Bless nína* —se despidió «hasta luego» el islandés.

Llamó a la puerta del comisario con más fuerza de lo que habría deseado y, dado el sobrecogimiento del comisario, con mucho más ímpetu de lo que le habría gustado a él.

—Adelante, cojones, adelante —escuchó decir desde dentro.

Sancho no esperaba encontrarse la sonrisa de Fajardo en aquel despacho.

—Como no querías invitarme a tu fiesta, me he montado yo la mía con el comisario —se adelantó el de la Unidad de Secuestros y Extorsiones—.

Te resumo lo que le he contado en media hora. En esa casa el nivel de tensión está muy por encima de lo habitual. La madre alterna picos muy altos de optimismo con depresiones, berrinches y rabietas varias, lloreras..., en fin, todo un abanico de emociones que el marido no está dispuesto a soportar. El político, con la excusa de estar presionando a todos los estamentos políticos del país, se aligera unos copazos de Johnnie Walker etiqueta negra más rápido que mi hijo un vaso de Nesquik. Al abuelo, como te decía, lo veo bastante entero, escucha todos mis consejos, repite el guión una y otra vez..., sin embargo, hay algo que no termino de vislumbrar que me está quemando por dentro.

—Se llama amor —comentó Sancho, sin pretender hacer un chiste.

—A mamarla.

—A Parla —completó Sancho—. Precisamente quería hablaros de esto. ¿Has terminado? —le preguntó a Fajardo.

—Solo añadir, para vuestro conocimiento, que ya hemos enviado las grabaciones de voz a México a ver si en acústica forense les salta una coincidencia. Tu turno.

Copito los miraba sin intervenir, estaba esperando a que terminaran para soltarles la bomba. El inspector pelirrojo tomó la palabra.

—El tipo que tenemos abajo es un capullo que engancharon en la Cañada, le ofrecieron pasta por comprar los terminales limpios y le llevaron de ruta. Hay que cursar una orden a las telecos para ver las altas registradas a nombre del José Ramón Madruga Sieso.

—¿Es ese su verdadero nombre? —preguntó el comisario.

—Lo hemos comprobado. El desgraciado nació así y la desgracia se cebó con él.

—Hay que intervenir todas esas líneas, pero no es buena señal. Saben lo que hacen y si son muchas es que han previsto que esto pueda alargarse en el tiempo —juzgó Fajardo.

—Estoy de acuerdo —continuó Sancho—. Me ha dado una descripción somera del tipo y no corresponde con la del hombre que, según el único testigo ocular que tenemos, habló con Margarita los minutos previos a la desaparición. Por tanto, como sospechábamos, son varios.

—Exacto. En México suelen ser grupos de cuatro o cinco personas. Cada uno con una función determinada. La cosa cuadra bastante —dictaminó.

—Sin embargo, dice que no tenía acento sudamericano, así que no descartemos que se trate de una entente multicultural. También me ha hablado de un coche blanco, sin más detalles, porque el prenda iba puesto hasta las cejas. Le diré a Matesanz que baje en un rato a ver si se le ha refrescado la memoria y nos da algún detalle más, pero no creo que saquemos nada en claro. Que pase la noche aquí y se lo derivamos a la jueza Miralles para que le regale un billete para el páramo.

—Sabemos que hay dos, por lo menos —intervino el comisario.

La afirmación captó la atención de Sancho al tiempo que Copito se aclaraba la garganta.

—Hay una novedad que me ha llegado mientras estabas abajo, Fajardo ya está informado. Tenemos unas imágenes en las que se distingue, por decir algo, a la niña con el tipo que la abordó a la salida de la discoteca. La resolución es bastante pobre, está tomada a unos veinte metros y por la espalda, caminando por la calle Veinte de Febrero, pero lo suficiente para asegurar que lleva la misma ropa que Margarita Zúñiga en el momento de la desaparición. Se lo mostraremos a los padres por eliminar dudas, pero todo parece indicar que se trata de ella. En el vídeo se ve cómo, de algún modo, la convencen para que se suba al asiento trasero de un coche, luego se monta el tipo en cuestión y poco después se ponen en marcha. Por eso podemos afirmar que al menos hay dos personas implicadas.

—Y la matrícula no se aprecia, claro —se anticipó Sancho.

—No, pero al contrastar los partes de la sala hemos comprobado que el modelo del vehículo cuadra con uno que encontraron chamuscado la noche del sábado en el pinar de Antequera. La llamada se hizo a las 0:49. Todo encaja. Es una zona muy transitada por excursionistas, así que no hay forma de encontrar huellas de neumáticos de un más que probable segundo coche.

—¡Hay que joderse! ¿Era blanco, por casualidad?

—No, un modelo antiguo de Seat Ibiza color azul oscuro. Sabemos que se trata del mismo porque tenía techo solar y eso es prácticamente lo único que se distingue en las imágenes.

—Quiero verlas.

—Y las verás —corroboró Herranz-Alfageme—. ¿Hemos avanzado en el resto de las líneas de investigación?

—No. Sabemos lo mismo que sabíamos esta mañana. La inspectora Robles está tirando del hilo del caso de corrupción que ha manchado el buen nombre del concejal, Garrido y Montes andan cubiertos de papeles en busca de algo extraño sobre la actividad de Helios. Por ahora no han encontrado nada.

—Vamos a seguir excavando en todos los frentes. Nos quedan casi dos días hasta la siguiente llamada, que debería producirse el jueves sobre las ocho de la tarde, ¿es correcto? —preguntó mirando a Fajardo.

—Es correcto. Estaremos preparados.

Como preparado estaba el comisario para soltar la bomba en ese instante.

—Me ha llamado Hernández Santiago, han autorizado la publicación de la noticia en los medios. Quieren meter presión sobre los secuestradores.

—¡La puta que los parió! —protestó airadamente Fajardo—. Eso lo cambia todo.

—En cuanto se enteren los que tienen a la niña van a querer acelerar la negociación. ¿La familia lo sabe?

—La cosa, en concreto, viene del padre.

El de la Unidad de Secuestros y Extorsiones musitó una retahíla de improperios.

—Tengo que volver a la casa —anunció—, pueden llamar en cualquier momento. Es una gran cagada, comisario, una gran cagada.

—Que viene de muy arriba —completó el comisario—. Del DAO.

—Será director adjunto operativo, pero no tiene ni puta idea de cómo se manejan estas situaciones. Se van a poner muy nerviosos. Ya sabían que la poli estaba detrás, cuentan con ello, pero no les gustará nada de nada que involucren a los medios. No descartemos que nos hagan llegar un dedo de la chica o... yo qué sé. Nos estamos enfrentando a unos tipos que saben muy bien lo que hacen y..., ¡qué hostias!, tienen más experiencia que nosotros. Me vuelvo a la casa, tengo que hablar con José Antonio —

anunció levantándose de la silla—. Estamos en contacto —se despidió arrastrando sapos y culebras.

Sancho esperó a que se marchara y se giró hacia el comisario.

—Algún día tendrían que dejar de meternos palos en las ruedas. Algún día...

—No en esta vida —auguró Copito con el semblante circunspecto.

—Me marchó, tengo que conseguir dormir unas horas.

—Solo una cosa más, Sancho.

El inspector clavó sus ojos azules en los de su superior.

—¿Qué pasa con Peteira?

—Tiene problemas personales.

—¿De qué tipo?

—De esos que afectan a las personas.

—Muy bien —entendió—. ¿Está en disposición de trabajar?

—Cuando no sea así será el primero en saberlo, puede estar tranquilo, comisario.

—Tranquilo estaré tras jubilarme.

—De jubilado a enterrado apenas pasan los años, comisario. No tenga tanta prisa.

Copito sonrió.

—Estás trabajando bien. Te noto en forma.

—Formateado, sí. Me marchó, tengo que recoger a un amigo.

Sancho no lo sabía, pero el verbo que empleó en aquella última frase se ajustaba perfectamente a la realidad.

Cuando le llamó para saber dónde estaba, conjeturó por el tono de voz que el dueño del bar «Airis» —tal y como lo había mal pronunciado Ólafur— habría hecho una buena caja con él. Estaba a dos minutos de la estación de tren, así que dedujo que el islandés había bajado con sed.

Frente a un vaso de tubo cargado de *bourbon* sin hielo, con la gabardina puesta y la mirada inerte, Ólafur Olafsson luchaba por mantener la verticalidad apoyado en la barra.

—La puta madre... —musitó Sancho al entrar.

El inspector posó la mano sobre el hombro de su amigo y este se giró a cámara lenta, intentando ajustar el enfoque en un entorno hostil, pendulante.

—Joder, compañero...

Ólafur empleó unos segundos en reconocer los rasgos crispados del pelirrojo.

—Así están las cosas. Traté de avisarte.

—Vale. Nos vamos a casa —le dijo agarrándole por la cintura y pasándose el brazo por detrás del cuello.

—¡Perdonen! Aquí su amigo debe seis cacharros. Treinta euros.

Sancho sacó la cartera y le dejó los billetes sobre la barra antes de cargar con el excomisario. Lo acomodó en el asiento del copiloto y este se recostó estirando el cuello hacia la ventanilla, como un cachalote herido tratando de coger oxígeno de la superficie. Sancho interpretó el gesto y bajó el cristal.

—En diez minutos estás en la cama, aguanta un poco.

Ólafur murmuró algo ininteligible y cerró los ojos.

Solo le quitó la gabardina y los zapatos. Tumbado sobre la cama lo examinó con auténtica aflicción. Aquel tipo corpulento con bigote de morsa venida a menos y aspecto de mendigo se había rendido a su propia desdicha. Olía a derrota anunciada, a contenedor abandonado, a desenlace funesto. Bajó la persiana, apagó la luz y cerró la puerta.

Ramiro Sancho se metió en la ducha debatiendo si era tan realmente estúpido como atestiguaban sus actos y decisiones o por contra eran los actos y decisiones de los demás los que le hacían sentirse estúpido.

Tumbado en el sofá, buscó la respuesta en *La obra de Augusto Ledesma* y antes de que le venciera el sueño resolvió que no sabía qué era él, pero preferiría ser imbécil por decisión propia que listo por imposición.

En algún lugar de la provincia de Valladolid

—Caballo blanco de Santiago a f6, sacrificio la pieza para dejar vía libre a mi dama justiciera. Dama por peón de b7. Te comprometo la torre y el caballo además de amenazarte el rey si no retiras el otro jamelgo.

—No cantes victoria todavía, bonita. Caballo a e5.

—Reina por torre de a8. Gracias por su visita.

—¿Tienes que cantar todos los movimientos? —preguntó la voz de Rita, molesta.

—Solo cuando tengo todo a mi favor —respondió Margarita.

—Alfil a d6.

—A recular. Peón a c5.

—O no. Caballo a f3. Jaque.

—¡Ñam! Dama por caballo de f3. Me gusta la carne de caballo.

—Y a mí la carne real. Gracias. Dama por dama de f3.

—¿Sí? Veamos a ver a qué sabe. Peón por dama de f3. No está mal, un poco pasada para mi gusto, de hecho estaba negra...

—¡Ohhh! ¡Qué locuaz! Qué gran monologuista hubieras sido si no fuera porque no tienes ni pizca de gracia. Alfil por alfil de f4. ¡Chúpate esa, marquesa!

—Era la crónica de una muerte anunciada. Bajas colaterales, como dirían los yanquis. Ahora empieza lo bueno. Peón a b4.

El sonido de la rejilla interrumpió la partida de ajedrez.

Un exiguo haz de luz, curioso e impertinente, se coló en la estancia a través de la abertura y recorrió el suelo hasta que reptó por el colchón en dirección ascendente. Margarita, tumbada boca arriba sobre la cama y sin pantalones, lo siguió con la mirada, impertérrita, hasta que se percató de que la luz iba a bañarle la cara. Entonces, cerró los ojos e intensificó la respiración fingiendo estar más dormida que durmiendo. Tras los párpados notó que la luz ya se había posado sobre su rostro. Tuvo el impulso de espantarla como quien ahuyenta un incómodo mosquito, pero supo contener su instinto y permanecer inmóvil. Sintióse abochornada y culpable por estar tan expuesta a su puerca mirada, notó que un ardor le subía por el cuello y se apoderaba de sus mejillas.

Lo que no podía esperar era que, segundos después, la puerta se abriera.

A pesar de que intentaba amortiguarlo, el sonido de las pesadas botas de montaña de Gorka delataba su posición, inmóvil a los pies del colchón. Agarrotada, se concentró en mantener un resuello profundo, pausado, hasta que escuchó la inconfundible banda sonora de una cremallera rasgando el

mutismo que ambientaba su encierro. Un sofocante escalofrío le recorrió la espalda. No le hizo falta mirar para saber que se había bajado la bragueta del andrajoso pantalón tipo paramilitar con el que se vestía. La asustadiza voz de Marga comenzó a susurrarle que no moviera ni un músculo y decidió hacer caso a la letanía. Inmediatamente después, su sistema auditivo le hizo viajar hasta el día que pilló a Josean masturbándose en su habitación. Tenía la puerta entreabierta y la curiosidad le hizo quedarse allí hasta que terminó. Le sorprendió la fuerza con la que el semen salió despedido, pero sobre todo la expresión de éxtasis con la que se recubrió la cara de idiota de su hermano. Entonces se dio cuenta de que tenía las piernas demasiado separadas y, aunque el miedo le susurraba que no moviera ni un músculo, se colocó de costado dando la espalda al intruso sin dejar de interpretar el papel de Bella Durmiente. Abrió los ojos y enseguida se fijó en que el haz de luz acompañaba el cadencioso movimiento de la mano de Gorka en un frenesí tan repugnante como delatador del aumento de ritmo. Su onanista carcelero no tardó en empezar a emitir sucios y entrecortados jadeos, contenidos, ahogados en su propia excitación, lo cual estuvo cerca de provocarle una arcada. Por primera vez, su presencia le suscitó más asco que miedo y anheló con todas sus fuerzas que terminara de una vez. Supo que su deseo se había cumplido cuando escuchó un mezquino gemido y notó que una sustancia cálida y viscosa le salpicaba las nalgas. Una prolongada exhalación que precedió al sonido de la cremallera fue el epílogo de aquella humillante puesta en escena. Con el ruido de la puerta cayó el telón.

Margarita permaneció inmóvil unos segundos más hasta que, empujada por la rabia contenida, buscó a tientas el rollo de papel higiénico. Se envolvió completamente la mano y se restregó con fiereza.

Aquella fue la primera vez que lo sintió.

Odio acérrimo.

Animadversión pura.

Inquina.



CUMPLIR AÑOS NO SOLO DEJA ARRUGAS

*Mansión de Peter Frei
Municipio de Ixelles (Bruselas)
4 de septiembre de 2012, 23:40*

François de Smet le abrió la puerta del Rolls Royce al señor Frei. Este le devolvió un gruñido que su chófer y guardaespaldas supo interpretar con acierto, como perro guardián bien adiestrado que era.

La intensa jornada política se había alargado mucho más de lo que estaba acostumbrado el presidente del Partido Cristiano-Demócrata y Flamenco. Antes de entrar, se fijó en que la parte superior de la fachada de su mansión de corte modernista volvía a verse salpicada por esas ominosas manchas. Le había ordenado a Johannes que se encargara de contratar la limpieza de la misma en cuanto detectara el problema, pero las palomas y demás pájaros que poblaban aquel idílico hábitat actuaban con mayor diligencia que sus empleados.

Aquello no le ayudó a licuar su mal humor, pero lo que entregó en mano el propio Johannes nada más poner los pies en el lujoso recibidor le hizo olvidarse de las cagarrutas de su fachada y de los cagarrutas con los que

compartía escaño en la Cámara de Representantes del Parlamento Federal de Bélgica.

El emblema en el sello lacrado que lustraba el reverso del sobre no daba lugar a la duda: era una comunicación oficial de la Congregación de los Hombres Puros.

—¿Cuándo ha llegado? —quiso saber sin querer.

—A las diecisiete horas, señor Frei, por el cauce habitual.

—Gracias, puede usted retirarse.

Con el corazón disparado, se encaminó a su despacho sin ni siquiera subir a saludar a Rosemarie. No se atrevía. Dejó el maletín y cerró la puerta. Crispado, buscó remedio en el mueble bar y lo encontró en la botella de Henri IV Dudognon Heritage que le regaló su buen amigo el embajador francés en Ginebra. Antes de sentarse en su butaca Luis XVI de cuero labrado descargó su temerosa mirada en la recargada decoración de la estancia sin dejar de preguntarse hasta cuándo podría mantener toda aquella opulencia. Dio dos sorbos a la copa de balón y dejó que el brandi le tapizara el interior de la boca con la nobleza del aroma del roble antes de que le calentara el esófago en su descenso. Repitió la operación el número de veces que necesitó para armarse de valor y abrir el sobre.

Hermano masón:

Reunidos los nueve custodios en Asamblea extraordinaria con el único objeto de tratar los desafortunados hechos acaecidos en el seno del Sistema que usted tutela y de los que sin duda es conocedor; estando gravemente comprometida la seguridad del firmamento que nos cobija, resolvemos que debe aplicar las siguientes medidas con la máxima urgencia y discreción:

Eliminar el veneno inoculado por la serpiente decapitada en el corazón de los impíos y sacrificar a los corderos intoxicados por el pecado que no son sino víctimas expiatorias. Solo los arcángeles quedarán exentos.

Con la firme voluntad de apoyarle en la tarea que le ha sido encomendada, ponemos a su alcance cuantos medios requiera para ejecutarla.

Como guardián, responde con su honor, que no es ajeno a su propia vida y la de su familia.

El suelo se sembró de diminutos cristales de bohemia que antes conformaban una copa tipo *wobble*.

La carta venía firmada de puño y letra por Corteza de Roble, preboste vitalicio y Gran Maestro de la Congregación de los Hombres Puros. Presidía la Asamblea con mano de hierro, el único órgano directivo integrado por nueve custodios, y su identidad era del todo desconocida.

Cuando se hubo calmado, luego de ingerir cuatro tragos más del insigne licor directamente de la botella, el político buscó en los documentos anexos los nombres de los impíos, los destinatarios a los que Aarjen de Bruyn había infectado con el veneno del informe antes de ser purificado por la espada del arcángel. Como le sucediera a Hércules con la Hidra de Lerna, al decapitar una cabeza de serpiente, surgían dos más.

Jamás había oído hablar de Ramiro Sancho ni de Erika Lopategui, pero, si algo tenía claro, era que su vida, la de su mujer y la de sus tres hijos dependía de la de esos dos desconocidos.

De arrebátársela.

—Peter, ¿va todo bien?

Rosemarie le observaba bajo una enorme lámpara de araña que colgaba del techo. Enseguida se percató de que la expresión que se había adueñado del rostro de su esposa, a medio camino entre el miedo y el desconcierto, era el reflejo de la suya. Hizo un esfuerzo por demolerla y levantar otra distinta.

—Cariño, siento haberte molestado. Pensé que ya estarías dormida y mi debilidad me ha empujado a ahogar en la bebida la dura jornada que he tenido hoy.

Ella desvió la mirada al suelo.

—El pulso de este anciano ya no es tan firme —comentó él recortando la distancia con ella sin evitar pisar los cristales.

—Peter, llevamos casados veintinueve años y nunca te había visto...

—Cumplir años no solo deja arrugas, mi vida. Vamos a la cama. Que Johannes se ocupe de esto mañana.

—¿Seguro que estás bien?

—Tan seguro como que te quiero igual que el primer día —afirmó Peter envolviéndola entre sus brazos.

Aquella noche, Peter Frei, insigne guardián de la Congregación, esperó a que la respiración de Rosemarie se hiciera cadenciosa y prolongada. Bajó al despacho y se conectó al servidor alojado en algún sitio que él desconocía pero fuera del alcance de las miradas de intrusos y autoridades. En tres clics accedió a la información en clave de los arcángeles. Leyó las hojas de servicio de los siete y tomó la decisión de involucrar a dos de ellos para resolver el asunto por la vía rápida. Aquello no le iba a salir barato, pero... ¿cuánto valían las vidas de los suyos? A Miguel solo tenía acceso Corteza de Roble. Gabriel y Rafael reservaban sus espadas para los nueve custodios, por lo que tuvo que elegir entre Samael, Uriel, Jofiel y Zadkiel. Se decantó de inmediato por Uriel porque ya había recurrido a él en varias ocasiones y jamás le había fallado, además, se había encargado de la serpiente y estaba convencido de que asumiría de buen grado terminar la misión. Resolvió compensar la veteranía del arcángel con la juventud de Zadkiel, cuyos informes brillaban con luz propia desde que había tenido el honor de sujetar una de las espadas de la Congregación. Contactó con ambos siguiendo el protocolo de seguridad que establecía la situación y salió de la aplicación frotándose los ojos como si quisiera borrar el rastro de sus actos.

Inmediatamente después, se concentró en los portarretratos diseminados por todo el salón. Su hija Claudia paseando por Londres; sus hijos Werner y Bruno jugando con la nieve acumulada en el porche de la casa de Saint Moritz; Rosemarie con el vestido de boda, orgullosa y feliz, agarrada del brazo del que iba a ser su esposo.

—Hasta que la muerte nos separe —musitó conmovido—. O nos lleve al mismo tiempo.



A LA LARGA, EL GALGO A LA LIEBRE MATA

*Residencia de los Zúñiga Pérez
C/ Menéndez Pelayo, 6 (Valladolid)
5 de septiembre de 2012, 11:10*

José Antonio no podía despegar la mirada del número desconocido que se había iluminado en la pantalla de su teléfono móvil.

—Responda —le animó Fajardo—. Estamos con usted. Recuerde todo lo que hemos hablado. Responda —insistió.

El anciano inspiró muy despacio y dedicó una sonrisa cóncava a Azucena, demacrada, con las manos juntas en posición orante.

—Dígame —dijo al fin.

—Aquí su comandante. ¿Quién fue el pendejo?!

—¿Cómo dice?

—Quiero saber quién fue el pendejo que avisó a la prensa. ¡Épale, viejito mamón, dígame quién fue el que me está obligando a desprendérsela de la vida!

—¡Nosotros no sabemos nada de eso! ¡Nos ha sorprendido igual que a usted, mi comandante! —dijo interpretando el papel que había ensayado

con Fajardo—. Nadie de mi familia ha hablado con los medios, nadie.

—Claaaro, viejito, claro. El ancianito no sabe nada de liada. Pásese de pendejo una sola vez más y se la envío por partes. ¿Dónde se encuentra en este momento?

—¿Que dónde me encuentro? —repitió mirando al jefe de la Unidad de Secuestros y Extorsiones.

—Sí, sordito cabrón. ¿Desde dónde me está hablando?

—Desde la casa de mi hija.

—Ya lo sé, puto, ya lo sé. Ahorita mismo se me baja a la calle a platicar conmigo.

—¿A la calle? Hace un poco de frío, señor. ¿No podemos; seguir charlando tranquilamente desde...?

Cuando escuchó que su interlocutor cortaba la llamada se giró hacia Fajardo con brusquedad.

—Volverá a llamar, no se preocupe.

—Me bajo a la calle —anunció José Antonio, perturbado.

—No es buena idea.

—¡La vida de mi nieta está en juego!

La Triple Efe no insistió. Sacó el auricular y se lo colocó en el oído.

—No se lo quite por ningún motivo —le advirtió—. Solo me dirigiré a usted si es sumamente necesario. El objetivo es la cita, no lo olvide. Súbase el cuello del abrigo. No se aleje demasiado y, sobre todo, conserve la calma. Déjele hablar a él.

En el ascensor, José Antonio podía escuchar el bombeo del corazón, como suenan los tambores de guerra, enérgicos y acuciados. Minutos después seguía recorriendo la acera sin levantar la mirada del móvil, tentado de devolver la llamada, azorado. El número apareció en la pantalla sin avisar.

—Aquí estoy —contestó timorato.

—Escúcheme, culero, si se me vuelve a revolver empiezo a cortar en trozos a la chamaquita, ¿sí?

—Entendido. Ya estoy en la calle, señor.

—Eso es, mi amigo. Ahora quítese la mierda que le hayan puesto los puercos. Este desmadre es entre usted y yo, no más. Lo estamos vigilando,

no me vaya a hacer ninguna mamada, ¿me explico?

José Antonio se detuvo en seco. Por el auricular escuchó a Fajardo con voz sosegada.

—Dígale que no lleva nada encima. Es imposible que lo sepa.

—¡Órale, cabrón! ¡Quíteselo o doy orden de empezar a descuartizar a la chamaquita! ¡¡Órale!! —le gritó.

José Antonio claudicó.

—Ya está, mi comandante. ¿Qué quiere que haga con él?

—Arrójelo al suelo y píselo hasta desmadrarlo.

José Antonio Pérez no se lo pensó. Fajardo chasqueó la lengua, todavía escuchaba la conversación pero no podía hablar con el abuelo.

—Ya está, señor.

—Eso es, mi amigo. Camine.

—Estoy caminando.

—Ya veo —mintió—. Ahorita, vaya al Niccola Caffè, calle Constitución a la derecha.

—Sí, sé dónde está.

—¡Apúrese!

—Bravo, no lo pierdas —le exhortó Fajardo al subinspector—. El cabrón dice que lo está viendo. Será un farol, pero ándate al loro no sea que tenga algún capullo siguiéndole.

—Lo tengo a la vista.

—Entre en el café y vaya directito al baño de hombres. Le he dejado un regalito tras la cisterna, mi amigo. Avíseme en cuanto lo tenga y no salga a la calle hasta que yo se lo ordene, ¿sí?

José Antonio hizo lo que le indicó.

—Está tardando mucho —avisó el subinspector Bravo—. Demasiado.

—Aguanta ahí fuera, saldrá.

—Lo tengo en mi poder, mi comandante —le avisó José Antonio cuando salió de nuevo a la calle.

—Anote este nuevo número y llámeme inmediatamente.

—Es uno de los intervenidos —anunció Nacho Ávila tras la comprobación.

La mueca de Fajardo era de regocijo.

—Pínchame lo cagando leches.

La voz del comandante se volvió a escuchar nítida y limpia en los equipos instalados en el domicilio de la familia.

—Ya tiene un celular tope chingón con saldo hasta la madre, mi amigo. Siga moviéndose.

—¿Hacia dónde?

—Hacia donde le dé la chingada gana. ¿Tiene la lana?

—¿Cómo dice?

—La puta madre, sordo pendejo..., ¡le digo que si ya reunió mi dinero!

—He conseguido casi ochocientos mil euros en efectivo —respondió dubitativo.

—¡¿Cuánto dijo, cabrón?!

—Ochocientos mil euros.

No mentía, el valor de los paquetes de acciones era lo único que había podido ingresar en su cuenta corriente y recuperar en efectivo tras convencer al director del Banco Popular, sin darle detalles de los motivos, de que era cuestión de vida o muerte.

—¡No mames, güey! ¿En eso valora la vida de su pinche nietecita? ¿Le pido cuatro millones y me ofrece ochocientos?

—Es todo lo que he podido reunir pero hasta mañana no puedo ir a retirarlo de la cuenta. ¡No disponemos de más dinero en efectivo! —se defendió—. Hemos hecho todo lo que hemos podido en el plazo que nos ha dado.

—¡Escúcheme bien, mi amigo! Le acepto esos ochocientos mil. Ahora dígame qué partes de su nietecita le interesan más. ¿La tatemala? ¿Los brazos? ¿Mejor las piernas? Por ese dinero me la cojo ochocientas veces y no encuentran ni la guedeja. ¡Órele, ojete! ¡Responda!

—Por favor, señor. Tiene que entender que cuatro millones de euros es una cantidad imposible de reunir. Quizá podríamos llegar al millón si alargamos el plazo, pero le aseguro que no disponemos de más.

—Me está dejando muy abajo, pinche miserable, no me da chance. Volveré a llamar. Adiós.

—¡Espere, por favor, no cuelgue! —le rogó José Antonio al pitido continuo.

Los edificios que flanqueaban la calle Santiago se vinieron sobre él. Los viandantes transitaban indiferentes, como si pertenecieran a un mundo paralelo, ajeno a la realidad. El sonido de su móvil personal le hizo recuperar el aliento. Era Fajardo.

—Lo ha hecho muy bien. Vuelva aquí, tenemos algo que contarle.

Residencia de Ramiro Sancho

Vagos recuerdos. Imágenes difusas implantadas en su histórico vital sin ningún propósito, como esas que estaban recogiendo sus pupilas. La luz que se filtraba por las lamas de la persiana, exigua pero suficiente, le permitió reconocerse en un entorno irreconocible, tumbado en una cama grande, vestido con la misma ropa que se puso cuando salió de Reikiavik. Tratando de ajustar los engranajes de una maquinaria que no lograba poner en marcha, sintió las primeras dentelladas.

Así reclamaba la jauría su primera ración del día.

Ólafur Olafsson se incorporó pesarosamente y logró encender la luz sobreponiéndose a la habitual presión craneal matutina. Se sentó sobre el colchón mientras se masajaba las sienes con las palmas, temblorosas y humedecidas, al tiempo que ordenaba a su lengua que se despegara del paladar. «Petaca» era la única palabra que se escribía en su cerebro. Dio con ella en el bolsillo de su gabardina, tirada a los pies de la cama junto a sus zapatos. La manada protestó con uñas y dientes al agitarla y no producirse sonido alguno. Salió de la habitación con un único objetivo por cumplir. La intuición carburada por la necesidad física guio sus atrevidos pasos hasta el salón. Tras el vidrio mateado de un compartimento lateral del mueble de pared reconoció las sinuosas formas y suntuosos perfiles que bosquejan cualquier botellero. Las fieras brincaron jubilosas. El islandés alargó el brazo para agarrar el embellecedor esférico que hacía las veces de tirador, pero un espasmódico movimiento de la mano imposibilitó la rutinaria tarea. Ólafur Olafsson se mordió con fuerza el labio inferior y emitió un agudo gemido fruto de la desesperación. Los elementos confabulados contra él, una conjura global para hacerle más complicada su febril existencia.

Y las alimañas fuera de sí.

Abrió y cerró el puño en repetidas ocasiones antes de intentarlo de nuevo. Sujetándose tenazmente la muñeca con la mano menos diestra para mitigar el temblor, pegó la palma extendida al cristal y ascendió muy despacio hasta la escurridiza bolita. En cuanto la tuvo al alcance, se abalanzó sobre ella como una tarántula de cinco patas sobre su presa. El botín compensó el esfuerzo. El ansia viva se alió con la codicia para pisotear sus preferencias alcohólicas. Apresó una de ellas por el cuello de forma aleatoria y bebió.

Algo después, ya recuperado el control, resolvió que debía comunicarse con Sancho.

—Espero que te hayas levantado con una buena resaca —fue lo primero que escuchó Ólafur Olafsson.

—Así ha sido, pero ya está muerta y enterrada. No recuerdo nada, pero supongo que debo pedirte disculpas y agradecerte que me hayas aceptado en tu casa.

—No te preocupes, me lo cobraré cuando te vea. Tengo poco tiempo, ando con un lío cojonudo entre manos. Espero que no le hayas cogido demasiado cariño a la casa porque sobre las doce del mediodía va a presentarse allí una empresa de mudanzas.

El islandés carraspeó con inusitada pujanza.

—Ya. ¿Te cambias de casa?

—Así es. En la entrada he dejado un plano de la nueva casa, un juego de llaves y una hoja con las instrucciones que tienen que seguir para colocarlo todo. Solo tienes que abrirles la puerta y dejarles trabajar. Te nombro responsable de la seguridad de mi colección de cedés, no quiero que se extravíe ninguno, ya sabes.

—Ya. Colección de cedés. Entendido.

—Me gustaría comer contigo, pero no voy a poder. Te veo más tarde en la nueva dirección.

—No te preocupes por mí, me las arreglaré. Luego hablamos y gracias otra vez.

Nada más colgar, recorrió el escenario donde sabía que había finalizado un capítulo importante en la vida de su colega pelirrojo. No tardó en

comprender el motivo por el que se cambiaba de vivienda. Definitivamente, no había tanta diferencia entre los dos, pero no era menos cierto que una casa no era un hogar si no contenía un par de botellas de Four Roses en algún armario.

Comprobó la hora y se puso la gabardina para deshacer el entuerto.

En algún lugar de la provincia de Valladolid

Lo había barruntado mucho antes de golpear la puerta. Sin embargo, tras la visita de Gorka durante la fase de oscuridad, Rita terminó imponiéndose a Marga y juntas empezaron a amasar un plan que, una vez horneado, estaba a la espera de ser cortado en rebanadas.

Y la primera era atraer a su cancerbero.

«Vamos, cerdo asqueroso, baja de una vez», se repetía entre dientes.

Al escuchar el sonido de sus pesadas botas bajando las escaleras, teniendo todavía fresco el bofetón que le había propinado, ganó toda la distancia que pudo respecto a la entrada.

Reconoció el chirrido de la rejilla y quiso anticiparse.

—¡Necesito asearme! —declamó.

No hubo respuesta.

—Por favor, llevo días sin lavarme y... me ha bajado. Lo necesito.

Silencio.

—¡Me siento asquerosa! ¡Esto es repugnante!

—¡No grites, hostias! ¡No grites! Ahora vuelvo.

—¡Gracias, gracias, gracias!

Cada minuto que tardó en regresar era una tonelada de arena en su reloj de impaciencia.

—Quédate muy quietecita donde estás —le advirtió desde fuera—. No me la lías o te vuelvo a poner el bozal y las cadenas.

—No me muevo, no me muevo —aseguró Margarita.

La puerta se abrió. Gorka, cubierto con el pasamontañas y su atuendo habitual, transportaba un barreño azul con ambas manos. Bajo el brazo asomaba algo que concentró toda su atención.

—¿Eso es ropa limpia? ¡Ropa limpia!

Gorka emitió un gruñido antes de dejar en el suelo el recipiente con agua y la esponja.

—¡Gracias, gracias de verdad! ¡Ropa limpia! —repitió ella emocionada.

—Te he traído un par de trapos para que..., para que te pongas ahí. Si tú te portas bien conmigo, yo me porto bien contigo. ¿Entiendes? Esa es la única norma —apuntó arrojando las prendas sobre el colchón—. El agua ya tiene jabón. La toalla está limpia. Estaré aquí fuera esperando.

Todo era parte del plan de Rita. Margarita no alcanzaba a verlo, pero podía sentir la lujuriosa mirada de Gorka a través de la rendija. Se situó donde pudiera verla bien, evitando la zona sombría antes de empezar a desnudarse, muy despacio, a la velocidad con la que emergen las burbujas en una copa de cava. Primero se despojó de la condenada camiseta de la peña Bagur. Hundió la esponja en el barreño y se la pasó con delicadeza por las axilas y el cuello. Para ganar en credibilidad, empezó a tararear la primera canción que le vino a la cabeza. Curiosamente, en su disquetera mental solo aparecían los portorriqueños de Calle 13 y, de forma aleatoria, le salió *Latinoamérica*. Aquella era una de sus preferidas y, como sucedía con el resto, se sabía la letra de memoria. Sin embargo, en aquella comprometida tesitura, solo fue capaz de verbalizar el estribillo.

Rehuyendo entrar en contacto visual con la ranura, se quitó el sujetador. Introdujo las manos en el agua tibia y se acarició la piel, enfatizando en los senos. El aire del ventilador y la propia naturaleza hicieron que los pezones cobraran vigor. Reconoció el sonido metálico de la hebilla del cinturón golpeando contra el suelo. Era el momento. Dando intencionadamente la espalda a su espectador, se desabotonó el pantalón y en el mismo movimiento se desnudó por completo. Antes de girarse, recurrió a la esponja para tapar su sexo, aunque, si hubiera sabido que Gorka ya había eyaculado contra la puerta, habría terminado con la función. Sin embargo, quiso ser fiel al libreto establecido y terminar la escena mostrando a cámara cómo se aseaba el pubis con férvida vehemencia.

Casi podía escuchar cómo salivaba.

Residencia de los Zúñiga Pérez.

Gabriela les abrió la puerta con el rostro demudado y pronunció algo que ninguno alcanzó a entender. Podía respirarse la tensión a pesar de que la casa estaba bañada en una fragancia cítrica dulzona, una pócima confitada a base de mandarina sanguina, canela y bergamota.

—¿A qué huele aquí? —preguntó Sancho avanzando por el pasillo, dejándose guiar por el fragor de las voces provenientes del salón.

—A ambientador de hogares pudientes —calificó Sara Robles.

José Antonio estaba fuera de sí. Enrojecido de ira, parecía que el inminente estallido de la vena que descendía por la sien salpicaría la cara de Fajardo, que se limitaba a aguantar estoicamente sus gritos y aspavientos. Azucena y Alfredo, sentados en el sofá, se agarraban con fuerza las manos, lacrimógenos, susurrándose dogmas aprendidos tan recurrentes como yermos.

En un alarde de paciencia, Sancho esperó confiando en que su irrupción provocara un efecto balsámico. En cuanto se percató de ello, Fajardo supo exprimir la coyuntura.

—Después discutimos eso —le dijo el de la Unidad de Secuestros y Extorsiones a José Antonio—. Ahora me urge informar al inspector Sancho. Solo le pido un voto de confianza, sé muy bien lo que hago, créame.

Fajardo hizo un gesto a los recién llegados para que le siguieran a la habitación de la quinceañera. Tras reproducir varias veces la conversación, se aclaró la voz.

—Tenemos un candidato, máquina —dijo bajando la voz para contener la euforia—. A primera hora he recibido noticias de nuestros amigos mexicanos —anunció abriendo una carpeta— y la comparación de las grabaciones no deja lugar a dudas, su voz. Servando Garay, alias el Chimuelo, conocido también como comandante Chimuelo o comandante 54. Creemos que pertenece o ha pertenecido a los Zetas. Nació en el D. F., pero es de ascendencia española y tiene pasaporte español. Entró en España en marzo del 2010. Fue detenido a los pocos días por un delito de tenencia

de drogas y enviado de cabeza al centro penitenciario de Botafuegos, en Algeciras. Salió en julio del 2011 y no sabemos nada más. Tomad y leed — le previno entregándole su expediente.

Sancho y Sara lo leyeron detenidamente.

—Hay que joderse... —calificó el pelirrojo luego de verificar el nivel delictivo del sujeto.

La inspectora Robles resopló.

—Chimuelo —dijo Sancho—. ¿Qué coño significa eso de Chimuelo?

—Desdentado —se apresuró a responder la Triple Efe.

—¿Y cómo es posible que este tío haya entrado en España? —se preguntó Sara Robles en voz alta.

—Eso sucede en las mejores familias, pero la cagada gorda es que lo soltaran sin empaquetarlo a México. Lo típico, el clásico error del funcionario de turno que no se percata de que el tal Servando Garay tiene la doble nacionalidad y no manda comprobar sus antecedentes en el momento de la detención. Se le perdió la pista. No hay registros de salida del país, ninguna dirección conocida, nada a su nombre. Aquí lo tenéis.

Sancho puso a trabajar su *gyrus fusiforme*.

Tenía un rostro demasiado común, adocenado en general, corriente en particular; con rasgos indígenas muy difuminados, como si no hubieran arraigado en sus genes y se hubieran ido borrando con el paso del tiempo. La barba cerrada sombreaba el mentón, ancho y apaisado, constituyendo el único rasgo de fiereza contenida en la pose frontal. Las de perfil denotaban cierta deformidad en el maxilar superior como corolario de la escasez de piezas dentales. En la mejilla izquierda presentaba una cicatriz fea, un siete mal trazado, un tajo incómodo en el que no crecía el vello facial.

—Por lo menos ha tenido la deferencia de hacerse la foto con la boca cerrada.

—Tiene toda la cara de mierdecilla de suburbio, un auténtico «chupatermómetros» —calificó el pelirrojo.

Sara Robles no pudo contener una sonrisa tan manifiesta como silente. Fajardo fijó su atención en la foto y asintió varias veces.

—Esa me gusta. Operación bautizada. Al lío —apremió Fajardo disminuyendo ostensiblemente el volumen de su voz—. Gracias al papaíto

ya ha prendido la mecha de la alarma social. El colegio de la niña ha anunciado concentraciones diarias en el patio y cada viernes en la plaza Mayor hasta que Margarita regrese a las aulas. Todos los periódicos se hacen eco de la noticia y supongo que en este preciso momento estarán debatiendo si publicar la foto del comandante Chimuelo en las portadas de los periódicos. Peor no podría presentarse el asunto, con esto nos toca lidiar. Sabemos que Garay le ha dado otro terminal al abuelo para comunicarse con él y el último número desde el que le ha llamado se corresponde con uno de los que compró el yonki. Lo tenemos intervenido, pero eso él no lo sabe.

—¿Cómo podemos estar seguros? —quiso saber la inspectora.

—No lo estamos ni lo estaremos, pero si usáramos la cabeza —dijo con retintín señalándose las sienes con los índices— la lógica nos diría que si supiera que está intervenido no se habría arriesgado a montar el «pifostio» de esta mañana con el abuelito, ¿no le parece, inspectora? De cualquier manera, no tenemos más remedio que funcionar a base de hipótesis. Ni siquiera sabemos con certeza si la niña está viva en estos momentos.

Fajardo retomó inmediatamente la palabra negándole el turno de réplica.

—Yo estaba empezando en esto cuando me tocó acompañar a mi predecesor en un asunto francamente complicado en México. Una banda de hijos de puta sin escrúpulos agarraron al hijo de un empresario español cerca de Morelia, capital de Michoacán, uno de los estados más peligrosos del país. Pagaron tres millones de dólares en dos plazos y cuando por fin encontramos el cuerpo descubrimos que llevaba muerto y enterrado más de dos meses. Lo mataron a golpes a las primeras de cambio. Así y todo siguieron extorsionando a la familia. Es una práctica muy común allí.

Sancho sintió el impulso de interrumpirle para aclarar algo que no le cuadraba en el relato, sin embargo, prefirió guardárselo mientras se rascaba la barba con avidez.

—Tenemos que tener preparado el dispositivo en cuanto vuelva a comunicarse con la familia. Me apuesto la casa de muñecas de mi hija a que muy pronto le pondremos el collar al galgo.

—A la larga, el galgo a la liebre mata —apuntó Sancho.

—Seguro, Sanchito, seguro, pero a la Triple Efe le han autorizado una unidad cóndor y le va a tirar de la correa solo con que abra el hocico. Y como me toque los cojones lo ahorco en un árbol del paseo Zorrilla. ¿Has visto? Ya me conozco la vía principal de tu pueblo.

Sancho no entró al trapo y los gritos desesperados de Azucena provenientes del salón hicieron que los tres tragaran saliva.

—Espero que tu hija no pierda su casa de muñecas porque ahí fuera no van a aguantar mucho más —cerró Sancho.

—Por ahora la foto no sale de aquí —advirtió Fajardo—, hagamos lo posible para que no trascienda a los medios o empezarán a llover llamadas de decenas de malnacidos diciendo que tienen a la niña.

En algún lugar de la provincia de Valladolid

Jugueteaba con una lata de refresco que había cedido a la oxidación del abandono. Llevaba tanto tiempo contemplándola que casi le dio pena arrojarla desde el desvencijado sofá en el que estaba recostado al montón de escombros.

Teniendo ya acondicionada la *suite*, Servando Garay no había hecho otra cosa a lo largo de la jornada que barruntar sobre lo que había descubierto la noche anterior. El vasco no estaba jugando del todo limpio y, aunque podía comprender que le hubiera ocultado el hecho de que estuviera participando una tercera persona en el papel de carcelero, no dejaba de preguntarse qué había de cierto en aquella historia que le había motivado a pergeñar aquel plan tan enrevesado. Y si algo aprendió del Mochaorejas era que cuanto más se simplificaba menos probabilidades existían de cometer errores. Controlar todos los hilos era una tarea hartó complicada pero esta se tornaba imposible cuando había algunos que él desconocía, como era el caso.

En unas horas iban a tener que alimentar la caldera con una buena palada de carbón y, a pesar de que el mexicano tenía decidido que si algo se torcía él no se iba a quedar a enderezarlo, presentía que aquella era su gran

oportunidad para volver a casa. Y no estaba dispuesto a desperdiciarla. Por eso se empeñó en que debía averiguar el paradero de la niña.

Tanto cavilar le dio hambre. Recordó que había guardado un buen trozo del bocadillo de tortilla de patatas que acostumbraba a almorzar en una gasolinera de mala muerte emplazada en la carretera con menos tránsito que había visto jamás, y efectivamente, lo halló en el fondo de la mochila. Nada sobra en casa del necesitado.

Poco más tarde, solo quedaban las migas que se arrojaron al vacío en cada mordisco, prefiriendo cualquier desventura a terminar en aquella estremecedora y repulsiva masticadera.

Fortalecido en sus convicciones, Servando Garay se levantó decidido para incorporarse a su puesto de vigilancia nocturna.

Residencia de Ramiro Sancho

Chispeaba. Pocos fenómenos atmosféricos le resultaban más molestos que aquella fina y fría llovizna que traía el final de la estación estival y el principio del otoño. «Peor que arrancar una nueva etapa de forma forzada es hacerlo arrastrando el recuerdo del agónico final de la anterior», pensó el inspector al bajarse del coche.

Horas antes, cuando lograron calmar el ataque de nervios de Azucena y salieron de la vivienda de los Zúñiga, se dirigió a comisaría junto a Sara Robles con el objeto de preparar el dispositivo de la operación Chupatermómetros en el caso de que se activara alguno de los teléfonos intervenidos. El jefe del Grupo de Homicidios también quería analizar los posibles avances que se hubieran producido en cada uno de los frentes abiertos de la investigación, por lo que allí les esperaban los subinspectores Matesanz y Peteira, si bien el gallego mantuvo una actitud más ausente que presente durante las más de tres horas que estuvieron picando piedra. Álvaro Peteira pareció adivinar las intenciones de Sancho y, antes de que este le pidiera que se quedara unos minutos para charlar con él sobre sus asuntos personales, se excusó y desapareció. El pelirrojo permaneció un rato más en comisaría tratando de exprimir unos frutos que ya no soltaban

una gota de zumo: seco del todo el de la reconstrucción del momento del secuestro; agotado el del círculo íntimo de la víctima, y muy poco maduro el de la actividad de Helios. Así, en la cesta solo quedaba la posibilidad de hincarle el diente al pasado político del padre. Para ello, tendrían que traspasar una cáscara demasiado dura y recubierta de toxinas altamente nocivas para la salud.

De regreso, recibió una llamada de Gracia Galo que terminó extinguiéndose en una sucesión de pitidos continuos. Parado delante de la puerta metálica que daba acceso al porche de entrada de la que ya era su nueva casa, se preguntó si habría alguna forma de impedir el paso a los demonios que le acompañaban, de dejarlos fuera, calándose, arrugándose como el cartón bajo la lluvia. La respuesta la obtuvo cuando descubrió la figura de Ólafur Olafsson, sentado en las escaleras del patio inglés.

—*Mélcomin* —sonó la bienvenida en islandés.

Sancho se paró para darle tiempo a que se incorporara. El primer abrazo fue algo escarchado pero tras sacudirse el hielo a base de manotazos en la espalda llegó otro menos timorato, más templado. El pelirrojo agarró de la cara a su amigo y lo zarandeó con fuerza.

—¡Me alegro de verte, cabrón! —dijo en castellano.

Ólafur contuvo las lágrimas y se giró impetuosamente para evitar que se desparramaran sus flaquezas en el encuentro.

—Se han marchado hace un par de horas —introdujo cambiando de tercio y de idioma—. Espero que esté todo al gusto del señor.

Sancho recorrió el pasillo hasta el salón guiado por la luz artificial que bañaba la estancia. Bajo la moldura del arco que marcaba la entrada examinó el entorno y meneó la cabeza.

—Sorprendente —calificó.

—Esos chicos eran unos auténticos profesionales, aunque hemos tenido que hacer diversos cambios respecto al plano para encajar esos muebles. No me he atrevido con algunos objetos de decoración —dijo refiriéndose al revólver del calibre 38 que reposaba encima de la mesa del comedor.

—Joder, ni me acordaba. ¿Todo eso es el correo? —preguntó Sancho señalando el montón de papeles amontonados junto al arma.

—Era lo que había en la otra casa más la correspondencia que no habías recogido del buzón.

—Será publicidad y cartas de admiradoras secretas, mañana lo tiro todo a tomar por el culo. ¿Mis discos? —quiso saber, impaciente.

—Allí —señaló.

El inspector desembaló la caja y capturó uno de forma aleatoria.

—¿Te gustan The Rolling Stones?

Ólafur hizo una mueca poco esclarecedora.

—Cojonudo. ¿Esto funciona? —se preguntó refiriéndose al equipo de sonido.

Los ritmos tribales de *Sympathy for the devil* sirvieron de respuesta.

*Please allow me to introduce myself,
I'm a man of wealth and taste.
I've been around for a long long year,
stole many man's soul and faith.
I was around when Jesus Christ
had his moment of doubt and pain.
Made damn sure that Pilate
washed his hands and sealed his fate.*

—Eso significa que vamos a celebrar el reencuentro como nos merecemos —propuso el islandés.

Sancho no supo negarse a pesar de que lo que le pedía el cuerpo era exiliarse en la cama hasta primavera.

—Como nos merecemos..., esto tiene visos de convertirse en un desastre de dimensiones colosales —advirtió—. Además, estamos de suerte. No hace mucho que hice mi ruta del vino particular. Pillo la carretera de Tudela de Duero hasta Peñafiel haciendo paradas estratégicas en Sardón de Duero y Quintanilla de Onésimo. Tiene que haber Mauro, Abadía Retuerta, Arzuaga, Pinna Fidelis, Pago de Carraovejas, Finca Resalso, Protos, Pesquera..., coño, la ocasión merece un Pingus, pero no me da el presupuesto. Lo que no tengo es una mísera cuña de Flor de Esgueva, mierda.

El islandés le escuchaba atentamente tratando de entender algo de lo que salía de la boca del pelirrojo solapado por la voz de Mick Jagger.

*Pleased to meet you hope you guess my name.
But what's puzzling you is the nature of my game.*

—Ahora solo me falta encontrarlo —dijo mirando en derredor.

—El vino está donde tiene que estar: en la bodega.

En la primera ronda de la conversación, Sancho se centró en desembrollar la madeja del secuestro ante la atenta mirada de su interlocutor, que apenas le interrumpió para hacerle algunas observaciones. Coincidiendo con la apertura de la segunda de Pago de Carraovejas crianza del 2010, Sancho se frotó la barba y destapó el interrogante:

—¿Qué demonios te está pasando?

La respuesta podría haberse extendido hasta terminar con las existencias del botellero, pero fue más corta que el siguiente trago que tuvo que dar el islandés para digerirla.

—Para saber cómo vivir, primero hay que tener un porqué y no encuentro ningún motivo para seguir arrastrándome —confesó.

—Arrastrarse ya es un motivo.

—No si acarreas una deuda. O mejor dicho, si eres consciente de cargar con el peso de la deuda. Todos somos culpables pero solo unos pocos cargamos con ese estigma.

Sancho rellenó las copas y Ólafur interpretó el gesto como una invitación a profundizar en aquel argumento.

—Los cambios se producen independientemente de que uno quiera o no ser partícipe de ello. El concepto del castigo es un buen ejemplo. Antes, quien causaba un perjuicio a un tercero era merecedor de una pena cuya severidad solía ser proporcional al daño ocasionado. Ese y no otro era el punto de partida desde el que se trazaba una línea recta. Existía una percepción armónica entre daño y condena. Sin embargo, no se sabe cuándo, este concepto de justicia ha sido sustituido en el empeño de los hombres que dictan las leyes por conseguir mayor equivalencia. Hablo de encontrar la forma de compensar el dolor. Pero ¿acaso es esto posible,

Sancho? No, desde luego que no. No lo conseguiríamos aunque nos encerráramos en nuestro solipsismo y tiráramos la llave. Porque los grados de percepción son distintos para cada individuo y porque uno no puede ser libre cuando se limita a juzgar las acciones de los demás. La existencia en sí misma es angustiosa y consecuentemente resulta inevitable provocar dolor a los que nos rodean. El problema radica en que nunca se da la reciprocidad perfecta y, por tanto, las condenas son siempre injustas. Es indefectible y ni siquiera nos preocupa. No pagamos nuestras deudas en cien vidas, Sancho, porque en cada vida que malvivimos contraemos más y más obligaciones. Así, todos somos culpables, a pesar de que evitemos a toda costa reconocerlo para no aparentar nuestra vulnerabilidad. Tan fácil como reconocerlo, Sancho, tan fácil como admitirlo.

Perdido en la traducción, Sancho optó por terminar su vino de un trago y batirse en retirada.

—Compañero, mi intelecto me pide una tregua y no quiero contraer una deuda que no pueda pagar. Así que, antes de que me dé por recitar líricas cristianas, me voy a desconectar de la realidad en este momento. Buenas noches.

—Que el cielo te guarde, yo me quedaré un rato más en este infierno.

—Me alegro de que hayas venido, aunque todo parece indicar que no tardaré demasiado en arrepentirme.

—Solo una cosa más.

El pelirrojo se giró haciendo visible su agotamiento.

—¿Te importa si enciendo la chimenea? —preguntó incorporándose de la silla.

—No, claro que no, lo que no sé es qué vas a utilizar para...

Ólafur se anticipó mostrándole *La obra de Augusto Ledesma*.

—Que se consuma en el fuego purificador —propuso el islandés.

Sancho no podía despegar la mirada de la cubierta del libro.

—Que se consuma en el fuego purificador —consintió a modo de despedida.

En el salón seguían sonando The Rolling Stones, pero no reconoció la canción. Subió las escaleras remolcando mucho más que el peso de su cuerpo y, sin importarle que la cama no estuviera vestida, se descalzó antes

de cubrirse con una manta y dejarse caer sobre el colchón, su colchón. Con los ojos cerrados vio cómo el poemario de Augusto quedaba reducido a cenizas y se dejó engullir por un sueño tan conciliador como extraño, tan breve como infausto.



QUIEN CON NIÑOS SE ACUESTA MEADO SE LEVANTA

*Estación de autobuses de Valladolid
C/ Puente Colgante, 2
6 de septiembre de 2012, 6:20*

Las manillas del reloj provocaron que las mariposas que creía aletargadas en su estómago echaran a volar al unísono. Se ajustó la capucha, escondió la cabeza entre los hombros y apretó el paso. Se encaminó a los baños y se encerró en el de minusválidos para hacer la llamada. En cuanto se cercioró de que la conexión era correcta soltó el aire que había retenido en sus pulmones.

Invisible.

Lo había elaborado al detalle, a partir de aquel instante, cualquier fallo, por ínfimo que fuera, provocaría que todo se descontrolara, como una barca sin remos arrastrada por la marea contra las rocas. Tenía que acercarse a ese autobús pasando totalmente desapercibido para las cámaras, igual que antaño, cuando se tiraba días enteros siguiendo a sus objetivos sin que la escolta se percatara de su presencia.

Invisible.

Levantó la mirada una décima de segundo para verificar que ya empezaban a subir algunos pasajeros y el portaequipajes estaba abierto. Tal y como esperaba, el conductor, un hombre fornido, de mediana edad y la típica cara de autobusero somnoliento, estaba chequeando los billetes a los últimos viajeros con destino a Madrid. Inspiró antes de relajar el ritmo de la zancada.

Invisible.

Residencia de Ramiro Sancho

La vibración y el sonido del móvil se confabularon con el objeto de que se le dispararan las pulsaciones. Por suerte, no había bajado la persiana y la luz artificial que entraba desde el exterior le ayudó a ubicarse en su nuevo dormitorio. El ruido venía del bolsillo del pantalón vaquero que había hecho las veces de pijama.

—Sancho —acertó a pronunciar.

—Sanchitooo, ¡ya puedes salir cagando leches de la cama, que no llegas a la boda! —vociferó Fajardo—. Ya te dije que ese mamón no tardaría en dar señales de vida. Tenemos enganchado el móvil. De momento no se escucha nada, pero ilumina nuestros pasos.

—¿Con quién ha comunicado?

—Un móvil en la provincia de Zamora. La llamada ha sido corta, tres segundos, sin decir nada, pero se le ha quedado pillado al cabrón.

—¿Pillado? ¿Cómo coño es eso? —quiso saber el inspector a la vez que se calzaba las botas.

—Sucede a veces. Tú llamas, hablas, cuelgas, pero el otro no corta la llamada y se queda pillada. Pillada, Sanchito, pillada.

Sancho resopló dudando.

—Que sí, máquina, tú haz caso a la Triple Efe, que sabe lo que se hace. Se desplaza muy rápido así que seguro que va en un vehículo; segurísimo —enfaticó—. La última ubicación que me ha dado Nacho es de un repetidor localizado en... Boecillo —leyó—. Ya puedes darle cera a la montura porque no llegas al banquete y me termino follando yo solito a la novia.

Estoy con Bravo camino de la iglesia y este no se corta picando espuelas. Encárgate de avisar a tu gente, que se pongan el chaqué, metan una muda limpia en el maletero de los «K» y que abran los equipos de transmisión, pero que no se les ocurra poner los pirulos que la cagamos. Yo me encargo del cóndor. ¿Estás ahí?

—Saliendo de casa. —No mentía—. Escucha, ¿has dicho Boecillo?

—Eso he dicho. Nacho dice que va por la N-601 dirección Madrid y si Nacho dice que va por allí, es que va por allí.

—¡La puta que me parió! Va a pasar por delante de mi casa —exclamó subiéndose al coche.

—Bueeeno. No te pongas la goma que todavía no tenemos identificado el vehículo. No intervenimos, recuérdaselo a tu gente. Continuamos por los equipos de transmisión, vamos por el canal 10.

Sancho alertó a los suyos para que se pusieran en marcha. Antes de pasar Mojados, a la espera de recibir nuevas noticias del posicionamiento, escuchó la voz de Fajardo.

—Identificad vehículos implicados y localizaciones.

—Focus azul, con Botello por la avenida de Madrid, a la altura del Colegio San Agustín —informó Peteira.

—Mondeo negro, pasando Laguna de Duero —dijo la inspectora Robles.

—Ya podéis pisarle a fondo —exhortó Sancho.

—Venga. Para comunicaciones usamos modelo y color —indicó Fajardo, al mando del dispositivo—. La última posición emplaza el objetivo entre los kilómetros 163 y 140 de la N-601. Canal 8 abierto para pasar placas. No sobrepasamos vehículos ni hacemos identificaciones visuales de los ocupantes hasta comprobar propietario y domicilio. Cóndor, ¿me recibe?

—Le recibimos. Acabamos de despegar. Diez minutos para llegar a la zona. A su disposición.

Apenas había tráfico en ninguno de los dos sentidos. En la oscuridad de la noche, las luces traseras que buscaba Sancho brillaban por su ausencia. En esa franja horaria, aún era pronto para los primeros madrugadores y tarde para los últimos trasnochadores. El inspector miró el velocímetro al

pasar por el desvío de Alcazarén: 171 kilómetros por hora. Pocos segundos después, se oía su voz en los micros de los equipos de transmisión.

—Tengo a la vista un vehículo. Voy a acercarme más.

—¡Matrícula, máquina, solo matrícula! —le reprendió el de la Unidad de Secuestros y Extorsiones.

El pelirrojo soltó el acelerador y acarició el freno.

—Es un Citroën Pallas. Atención: Víctor, Alfa, 8845, Sierra. Diría que van dos ocupantes.

—Esperamos confirmación desde la base.

Esperó a escuchar la información para sobrepasarlo. No le hizo falta más de una décima para descartarlo.

—Dos ancianos. Sigo.

—Cóndor sobrevolando el área. Divisamos una berlina oscura, posiblemente un Audi A4 circulando a 165 kilómetros por hora. ¿Requiere aproximación para confirmar modelo?

—Negativo. Es mi vehículo. El objetivo tiene que estar por delante de mí —informó Sancho.

—Entendido. Vemos otro vehículo a dos kilómetros aproximadamente. Nos acercamos.

Sancho agarró fuerte el volante y hundió el acelerador aprovechando los seis kilómetros de recta que tenía por delante hasta llegar a Olmedo. Ni siquiera los densos y elegantes penachos de vapor que se levantaban a su derecha al pasar por las instalaciones de la azucarera Acor desviaron su atención del asfalto.

—Mondeo negro llegando a Mojados.

—Aquí Focus azul. Te tenemos a la vista —indicó Peteira.

—Astra gris pasando desvío de Alcazarén —informó Fajardo.

—Cóndor. Vemos otro vehículo entrando en Olmedo. Es un utilitario rojo de pequeñas dimensiones.

Haciendo caso omiso de las señales de control de velocidad, Sancho entró en la población castellana y se situó a pocos metros del nuevo objetivo.

—Es un Toyota Yaris: 9173, Foxtrot, Hotel, Kilo —dictó Sancho—. Un ocupante. Una mujer.

Sancho aceleró en cuanto llegó la identificación.

—Confirmado: es una mujer joven. Sigo.

—A todos los indicativos —intervino de nuevo Nacho Ávila—. Nueva ubicación del objetivo entre los kilómetros 142 y 118 de la N-601.

—Cóndor. Divisamos un autobús y dos vehículos detrás a dos kilómetros saliendo de Olmedo.

—Ya los veo. Un autobús —repitió el pelirrojo—. ¿Algún otro indicativo próximo?

—Focus azul y Mondeo negro entrando en Olmedo —dijo Sara Robles.

—Cóndor. ¿Tenéis algo más delante? —quiso saber Fajardo.

—Un camión, pero está a la altura de Martín Muñoz de las Posadas. Dígame si requiere aproximación para confirmar objetivo.

—Está fuera del rango —apreció Nacho Ávila.

—Negativo, cóndor. Apoye a los equipos que van tras el autobús y los dos turismos —ordenó Fajardo.

—Para mí el autobús —eligió Sancho—. Tengo una corazonada.

—Todo tuyo, máquina —dijo Fajardo—. El Focus, que se quede con Sancho. El Mondeo con el vehículo blanco, ahora os doy más detalles. Nosotros seguimos al X6, que también tengo un palpito. Porque eso es un X6, ¿verdad, Sancho?

—Afirmativo. Está con el intermitente puesto, va a adelantar —avisó Sancho.

—Lo tenemos a la vista —avisó Fajardo—. El vehículo blanco es un Megane Coupé, 4567, Uniform, Tango, Mike.

—Sin conexión con la base de tráfico —anunció Nacho Ávila.

—¡A tomar por el culo! —protestó el jefe del operativo—. Un ocupante, hombre, de cuarenta o cuarenta y cinco años. Necesitamos saber la ruta de ese autobús y si tiene prevista alguna parada. Que alguien de la central se comunique con ALSA, anota la matrícula —le previno antes de dictársela.

—Anotada —confirmó Peteira—. Nos ponemos con ello.

—El X6 le está zurrando de lo lindo. Acabamos de pasar por el kilómetro 122.

—Cóndor. Tomamos altura pero seguimos con los objetivos a la vista.

—¿Cómo vamos con el teléfono? —quiso saber Sancho.

—Nacho, confirma y refresca la ubicación —le pidió Fajardo.

—Kilómetros 138 y 114. Solo se escucha un ruido de fondo, como de motor. No se registra ninguna conversación.

A Sancho no se le oyó resoplar a través de los equipos de transmisión. Agarró el móvil y llamó a Peteira.

—Dime.

—¿Puedes hablar?

—Voy con Botello.

—Vale. ¿Qué te parece todo esto? ¿No te huele a mierda desde que metiste primera?

—No sé qué decirte. Es raro, sí, pero ¿qué hacemos?, ¿le dejamos correr a ver hasta dónde llega? No nos quedan más cojones que salir detrás —valoró el gallego.

—Tú y yo sabemos que ese cartón que nos han vendido no lleva premio, pero vamos a seguir tachando números hasta que alguien cante el puto bingo. Continuamos.

—El X6 se desvía por la N-403, dirección Pajares de Adaja. Le seguimos a distancia —reportó Fajardo por el equipo de transmisión—. Atento todo el mundo porque enseguida sabremos si es nuestra liebre. Nacho, cuéntanos.

—Estoy en ello.

—El Megane Coupé está adelantando al autobús, nos vamos con él —informó Sara Robles.

—A la espera de recibir noticias de la ruta del ALSA —reportó Botello.

—El Megane Coupé va a coger el desvío a la A6 —avisó de nuevo la inspectora.

—El autobús está aminorando la velocidad —intervino Sancho—. Tiene toda la pinta de que también va a Madrid por la autopista.

—Este sigue con prisa. A punto de llegar a Pajares de Adaja. Nacho, ¿qué? Dinos algo.

El silencio se adueñó de la comunicación unos segundos.

—Descartado el X6. Fuera de rango.

—Enterado. Volvemos hacia la autopista —dijo Fajardo sin ocultar la decepción.

—Sea lo que sea que estemos siguiendo, se encuentra en ese autobús — auguró el pelirrojo.

Durante los siguientes cuatro minutos no se escuchó nada por los equipos de transmisión.

—Atención a todos los indicativos —se pudo oír a Botello—. Ese ALSA va directo a Madrid, sin paradas.

—Nacho, nuevo posicionamiento.

—Kilómetros 118 y 89.

—Megane Coupé en el kilómetro 81, a punto de llegar a Villacastín. Fuera de rango, no es él.

—Muy bien. Ya tenemos ganador. A todos los equipos: nos vamos a Madrid sin hacer paradas, no nos queda otra —certificó Fajardo—. Cagando leches a Méndez Álvaro. Yo me encargo de avisar al séptimo de caballería, vosotros no lo perdáis.

Una hora y doce minutos más tarde el ALSA entraba a su dársena en la estación madrileña.

—Para toda la malla —se escuchó decir a Fajardo—, si hay algún equipo ajeno a la operación en este canal, que salga inmediatamente. Tenéis la descripción del candidato. Solo marcamos. No se identifica a nadie ni se practican detenciones a no ser que yo lo diga. Nacho, vas a tener que afinar mucho, quiero información continua.

El despliegue lo conformaban ocho agentes de la Brigada de Información, cinco de la Unidad de Secuestros y Extorsiones, y cuatro del Grupo de Homicidios de Valladolid repartidos por la estación en distintas posiciones, todas con buena visibilidad sobre el objetivo. Dos más del Grupo de Sistemas Especiales estaban apostados dispuestos a grabar a cuantos viajeros descendieran del autobús.

—Cazadora roja corta con capucha blanca por fuera, pantalón vaquero y mochila de deporte azul. Rasgos sudamericanos. Unos treinta y cinco años —se escuchó decir a alguien por los auriculares—. Parece que tiene prisa. Le sigo. Atentos fuera por si pilla un taxi.

—Avísanos cuando salga y canta la puerta.

—Atención —dijo otro—. Estoy viendo un tío de rasgos sudamericanos, con gorra de béisbol y chándal Adidas blanco. Está pillando

su equipaje. Le noto nervioso. Me quedo con este.

—¿Nadie más? —quiso saber Fajardo.

—Sí. Tengo uno que encaja en la descripción. Cazadora de cuero negra, pantalón oscuro y mochila a la espalda. Unos cuarenta. Va hablando por el móvil hacia la boca del metro.

—¡Mierda puta! Nacho, ¿se registra alguna conversación?

—Negativo.

—No va a ser ese, pero síguele. ¿Alguien más?

Nadie contestó.

—Tenemos tres posibles candidatos: capucha blanca, gorra de béisbol y cazadora de cuero. Nos lo vais contando —ordenó el jefe de la Unidad de Secuestros y Extorsiones—. Que no nos muerdan, ¿de acuerdo?

—Gorra de béisbol se ha metido en el servicio. Entro.

Mientras, Sancho no quitaba ojo del autobús. A su lado, la inspectora Robles seguía examinando a los viajeros que, sin prisa, aún estaban en la dársena.

—Capucha blanca va a salir por la puerta lateral que da a Méndez Álvaro. Atentos fuera.

—K-1. Veo a capucha blanca. Preparados por si pilla un taxi.

—Cazadora de cuero hacia línea 6.

—Nacho, dime algo.

—Sin novedad. No hay movimiento, creo.

—Venga, no me jodas...

—No se puede ajustar tanto. Si va a pie tarda en registrar un nuevo posicionamiento, pero diría que está parado.

Sancho frunció los labios y se rascó la barba mientras sacaba su móvil y se quitaba el micrófono del equipo de transmisión.

—Álvaro, acércate a ver si queda algún bulto en el portaequipajes.

—Capucha blanca va a pie por Méndez Álvaro en dirección Atocha.

—El mío sigue aquí. —Se escuchó decir por el equipo de transmisión en voz queda.

—¡Qué tuyo ni qué hostias! —le reprendió la Triple Efe—. ¿Y dónde cojones es «aquí»?

—Gorra de béisbol en el baño —rectificó.

—Llegando el metro. Voy con cazadora de cuero, va a subir.

—Aquí no quedó nada —informó Peteira por el móvil echando un vistazo al portaequipajes.

—Revísalo a fondo —le pidió Sancho.

—Gorra de béisbol saliendo del baño.

—Vamos con él —dijo una voz que Fajardo reconoció como uno de los integrantes de su Unidad.

—Pedro, mejor engánchale tú.

—Entendido, me retiro —confirmó el anterior agente arrastrando cierta frustración.

—Sancho, vente para acá, anda —le exhortó el subinspector por el móvil.

—Nacho, ¿sigue sin moverse?

—Nada. Quieto.

—Con cazadora de cuero llegando a Pacífico.

—Cazadora de cuero, descartado —dijo Fajardo.

—Recibido. Vuelvo.

Ramiro Sancho lo leyó en los ojos claros de Peteira, más apesadumbrados que de costumbre.

—Ahí —le indicó haciendo un gesto con la mano—, adherido a la pared del fondo.

Sancho se agachó.

—¿Buscan algo? —les preguntó el conductor con cara de autobusero somnoliento.

—No —pronunció el pelirrojo con rotundidad al tiempo que le mostraba la placa—. Ya lo hemos encontrado. ¿Tienes un pañuelo a mano? —le pidió al subinspector Peteira.

El móvil estaba dentro de una caja de metacrilato transparente que se había mantenido sujeta en el interior del portaequipajes gracias a la cinta de doble cara. Seguía encendido, aunque en la pantalla parpadeaba el indicativo de batería baja.

—Quien con niños se acuesta meado se levanta —sentenció el pelirrojo.

—En la cara, nos mearon en la puta cara —añadió el gallego encendiendo un cigarro.

—Hablando de caras, esta noche me gustaría tener un cara a cara contigo, si es posible.

Peteira no respondió, no era necesario. Sancho le regaló una palmada en el hombro antes de hablar por el equipo de transmisión.

—Atención a todos los indicativos, aquí el inspector Sancho. Suspendemos la operación. Hemos encontrado el móvil en cuestión en el portaequipajes del autobús. Era un señuelo —añadió.

Fajardo se mordió el interior de los carrillos y, aunque era consciente de que aquel fracaso daría mucho que hablar entre los detractores de la Triple Efe, no dejaba de preguntarse la razón por la que no había hecho caso a su intuición, esa voz que le advertía de que aquello olía muy mal. Repentinamente, sintió una fuerte contracción en la boca del estómago, como si alguien le hubiera cogido desprevenido y dado un buen puntapié.

Sacó el teléfono y marcó el número intuyendo que el destinatario no iba a atender la llamada.

El destinatario no atendió la llamada.

Estación de trenes de Pozaldez (provincia de Valladolid)

Al bajar del regional exprés procedente de Valladolid todavía le temblaban las piernas y el corazón le latía con fuerza inusitada. José Antonio Pérez Pérez se vio en la necesidad de sentarse en uno de los dos bancos de piedra anclados en el andén.

Desde que arrojó la bolsa por la ventanilla no dejaba de preguntarse: «¿Y ahora qué?».

Había seguido sus instrucciones al pie de la letra desde que le llegó el primero de los mensajes a uno de los dos teléfonos móviles que recogió en el Niccola Caffè, justo al que no estaba intervenido por la policía: «Prepárese para recoger el dinero del banco a primera hora. Métalo en una bolsa grande de deporte y espere instrucciones».

El director de Banca Privada del Popular, el señor Manso, le había encerrado en una sala, donde le sometió al tercer grado de forma sutil, a pesar de que estaba muy al corriente de los acontecimientos que acuciaban

a la familia por los titulares aparecidos en prensa. José Antonio se vio forzado a rogarle —cosa inédita en su manual de procedimientos— cuando el director le avisó de que la normativa interna de la entidad le obligaba a dar parte al departamento de prevención contra el fraude. Finalmente, los doce años de antigüedad y el volumen de transacciones que realizaba su empresa pesaron mucho más que las normas y el director Manso le dio su palabra de que no activaría tal protocolo.

Ni siquiera contó el dinero. Envío el mensaje de confirmación en cuanto puso los pies en la calle y no tardó en recibir otro que le decía que se dirigiera a la estación de trenes. Allí debía subirse al regional exprés que tenía prevista su salida a las 10:25 con destino a Ávila. Prácticamente viajaba solo y, nada más ponerse en marcha, el secuestrador le indicó que fuera al último vagón, advirtiéndole que le estarían vigilando y que cualquier error le costaría la vida de su nieta. Poco más tarde, consumido por las amenazas y sumido en un calamitoso estado de nervios, José Antonio leyó en la pantalla del móvil:

«En dos minutos esté preparado para arrojar la bolsa por la ventanilla. Yo le aviso».

El último mensaje tardó en aparecer una eternidad y tuvo la sensación de que el tiempo se había detenido a pesar de que las imágenes que recogían sus retinas dijeran lo contrario.

«Meta el teléfono en la bolsa y arrójela al pasar por la estructura metálica».

Enseguida la reconoció por el ofensivo color verde que deslucía en los hierros. Al pasar por el puente sobre el Duero, el convoy redujo drásticamente la velocidad. Le costó levantar con ambas manos los más de siete kilos en papel moneda que contenía, pero suplió sus carencias físicas propias de la edad aliándose con su colérico estado de nervios. No había ni un alma en las proximidades y nadie le vio hacerlo, aunque eso a José Antonio Pérez ya le importaba poco. En cuanto la soltó se perdió en el vacío como si jamás hubiera pasado por sus manos, como si aquello, en realidad, no estuviera sucediendo.

No se apeó en la estación de Viana de Cega por el bloqueo de su sistema nervioso. En Valdestillas y Matapozuelos le sucedió tres cuartos de lo

mismo y no se vio capacitado para reaccionar hasta que llegaron a Pozaldez.

Ya en el andén, carcomido por la incertidumbre, se atrevió a encender su móvil particular con la esperanza de encontrarse un mensaje del hombre que mantenía retenida a su única nieta.

A falta de uno llegaron tres. Fajardo estaba tratando de localizarle.

Carretera de Boecillo, 29 (Viana de Cega, Valladolid)

Todavía no había sacado las llaves del bolsillo cuando la puerta de casa se abrió como por arte de magia. El truco se explicaba tras el mandil de cuadros de su esposa, escondido en el puño que asía el picaporte y reflejado en sus facciones. Un truco que, por esperado, no dejó de inquietar a Arturo Parrado.

—Qué, ¿es extraño o no es extraño? —le preguntó la Reme.

Parrado esperó a entrar en la casa antes de abrir la boca.

—¿Es que no vas a decir nada?

—Va a refrescar.

—Que sí, que yo también he visto el parte de esta mañana. Te digo que si has ido a comprobar lo que te dije.

—He ido, claro que he ido. ¿Queda algo de caldo?

—Algo quedará. Abre el frigorífico, que para eso Dios nos hizo las manos además de para jugar a las cartas —le recriminó.

Ese día, como todos los jueves desde que se jubilara del Cuerpo Nacional de Policía, Parrado tenía partida de julepe. Era el mejor día de la semana con diferencia del siguiente, pues se aseguraba de no tener que escuchar las monsergas de su mujer desde las cuatro de la tarde hasta las diez. Ahora bien, después de cenar y hasta la comida del día siguiente tocaba pagar la penitencia en el jardín.

—¿Es de verdura o de pollo?

—¡«Po-yo» qué sé! ¿Alguna vez te he hecho yo caldo de pollo? Que esa era tu madre, Arturo, que hervía hasta el pico y los espolones. De pollo, dice... Anda, trae que te lo caliento, no sea que se te vaya a caer y me toque

sacar la fregona otra vez, que la acabo de guardar, que me paso todo el santo día con ella de la mano. Bueno, y ¿qué?, ¿has visto lo que te dije? — insistió la Reme.

—¿Y qué se supone que tenía que ver?

—¡Ay, este hombre...! Si ya lo decía mi hermana, que te faltaba un hervor, que me muero y no te educo, que no. ¡Válgame Dios!

El sonido de los cacharros golpeando entre sí rebotaba contra las paredes de la cocina.

—Y dónde demonios estará ahora el cazo de servir... —murmuró la Reme.

—¿Rosa o Paquita?

—¡¿Qué dices?!

—Que quién lo decía, Rosa o Paquita.

—¿Que quién decía qué?

—Eso de que me faltaba un hervor, cuál de tus hermanas lo decía, ¿la víbora de Rosa o la mala pécora de Paquita?

—¡Las dos! —estalló—. Una lo decía los días pares y la otra los impares. Madre del Amor Hermoso. ¡Qué cruz! ¡Qué *vía crucis* con este hombre!

—En esa casa ni se ve ni se escucha nada.

—¡Precisamente! Que no te enteras. Que podríamos estar rodeados de «calibanes» y tú, mientras jueguen a las cartas, tan contento.

—Talibanes, Remedios, se dice talibanes.

—Que rima con musulmanes, y de esos cuanto más lejos, mejor. Aquí tiene el señor su caldo calentito.

Si hubiera tenido elección, a Arturo Parrado le habría gustado agarrar el caldo e irse al salón a tomárselo tranquilamente o, mejor aún, al pinar, pero la voz de la experiencia adquirida durante los cuarenta años de matrimonio le decía que huir no tenía sentido cuando se encontraba inmerso en el fragor de una batalla con su mujer. Así pues, prefirió hacer acopio de energía y escuchar lo que ella estaba a punto de decir.

—Tienen las persianas bajadas las veinticuatro horas del día. Cerrado a cal y canto. Dos hombres que rara vez salen de casa y un perro asesino cuidando la trasera. Ni un ruido. ¿Y qué me dices de los escombros que han

dejado en el contenedor del Raimundo? ¿Eso también es normal? Yo te digo que habría que llamar a Fernando y a Ruth y averiguar qué calaña nos han metido en el vecindario. Que un día vuelves de la partida y me encuentras con la cabeza separada de los hombros.

Arturo soplabla ligeramente sobre la superficie del cazo, provocando un leve oleaje al tiempo que removía el fondo con la cuchara.

—Si quisieran que les llamas te habrían dado su teléfono, ¿no crees? Me parece a mí que en ese sitio de Portugal al que se han ido a vivir no están muy preocupados por si sus inquilinos tiran o no tiran escombros al contenedor de obra del vecino. Mejor que dejarlos en la calle...

—Claro, claro. Mucho mejor. Y de lo demás... ¿qué tiene que decir el inspector Clouseau?

—Que no quieren que nadie les vea ni les moleste, Remedios. Nada más. Lo mismo son una pareja gay y han venido a encerrarse en su habitación. El mundo ha cambiado.

—Madre mía, madre mía, madre mía. La que me ha caído. ¿Y no se te ha ocurrido pensar que podrían estar tramando algún atentado o algo? ¿No te he dicho y relatado cómo me trató ese sinvergüenza?

—Siete veces.

—¡Y otras setenta que te lo voy a decir hasta que averigües qué demonios sucede en esa casa!

Arturo Parrado encontró la salida.

—Mira, vamos a hacer una cosa. Cuando vuelva de la partida me pasaré por allí con calma a ver qué pasa.

—¡Claro, hombre, claro! Con botella y media de clarete en el cuerpo vas a ver tú tres en un burro. ¿O crees que no sé lo que os sopláis tú y esos gañanes del Isra, el Canito y el Manteca? Si la pobre Marisa, que ya se ha ganado una plaza en el cielo a perpetuidad, me ha dicho que el Canito llega hecho un eccehomo..., por favor, que hay noches que ni atina con las llaves.

Arturo no pudo evitar sonreír; por dentro.

—Te pasas por allí antes de juntarte con esos «sacacuartos». A plena luz del día, no sea que te confunda la noche.

—De acuerdo, Remedios. Cuando salga para allá me paso y le doy una vuelta a la casa a ver si veo algo extraño.

—Pues eso. Virgen Santa, lo complicadas que resultan las cosas con este hombre. Al terminar deja el cacharro en el fregadero, que no me lo encuentre por ahí tirado, que llevo toda la mañana dale que te pego y no veo la hora de sentarme.

Arturo esperó a que la Reme desapareciera por la puerta para probar el caldo.

Le supo a pollo.

Comisaría de distrito de las Delicias

Durante el viaje de regreso de Madrid, tragando kilómetros fútiles, el inspector Sancho se había dedicado a tapiar la frustración colocando los adoquines que tenía tras cuatro jornadas de investigación: un rival con mucha más experiencia en el oficio de la que se reseñaba en su expediente delictivo; un yonki en el calabozo del que no iban a poder sacar nada más; la alarma social; la presión de los mandos; una familia destrozada; una operación fallida; y la sospecha de que José Antonio Pérez había actuado por su cuenta. Y lo que no tenía: la conexión entre los secuestradores y la víctima; ninguna pista sobre el posible paradero de la niña; la confianza de una familia desesperada por despertar de la pesadilla; y la cabeza despejada de otros nombres como el de Gracia Galo, Álvaro Peteira, Ólafur Olafsson y Augusto Ledesma.

Mucho que escribir y poco papel.

Como colofón, la llamada del comisario Herranz-Alfageme convocándole a una reunión a las seis de la tarde a instancias del comisario provincial Travieso en la Jefatura Superior. «Peor epílogo no podría tener la jornada», juzgó equivocadamente Sancho.

Cuando entró en las dependencias del Grupo, Matesanz le dio la bienvenida con una mueca que encerraba un «estas cosas pasan», un ungüento que resultó poco cicatrizante. Sara Robles y Jacinto Garrido estaban intercambiando opiniones acerca de los caminos que les iba a abrir

el terminal utilizado de señuelo, ella postulaba por ninguno mientras que él apostaba que los mismos que había aportado el cliente del calabozo. Al veterano agente se le notaba extrañamente exaltado.

—¿Algún avance? —lanzó al aire el jefe del Grupo.

La inspectora le hizo un breve resumen.

—Los movimientos de una de las cuentas de las que es titular José Antonio Pérez refleja que ha sacado ochocientos mil euros de la venta de varios paquetes de acciones que ordenó ayer mismo, pero no tenemos ni idea de qué ha hecho con ello, Fajardo está intentando averiguarlo.

—Estoy enterado. Lo ha citado aquí. Pronto despejaremos esa incógnita.

—¿Crees que les habrá pagado?

El pelirrojo elevó sus pobladas cejas casi hasta la mitad de la frente.

—Es más que probable —concluyó tratando de encontrar la forma de ordenar los montones de papeles que poblaban su mesa como tribus indomables en territorio hostil.

—O sea, que cabe la posibilidad de que la chica aparezca de un momento a otro —se aventuró Garrido.

—Podría, pero para eso la suerte nos tiene que venir de cara, no de culo. ¿Tenemos alguna novedad en la investigación sobre el pasado del concejal?

—Nada interesante. Menos de lo que parecía y, bajo mi punto de vista, no vamos a encontrar ninguna evidencia que se pueda relacionar con el secuestro.

—¿Y sobre la actividad del Grupo Helios? —le preguntó a Garrido.

—Montes ha dado con un exdirectivo, miembro del consejo de administración, que fue despedido en febrero. Tiene el caso en los tribunales, a ver si nos cuenta algo que no sepamos.

—¿Botello y Gómez?

—Áxel está rascando en el historial del comandante Chimuelo y Gómez estaba al habla con el director del penitenciario de Botafuegos, a ver si por ahí sale algo.

Sancho se tiró de los pelos del bigote en un intento de ordeñar la tensión.

—Hemos distribuido la foto del mexicano por cada comisaría y cuartel de la Guardia Civil, no nos extrañemos si aparece en los telediarios del mediodía —comentó Matesanz.

—Esperemos que no —escenificó la inspectora con las manos—. Como ese cabrón se vea acorralado, puede darnos un buen disgusto.

Al inspector le vibró el móvil.

—Sancho.

—Ya lo tenemos aquí —le avisó Fajardo—. Si te parece, baja tú a buscarlo, yo os espero en la sala de arriba.

—De acuerdo. Oye, apriétale, pero no le trates como a un delincuente cualquiera porque no te lo voy a consentir.

—Tranquilo, máquina, tranquilo, dejaré las corrientes eléctricas para otro día.

Cuando bajó las escaleras lo reconoció caminando en círculos. En su expresión no quedaban atisbos de la gallardía del empresario que hacía unos días se había puesto al frente de su familia para enfrentarse al peor negocio de su dilatada existencia.

—Acompáñeme, por favor —le conminó el inspector estrechándole la mano. El abuelo evitó el escrutinio de la mirada del policía.

—¡Sancho, disculpa! —le gritó Sonsoles desde la garita de recepción.

El pelirrojo tuvo que doblar sus ciento ochenta y siete centímetros para atender a la llamada de la agente peinada a lo presentadora de magacín vespertino.

—Perdona, te he visto varias veces entrar y salir y me he quedado siempre con las ganas de preguntártelo.

—Dispara.

—¿Te localizó ya tu amigo? ¿Ese tal José de «nosequé»?

Sancho arrugó el semblante.

—Estuvo llamando durante semanas, día sí, día también. Necesitaba hablar contigo. Lo sé porque Esteban y Elena también hablaron con él varias veces. Evidentemente no le dijimos nada sobre tu... —Sonsoles buscó la palabra.

—Suspensión —le facilitó Sancho.

—Eso. A todos nos contaba lo mismo, que era un amigo tuyo y que tenía que tratar contigo un asunto personal. Alguna vez me dijo el apellido, sonaba a navarro o vasco, pero siempre que le pedía que me lo repitiera se despedía y me colgaba. Le preguntaré a alguno de estos si anotó su apellido.

—De acuerdo.

—El caso es que esta mañana —prosiguió ella—, en el cambio de turno, Esteban me ha preguntado si había vuelto a hablar con él y, como me he dado cuenta de que desde la semana pasada no tenía noticias tuyas, he pensado que te habría localizado.

—Pues no.

—Pero... ¿sabes de quién te hablo?

—Tampoco, pero gracias.

Cuando Sancho entró en la sala, aquella conversación ya la había archivado en el departamento de la intrascendencia, sección de la irrelevancia, letra «O» de olvido.

En algún lugar de la provincia de Valladolid

Ni siquiera comprobó que estuviera todo el dinero.

El Chimuelo lo había hecho y se había llevado su mitad despidiéndose con una mueca sombría.

«Con buena lana se zurce cualquier descosido, hermano», afirmó desluciendo su despoblada sonrisa.

Con la cantidad que le correspondía, tenía suficiente para zanjar la deuda con los Zetas y volver a su país, aunque ciertamente eso le preocupaba más bien poco. Lo único que le importaba en aquel momento era guardar la bolsa sin que Gorka se percatara de ello, así que esperó fuera hasta las tres y cinco en punto para entrar en la casa. Otra cosa no se le podía pedir, pero, si se le marcaban las pautas con órdenes concisas y sencillas, cumplía.

Rodeó la casa por el lateral hasta llegar a la caseta de Karatu. Apenas tenía que inclinar el cuerpo para compensar los casi cuatro kilos de papel moneda que acarreaba.

—¡Aúpa, Karatu!

El animal supo agradecer las carantoñas de su dueño moviendo el rabo con descontrolado fervor y buscando el contacto físico con sus patas delanteras.

—¿Ese retrasado te ha atado otra vez? Le voy a dejar suave con la somanta de hostias que le voy a meter. Anda, ve a correr por aquí, enseguida nos vamos a dar un paseo tú y yo.

En cuanto le soltó la cadena, el dogo argentino realizó varios *sprints* cortos, como si se estuviera preparando para alguna prueba de velocidad.

El vasco se puso de rodillas, introdujo medio cuerpo dentro de la caseta de Karatu y metió la bolsa muy al fondo.

Aquello no pasó desapercibido para los adiestrados ojos de un policía retirado que, apostado tras los setos que delimitaban la parcela del vecino, observaba la escena con cierta incredulidad. Remedios no se equivocaba, en esa casa estaba pasando algo; algo raro.

—Y ya sabes —continuó diciéndole a Karatu mientras rascaba tras las pequeñas y puntiagudas orejas del can—, al que asome por aquí el hocico..., te lo ñascas sin pedirme permiso. Buen perro. Ahora vengo, voy a ver qué hace el «tontolapolla» ese.

Retrocedió sobre sus pasos para entrar por la puerta principal e hizo todo el ruido que pudo para anunciar su llegada.

—¡Aúpa! Ya estás aquí —observó subiendo las escaleras del sótano.

—Eso parece.

—¿Y cómo fue, pues?

—Según el plan —dijo encendiendo un cigarro.

—Como Hannibal Smith de *El Equipo A*.

El comentario le colmó de tanto desprecio que no supo cómo reaccionar.

—¿Entonces? ¿Ahora cómo va la vaina? —quiso saber Gorka.

—Como teníamos establecido —introdujo recordando la sarta de mentiras que debía contarle—. Esta noche recojo los doscientos mil euros, traigo la talegada, la repartimos, me llevo a la niñata para soltarla y tú y yo no nos volvemos a ver el careto en la puta vida.

—Hombre, unos zuritos por el casco viejo lo mismo sí nos tomamos, ¿no?

—Ni zuritos ni hostias, y no me cuentes tus planes, porque, si nos enganchan, es mejor que no sepamos nada del otro, ¿entiendes?

—A mí no me vuelven a agarrar, antes me vuelo la cabeza, «cagüendiós». Eso lo saben hasta en Rusia.

Y era cierto, Gorka Arizmendi lo había pasado tan mal en la trena que se había jurado a sí mismo que, ocurriera lo que ocurriera, jamás volvería a pasar por allí.

—Te digo una cosa —continuó—: Si hay que quedarse aquí más tiempo para sacarles más tela, por mí no hay problema, que la tengo bien controlada, ¿eh? Que nos entendemos a la perfección.

Una conexión primitiva le hizo tocarse los genitales, gesto que no pasó desapercibido para su compañero.

—¿Le estás haciendo algo a la niña?

A Gorka se le descontrolaron algunos músculos de la cara y se volvió transparente a los enfurecidos ojos de su cómplice. Él mismo se dio cuenta y huyó con la mirada hacia ningún sitio.

—¡Me cago en tu puta madre! ¡¡Mírame!! —le gritó mordiendo la boquilla del cigarro mientras sacaba la automática del cinturón—. ¡¿Qué hostias le estás haciendo a la niña?!

Gorka hizo el ademán de levantarse del sofá, pero el cañón de la pistola en la frente se lo impidió.

—¡No le he tocado un pelo, te lo juro! ¡Nunca!

—¿Seguro? Mira que bajo cagando hostias y se lo pregunto. ¡¿Le has hecho algo a la niña?! —insistió—. Como te hayas pasado con ella te juro por mi alma que te meto dos tiros. ¡Te lo juro por Dios y por su puta madre!

—¡Baja si quieres! ¡Baja! —se defendió a voces.

El de Getaria quiso creerle, algo le decía que aquellos ojos saltones e insustanciales no mentían. Decidió liquidar el asunto y le retiró el arma de la cara.

—Deberías darte una ducha. Hueles a jabalí muerto.

Gorka no supo qué decir, notaba la garganta seca y las axilas humedecidas.

—¿Ya comió? —prosiguió. El humo azulado salía de su boca con cada palabra como si estuviera evadiéndose de su particular prisión pulmonar.

—¿El Karatu o la chavala? —quiso asegurar esta vez, todavía en proceso de recomposición.

—Ella, cojones.

—Yo le he bajado la comida. En una hora se lo recojo, como siempre.

—Pues aprovecha para asearte un poco, la hostia, que no vives en una cueva. Me voy fuera con el Karatu a respirar aire puro. Y, por cierto, no me lo vuelvas a atar de día, que el animal tiene derecho a moverse. Que sea la última vez que te lo digo.

—Es que se pasa el día subido a la valla, ladrando a todo ser vivo que pasa por la acera. Está dando un cante del copón bendito.

—Como el resto de putos perros del vecindario. Tú ves la tele, el perro ladra.

Gorka declinó el enfrentamiento.

—Agur.

No se había alejado ni cien metros de la casa cuando vio que un hombre de sesenta años, chaleco verde y boina castellana al estilo Pío Baroja venía a su encuentro.

—Bonito animal, sí señor, un dogo argentino, ¿verdad?

—Así es —confirmó tajante.

—Estos perros son muy nobles si se les educa correctamente. Mi mujer haría las maletas si me viera entrar con uno de estos en casa.

—Hombre, pues si es por una buena causa, yo se lo presto unos días —bromeó el vasco para ocultar su incomodidad.

—Me lo voy a pensar, no crea. Arturo Parrado, para servirle —se presentó ofreciéndole la mano—. Vivimos unos números más arriba. Antes era nuestra casa de verano, pero desde que me jubilé nos hemos trasladado aquí. En invierno esto está más muerto que el cementerio de Las Contiendas.

—Justo eso fue lo que me hizo decidirme. Soy escultor y necesito tranquilidad para trabajar.

—Sí, ya me contó mi mujer.

Al oírlo, inclinó la cara para ganar campo de visión con su ojo izquierdo.

—Me dijo que habló con usted, o puede que con otra persona, a través de la puerta.

—Sería con mi socio. Trabajamos juntos en un encargo.

—Ya entiendo. Son del norte, ¿no? Déjeme adivinar... ¿Del País Vasco?

—Premio. Somos de Arrigorriaga, en Vizcaya.

—Curioso, habría apostado a que su acento era más de la zona de San Sebastián, pero, claro, uno si no es de allá no los distingue bien. Y, bueno, ¿hasta cuándo piensan quedarse? Nos gustaría invitarles a conocer nuestra gastronomía, que no le va a la zaga de la suya.

—Ya nos gustaría, pero trabajamos contrarreloj. Puede que en un par de semanas nos hayamos ido.

—Qué lástima. Mi mujer se va a llevar un buen disgusto, ya estaba pensando en el menú que les iba a ofrecer.

—Una pena, sí. Bueno, sigo con el paseo, que este tiene ganas de juerga.

—Muy bien. Encantado. Espero que podamos coincidir de nuevo antes de que se marchen y cuidado, que tiene pinta de jarrear en un par de horas.

—Gracias, tomaremos precauciones —dijo al despedirse.

Cuando se subió al coche, Antonio Parrado buscó el número de teléfono de su antiguo compañero, un tipo de fiar que le debía un par de favores y que siempre respondía.

Jacinto Garrido resopló con hastío antes de descolgar el teléfono.

—¿Qué pasa, Parrado? ¡Cuánto tiempo!

—Voy al grano, Garri, que no quiero quitarte mucho tiempo —contestó el policía jubilado—. Tienes que venirte para acá en cuanto puedas. Están sucediendo cosas extrañas en casa de un vecino.

—¿Qué cosas extrañas?

—Cosas que no se ajustan al comportamiento lógico de las personas.

—Joder, Parrado, ¿otra paranoia de la Reme?

—Dos tíos con acento guipuchi y con un perro de presa encerrados en una casa, con las persianas bajadas y las ventanas cerradas. A uno de ellos

acabo de verle escondiendo una mochila en la caseta del perro y se pasea por aquí con un hierro encima. Ojalá fuera otra de sus paranoias, Garri.

—¿Le has visto el arma?

—El arma no, pero sé distinguir el bulto. Iba empalmado, créeme.

—Está bien, Parrado. Ahora no puedo acercarme, andamos hasta arriba con un asunto, pero a última hora me paso por allí. Avisa a la Reme para que me tenga preparadas unas cuantas de sus especialidades.

—Cuenta con ello.

Llegaba tarde a la partida, pero le preocupaba mucho más cómo explicarle a su mujer lo que había visto que inventarse una excusa ante sus compañeros de cartas por llegar con retraso.

No estaba seguro de si su instinto le estaría o no jugando una mala pasada, pero lo cierto era que el paladar le pedía un *whisky*, no un clarete, y eso era una prueba irrefutable de que algo raro estaba sucediendo.

Pronto sabría qué.



LA CRUZ EN EL PECHO Y LA ESPADA EN LOS HECHOS

Caffriccio

Terminal 4 del aeropuerto de Madrid-Barajas

6 de septiembre de 2012, 16:05

Jaap Keergaard reconoció la cruz de tau de madera con los cuatro soles colgando de un sobrio cordón sobre el pecho del arcángel Zadkiel. Se trataba del emblema de honor que concedía la Congregación de los Hombres Puros a sus fieles más devotos, lo que provocó que se encendiera la chispa de la envidia en alguna parte de su alma e inmediatamente se propagara un incendio que no supo apagar. Nunca antes había coincidido con él en persona y, como dictaba la norma, desconocía su verdadero nombre. Lo único que había sido capaz de averiguar tenía que ver con su origen, natural de Ciudad del Cabo, y que su hoja de servicios era, cuando menos, igual de brillante que la suya.

Su compañero de espada estaba ojeando la prensa. Tenía sobre la mesa una taza de café solo y una botella de agua con gas ya terciada. El arcángel Uriel se detuvo a una distancia prudencial y se agarró las manos por detrás de la espalda como muestra de respeto.

—Uriel, siéntate, por favor —le invitó sin levantar la mirada—. ¿Te interesa el mundo de las finanzas?

—En absoluto.

—Lo imaginaba —pronunció con marcado aire socarrón pero sosteniendo un tono cálido y meloso.

Zadkiel tenía facciones sutiles, aniñadas. La extrema delgadez y la forma ovalada del rostro unido al corte con raya al medio le daban un aspecto de pastor presbiteriano de viudas descarriadas. Era el que menos experiencia atesoraba de todos y, sin embargo, era sabido que Zadkiel era el arcángel al que los guardianes de la Congregación recurrían con mayor frecuencia en los últimos meses. Uriel supo sacar partido de su parquedad para no caer en la provocación.

—Acabo de tomar tierra. Un café no me vendría nada mal —comentó Uriel.

—Yo llevo aquí treinta y cinco minutos, veinte más de lo que debería después de mis dieciocho horas de viaje.

—Mi tardanza es consecuencia del retraso del vuelo —se justificó.

—La mentira no está dentro de los valores que afilan nuestras espadas, Uriel. Por cierto, ¿aún sigues utilizando esa radiografía falsa para pasarla por el arco?

—Mi prótesis de rodilla siempre me ha funcionado —aseveró Uriel, más molesto por la soberbia contenida en la pregunta que por el hecho de que estuviera al corriente del sistema que utilizaba.

—Existen otras formas de hacer, otros métodos menos arcaicos, más seguros, como el mío.

—Existen solo dos métodos: los que funcionan y los que no. Y el mío está entre los primeros.

Zadkiel asintió, condescendiente.

—He de decirte que he tenido el privilegio de verte en acción hace escasos minutos. Una interpretación maravillosa, incluso la forma de apoyar la pierna derecha resulta creíble.

—La experiencia suele imponerse a la ciencia. Yo también te he visto, hermano. ¿Te gusta la esencia de jazmín? —preguntó Uriel con notable acedo, humedeciéndose los labios con la lengua.

—Más a las mujeres que me persiguen que a mí, pero es una concesión que acostumbro a hacer. Y a ti..., ¿quién te persigue?

Jaap Keergaard se mesó lentamente la coleta, como siempre hacía para descargar el cúmulo de ansiedad. Luego levantó la mano para llamar la atención del camarero y pidió un café americano.

—Dejémonos de estupideces, la naturaleza de nuestra misión así lo requiere.

—Peter Frei lo requiere —concretó Zadkiel.

—No deberías pronunciar su nombre.

—Me hago cargo. Hasta donde yo sé, no llegaste a tiempo de cortar la cabeza a la serpiente antes de que inoculara su veneno en otros.

—Actué cuando me llegó el encargo —se defendió Uriel sin pretender excusarse.

—Lo sé. Erika Lopategui y Ramiro Sancho son nuestros objetivos. Ella es hija de un antiguo amigo y colaborador de Aarjen de Bruyn. Un exagente de la KGB y la Stasi, un psicólogo criminalista que murió no hace mucho en extrañas circunstancias.

—Armando Lopategui —completó Uriel—. Yo también he leído el informe.

—En Belgrado. Estaba metido en el asunto de los gemelos asesinos que tantos titulares han llenado los últimos meses.

—Conozco la historia —corroboró—, pero ahora no viene al caso.

—Siempre se puede aprender, la vanidad es el peor de nuestros defectos.

Al arcángel Uriel empezó a palparle una vena en la vertical del ojo derecho.

—Y la ira nuestra peor consejera —añadió Zadkiel.

—«La cruz en el pecho y la espada en los hechos» —dijo Uriel citando una máxima de la Congregación.

—Ramiro Sancho.

—Inspector de Homicidios en Valladolid —completó Uriel exprimiendo el escaso remanente de paciencia que le quedaba—. Trabajó con Armando Lopategui en el caso que has mencionado y fue él quien lo resolvió de manera...

—Concluyente —completó—. Tenemos las dos direcciones. Lo que no nos dicen es cómo hemos de actuar. Individualmente o en equipo, aunque ambos ya hemos tomado esta decisión.

Uriel asintió levemente.

—Por mi parte no tengo preferencia alguna a la hora de elegir objetivo —reconoció Jaap Keergaard.

—Yo sí. Me gustaría enfrentarme con la mujer. Su fotografía me ha embaucado por algún motivo que no alcanzo a entender.

«¿Porque eres misógino, padeces del síndrome de Electra y te encanta provocar el sufrimiento de las mujeres? Yo también conozco tus debilidades», pensó Uriel.

—Entonces ya está decidido. Yo a Valladolid y tú a Bilbao. Suerte —le deseó al sudafricano levantándose de la mesa.

—Igualmente, hermano.

—El que llega tarde paga.

Jaap Keergaard se echó la mano a la billetera y tiró veinte euros sobre la mesa.

—Ya nos veremos —se despidió.

—Eso, hermano, es muy improbable.



CUANDO UNO ES PERRO VIEJO, PREFIERE ROER EL HUESO QUE SALIR CORRIENDO

Comisaría de distrito de las Delicias

C/ Gerona, s/n

6 de septiembre de 2012, 17:40

El interrogatorio se estaba dilatando más de lo que Fajardo esperaba; infinitamente más de lo que el pelirrojo habría querido. Desde el mismo momento en el que José Antonio Pérez Pérez ocupó su silla, comenzó a relatar con todo lujo de detalles lo acontecido aquella mañana. El inspector Sancho permitió que Fajardo llevara el peso del interrogatorio limitándose a hacer anotaciones durante la exposición del abuelo, que, lejos de mostrar arrepentimiento, no dejaba de repetir que volvería a hacerlo a modo de viga maestra para apuntalar su propia inseguridad. Sin embargo, esa robusta y firme edificación inicial se fue debilitando con el transcurso de los minutos como una cabaña de madera infestada de termitas; condenada a derrumbarse.

El de la Unidad de Secuestros y Extorsiones paseó la mirada por el techo antes de contestar la sempiterna e indefectible pregunta.

—Esperar y confiar —respondió el de la Unidad de Secuestros y Extorsiones—, eso es lo único que podemos hacer en estas circunstancias.

—¿Es que aún no tienen nada?! ¿En todos estos días no han averiguado nada —recalcó— sobre esos malnacidos que tienen secuestrada a mi nieta? ¿Es que tenemos que cerrar los ojos y encomendarnos a la Divina Providencia? ¡Mi hija está al borde del colapso y yo también!

—Antes tenían la sartén por el mango, ahora, gracias a sus actos, tienen la sartén, el aceite y los huevos.

—¡No se atreva a culparme de la situación! ¡No se lo consiento! ¡Presentaré una queja ante sus superiores!

—Trate de ponerla en la parte de arriba del montón.

—¡Es usted un miserable! ¡¡Un miserable!!

—Cálmese. Yo no he dicho que vayamos a quedarnos cruzados de brazos. Esperar y confiar es lo único —remarcó— que les queda a ustedes por hacer, porque o liberan a Margarita en las próximas horas, o volverán a ponerse en contacto con usted para pedirle más dinero. Se lo advertí: pagar no es una opción.

—Señor, no pierda la esperanza —intercedió Sancho—. Nosotros seguimos estrechando el cerco y la información que nos ha proporcionado seguro que nos resultará de utilidad. Sin embargo, el inspector jefe Fajardo tiene razón. La situación actual es incierta.

Un silencio pegajoso impregnó las paredes de la sala.

—¿Tiene alguna idea de dónde pueden tener retenida a mi nieta? —balbuceó José Antonio.

«Barajamos varias posibilidades y tenemos a toda nuestra gente inspeccionando el terreno. Ahora bien, si no nos alumbró la fortuna jamás daremos con su paradero», fue la siguiente frase que pensó el pelirrojo, aunque sus cuerdas vocales no la fabricaron.

—Lo mejor que puede hacer es estar al lado de quien más le necesita. Tendrán muchas preguntas que hacerle —le instó Fajardo—. Aquí ya no hacemos nada productivo.

Sancho lo acompañó hasta la salida y le pidió un taxi. Cuando lo vio desaparecer por la calle Gerona, contagiado por la desdicha ajena, se acordó

de aquella vez en la que, teniendo veinte años y estudiando Derecho, un contacto le ofreció un puesto de cobrador de autopista. Nunca se había vuelto a acordar de aquello, pero en aquel preciso instante el pelirrojo deseaba ser cobrador de autopista, tranquilo, sentado en su garita, viendo los turismos pasar.

Levantó la vista y observó que el cielo se había cubierto a brochazos de nubes que amenazaban con un cambio brusco de la climatología. Sin entender muy bien por qué, sintió la necesidad de hablar con su inquilino islandés. Al segundo tono escuchó el tono grave y compacto de Ólafur Olafsson.

—Has leído mis intenciones, precisamente iba a llamarte yo.

—Somos almas gemelas. Quería saber si está todo en orden —le dijo Sancho.

—Un desorden equilibrado y armonioso —calificó—. Estoy bien, tratando de mantener a raya a la jauría, dándoles de comer lo justo para que no se rebelen contra su amo. ¿Qué tal tu jornada?

—Mejor no te lo cuento. ¿Has comido?

—Comer no está entre mis prioridades.

—Dijo el finado. ¿De qué querías hablarme?

—Espero que no te sienta mal —introdujo como medida preventiva—. Esta mañana, para evitar que toda tu correspondencia terminara en el contenedor y motivado por el aburrimiento, me he atrevido a separar el ganado. Un rebaño muy pobre como bien intuías. Sin embargo, había un ejemplar que me ha llamado la atención. Un sobre grande algo deteriorado que, cuando lo he ido a examinar, se me ha deshecho en la mano y desparramado todo el contenido por el suelo.

—No deberías haber arriesgado así tu vida, podría haberse tratado de una carta bomba —bromeó el español.

—No vas desencaminado. El remitente es un tal Aarjen de Bruyn, ¿te suena?

—¿Delantero holandés?

—Casi. Este era belga, pero no tiene nada que ver con el fútbol.

—¿Era?

—Este viejo sigue conservando el olfato y la curiosidad me ha llevado a darme una vuelta por la red. Mi francés no da para demasiado, pero el traductor de Google me ha servido para enterarme de lo que hay publicado sobre el asunto.

—Suéltalo de una vez.

—Este tal Aarjen de Bruyn, fiscal de profesión, se hizo famoso en su país por sostener durante muchos años que, tras el escándalo de Marc Dutroux, había una red pedófila a escala europea en la que involucraba a altos dignatarios políticos, empresariales e incluso eclesiásticos. Aquello terminó con su carrera, pero, a la vista de los acontecimientos, no con su investigación. El caso es que, en agosto, se le ha dado por desaparecido y no hay indicios de que haya sido algo voluntario, no sé si me explico.

—Te explicas, pero no sé dónde quieres ir a parar.

—Que el matasellos del sobre es del 4 agosto y que el último día que alguien lo vio respirando fue el día 14. Según las noticias que he leído sobre el caso, la policía ha certificado que el hombre no ha salido del país y en su apartamento no encontraron ningún indicio que les invite a pensar que haya hecho algún viaje. Pinta mal, ¿no crees?

—¿Qué contiene el sobre?

—Te leo el título: La Congregación de los Hombres Puros. La puerta terrenal del infierno.

—¿Y qué coño es eso? ¿Una novela satánica?

—Tiene ese grosor, pero no lo parece. No me he atrevido a meterle mano sin tu permiso.

—Amigo mío, no estoy para más asuntos diabólicos, que bastante tengo ya con lo cotidiano.

Ólafur se aclaró la garganta.

—Me gustaría echarle un vistazo.

—Todo tuyo.

—Gracias.

—Ya me contarás cómo termina y si averiguas por qué cojones ese tipo me ha enviado a mí esa mierda, por favor, no dejes de decírmelo. Otra cosa, esta noche tengo una conversación pendiente con un compañero, no sé a qué hora llegaré a casa, pero prometo sacarte de paseo en cuanto pueda.

—No te preocupes por mí, sabré entretenerme —dijo pasando la primera página del informe.

En cuanto hubo colgado, Sancho barajó la posibilidad de devolver la llamada a Gracia Galo, pero finalmente guardó el móvil y volvió a desviar la mirada hacia el firmamento.

Ya no había rastro del azul.

En algún lugar de la provincia de Valladolid

Era el color que más echaba de menos.

Azul clarito.

Del que se pintaban las mañanas en Baqueira Beret cuando amanecía totalmente despejado. Entonces, le encantaba salir al porche de la cabaña que alquilaban sus padres todos los años aprovechando las vacaciones de Navidad y cargarse los pulmones con aquel aire frío y puro. A Margarita se le daba bien el esquí, a pesar de que no estaba entre sus aficiones preferidas. Le gustaba practicarlo, pero el envoltorio que adornaba lo demás le generaba rechazo. Aparentar era el deporte más practicado en la estación, pero en aquellas circunstancias hubiera dado lo que fuera por estar allí desayunando junto a su familia, aunque hubiera tenido que tragarse el discurso político matutino de su padre, las quejas de su madre por el desorden y las bromas carentes de gracia de Josean.

Principalmente por respirar azul clarito, como decía la canción de Calle 13.

Calculaba que había transcurrido un par de horas desde que el cerdo de su carcelero le había dejado la comida junto a la puerta y ahí se había quedado. Detestaba ese sabor de la legumbre precocinada y enlatada, le asqueaba la textura del pan reblandecido por la humedad, el maldito yogur de macedonia y el agua tibia. Pero sobre todo le repugnaba la idea de meterse en la boca cualquier cosa que hubiera pasado por las manos de aquel puerco asqueroso. Odiaba el sonido de sus pisadas, su repelente tono de voz, sus antiestéticos ojos saltones, odiaba hasta su ropa por tener contacto con su piel. Sin embargo, si algo le provocaba arcadas era ese

penetrante olor, mezcla de sudor seco y musgo purulento, que enrarecía la pureza del aire cuando él lo invadía, intoxicando la atmósfera de su reino hasta hacerla miasmática. El ventilador, aliado natural a la fuerza, se encargaba de esparcirlo con un ritmo flemático pero suficiente para ensuciarlo todo. Tardaba demasiado en desaparecer. Era insoportable, porque durante ese espacio de tiempo tenía la impresión de que el alma de su carcelero estuviera allí presente, vigilándola.

—Te vendría bien recordar las palabras del padre Damián sobre el perdón —le susurró la voz de Marga—. El rencor es un veneno que actúa lentamente, carcomiéndote por dentro, destruyendo tu espíritu.

—Al padre Damián nunca le han secuestrado ni se le han corrido encima —intervino Rita—. Bueno, lo mismo sí, pero consentido.

—¡Por Dios santo!

—¡Y por la Virgen María! Margarita y yo tenemos un plan. La próxima vez que ese cerdo venga a pajearse se va a llevar una sorpresa.

—Y tanto que sí —corroboró ella secándose las lágrimas—. Y tanto que sí.

Pronto la oscuridad lo devoraría todo, llegarían las tinieblas y con ellas su oportunidad. Mientras tanto, azul clarito. Respirar azul clarito.

Calles del centro de Valladolid

Daba la sensación de que quería hacer frío, pero la temperatura era lo de menos en el aire festivo que se respiraba a esa hora en los alrededores de la plaza de San Benito. Aquel no era el mejor lugar para mantener una charla con Álvaro Peteira, principalmente porque el nivel de contaminación acústica superaba con creces la tolerancia de las palabras.

—Hay reliquias en los museos más modernas que esa —dijo Peteira señalando el discman que portaba Sancho en la mano.

—Ya, pero en esas mierdas modernas no caben mis joyas; escucha esta, mamón, que son paisanos tuyos —le dijo poniéndole los cascos.

El azul del mar inunda mis ojos,

*el aroma de las flores me envuelve,
contra las rocas se estrellan mis enojos
y así toda esperanza me devuelve.
Malos tiempos para la lírica.*

—¡Golpes Bajos, carallo! Germán Coppini, qué fenómeno. Y sí, la canción nos viene que ni pintada.

—Cuando quieras te lo presto —le ofreció Sancho guardando el artefacto en el bolsillo interior de la cazadora vaquera.

—¿Cómo fue? —preguntó Peteira casi sin querer.

El subinspector se refería a la reunión de urgencia convocada por el comisario provincial Travieso en las instalaciones de la Jefatura Superior, encuentro que a Sancho le recordó mucho al que mantuvieron cuando atisbaron lo que se les venía encima en el caso de Augusto Ledesma.

Porque no hacía tanto de aquello.

Durante las más de dos horas que duró, el subdelegado del Gobierno, Pemán, había interpretado el papel de portavoz y altavoz de Alfredo Zúñiga, padre de la víctima, compañero de partido y amigo político. Fernando Fajardo Feix, despojado forzosamente de su socarronería, había defendido y justificado cada una de sus decisiones casi con la misma vehemencia con la que poco después lo haría el comisario Herranz-Alfageme respecto al desarrollo de la investigación. Travieso, en su afán mediador, había estado brillante en el arte de asentir y corroborar las intervenciones ajenas ante la perplejidad de la jueza Miralles, que no dejaba de preguntarse el motivo por el que el comisario provincial estaba sentado en aquella mesa, cuestión que inmediatamente se aplicaría a sí misma dado lo poco que pudo aportar. Sancho no participó más que en un puñado de ocasiones, siempre a requerimiento de alguno de los presentes o por alusiones, y estuvo conciso rayano en lo escueto. En el capítulo de conclusiones, para sorpresa de todos, fue Travieso el que más se acercó a la realidad de los hechos con una última intervención cultivada en lo más profundo de su despoblada cabeza que floreció en la boca tras prologar innecesariamente los labios: «“Oséase”, que más nos vale a todos que mañana nos despertemos con la noticia de que la niña ha aparecido, porque

de lo contrario los de arriba nos van a crujir como tostadas integrales; íntegramente, vaya». Asumiendo que ninguno iba a ser capaz de superar tan prolija cosecha, el silencio precedió a la paulatina retirada de los asistentes.

—De puta pena, así, en general —resumió el inspector.

—Tenemos que encontrar a esa niña —le conminó Peteira.

—No pienso en otra cosa, pero no he quedado contigo para hablar del asunto.

—Me lo temía.

—¿Adónde vamos?

—Decide tú: Manuel Carrasco en la plaza Mayor o bien OBK en las Delicias.

—¿Conoces al Tragaldabas?

Su expresión era un no rotundo.

—Antes lo he visto en la plaza de Portugalete y me he acordado de ti. Se trata de un personaje de la mitología castellana que...

—Mitología castellana, mitología castellana —repitió Peteira con aire socarrón.

—No es el momento, pero un día, si quieres, te hablo de la rica y profusa tradición mitológica de los castellanos: el Sacamantecas, los malismos, los ojancos, los trasgos, el Bú, el Diablo Cojuelo, el Martinillo, el...

—Ya valió, ya valió —le cortó el subinspector, abrumado.

—No solo los gallegos y los vascos tienen raíces mitológicas en su cultura popular, que te quede claro, compañero.

—Para ti la perra gorda.

—Me la quedo. Mi padre estará muy orgulloso de mí en este instante, esté donde esté. Como te decía, el Tragaldabas es una especie de ogro con la boca enorme y una voracidad insaciable —calificó acompañando las palabras con mímica— cuya representación amigable se saca en ferias para disfrute de los niños. No hay un vallisoletano que no haya sido engullido por el tío Tragaldabas o la tía Melitona para ser expulsado por el culo.

—Precioso —calificó.

—Lo dicho: al verlo me he acordado de ti por tu capacidad para tragar y tragar con todo lo que te echen. Esta noche te toca escupirlo o cagarlo —le

advirtió Sancho acompañando el aviso con varias palmaditas en la espalda.

—Vale —claudicó el gallego—. Pero yo paso de jugarme el careto con toda la chavalería por un pincho y una caña. Busquemos un garito tranquilo.

—¿Un garito tranquilo en plenas ferias? Complicado.

—Entonces uno cerca de la catedral, que tengo el coche en ese *parking*.

—¿El Farolito te cuadra?

—No, pero vamos.

Y fueron.

Lo recordaba más grande. Aquel había sido uno de los sitios más frecuentados por Sancho durante los años de universidad, por cercanía o borreguismo, por moda o costumbre, cuando los botellines costaban cien pesetas y todavía podía peinarse. Las tonalidades rojizas bien hermanadas con los revestimientos de madera se habían aliado para sumar puntos de confortabilidad en un ambiente sonoro dominado por el *jazz* y el rumor de las cálidas conversaciones.

—Salud —propuso Sancho levantando el tercio de cerveza.

Las pupilas de Peteira se destiñeron durante el trago.

—Precisamente de eso se trata, de la maldita salud —desveló al fin.

—Te escucho.

—Es Marcos. ¿Recuerdas que te comenté que estábamos pendientes de unas pruebas de Marquiños?

El pelirrojo asintió, Peteira dio otro sorbo a la cerveza para aclararse la voz.

—Adrenoleucodistrofia ligada al cromosoma X. Lo he repetido tantas veces que al final me aprendí el maldito nombre. Es una enfermedad hereditaria que no tiene tratamiento y que se va a llevar a Marquiños por delante, Sancho, se lo va a llevar —dijo inclinando la cabeza como si no pudiera sostener el peso de la culpabilidad paterna.

Sancho le agarró un hombro y le zarandó suavemente ahogando el conato de llanto que estaba a punto de propagarse entre los ocupantes de aquellos dos taburetes. Peteira dispuso del tiempo que necesitaba para rehacerse.

—El neuropediatra del Río Hortega nos dice que lo tienen que ingresar para hacerle un trasplante de médula ósea, pero solo como medida paliativa,

carallo, para evitar que la enfermedad siga avanzando a ese ritmo. Además, implica un alto riesgo de sufrir complicaciones infecciosas graves.

—¡Hay que joderse! —murmuró Sancho apretando los dientes.

—Mucho, Sancho. Hay que joderse mucho.

—Tiene que existir una solución, siempre la hay.

—Puede. El doctor nos habló de una terapia génica que consiste en extraerle células para luego introducirle una versión sana del gen afectado o algo así, que tampoco es que nos enteremos del todo con los términos que utiliza esta gente. La terapia experimental en cuestión se probó en la Universidad de París y los resultados, que fueron bastante alentadores, se publicaron en una revista científica de renombre. Ahora bien, el problema es que la curación es solo para ricos, carallo.

—¿Entonces es cuestión de dinero?

—Precisamente, de doscientos mil para arriba, Sancho, y ni nosotros ni mis padres ni los de Patricia disponemos de esa cantidad. El caso es que en unos dos años Marquiños quedará en estado vegetativo. Podría aguantar hasta diez años así, imagínate el calvario; y luego morirá. Así nos lo dijeron. ¡Morirá y yo no sé qué puedo hacer! No tengo ni puta idea, Sancho. ¡Estoy acojonado, Sancho, acojonado de verdad! ¿Sabes qué me preguntó Santi el otro día?

Sancho se limitó a sostenerle la mirada. El subinspector descargó la suya en el botellero antes de coger aire por la boca.

—Si se muere mi hermano, ¿con quién voy a jugar yo? No me jodas, Sancho, se me partió el alma. No le pude ni contestar. Me tuve que ir a dar una vuelta. A llorar por las esquinas, como un idiota. Te juro que me he planteado agarrar la Franchi y pegarle el palo a quienes tú y yo sabemos..., te lo juro, Sancho, te lo juro. Tanto dinero sucio que pasó por nuestras manos y no agarramos nunca un billete y ahora, ahora quién me va a poner el fajo encima de la mesa para que podamos curar a Marquiños, ¿eh? Contéstame, Sancho.

Esta vez nada pudo hacer el inspector para evitar que las lágrimas hicieran acto de presencia.

—Algo haremos —logró pronunciar—. Algo haremos.

Pero en aquella tesitura no hicieron más que pedir otra ronda.

Carretera de Boecillo, 29 (Viana de Cega, Valladolid)

—Y, bueno, entonces ¿vas a seguir comiéndote mis mantecados o les vas a poner las esposas a esos maleantes?

Jacinto Garrido levantó la mirada del vaso de leche, donde se podían ver flotando algunas migas solitarias, naufragadas en un blanco mar acristalado.

—Tranquila, mujer, tranquila. Que si resulta que, como dice Arturo —recalcó dejando claro el criterio que tenía valor para él—, ahí están pasando cosas raras, no van a dejar de pasar en los próximos cinco minutos.

—¿Vas a avisar a la central?

«Inmediatamente, para que me manden a tomar por el culo sin billete de vuelta y pierda la poca credibilidad que me queda», pensó para sí. Pero, cuando uno es perro viejo, prefiere roer el hueso que salir corriendo.

—No creo que sea necesario movilizar a los GEO, pero si lo veo muy mal, doy la alerta —contestó terminando de saborear el último bocado.

—¿Quieres que te acompañe? —se ofreció Arturo.

—No, tranquilo, supongo que sabré manejarlo yo solo. ¿Dónde decíais que era?

—En el 37, la última casa antes de llegar a esos bloques nuevos.

Pensando en lo estúpido que había sido prestando oídos a la llamada de Parrado, se vio sentado en su sofá de casa en menos de media hora con el mando de la televisión como único acompañante; eso lo tenía Garrido más que claro.

Pero se equivocaba.

En el sótano de la última casa antes de llegar a esos bloques nuevos que mencionaba la Reme, Gorka iluminaba con su linterna un cuerpo de mujer con apariencia de niña. Era su última noche con ella. Antes de encerrarse en su habitación para descansar unas horas, su socio le había informado de que ya había acordado el lugar donde se iba a producir el rescate. Todo terminaría en breve y ya tenía trazada la ruta de los clubes donde se iba a aliviar con unas cuantas profesionales del sexo en cuanto tuviera los

bolsillos llenos. Entretanto, pensó que no le vendría nada mal descargar unas pocas hormonas. Le habría encantado sentir esa piel pálida y tersa, esas carnes apretadas, virginales, pero no quería arriesgarse a perder su parte del botín, a pesar de que estaba seguro de que habría sido un polvo inolvidable como colofón.

Ella respiraba de forma cadenciosa, ajena como siempre a su presencia, como un cisne luciendo su dulce ingenuidad junto a un lago. No quería despertarla enfocándola directamente a los ojos, así que alumbró sus pálidas piernas como la porcelana sin pintar al tiempo que se desabrochaba el cinturón. Dormía de costado, con las manos bajo la cabeza y las piernas recogidas, ligera de ropa como era su costumbre, pero esta vez lo hacía sobre su lado derecho. Se fijó en esa boquita, remarcada por unos labios carnosos, sensuales, que bien podrían estar dando cobijo a su polla. Acompañó la bajada del calzoncillo y del pantalón para que la hebilla no golpeará contra el suelo y liberó el miembro, ya firme, preparado. Gorka decidió no dejarse llevar por la impaciencia, era su despedida y quería conservar un buen recuerdo. Se salivó la mano y acudió a las imágenes que tenía archivadas de ella, aseándose reticente ese coñito a estrenar; preparándose para él. Y rememorando aquellas instantáneas tan recientes y estimulantes se vio obligado a dejar de acariciarse el capullo con el pulgar y a disminuir la cadencia del masaje. Se la imaginó lamiéndoselo por fuera, deleitándose con su sabor, limpio, verdadero. Apretó los párpados y cambió la mano de posición, porque en su metraje particular ya se estaba viendo montándola por detrás, embistiendo a aquella pequeña zorrita mientras emitía gemidos que en sus oídos sonaban a «Me estás haciendo daño, pero no pares». Porque él conocía cómo funcionaban todas las mujeres y sabía muy bien cómo interpretar las señales, como la que le estaba llegando directamente desde lo más profundo de su polla. La sacudida era inminente, insostenible, e inclinó hacia atrás la cabeza al mismo tiempo que aumentaba la presión de sus dedos, porque era su última corrida con ella y se lo iba a dar todo. Llegaba el gran momento.

Justo el que ella había estado esperando.

Margarita aguardaba vigilante, con el ojo derecho entreabierto, parcialmente oculto entre los dedos de las manos; como la hoja de la lata

que había escondido para castigar a ese cerdo asqueroso. Esta vez no la pringaría con su mierda.

Velocidad, sigilo y precisión. Velocidad para incorporarse del colchón valiéndose de las piernas como elemento de impulsión y de los codos como punto de apoyo; sigilo para no llamar su atención mientras estaba con los ojos cerrados a punto de correrse sobre ella y precisión para herirle en el cuello. Un único tajo, profundo y concluyente, en la misma yugular.

Mortal en no sabía cuánto tiempo, pero mortal.

Rita la avisó en cuanto vio que inclinaba la cabeza hacia atrás.

—¡Vamos! ¡¡Hazlo ahora!! Velocidad, sigilo y precisión —escuchó en su cabeza.

Fue veloz y sigilosa, como en los ensayos, y tampoco le tembló el pulso a la hora de agarrar firmemente la hoja entre el índice y el pulgar, pero muy precisa no fue por la falta de luz, errando en el corte previsto por varios centímetros.

Gorka notó que se le abría la carne, pero el placer del orgasmo devoró al dolor; fugazmente, porque cuando su sistema nervioso procesó la alarma y se echó la mano a la cara, junto a la boca, notó que esta se había prolongado hasta el final de la mandíbula.

El alarido le sirvió de más desahogo que la propia eyaculación.

Dio dos pasos hacia atrás tratando de alumbrar hacia el lugar que su cerebro le exigía, el sitio del que procedía la amenaza. Entonces, lo descubrió. El rostro horroroso de un espectro que nada tenía que ver con la expresión angelical de la niña. Repentinamente se había transformado en el de una bruja en el punto más álgido de un aquelarre: los ojos incandescentes por el reflejo del haz de luz de la linterna; las cejas describiendo un arco imposible; mostrando sus fauces, con la mandíbula desencajada y con todos sus rasgos faciales convergiendo en el entrecejo.

Aullaba.

Gorka paró los dos siguientes ataques de la bruja con el antebrazo izquierdo y se valió del derecho para contraatacar contundentemente. La linterna impactó contra algo duro y los gritos cesaron en el acto. La arpía se tambaleaba con ambas manos agarrándose la sien. Tenía que sacar partido de la ventaja y se fue hacia ella proyectando ambas manos hacia delante

para agarrarla del cuello. Sin embargo, con los pantalones por los tobillos, no pudo evitar perder la verticalidad y caer sobre ella.

Margarita no podía respirar, aunque no tenía forma de saber si era por el peso de Gorka o porque sus enormes manos le estaban oprimiendo la tráquea impidiendo el paso del oxígeno. Había fallado, *eso era* un hecho, pero no pensaba rendirse tan fácilmente y contaba con el aliento de Rita. Tenía las manos libres, así que concentró la fuerza que le quedaba en sus falanges distales, la multiplicó por la ira y la elevó a la enésima potencia que le regaló su instinto de supervivencia. Notó que las uñas se hundían con asombrosa facilidad en la cara de su agresor siguiendo el recorrido del corte que acababa de hacerle. Prácticamente sin resuello, notó que las puntas de los dedos se habían topado con algo duro y húmedo, los dientes, y enseguida encajó las piezas. Agarró el tejido con fuerza y tiró.

El pinchazo nació del nervio maxilar y los neurotransmisores hicieron su labor para llevarlo hasta la región postcentral de la corteza cerebral, donde superó con creces su umbral del dolor. Jamás había sentido un suplicio igual, pero, ciertamente, nunca le habían desgarrado el músculo masetero. Tenía que terminar con esa fiera antes de que le desollara, pero la escasa iluminación que partía del lugar en el que había dejado caer la linterna resultaba insuficiente para localizar su objetivo con precisión. Entonces, de forma indeliberada ganó algo de distancia echando la cabeza hacia atrás. El primer cabezazo impactó en la frente de la niña con mucha menos violencia de la que le habría gustado, pero el siguiente sería definitivo.

Fue como si un meteorito hubiera colisionado con su frente y concluyó que nada podía hacer contra las fuerzas malignas del universo. El empobrecimiento gradual del nivel de oxígeno en la sangre estaba provocando la ralentización de sus funciones vitales. Casi no podía distinguir a su enemigo en la penumbra, a pesar de que aún podía percibir su fétido aliento mezclado con el olor de la sangre que le manaba de la boca. Margarita entendió y asumió que no volvería a respirar azul clarito.

Justo entonces, un resplandor lo bañó todo de un fulgor maravilloso, una claridad armónica, premonitoria.

Una quietud que se rompió en dos tiempos.

Garrido se paralizó al reconocer el sonido de los disparos, pero los treinta y seis años en el Cuerpo de Policía le hicieron reaccionar con prontitud y la secuencia de actuación correcta apareció en su cerebro: dar aviso a la sala del 091, ponerse el chaleco y acercarse cautelosamente a echar un vistazo.

Mientras deshacía el camino que le llevaba hasta su vehículo marcó los tres dígitos. No dejó que el agente pronunciara una sola palabra.

—Aquí Jacinto Garrido en la localidad de Viana de Cega. He escuchado dos disparos. ¡Enviad gente cagando leches!

—¿Dirección?

Hizo un esfuerzo por recordar el nombre de la calle que no hacía ni una hora que le había indicado su excompañero y el número que le había recalado la Reme antes de salir de su casa.

—Carretera de Boecillo, el número... —se fijó en el de la casa que tenía enfrente y calculó—, el número 37.

—De acuerdo. Espere instrucciones.

Jadeando, más por la tensión que por el cansancio físico, abrió el maletero del coche y sacó el chaleco. Los veteranos siempre lo llevaban precisamente por eso, porque la experiencia les decía que nunca se sabe cuándo te vas a encontrar con una bala en el pecho; eso lo tenía Garrido más que claro. Se lo ajustó y emprendió la marcha empuñando con fuerza el 38 especial. La última vez que había desenfundado el Astra fue por un asunto de drogas en Madrid y ni siquiera estaba en el Grupo de Homicidios.

Se apostó junto a la verja. No detectó movimiento alguno y tampoco se escuchaba nada más allá de los sonidos propios de la nocturnidad que envolvía aquella casa. Le costaba tragar saliva, pero lo justificó aduciendo que tener los cojones en la garganta no ayudaba en una situación así. Calculó que los zetas llegarían en quince minutos, menos si había suerte, y elucubrando teorías sobre qué podría estar sucediendo allí dentro escuchó los gritos.

Chillidos de una mujer o un niño.

Aquello lo cambiaba todo. Tenía que entrar. Se incorporó para llegar hasta la puerta. Cerrada. Examinó la altura de los barrotes y los asió con fuerza para comprobar que no iban a ceder ante su peso. Garrido era

consciente de que no estaba en su mejor momento, pero de ninguna forma esos hierros oxidados le iban a impedir llegar al otro lado; eso lo tenía Garrido más que claro.

Más quejidos, ahogados. Una niña. Sin duda era la voz de una niña. Como la de su nieta Silvia cuando le entraban esas rabietas que su hija no sabía aplacar. La adrenalina le ayudó a saltar el obstáculo con mucha más agilidad de la que se podría esperar de una persona mayor de cincuenta y cinco. Corrió los cuatro metros que le separaban de la fachada y volvió a sacar el Astra. Trató de inspeccionar el interior a través de dos hermosas ventanas afeadas por el paso del tiempo y la falta de cuidado; como él, pero la opacidad de las contraventanas no se lo permitió.

Más lamentos y gimoteos.

Espoleado por la incertidumbre, recorrió el lateral de la casa y asomó la cabeza al llegar al final de aquella pared plagada de desconchones. Distinguió la caseta del perro que le había mencionado Parrado y al enorme inquilino que le gruñía a menos de tres metros de distancia: un dogo argentino que, por suerte, estaba atado con una cadena. En ese momento maldijo haberle conocido, haber atendido su llamada y haberse plegado a su insistencia, pero sobre todo profirió insultos varios contra la Reme, por fisgona, entrometida y cotilla de pueblo. El animal no ladraba, lo cual acrecentaba todavía más su desconfianza. Era como si no le quisiera asustar y le estuviera invitando con un «Vamos, acércate un poquito más, que no te voy a hacer nada...». Descartó dispararle para no perder su única ventaja, ya que no sabía a cuántos se iba a encontrar dentro —si finalmente decidía entrar—. Lo que sí sabía era que uno, por lo menos uno, estaba armado y que la voz de la niña sonaba cada vez más apagada. Calculó por la longitud de la cadena que, si se pegaba al muro, aquella bestia no le alcanzaría, pero así y todo amartilló el revólver. Forzado por la acelerada sintonía de su latido, comenzó a dar pequeños pasos, precavidos, sin despegar la espalda de la pared ni la mirada de los diminutos ojos del dogo, porque si lo veía muy mal le iba a dejar tieso; eso lo tenía Garrido más que claro.

—¡Ya voy, Karatu! ¡Tranquilo, amigo, que ya nos vamos! —escuchó decir Garrido desde dentro del porche. La voz estaba cargada de angustia, de prisa contenida. De inmediato reconoció el sonido de la puerta e

instintivamente levantó el revólver a dos manos y adoptó la posición de disparo. En cuanto vio aparecer al tipo y comprobó que iba desarmado, le voceó con todo el ímpetu que había germinado en su propio miedo:

—¡Policía! ¡Tírate al suelo! ¡¡Ahora!!

Parking público de la plaza de Portugaleta

Álvaro Peteira escrutaba la fachada de la catedral como si en alguna de las piedras que conformaban el gran arco de orden dórico de la fachada sur fueran a estar talladas las respuestas que buscaba. Minutos antes, intuyendo que era poco probable que la solución al problema de Marquiños se encontrara dentro de alguno, decidieron no seguir alineando cadáveres de botellines de Mahou sobre la barra del Farolito y dar por concluida la jornada.

Ninguno de los dos podía imaginar lo lejos que estaban de hacerlo.

—Álvaro, si en algún momento ves que no estás para...

—Olvídate. Si me quedara en casa, Patricia y yo terminaríamos a machetazos y ahora más que nunca necesitamos el uno del otro. Está muy nerviosa, lógicamente, y yo, yo estoy acojonado perdido, Sancho —le repitió el subinspector a punto de bajar las escaleras del *parking*.

—Paso a paso. Lo primero es obtener más información del tratamiento experimental, a saber: en qué consiste, duración, probabilidades de éxito, fechas y coste aproximado. Con todo ello tomáis una decisión y si esa pasa por París, entonces nos ponemos en marcha.

Álvaro Peteira le observaba con el recelo propio de su idiosincrasia galaica mezclada con esa lealtad con la que se tratan dos camaradas en serios apuros.

—Gracias.

—Para eso están los amigos, para ponerse hombro con hombro cuando llegan mal dadas.

—¿Y a ti? —comentó mientras encendía un pitillo mirando al cielo sin estrellas—, ¿a ti quién te cuida, Sancho?

—Mi gato islandés —respondió sacando el teléfono del bolsillo—. Me llaman de la sala. ¡Su puta madre! Verás cómo hay jarana.

—Sancho.

Silencio.

—Vamos para allá. Que me avisen en cuanto lleguen las primeras unidades.

Colgó.

—¡Hay que rejoderse! Garrido está metido en un tiroteo en Viana de Cega. ¡A correr!

El gallego no hizo preguntas. Las ruedas del Ford Focus chillaron enloquecidas como si ese sonido agudo fuera su grito de guerra. Cuando salieron del aparcamiento subterráneo, la cara del subinspector Peteira ya no daba pena, daba miedo.

—¡Sus putos muertos! ¡¿Pero qué coño hace Garrido en Viana de Cega?! —se preguntó el inspector rascándose la barba con avidez—. Pon el pirulo y dale gas.

Pasaron por López Gómez sorteando el tráfico; por Miguel Íscar casi ni pasaron y en pleno paseo de Zorrilla los radares no eran más que cajitas metálicas que emitían un fognazo a su paso.

—¿Carretera de Madrid o Puenteduero? —preguntó Peteira.

—Vete por Puenteduero, habrá menos gente. No me coge el puto teléfono, joder. No tiene cobertura. Pero ¿qué coño hace Garrido en Viana de Cega metido en un tiroteo? —volvió a preguntarse.

—Ni puta idea, allí no tenemos nada raro, que sepamos. ¿Disputa familiar?

—Podría ser, pero está muy cerca del lugar en el que el abuelo tiró la bolsa con el dinero. Demasiado cerca.

—Ya.

—Las casualidades existen pero, como me sucede con la Iglesia, yo no comulgo con ellas.

—Amén —concluyó el subinspector entrando en la carretera de Rueda.

Carretera de Boecillo, 37 (Viana de Cega, Valladolid)

Garrido se lo había repetido dos veces más.

—¡Vamos, cabrón! ¡Al puto suelo! —repitió con firmeza.

Era de estatura media, vestía un plumífero y tenía la cabeza cubierta por un gorro de lana oscuro. El hombre permaneció inmóvil un segundo más antes de girarse para enfrentarse con él. Tenía un párpado notablemente caído, pero, aun así, el veterano agente de policía sintió cómo el odio con el que le miraba le taladraba de parte a parte. En ese punto, supo que para detenerlo no le iba a quedar más remedio que bajárselo. Y cuando un policía tiene la certeza de que es así, lo mejor es que así sea cuanto antes; eso lo tenía Garrido más que claro.

Esta vez no se equivocaba.

La mano del sujeto desapareció tras la espalda para encontrarse con la culata del arma que sujetaba en el cinturón. El movimiento fue rápido, pero no tanto como el del índice de Garrido presionando el gatillo. La bala le impactó en el pecho, cerca del hombro izquierdo, justo en el lugar al que estaba apuntando. La inercia del disparo a esa distancia lo empujó un metro hacia atrás antes de caer al suelo de costado. El objeto que se desprendió de su mano y que reposaba sobre las losetas del porche era una pistola, un arma con la que pretendía quitarle de en medio; eso lo tenía Garrido más que claro.

Tampoco esta vez se equivocaba.

Sorprendentemente, el animal cesó en su actitud agresiva, se sentó sobre sus cuartos traseros y observó la escena como si algo no le encajara bien en todo aquello. Aun así, Garrido se aproximó extremando la precaución hacia donde había caído el hierro y lo pateó lo más lejos que pudo sin dejar de apuntar al hombre, que, mientras se retorció, balbuceaba palabras que le sonaron a euskera.

—Dime, cabrón, ¿cuántos más estáis dentro?! —preguntó endureciendo el tono pero sin levantar la voz.

Garrido se percató de que el perro lo examinaba con detenimiento, pero al ladear su enorme cabeza entendió que no lo miraba a él, sino que estaba siguiendo algo que se movía detrás de él. Cuando notó la dureza y la

frialdad del cañón apoyado en su alopécico cogote, supo que estaba a punto de bajarse el telón; eso lo tenía Garrido más que claro.

El sonido del percutor al hacer estallar la carga de la bala se lo confirmó.

Ocho minutos después llegaba la primera dotación de uniformados: Águila 4, la pareja de la Unidad Motorizada conformada por Rubén Aguado y Daniel Navarro.

Dos vecinos marcaban el sitio exacto.

—¡A ver, señores! —gritó Navarro—. Vuelvan a sus casas inmediatamente.

—¿Qué está pasando? —quiso saber una señora de avanzada edad.

—Pasa que ustedes no pueden estar aquí. Hagan el favor de meterse en sus casas.

—Estamos en el lugar. No se escucha ni se ve nada extraño. La puerta de la verja y la principal están abiertas, esperamos instrucciones —dijo Aguado por el equipo de transmisión.

El jefe de la sala del 091 se comunicó con Sancho y acto seguido con Aguado.

—Valoren la situación. Entren solo si lo estiman necesario y extremen las precauciones. Unidades de apoyo en camino. Denme el recibido.

—Águila 4. Recibido. Vamos a entrar. Nano, yo voy por detrás —le indicó Navarro a su compañero con la reglamentaria en la mano y el doble acción seleccionado—. Mucho ojo, que esto es serio. Acabemos esto en el mismo estado en el que lo empezamos.

Navarro se arrepintió entonces de no haber seguido el repetido consejo de Cris y haberse comprado esos chalecos especiales con los que se habían blindado el resto de parejas de águilas. Rubén Aguado se acercó con cautela a la puerta de la casa en el momento en el que escucharon llegar a un zeta. Los agentes bajaron del coche con celeridad. Uno se quedó con Aguado y el otro rodeó la casa por el lado contrario al que lo había hecho Navarro. El de la motorizada fue el primero en encontrarse con un escenario tétrico iluminado parcialmente por un plafón de luz cerosa incrustado en el techo del porche: un hombre malherido apoyado en una caseta de perro,

acariciando al animal, cuyo pelaje corto se había teñido de rojo por paños; unos metros más atrás, otro cuerpo boca abajo, inmóvil en el suelo sobre un gran charco oscuro y denso.

—Atención. ¡Aquí atrás tenemos un buen cristo! Dos hombres heridos. Enviad ambulancias medicalizadas cagando leches.

Sin dejar de apuntar al desconocido, el agente Navarro se aproximó al cuerpo que yacía inerte con un pésimo presentimiento.

—¿Que cojones ha pasado aquí?! —preguntó el agente del zeta.

—Échame un ojo a ese —le dijo Navarro—. Cuidado, no pises por ahí —le señaló.

El águila reconoció al compañero a pesar de que la cabeza había perdido su configuración natural. Se observaba claramente un orificio de entrada en zona posterior y otro de salida por la parte frontal. El disparo a bocajarro con un calibre medio le había hecho perder mucha masa encefálica, desperdigada por las losetas. Algo descompuesto, Navarro se aproximó sin pisar un rastro de sangre que marcaba el camino que había seguido el hombre de la caseta. Se agachó para confirmar lo que ya sabía.

—¡Me cago en Dios!

—¿Es Garrido?! —preguntó el agente del zeta—. Joder, ¿se lo han cargado?

Navarro asintió con la cabeza, todavía en cuclillas.

—¡No paséis! —les gritó Navarro, muy alterado—. Vamos a intoxicar todo esto.

—Dentro no hay nadie, pero tenéis que bajar al sótano —se escuchó decir al otro policía que había entrado en la casa—. Creo que hemos encontrado dónde tenían retenida a esa chavalita.

—Y tú ¿qué?! ¿Has sido tú?! —inquirió Navarro sacando de nuevo la H&K USP—. ¿Has sido tú?!

—Tranquilo, guarda el hierro, Dani, no me jodas —le pidió su compañero, Rubén Aguado.

—Ni tranquilo ni hostias, Nano.

El águila le presionó la herida buscando un efecto más desengrasante de la lengua que cauterizador.

—¿Has sido tú, hijo de la gran puta?! ¡Contesta, cojones!

El vasco aullaba de dolor al tiempo que negaba con la cabeza, pálida por la pérdida de sangre, casi como el pelaje de Karatu.

—Él me disparó a mí —se refirió a Garrido con la mirada— pero luego apareció el Chimuelo y lo mató.

—¿Quién cojones dices?!

—El Chimuelo, mi socio.

—¿Y qué lío teníais aquí montado?

El herido se encogió de hombros y se apoyó en el lomo del animal mientras le acariciaba la mandíbula.

—Claro, hijo de puta, tú solo pasabas por aquí, ¿no te jode? ¡Me cago en Dios! —vociferó.

Enseguida llegaron las ambulancias, luego más coches patrulla, vecinos y curiosos, entrometidos varios y cazadores de rumores que empezaron a saturar el lugar. El ulular de las sirenas anaranjadas y azules, las voces cada vez más exaltadas y los gritos encolerizados de los policías que acudían al escenario componían la acústica con la que se encontraron Sancho y Peteira al bajar del Focus.

El rostro demudado y la expresión compungida del agente Navarro era un manifiesto que contenía la respuesta a la pregunta que Sancho no llegó a formular. La garra le oprimió el estómago hincándole las uñas cuando siguió la indicación con la cabeza que le hizo otro agente. Asistió a la retirada en camilla del herido, ya inconsciente, al tiempo que el personal médico trataba de detener la hemorragia y le administraban oxígeno a través de la mascarilla. Por un instante pensó que aquella cara le resultaba familiar, pero, siendo consciente de sus habilidades para reconstruir rasgos faciales, concluyó que el *gyrus fusiforme* le estaba jugando una mala pasada. Inmediatamente, reconoció el cuerpo de su compañero, que se disponían a cubrir con una manta térmica.

Sancho contuvo el alarido mordiéndose el puño hasta que una orden de su cerebro le obligó a dejar de hacer presión con los dientes.

—Se lo cargaron, Sancho. Se cargaron al Garri —escuchó decir a Peteira a su espalda.

Al pelirrojo le temblaba el labio inferior.

—¿La niña? —preguntó en voz queda.

El subinspector negó con la cabeza. Sancho inspiró con vehemencia e inclinó la cabeza hacia atrás buscando cargarse de la serenidad necesaria para enderezar aquel caos.

—¿Quién ha llegado primero?

—Los águilas —respondió alguien.

Navarro estaba alejado unos metros, inmóvil como un jarrón decorativo, con la mirada descolgada en algún punto muerto del entorno.

—Dani, escúchame —le pidió el inspector posando la mano en el hombro del águila.

Dani Navarro le miró; ambos tenían una altura similar, aunque al águila se le veía más corpulento.

—Cuéntame.

—Nada más entrar, yo vine por detrás y Rubén entró en la casa con otro compañero que llegó después. Había un tipo herido —continuó llevándose la mano a la zona donde tenía localizado el disparo—, sentado ahí —le indicó—. Le pregunté. Me dijo que él recibió un disparo de Garrido pero que luego un tal Chimuelo se lo cargó. Le han volado la cabeza, Sancho. Toda esa mierda que hay por el suelo es su cerebro. Se lo han cargado. ¡Tenemos que hacer algo!

—Vale, cálmate. Lo agarraremos, pero tenemos que mantener la cabeza fría. Hay que montar un dispositivo de carreteras inmediatamente, no puede andar muy lejos. Interrogad a toda esa gente de ahí fuera, alguien tiene que haber visto el coche u oído algo. Dadme lo que sea para empezar, Dani. Tenemos que saber por dónde buscar.

Sancho tuvo que retirarse unos metros para conseguir cobertura y poder comunicar las terribles noticias al comisario Herranz-Alfageme. Cuando colgó, le sobrevino un vahído que a punto estuvo de hacerle perder la verticalidad. Apoyado en un muro vio llegar a Patricio Matesanz, Sara Robles, Montes y Áxel Botello, conocedores a todas luces de la noticia por cómo desfilaban hacia el lugar de los hechos: como una procesión de ánimas en pena, la Santa Compañía del Cuerpo Nacional de Policía.



«LA MUERTE SE ESTÁ FUMANDO MIS CIGARROS»

*En algún lugar de la provincia de Valladolid
6 de septiembre de 2012, 23:04*

Conducía extrañamente calmado. Con su seguro de vida sedada en el maletero y ninguna prisa por llegar, Servando Garay había dado unas cuantas vueltas hasta asegurarse de que nadie le seguía antes de dirigirse al lugar en el que había estado malviviendo semanas antes de que empezara el secuestro y donde tenía dispuesto un espacio «bien acondicionado» para su invitada.

No lo habían planeado así, ni mucho menos, pero a veces el destino no es equitativo repartiendo los triunfos. En aquella partida cuyo fin estaba ya cerca, todos parecían caer en sus manos y el Chimuelo había demostrado sobradamente que sabía bien cómo jugarlos. Y, si venían mal dadas, no se arrugaba a la hora de romper la baraja si había que romperla.

Ya le había pasado antes algo similar.

Cuando se planteó empezar con el negocio de los secuestros, no pretendía conseguir la exclusividad, pero lo que no estuvo dispuesto a permitir en ningún caso fue que otro lobo foráneo mordiera una sola oveja

de las que pastaban en su territorio, perfectamente delimitado en los estados de Guerrero y Michoacán. Ganarse el respeto de los demás no fue tarea sencilla pero tenía asumido que era un paso ineludible. Así, no aceptó la propuesta de los Beltrán Leyva de compartir los beneficios, para eso ya pagaba tributo a los Zetas. Por un golpe del azar se enteró de que los hermanitos le habían enviado cuatro pelones para que le hicieran cambiar de opinión. No se arrugó. Los encontraron desmembrados a golpe de motosierra en dos cubos de basura en un parque de Zihuatanejo. Para que los pacos se entretuvieran recomponiendo los cuerpos, en uno metieron los troncos y en otro las extremidades. Las cabezas aparecieron en las puertas de sus familiares algunos días después, tal y como establecía el manual del narco.

Esa noche nada había salido como habían previsto, pero la situación no podía ser más favorable para sus intereses.

La suerte es para quien la busca.

No se precipitó al escuchar los dos disparos y tampoco intervino de inmediato conforme veía al poli saltar la valla en plan Charles Bronson. Casi no podía dar crédito a sus ojos, pero asistió entre bambalinas a la escena final y supo esperar pacientemente el momento de actuar. Volarle la cabeza le resultó gratificante a pesar de que se manchó el rostro y parte de la ropa. Un asco. Apenas tuvo oportunidad de intercambiar algunas palabras con el vasco, de alguna forma él entendió que la fortuna tiene que dar la espalda a unos para sonreír a otros y asumió dignamente el papel que le tocó interpretar. Admiraba su forma de adaptarse a las circunstancias.

Encontró a la niña maniatada en un radiador de la cocina y sintió algo similar al orgullo al verla con el bozal puesto, ese artilugio que él mismo había diseñado y manufacturado con esmero para impedir que las personas ladraran. Lo que no se esperaba era encontrarse al otro tipo del sótano, con la cara destrozada y dos tiros en la espalda. Sin tiempo que perder, la llevó en volandas hasta el maletero del coche y puso asfalto de por medio. En cuanto vio la oportunidad se paró en una zona deshabitada y poco iluminada, sacó el neceser de la guantera y le inyectó la ampolla de midazolam. Luego condujo hasta su guarida, pensando en lo mucho que le

gustaría pasar una temporada larga en el Cerro Nube, al sur de Oaxaca, alejado de todo, como aquella vez en la que se vio obligado a desaparecer.

Servando Garay apagó las luces, descendió del vehículo con el motor en ralentí y permaneció estático durante unos minutos para cerciorarse de que la calma que solía reinar en aquel apartado emplazamiento seguía intacta. El Chimuelo se percató de que las temperaturas habían descendido de forma dramática mientras cubría el coche con las ramas y la hojarasca que tenía acumuladas para tal propósito. A continuación cargó con la niña y, prácticamente a oscuras, entró por el boquete que había practicado en el maltrecho vallado metálico que cercaba el perímetro. No alcanzaría los cincuenta kilos, pero le costó ríos de sudor bajarla hasta allí. No se sintió aliviado hasta que conectó el generador y pudo sentarse a horcajadas en la gruesa tubería que salía del depósito. Necesitaba concederse un pequeño respiro. Agarró la botella de Gusano Rojo que había previsto para festejar la ocasión y bebió directamente de ella. El mezcal le calentó el esófago y, sin saber muy bien por qué, empezó a silbar *Altar de muertos* entre trago y trago. Ponerse un poco a tono no le vendría mal para afrontar la siguiente tarea. Había decidido subir las apuestas y qué mejor momento que aprovechar que la niña estaba inconsciente para «redactar» el mensaje que iba a enviar a la familia.

Como enseña el maestro, ejecuta el aprendiz.

Comisaría de distrito de las Delicias

El improvisado y precipitado dispositivo de cierre de carreteras no había funcionado. En los controles de la Guardia Civil se habían practicado identificaciones selectivas en busca de un sospechoso de rasgos latinoamericanos, pero, en la medida en que seguían sin obtenerse resultados a las dos y media de la madrugada, se amplió el rango a casi cualquier ser humano capaz de conducir un vehículo. El único testimonio válido era el de una mujer septuagenaria que, desde la ventana del

dormitorio, situada a unos cuarenta metros del lugar de los hechos, aseguraba haber visto a un hombre que salía de la casa con una niña en brazos. Le llamó la atención el comportamiento de ella, pero resolvió que debía de tratarse de una de esas jovencitas revoltosas de ahora. No obstante, su campo de visión iba acorde con la agudeza visual —escaso— y su declaración no aportó nada más. La Policía Científica ya estaba trabajando sobre el terreno y, aunque evitaban sacar conclusiones precipitadas, era más que evidente que Margarita había estado retenida en aquel sótano.

Media hora más tarde, tras la dilatada conversación telefónica que mantuvo con Fajardo, Sancho convocó en la comisaría a los miembros del Grupo de Homicidios de Valladolid. El último en llegar fue Botello. Arrastraba muestras evidentes de perplejidad, como si no alcanzara a entender la naturaleza de los acontecimientos que acababan de suceder. El inspector Sancho cerró la puerta, bajó las persianas antes de dirigirse a ellos y los miró a todos sin decir nada. A todos no, faltaba Garrido. No habló, no porque no tuviera nada que decir, sino porque las palabras no querían salir de su boca y sospechaba que, si lo conseguía, estas iban a ser fabricadas de forma harto defectuosa por sus cuerdas vocales.

Y la garra, la maldita garra ensañándose con su estómago.

Así que se concedió unos instantes mientras sus compañeros soltaban improperios, sembraban el aire con injurias y blasfemias, se desahogaban contra el mobiliario o liberaban la rabia en forma de lágrimas, densas y amargas, rebozadas en cólera y rellenas de frustración. Se fijó en la actitud de la inspectora Robles, apoyada en la mesa en la que se solía sentar Garrido, con los brazos cruzados sobre el pecho y la expresión blindada. Se percibían signos de dolor, pero principalmente en su semblante se reflejaba enfado. Un cabreo sincero, un torrente de furia contenida; malsana.

Sancho carraspeó varias veces y el sonido ambiente fue disminuyendo al tiempo que las miradas confluyeron en los irritados ojos del pelirrojo.

—Toca joderse —arrancó al fin—. No queda otra porque, cuando a uno le joden vivo, primero, se lo come; luego, reacciona. Esta noche toca zamparse esta mierda entre todos. Cada uno la parte que le toque o, mejor aún, cada uno que se trague todo lo que pueda tragarse, así facilitará la labor a algún compañero. Ahora no corresponde buscar culpables ni sacar

los malditos «y si» que siempre llevamos en la cartera. Sabemos que Garrido estaba allí por casualidad, que fue a ver a un excompañero, un tal Parrado, y que el destino quiso que fuera a hacer una comprobación rutinaria en el lugar donde tenían retenida a Margarita Zúñiga. Todavía no hemos identificado a ninguno de los dos sujetos, supongo que mañana mismo tendremos algún resultado. También estamos hurgando en el registro de propiedad de la vivienda a ver si sacamos algo. Matesanz ha hecho la primera inspección ocular del escenario. —Sancho le cedió la palabra con un movimiento de las cejas.

—Habrá que contrastar la teoría con los resultados de balística — introdujo el subinspector—, pero todo apunta a que el arma con la que han matado al del sótano es la que portaba el tipo del jardín en el momento en que Garrido le disparó. Una Beretta de 9 mm Parabellum.

—¿Sabemos cómo está ese cabrón? —preguntó Montes.

—Lo están interviniendo —contestó Sancho—, ha perdido mucha sangre y no saben si saldrá de esta; esperemos que sí y pronto, porque tiene un montón de cosas que contarnos. Sigue —le indicó a Matesanz.

—También parece claro que el impacto que recibió Garrido en la cabeza fue realizado a bocajarro por una tercera persona con un arma distinta, de calibre mayor, un revólver del 357 o un 38 especial, me atrevería a decir, por la violencia de la lesión y porque no se ha encontrado la vaina. Por la declaración del herido que tomó el agente Navarro, debemos pensar que la empuñaba el mexicano, que es el único que nos falta en la ecuación.

—Habrá que resolver esa incógnita pagándole con la misma moneda — profirió Gómez—. Yo mismo trincharé a ese puto sudaca si hace falta.

—Sudamericano —corrigió Sancho sin más—, y ya habrá tiempo para conjuras. Ahora es momento para la serenidad. Tenemos que estar tranquilos porque de otra manera no vamos a ser capaces de pensar y ese tío nos va a volver a joder. Os recuerdo que sigue teniendo a la niña o, lo que es lo mismo, sigue teniendo la sartén por el mango, el aceite y los huevos —dijo recordando la frase de Fajardo.

—Una vez, al principio, estando con Garri en un operativo de seguimiento —empezó a contar Matesanz, con la mirada en el suelo y la voz apagada—, nos quedamos los dos dormidos en el coche. Fuera hacía un

frío de cojones y teníamos la calefacción a tope, ya sabéis, demasiado café malo y escasas horas de descanso. El caso es que el prenda se puso en movimiento y, claro, lo perdimos. Días después lo pillamos en un puticlub cerca de Tomelloso, pero eso viene a cuento. Cuando Garri me despertó, porque era mi turno de vigilancia, me dijo: «Patricio, la hemos cagado». El cabrón estaba seguro de que el tío se había marchado, pero apenas me había quedado dormido media hora. En cuanto nos agarró Mejía por banda nos cayó una gorda, como es lógico, y luego tomando una birra me dijo: «Tengo la puta virtud de estar en el sitio equivocado en el instante menos propicio». Y eso es precisamente lo que le ha pasado.

Botello luchó por contener las lágrimas. Matesanz levantó la cabeza y prosiguió.

—Hace un par de días me confesó que estaba angustiado por la familia de Margarita. Ya sabéis que Garri se quedó viudo hace unos años y que tenía una hija y una nieta, Silvia, de trece o catorce años. Temblaba solo de pensar en la situación por la que está atravesando esa familia y no sé si os habíais dado cuenta, pero estaba trabajando muy duro en el caso. El jefe tiene razón —certificó mirando a Sancho—. Hoy toca joderse, pero mañana todos debemos tener una única idea en la cabeza: devolver a esa niña a sus padres. Eso es lo que nuestro compañero habría querido.

Tras un silencio cargado de gestos y muecas, Carmen Montes recogió el testigo.

—Yo no conocía mucho a Garrido, ya sabéis que no era un hombre precisamente extravertido ni simpático. Pero a raíz de trabajar codo con codo en la investigación del entorno empresarial de la familia he podido constatar que era un auténtico profesional. Amaba este maldito trabajo —apostilló—. Y es cierto, estaba obsesionado con encontrar algo en esos números que nos llevara a los secuestradores. Se llevaba montones de papeles a casa y cuando nos veíamos al día siguiente tenía un careto que no me hacía falta preguntarle qué tal había dormido. Esta misma mañana —la agente hizo una pausa al percatarse de lo rápido que se puede pasar de estar vivo a dejar de estarlo— me dijo que, si no se podía demostrar que hubiera una motivación económica, la elección de la víctima debía responder necesariamente a motivos personales. Una venganza por algún motivo que

se nos escapa, no sé. Por eso creía que no se estaba haciendo todo lo necesario por quitarle la careta al concejal. Lo siento, inspectora, pero es lo que él pensaba y me he sentido en la obligación de decirlo. Un asunto personal —remarcó.

A Sancho le parpadeó una luz en el hipocampo, donde se almacenan los recuerdos, pero la voz de Sara Robles hizo que se fundiera el filamento.

—Has hecho lo correcto, Carmen —intervino la inspectora por alusiones—, y te lo agradezco. Tomo nota, aunque yo ya no sé por dónde buscar, sinceramente. No he encontrado ninguna conexión en el caso «tritadora» con redes internacionales, es más bien regional. Sin embargo, me comprometo a darle las vueltas que haga falta.

—La motivación —barruntó Sancho recuperando las palabras de la agente—. Tenemos que averiguar los motivos por los que un mexicano con el historial de Garay aparece en Valladolid. No parece muy probable que haya venido a montarse una sucursal de secuestros en nuestra ciudad, habría elegido otra, eso está claro. ¿Por qué en Valladolid? ¿Por qué Margarita Zúñiga? ¿Por qué un mexicano?

—Asumen demasiados riesgos, luego el premio que buscan debe ser gordo —intervino Botello.

—Puede que solo sea la distracción —conjeturó la inspectora.

—Explicate —dijo Sancho con marcado interés.

—Para que lo entendamos todos: es como si un equipo de tercera división fichara a Iniesta, por ejemplo. Sus rivales dejarían de fijarse en lo habitual, no analizarían su juego, si por las bandas o al pelotazo, porque, coño, tienen a Iniesta. Cubramos a Iniesta y olvidémonos del resto. Pues igual. Estos tienen a Garay, un mexicano experto en el asunto que enseguida hemos identificado porque quizá a ellos les interesaba mucho que supiéramos que cuentan con el Iniesta de los secuestros.

—No sabía que te gustaba el fútbol, jefa —comentó Gómez.

—No me gusta, pero Iniesta me cae bien.

Matesanz buscó al pelirrojo con la mirada. Asentía como un perro de salpicadero cuando le sonó el teléfono. Era Herranz-Alfageme.

—Sancho. Ya. Sí, estamos todos aquí. Entiendo.

Silencio.

—Muy bien, yo me encargo. Buenas noches.

Sancho se rascó la barba y se frotó la cara haciendo especial hincapié en aliviar el picor que se le acumulaba bajo las pestañas. Su organismo le mandaba señales inequívocas con un único mensaje: descansar.

—Tengo que marcharme al Anatómico Forense. A partir de mañana montarán la capilla ardiente en no sé dónde me ha dicho el comisario y ya sabéis: pompas fúnebres, medalla de reconocimiento y... —omitió lo siguiente que le pasó por la cabeza—. Mañana nos vemos. Tratad de dormir o no, me da igual, pero que mañana nos funcione a todos el tarro.

Al subir al coche se sobresaltó cuando sonó inesperadamente *Livin' on the edge*, de Aerosmith. Le pareció una pésima broma macabra y fue cuando se dio cuenta de que tenía las manos agarrotadas.

Había estado demasiado tiempo con los puños apretados.

*We' re livin on the edge,
you can't help yourself from fallin' ,
livin' on the edge,
you can't help yourself at all,
livin' on the edge,
you can't stop yourself from fallin' ,
livin' on the edge.*

En algún lugar de la provincia de Valladolid

La niña se estaba espabilando. Había tenido que aguardar casi dos horas a que se le pasara el efecto de la anestesia, pero gracias al mezcal y su inagotable repertorio de canciones populares había conseguido amenizar la espera. Quería evitar que sufriera un colapso al ponerle la morfina, como le ocurriera con aquel empresario de Chilapa cuyo nombre no llegó a memorizar jamás.

Desplegó el neceser de tela en una esquina de la manta sobre la que había tumbado a Margarita. La había cubierto con otra igual de andrajosa,

porque cuando la sacó de la casa no llevaba ropa de abrigo y allí dentro la temperatura, aunque era estable, no superaba los doce grados. Hacerse con el material que requería le había resultado tan sencillo como lo era en su patria. Mismo procedimiento: localizar una farmacia en un pueblo perdido; esperar hasta altas horas de la madrugada; entrar y salir con el clásico botín del heroinómano apremiado. Aquello lo hizo pocas semanas después de que el vasco le incluyera en sus planes porque intuía que, más pronto que tarde, lo iba a necesitar.

La niña todavía llevaba puesto el bozal y no pensaba quitárselo por si terminaba de despertar, aunque, allí abajo, gritar era como enviar una carta sin sello ni destinatario: inútil. Además, las correas no le molestaban en absoluto para llevar a cabo la amputación. Con la yema de los dedos comprobó que el *cutter* estaba bien afilado y seguidamente exprimió el zumo de dos limones en el cuenco. Hubiera preferido utilizar dos verdaderas limas mexicanas, pero en la tienda solo tenían esas piezas amarillas e insulsas que en Europa denominan limón. Con ello conseguiría cortar la hemorragia y al mismo tiempo cumpliría su función cicatrizante y desinfectante. O eso esperaba. Servando Garay pinchó la aguja subcutánea en la ampolla de morfina y absorbió el mililitro del analgésico, suficiente para que ella no sintiera más que una ligera molestia. O eso pensaba, porque era un hecho incuestionable que una vez que el opiáceo recorría el organismo apenas se revolvían durante la operación. Le levantó ligeramente la camiseta para clavarle la aguja en el deltoides, presionó con lentitud el émbolo y el contenido fue desapareciendo del estrecho cuerpo de la jeringuilla para aparecer en el estrecho cuerpo de la adolescente.

Aguantó pacientemente mientras se entretenía bañando la hoja retráctil en el zumo de los cítricos. Cuando notó que Margarita se sumergía de nuevo en un estado hipnótico ejercitó la mano antes de proceder. Con la mano izquierda estiró el pabellón auricular y con la derecha marcó el corte.

Un único tajo, firme y sereno, fue suficiente.

Conducía exangüe. Ni el agua, ni los caramelos, ni el chicle fueron eficaces enmascarando el sabor de la bilis que Sancho notaba adherido al paladar. Previamente, se había sugestionado frente a la puerta de la sala del Instituto Anatómico Forense, pero la garra cobró vida al enfrentarse con la cadavérica imagen de su compañero, desfigurado, como un rostro de cera mal copiado, pésimamente rematado. Las náuseas le invitaban a apartar la vista pero sostuvo la mirada en el cuerpo sin vida de su compañero hasta que Villamil volvió a cubrirlo. No cruzó palabra con él y tampoco el doctor hizo comentario alguno, sabedor de la vacuidad del verbo en aquellas circunstancias. Solo intercambiaron muecas cargadas de conmiseración y aquiescencia, y en ese estado irreflexivo se dispuso a regresar a casa sin saber muy bien a qué.

El reloj marcaba las 4:38 de la madrugada cuando se detuvo en el arcén de la autovía, a la altura de ningún sitio, con la desatención puesta en la espesura y los labios moviéndose de forma inconsciente sin pronunciar un solo fonema.

«Un asunto personal».

Lo había dicho Montes rememorando la teoría de Garrido: «Un asunto personal».

Y antes se lo había dicho Sonsoles, la agente que le informó de las llamadas recibidas de un supuesto amigo: «Un asunto personal».

Pero mucho antes aún se lo había dicho el Chupao: «Algún día, tú y yo, Urtzi. Porque tú y yo tenemos un asunto personal que resolver».

Aquello sucedió en el año 2000 en el calabozo de la comisaría de San Sebastián donde estaba adscrita su unidad dentro de la Brigada de Información. El Chupao, así le llamaban, fue uno de los grandes logros de Sancho durante su etapa en el País Vasco. Empleó bastantes meses en ganarse la confianza de uno de los integrantes del núcleo duro del Comando Donosti, encargado de buscar candidatos para llenar las «cárceles del pueblo» y de llenar las arcas de la organización a través de las extorsiones a empresarios y los secuestros.

—¡Hay que joderse! —verbalizó al fin.

Repitió la misma frase hasta que se agotó el aire dentro del habitáculo y tuvo que salir fuera para compartirla con el mundo exterior.

Una y otra vez, como un mantra axiomático.

Extenuado, arremetió violentamente contra la carrocería del A4 y solo paró cuando notó que el dolor en puños y pies superaba los límites de lo irracional. Jadeaba, pero no por el cansancio. En el exterior también se había enrarecido el aire. No podía respirar, pero todo empezaba a cobrar sentido.

«Maldita sea mi puta vida... Era él, joder, era el Chupao. Aitzol..., ¿cómo se apellidaba? ¡¡Aitzol!! Su puta madre. Habrá salido de la cárcel y tenía que saldar esa cuenta pendiente. Me habrá reconocido por el puto vídeo que grabó Augusto Ledesma. Otra vez tú, hijo de puta, otra vez tú. Maldita sea mi puta vida... Garrido, joder. Pero, claro, el Chupao debía esperar a que me incorporara a mi puesto tras la suspensión, por eso llamaba tanto a comisaría y por eso dejó de llamar cuando regresé. Porque el muy cabrón todavía tenía un asunto que resolver conmigo; un asunto personal. Porque logré engañarle y le conseguí alojamiento en..., joder, no recuerdo dónde lo encerraron. ¿Y todo esto lo ha montado para joderme? No, no puede ser. Lo que no puede ser es que se trate de una puta coincidencia. No, no lo es. Nunca lo es. Seguro que no. Pero... ¿por qué secuestrar a una niña? ¿Por qué? Porque es su especialidad, joder. Y se ha ocupado de distraernos con el puto mexicano, el Iniesta de los secuestros, manda cojones. Por supuesto, es lo que mejor sabe hacer el cabrón y se ha llevado por delante a Garrido. Porque se trata del cabrón del Chupao, de eso no hay ninguna duda; es él. ¿Cómo cojones se apellidaba? Aitzol ¿qué? ¡Me cago en mi vida! ¡¿Y quién era el mierda de su socio?! ¿Y por qué se lo ha cepillado? ¿Qué ha pasado esta noche en esa casa? Algo no ha salido como él esperaba. Tengo que averiguarlo. Tengo que saber qué ha pasado y dónde está la niña. ¿Qué hora es? No. Ahora no me dejarán pasar a verlo. Mierda puta, necesito saberlo. Mañana me lo vas a contar, por mis cojones que me lo vas a contar desde el principio aunque tenga que arrancarte las palabras a hostias. No se te ocurra palmarla, cabrón, que me lo tienes que contar todo. Me cago en mi puta vida... ¿Cómo pensabas castigarme? No te mueras, hijo de puta, aguanta un poco, que me tienes contar quién es ese cadáver y

dónde está la niña. ¿Dónde la tiene tu socio el mexicano? Me lo vas a contar, claro que sí. Me vas a devolver a esa niña por mis cojones, hijo de puta. Pero Garrido ya no vuelve. Maldita sea mi puta vida... Cabrón, has montado toda esta mierda para joderme y te has llevado por delante a otro. Me importa tres cojones que no le hayas disparado tú, pero vas a pagar por ello. Mañana me lo vas a contar todo bien clarito, cabrón. No ha sido una coincidencia, ¿verdad? Tenías que saldar esa cuenta conmigo... Un asunto personal».

En algún momento Sancho tomó conciencia de que sus interrogantes no encontrarían respuesta esa noche. Sabía que no iba a poder conciliar el sueño, así que deseó que Ólafur todavía estuviera despierto, borracho a poder ser, para aguantar la deyección verbal que estaba a punto de reventar en el cráter de su cavidad bucal. Se subió al coche. No podía borrar de su mente la imagen de Garrido postrado en la camilla metálica, la expresión de Villamil antes de practicar la obligada y dolorosa autopsia, y la cara del Chupao. Por suerte, pocos minutos más tarde estaba entrando en la urbanización. Le costó dar con las llaves de casa. Todo estaba oscuro y, sin embargo, al final del pasillo detectó tímidos destellos, resplandores intermitentes que se reflejaban en las paredes del salón.

—¿Ólafur?

Nadie respondió, pero un sonido que no fue capaz de identificar precedió a la desaparición de los centelleos.

Encendió la luz y volvió a pronunciar su nombre, esta vez más alto.

—Aquí, en el salón —escuchó.

La voz era la del islandés, pero sonaba extraña, como agrietada. Olía a humo de tabaco estancado.

Las retinas de Sancho reconocieron el lugar, pero no así la composición: sobre la mesa, su portátil, un montón de papeles, dos ceniceros rebosantes de colillas y dos botellas sobre la mesa: una de Four Roses, vacía, y otra de Jameson, mediada. Sentado en su sofá amarillo de pensar reconoció a Ólafur Olafsson con la cabeza escondida entre las piernas mientras se masajeaba el cuero cabelludo con notable ensañamiento.

—¿Qué cojones pasa?! —quiso saber el pelirrojo, bastante más alterado que desconcertado.

—He comprado tabaco —respondió sin cambiar de postura.

—Si abres una ventana lo mismo tardas en morir un poco más.

—«La muerte se está fumando mis cigarros».

Sancho no abrió la boca.

—Es una frase de Bukowski, yo estoy tratando de revertir el proceso. Me estoy fumando la muerte.

—¡Me cago en mi puta vida! ¡Hoy no estoy para más hostias! Te prometo que no aguanto un gramo más de mierda. Dime, ¿qué cojones está pasando aquí?! —vociferó.

Ólafur sacó la cabeza y se giró. Tenía la esclerótica enrojecida pero demasiado húmeda para tratarse de un efecto de la ingesta alcohólica. Sancho nunca había visto esa expresión en el islandés; ciertamente, parecía desvencijado.

—¿De verdad quieres saberlo?

Sancho dio un paso adelante e hizo prisionera la botella de Jameson. Un trago largo y un silencio prolongado sirvieron de confirmación.

Ólafur asintió.

Acto seguido estiró los brazos para abrir la tapa del portátil y orientar la pantalla hacia el pelirrojo. Apretó una tecla. En la pantalla apareció una imagen congelada de un vídeo rodado en blanco y negro. Luego acarició el panel táctil del teclado para llevar el cursor hasta el principio del vídeo.

El islandés le pidió con la mirada que ratificara su deseo de verlo.

Sancho bebió.

—Lo siento mucho, amigo mío —musitó Ólafur.

La exigua luz que emanaba del monitor se proyectaba sobre el gesto contraído del inspector. Según iban transcurriendo los segundos de la filmación, el semblante se descompuso en incredulidad, luego en negación y rechazo para mutar definitivamente en la más absoluta repulsión. Tal aborrecimiento se hizo presente en una única arcada; tangible en el vómito.

Sancho se desgarró las cuerdas vocales al tiempo que arrojaba la botella de Jameson contra la pared. Antes de que esta se hiciera añicos, él ya se había roto por dentro.

Tapándose la cara con ambas manos se deshizo en una llantina infantil sin posibilidad de consuelo. Infantil, como la protagonista de aquel vídeo

atroz rodado en blanco y negro.



DIOS APRIETA PERO NO AHOGA

*Siberia.
Residencia de Erika Lopategui
Plentzia (Vizcaya)
7 de septiembre de 2012, 8:40*

Disfrutaba del vigor de los elementos tras la cortina que adornaba la ventana del salón, en la planta baja. El contumaz calabobos que llevaba cayendo durante toda la noche se había tornado en aguacero con las primeras luces del día, como si hubiera estado aguardando a que los humanos salieran de sus refugios para cubrirlos con su manto purificador, conteniendo su ira para purgar a los pecadores en el momento señalado.

Exactamente lo mismo que hacía Zadkiel, el arcángel de la Congregación de los Hombres Puros: esperando para cumplir con su acendrada misión.

Le había resultado más sencillo colarse en la casa que encontrarla. Faltaban ocho minutos para las diez de la noche cuando el vuelo procedente de Madrid tomó tierra en el aeropuerto de Bilbao. A esa hora, era patente que el personal de las agencias de alquiler de vehículos ya estaba pensando en concluir la jornada laboral, pero la necesidad de ingresos pudo con el

cansancio y finalmente logró hacerse con uno. El GPS le había guiado sin problemas hasta la población vizcaína, pero, tras estacionarlo en una zona poco concurrida, había resuelto esperar unas horas para llegar a pie hasta la dirección que figuraba en el informe que le habían facilitado los custodios. Se había calado, pero, lejos de contrariarle, le generó una sensación placentera que le recordó las tardes de verano en Durban, la ciudad en la que creció. Además, los últimos meses los había pasado en Dallas, donde le había costado mucho más adaptarse a los cuarenta grados de temperatura media que finiquitar los dos trabajos que la Congregación le había encomendado. Resolvió entrar sobre las tres de la madrugada luego de constatar que en el exterior todo estaba tan tranquilo como aparentaba el interior de esa vivienda de planta rectangular. Buscó el mejor punto para saltar el muro de piedra que rodeaba la finca y, sin salirse de las zonas ocultas por la penumbra, llegó hasta la ventana de la cocina, acceso idóneo para colarse dentro. En cuanto puso los pies en ese suelo de rombos, su instinto le anunció que no iba a encontrar a Erika Lopategui. Acertó, pero supo sobreponerse a la decepción inicial bebiendo de un argumento que no solía fallar: Dios proveería.

Lo que no podía esperar era que lo hiciera en aquel preciso instante.

La luz parpadeante del *router* al procesar la conexión wifi con un dispositivo enlazado le anunció que se aproximaba la dueña de la casa. Caminaba deprisa, tratando de no tropezar, escondiendo la cabeza bajo un paraguas negro a juego con el color de su atuendo, botas, pantalón ajustado y jersey. Era de talla menuda y avanzaba con un manojito de llaves en la mano que parecía guiar su camino. Zadkiel empezó a notar cómo la adrenalina se iba extendiendo por su organismo hasta conquistar cada una de sus fibras y, sin embargo, mantenía el ritmo cardíaco aletargado y la respiración controlada. Cuestión de veces. Se colocó tras la puerta y retuvo el aire en los pulmones a la vez que escuchaba cómo la mujer sacudía el agua del paraguas como preludeo al sonido de la llave empujando los pernos de la cerradura. Dejó que pusiera ambos pies en el interior de la casa antes de rodear su cuello con el brazo izquierdo y apretar lo suficiente como para impedir que pasara el oxígeno, pero con sumo cuidado de no romper la tráquea. Un tímido gimoteo fue la única reacción de la mujer, que ya había

doblado sumisamente las rodillas cediendo a la fuerza tractora de su agresor. Cuando empezó a notar la relajación de los músculos de Erika Lopategui, contó tres segundos más y soltó a su presa.

Dios aprieta pero no ahoga.

Zadkiel nunca ajusticiaba sin cerciorarse de que el veneno moría con la serpiente, era su marca personal y por eso se había erigido como uno de los arcángeles más solicitados. Tenía que saber si había mordido a alguien más. Erika se desplomó en el suelo y quedó tendida boca abajo, adoptando una postura grotesca, harto ridícula para una persona. Metió el pie bajo el tórax para voltearla.

Un relámpago le entró por los ojos haciendo saltar por los aires toda su vanidad. Aquel rostro amoratado de rasgos zafios y varoniles no era el de Erika Lopategui.

Dos horas y cincuenta minutos después, Zadkiel salía de la casa sin completar su objetivo, pero con una dirección. Había empeñado más tiempo y esfuerzo en limpiar las evidencias que atestiguaban su paso por aquel escenario que en sacar la información que necesitaba a la empleada de la limpieza. «Los caminos del Señor son tan inescrutables como espinosos», concluyó el arcángel mientras cerraba la puerta de la valla y se paraba unas décimas de segundo a leer el rótulo en el que venía escrito «Siberia». El ejemplo de esa mujer, Idoia Gurpegui, era una muestra evidente. Cuando la hizo volver en sí y se vio maniatada le contó toda su vida y milagros. Era profesora de secundaria, pero llevaba en paro más de dos años por los recortes en educación del Gobierno Vasco. Dos años menos que su marido, albañil, que no encontraba una empresa que le quisiera contratar para colocar un ladrillo. Con dos niños de cuatro y seis años, un padre enfermo de Alzheimer y una hipoteca muy por encima de sus posibilidades, llegó el ofrecimiento de Txus, un antiguo compañero del instituto que gerenciaba el restaurante Milagros. Una botella de oxígeno. Las veinte horas semanales no alcanzaban para casi nada, pero complementaba las jornadas gracias a los trabajos que le salían de los propios clientes del restaurante. Y de esta forma fue como había contactado con Armando Lopategui, un tipo extraño que apenas pasaba por casa, con una hija más extraña aún a la que solo había visto un par de veces. Las diez horas por semana sumaban poco, pero

precisamente eso, sumar, era lo que su familia necesitaba. Resultaba un tanto inescrutable que Idoia Gurpegui tuviera que morir como consecuencia de los pecados cometidos por otra mujer, una de pelo corto cobrizo y ojos azules, casi grises, con la que nunca había intercambiado una palabra en persona; circunstancia muy espinosa sin lugar a dudas. Por ello, Zadkiel fue misericordioso y no la decapitó.

No era del todo necesario.

El arcángel se sabía poseedor de muchas y variadas habilidades, pero si de una estaba orgulloso era de detectar cuándo la persona que tenía delante decía o no la verdad. Y esa mujer no le había mentado. Erika se había trasladado a casa de su madre por tiempo indefinido.

De nuevo en el coche camino del aeropuerto se preguntó si operarían vuelos directos a Ámsterdam o le tocaría hacer transbordo en Madrid o Barcelona. En cierta forma, el arcángel Zadkiel estaba de buen humor, regresar a la ciudad holandesa le traía muy buenos recuerdos.

Su máxima volvía a cumplirse: Dios aprieta pero no ahoga.

Hotel Roma (Valladolid)

Se precisa acceder al sistema de la empresa Mudanzas Gallego.

Uriel

Se había hecho a la idea de terminar el trabajo con la diligencia y premura a la que había acostumbrado a la Congregación y verse en el brete de tener que pedir ayuda le irritaba casi tanto como pensar que, muy probablemente, Zadkiel ya habría concluido su misión. Y esa ansiedad por demostrar a sus hermanos y a los centinelas que, a pesar de la edad, seguía siendo un activo fiable y eficaz era el motivo por el que había dejado en un segundo plano su estricto protocolo de actuación.

Así, según se bajó del tren se encaminó a la dirección indicada. Aún no había oscurecido cuando tuvo la impresión de que el piso estaba

desocupado, pero decidió esperar unas horas más para comprobarlo. Estaba tan vacío como el corazón de los impíos, pero en el pasillo encontró una caja de cartón marcada con el nombre de la empresa con la que dedujo que había realizado una mudanza no hacía demasiado tiempo. Ahora bien, ¿adónde?

Esa noche le costó encontrar alojamiento dada la elevada ocupación hotelera durante las fiestas de la ciudad. Finalmente, dio con una habitación discreta en un céntrico y económico hotel de dos estrellas al que le llevó un taxista. Para más inri, había olvidado poner la alarma y se despertó mucho más tarde de lo que en él era habitual. No bajó a desayunar a modo de autoimpuesta penitencia y, empujado por la ansiedad, decidió enviar el *e-mail* por el canal encriptado de comunicación.

Sensiblemente alterado, Jaap Keergaard cerró la tapa del portátil y se incorporó para contemplar la solidez y sobriedad con la que se habían levantado los muros de la iglesia de Santiago Apóstol, atributos con los que se sentía identificado, valores afines a una personalidad cimentada en una fe inquebrantable. Y como solía hacer en cuanto notaba que la zozobra empezaba a dominarle, acudió al recuerdo del padre Claude, la primera persona que realmente se interesó por él.

Tenía dieciséis cuando sus padres, de raíces danesas, le internaron en un colegio de los frailes Siervos de María a las afueras de Vorselaar, al norte de la región de Flandes, donde la climatología no invitaba a otra cosa que a meditar encerrado entre cuatro paredes. Aunque ellos lo negaron con empecinada vehemencia, él siempre lo consideró un castigo por dejar embarazada a Sophie Clement, la hija de la cocinera. Aquella fue la única vez que la tentación de la carne logró imponerse a la castidad, pero él era joven e impulsivo; ella, inocente y pura. Se amaron una vez y el Creador quiso que en el vientre de ella arraigara el fruto de su semilla. Nadie aceptó la situación, los catorce años de Sophie pesaron demasiado. Tardaría mucho tiempo en volver a verla y el hecho de desconocer la suerte que había corrido la criatura le consumía por dentro. Entonces, cuando el mundo le señalaba con el dedo, el padre Claude le tendió la mano y le enseñó a ser un buen devoto de María, a comunicarse con ella. Con la mayoría de edad ingresó en el prenoviciado de la orden con el único objetivo de seguir

purificando su espíritu. Cuando heredó la propiedad de las acerías de la familia nadie entendió que donara parte de aquella fortuna a la orden, porque lo material no tenía ningún valor para él si no atendía a razones espirituales. Pero menos aún comprendieron que entregara una importante suma al padre Claude con el fin de que no le faltara nada al hijo que pensaba que nunca llegaría a conocer. Lo único que pidió a cambio fue que adoptara su apellido. La madre aceptó sin contemplaciones, puesto que asegurar el futuro económico de Frederik valía mucho más que un cambio en el registro civil.

Los años pasaron y Jaap seguía recorriendo el camino de la reflexión que alumbraba su mentor. Y nada le habría desviado de él si el padre Claude no hubiera hecho frente a aquel ladrón que asaltó su parroquia. Jaap Keergaard hizo suya la agonía por la que pasó el tonsurado durante las tres semanas que tardó en morir y aquel dolor cristalizó en un sentimiento hasta entonces oculto: la necesidad de justicia. Invirtió ocho meses en averiguar quién era, ocho días en dar con su paradero y ocho minutos en arrebatarse lo que no era suyo. Porque su alma pertenecía al purgatorio y allí la envió tras asfixiarlo con sus todavía inexpertas pero robustas manos. Nunca llegaron a condenarle. El juez que instruía el caso alegó no contar con pruebas concluyentes como para dictaminar la cadena perpetua que pedía el ministerio fiscal. Lo único concluyente y definitivo fue que, desde ese momento, aquel joven de origen danés contrajo una deuda de por vida con la Congregación de los Hombres Puros y él asumió su nueva labor como una tarea divina.

Justiciador, como los arcángeles.

Purificador, como Uriel: «El fuego de Dios».

Observando con displicencia el lozano caminar de un grupo de quinceañeras que cargaban con bolsas de plástico repletas de botellas, echó en falta su Arca de la Sinceridad, donde descansaban sus habituales herramientas de trabajo. Le habría gustado poder contar con ellas, pero el viaje en avión era incompatible con el traslado de las mismas. Ensimismado en sus pensamientos, escuchó la voz del padre Claude: «Nada hay más recto que el camino que establece la Divina Providencia. Rectitud como primer paso para alcanzar la probidad».

Solidez, sobriedad y rectitud: las cualidades de la Piadosa, su espada.

Necesitaba tocarla. Levantó el colchón y la asió por la sobria empuñadura de cuero labrado. Hoja de acero forjado de sesenta y seis centímetros de largo por seis de ancho para tener siempre presente al Ángel Caído; sólida, templada de forma artesanal en agua y aceite hasta alcanzar los cincuenta y dos Rockwell de dureza; pulida al espejo en doble filo —la fe y la razón— y terminación en punta.

Jaap Keergaard amaba a la Piadosa.

Acarició el frío metal de la cruceta rematada en dos cubos en cuyas caras opuestas se representaba la yuxtaposición de la bóveda celeste con la esfera terrenal. La firmeza de lo espiritual frente a la ligereza de lo material.

No se percató de que estaba sudando hasta que una gota impactó contra el acero. La acompañó con la mirada en su travesía por el filo hasta que la recogió con la yema del dedo índice, evitando que se precipitara al vacío y fuera absorbida por aquella envilecida moqueta. El gesto le provocó un pequeño corte minúsculo del que brotó la sangre.

Y Jaap Keergaard interpretó la señal.



LA RISA NO SE ENSAYA, SE IMPROVISA

*Residencia de Ramiro Sancho
Aldeamayor de San Martín (Valladolid)
7 de septiembre de 2012, 9:30*

La alarma del móvil seguía gritando.

Estaba despierto sin querer estarlo.

Y esas imágenes en blanco y negro, atroces, deshumanizadas.

Forzosamente consciente.

Y el cuerpo inerte de Garrido, tirado como un muñeco de un niño caprichoso; abandonado.

Meditabundo por obligación, tratando de encontrar un motivo para moverse del sofá.

Y una niña de quince años en paradero desconocido, un cordero en las fauces de un lobo. Una familia destrozada, desamparada. Como la de Peteira.

Con los ojos abiertos, pretendiendo no ver nada más allá del techo.

—Sancho.

«Tengo que volver allí, tengo que contactar con la hija de Garrido, tengo que acudir a los actos fúnebres, tengo que retomar la investigación. Debo

avanzar sin mirar atrás, sin mirar dónde piso. Progresar».

—Sancho.

«Solo necesito que el Aitzol haya pasado la noche, que no haya palmado, todavía no. No hasta que haya hablado con él. Luego puede morirse mil veces».

El móvil dejó de emitir aquel incómodo berreo.

—¡Sancho! Muévete de una puta vez. Reacciona.

El tono de Ólafur Olafsson, elevado y reprobatorio, interrumpió sus cavilaciones. Giró el cuello hacia el lugar del que, según captaba su nervio auditivo, provenía la voz.

—Tienes que ponerte en marcha. Tenemos bastante por hacer —insistió el islandés, extrañamente despejado y luciendo traza remozada.

—¿A qué coño te refieres?! —inquirió Sancho no sin esfuerzo para vocalizar.

—¿Ya has olvidado lo que te mostré anoche?

El inspector se incorporó sin prisa. Apenas había estado unas horas tumbado, pero podría decirse que durante ese tiempo se había producido una relación parasitaria entre los músculos de la espalda y la tapicería. Al frotarse la cara, sus manos se empeñaron en recordarle que hacía pocas horas que las había utilizado en una tarea distinta que para la que fueron diseñadas: golpear. Se examinó los nudillos y se rascó la barba antes de contestar.

—No me toques los cojones. Esa mierda ya forma parte de mí, lo cual te agradeceré toda mi miserable vida. ¿Serías tan amable de traerme un vaso de agua? O mejor aún, la botella del frigorífico.

—Te lo advertí varias veces, ¿recuerdas? —dijo desde la cocina.

Sancho no respondió. Esperó a que volviera con el botín, líquido botiquín, y tras haberse medicado, retomó la palabra.

—Ayer falleció un compañero; asesinado —matizó—. Miembro de mi grupo, con tu edad, más o menos. Le volaron la cabeza y el tipo que lo hizo ahora tiene a la niña de la que ya te he hablado.

Quería expresarse con mayor claridad, pero en aquellas condiciones era lo mejor a lo que podía aspirar. Ólafur se parapetó tras un semblante

hierático, antinatural. Segundos después introdujo medio bigote de morsa en la boca y se balanceó sobre sus talones.

—Lo siento mucho. Sé por lo que estás pasando, puedes estar seguro. Y si piensas que es cuestión de tiempo, estás equivocado. Funciona como la sal en la herida: al principio es un leve escozor que sientes de forma continua; luego, al sanar, únicamente te mueres de dolor cuando te ves la cicatriz.

Sancho barruntó aquellas palabras y concluyó que podría ser el argumento más sólido que había escuchado en los últimos meses.

—No puedes ayudarme, ahora no —continuó el islandés.

—¿Ayudarte a qué? No sé de qué me estás hablando, compañero. Dame un segundo. Necesito una ducha fría, ordenar esto —señaló golpeándose varias veces la cabeza con la palma abierta—, enterrar a un compañero y encontrar a Margarita sana y salva.

—Lo entiendo. Es tu obligación.

El pelirrojo se volvió muy despacio.

—Una necesidad, Ólafur, es una necesidad.

—Entonces estás en el buen camino. Yo necesito recorrer el mío y empieza justo allí —le indicó con el brazo en dirección al informe de De Bruyn.

Sancho se limitó a leer lo que estaba impreso en las retinas del excomisario. Compuso a duras penas una mueca de conformidad y sin mediar palabra subió las escaleras. Cuando las bajó nueve minutos más tarde, Ólafur no estaba allí y la acumulación de propósitos se impuso a la despedida. No tardaría en arrepentirse de ello.

Estacionó en la acera mucho antes de llegar al inmueble y bajó del coche tratando de contener la excitación que le había generado la noticia que acababa de recibir vía telefónica.

Sancho aprovechó el trayecto hasta Viana de Cega para hablar con Herranz-Alfageme, con Fajardo y con Matesanz, por ese orden. El comisario le convocó a una reunión operativa a última hora de la mañana con el fin de analizar la crítica situación, coordinar la búsqueda del sospechoso y afilar las puntas de lanza de la investigación. También le hizo partícipe de la hoja de ruta funeraria. A partir de las doce quedaría instalada

la capilla ardiente en las instalaciones de la Delegación del Gobierno y a primera hora del día siguiente los restos mortales se trasladarían hasta Los Corrales de Buelna, en la provincia de Cantabria, de donde procedía la familia de Garrido. Su única hija, que vivía en Torrelavega, había comunicado a la Jefatura Superior de Policía su deseo de officiar el último acto en la parroquia de San Vicente Mártir y de que sus restos reposaran en el cementerio de la misma localidad. Aquel trago de acíbar, doble y sin hiel, solo podría causar dos posibles efectos en el Grupo: que lo terminara de hundir en el légamo del desánimo o que lo sacara del atolladero de la autocompasión en el que se encontraba sumido. De la charla con Fajardo extrajo otras dos conclusiones: que las reservas de fortaleza anímica de la familia estaban completamente agotadas y que la lectura del jefe de la Unidad de Secuestros y Extorsiones acerca del desenlace del secuestro era francamente pesimista. Según el diagnóstico de la Triple Efe, el problema radicaba en que el interlocutor de la familia, José Antonio Pérez Pérez, se había atrincherado en su propia irascibilidad, lo cual imposibilitaba mantener la fluidez de diálogo que requería la situación. En su predicción cortoplacista auguraba la inminente llamada del mexicano elevando sus pretensiones hasta el infinito, proporcionalmente a las amenazas. En tales circunstancias, el objetivo prioritario de Fajardo no era otro que conseguir una nueva prueba de vida; un nuevo punto de partida. Irritado por la evaluación y el dejo del madrileño, Sancho le dejó con el «máquina» en la boca y cortó la comunicación. No obstante, fue la última llamada, la que recibió del subinspector Matesanz, la que le provocó la alteración de su sistema metabólico. Ya habían obtenido la identificación del herido y, como ya sabía, se trataba de Aitzol Etxeandia —así se apellidaba—, estaba fuera de peligro y permanecía en la Unidad de Cuidados Intensivos del Hospital Clínico Universitario bajo custodia policial. Sancho le encomendó una única tarea antes de colgar:

—Habla con el médico, con el jefe de la UCI o con el puto director del Clínico si es necesario, pero quiero que esta misma tarde ese hijo de puta esté en el módulo policial del hospital para que yo pueda mantener una charla con él.

Con el ceño fruncido y la tensión patente en cada uno de los músculos de la cara, Ramiro Sancho se encaminó hacia la casa donde habían tenido encerrada a Margarita. Distinguió las batas blancas de la gente de Salcedo y la coleta de Sara Robles.

—Buenos días, por decir algo.

La inspectora, que estaba examinando el exterior de la finca, se giró repentinamente.

—Joder, Sancho, si padeciera del corazón tendríamos otro funeral en ciernes.

—Es el careto que tengo.

—Y las manos —se fijó—. No quiero saber contra qué.

—Mejor.

—¿Has dormido algo?

—Algo, creo. ¿Tenemos alguna novedad?

—Me temo que sí, pero mejor que te lo cuente Salcedo —dijo asqueada—, porque a mí me dan ganas de vomitar.

La garra le recordó a Sancho que seguía ahí, donde siempre, atenta, muy dispuesta a aprovechar las oportunidades que a buen seguro se iban a presentar.

—¿Qué han hecho con él? —le preguntó a la inspectora señalando la caseta del perro.

—No lo sé. ¿Qué se supone que se hace en un caso así?

—Averiguadlo —contestó tajante antes de dirigirse hacia la puerta principal.

Hacía pocas horas que había recorrido la casa y sin embargo, bien por la diferencia de iluminación o por la conmoción en la que estaba sumido la noche anterior, le pareció estar en un escenario distinto. Hacía frío. Dos radiadores eléctricos evidenciaron la falta de un sistema de calefacción que templara la vivienda. La altura del techo tampoco ayudaba. Las paredes estaban revestidas en su parte inferior con azulejos que poco tenían que ver con las formas geométricas que destacaban en el suelo. En la estancia rectangular que hacía las veces de salón reinaba el desorden propio de su condición de habitabilidad pasajera. Echó un vistazo al primer dormitorio sin demasiado interés.

—Sancho —le dijo Mateo de la Científica—, si buscas al jefe lo encontrarás abajo. Al final de ese pasillo. Ponte las calzas, por favor.

La luz extensiva de los focos hacía de aquel reducido espacio una suerte de enorme frigorífico sin refrigerar. La atmósfera cautiva estaba cargada de la fétida esencia que emanaba de la variedad de restos biológicos presentes. El inspector esperó a que Santiago Salcedo terminara de hablar por teléfono antes de acercarse.

—Menuda hura de mierda —comentó el inspector.

Salcedo se aclaró la garganta.

—La típica despensa excavada con posterioridad, sin permisos ni leches.

—Ya veo. ¿Qué sabemos?

—Al grano, claro. Podemos asegurar sin riesgo a equivocarnos que Margarita ha estado aquí. Hemos cotejado las muestras de sangre con la prueba paterna indubitada que le hicimos en su día.

—¿Ya?

—Cuando te ponen una autopista y te permiten correr, corres.

Ramiro Sancho seguía examinando el entorno.

—Los marcadores biológicos coinciden.

—¿Me estás diciendo que toda esa sangre pertenece a ella? —quiso saber el pelirrojo refiriéndose al enorme charco que había absorbido el colchón más una parte coagulada que teñía el suelo de un rojo cobrizo.

—No. Diría que es del tipo que tenía dos agujeros en la espalda. Estas las acabamos de enviar por la vía rápida a Madrid, por si tenemos suerte y obtenemos una identificación. No sé si lo llegaste a ver, pero presentaba un corte profundo en la mejilla practicado seguramente con la hoja de una lata de conserva que hemos encontrado en la que se apreciaban restos de sangre. La niña se defendió, de eso no cabe duda, porque el tipo tenía unos desgarros *premortem* muy pero que muy feos. También tenía arañazos en el cuello.

—¿Entonces?

—Perdona, me voy por las ramas. La sangre de la niña la encontramos en unos trapos que queremos pensar que cumplían la función de compresa. Estaban ahí, junto a la palangana.

—Hay que joderse —masculló.

—Espera, que todavía no lo has oído todo.

Sancho le miró fijamente mientras el jefe de la Científica se pasaba el dorso de la mano por la comisura de los labios, como queriendo poner medidas preventivas ante la porquería que iba a salir de su boca.

—Hemos encontrado lo que parece semen.

Las imágenes en blanco y negro del vídeo que le mostró Ólafur se mezclaron con la realidad del entorno. Sancho compró más información con monedas de silencio, porque, en realidad, no disponía de otro tipo de cambio.

—Al ver que el tipo tenía los pantalones por los tobillos nos pusimos a buscar y, efectivamente, hemos encontrado restos en esta parte del colchón —señaló— y también en unos trozos de papel higiénico, unas bolas muy estrujadas acumuladas de forma nada casual en aquella esquina —señaló.

—El punto más alejado tomando el colchón como referencia —observó el pelirrojo acertadamente—. ¿Crees que la estaba violando justo cuando le dispararon?

—Eso no podemos saberlo hasta que encontremos a la muchacha.

—¡Qué pena que esté muerto, joder! ¡Qué pena! —profirió enrabiado—. ¡Me cago en su putísima madre!

—Aquí todos estamos muy afectados, Sancho. Vamos a tratar de calmarnos.

El pelirrojo metió las manos en los bolsillos de la cazadora para autocontenerse.

—Que no trascienda a los medios, por favor, ocúpate de decírselo a tu equipo. Que no trascienda —insistió— o todo se va a complicar mucho más, si cabe. ¡Me cago en mi puta vida, Salcedo! ¡¿Qué más van a hacerle a esa niña?! ¡¿Qué más?!

En algún lugar de la provincia de Valladolid

Soñaba.

Se vio caminando descalza por una pradera envuelta en una fragancia fresca de marcado aroma floral. Los pies desnudos se le hundían casi hasta los tobillos en una hierba de tacto aterciopelado que se dejaba acariciar por una leve y seductora brisa. Una mariposa revoloteaba a su alrededor, como si fuera su escolta o su guía. Se movía con gracilidad batiendo velozmente las alas, haciendo que el color butano y las motas negras se fundieran en un tono más cadmio. Siguiendo esa estela anaranjada que describía el lepidóptero no se percató de que la superficie alfombrada sobre la que andaba se había ido transformando en un manto viscoso del cual empezaba a costarle despegar las plantas de los pies. El viento roló bruscamente; soplabla de cara y era más frío, más húmedo, algo pegajoso. Cada paso suponía un notable esfuerzo, porque sus piernas se estaban hundiendo poco a poco en esa gelatina crujiente. Margarita concentró toda su atención en sus oídos para percibir una sucesión infinita de cientos, miles, millones de casi imperceptibles chasquidos que se estaban produciendo a ras de suelo. De inmediato, buscó a la mariposa como si el insecto fuera a ayudarla a despejar el interrogante. La encontró en un tronco de árbol con las ramas desnudas, inmóvil, como un espectador disfrutando desde el palco de butacas. Y fue al verse reflejada en sus ojos compuestos cuando se dio cuenta de que su cuerpo sobresalía del manto herbal solo de cintura para arriba. Las ráfagas de aire cesaron a modo de trágico presagio y al mismo tiempo dejó de percibir olor alguno. Ni siquiera pudo escuchar el aleteo de la mariposa antes de posarse sobre su oreja derecha y justo después llegó un dolor acerado que se fue extendiendo por ese lado de la cabeza de la misma forma en que se comporta el fuego en un campo de cereal seco. Margarita trató de espantarla, pero la longitud de la cadena que de repente le sujetaba por las muñecas no se lo permitía. En un acto desesperado alargó el brazo y se llenó la mano con esa masa viva y mucilaginosa que la estaba engullendo. Reconocer el contenido le generó una sacudida que estalló en la base del cráneo: huevos de mariposa en plena eclosión. Sin poder despegar la vista vio cómo las bolitas blancas mutaban en larvas que se contorneaban en la cuenca de su mano. En el siguiente pestañeo ya eran orugas. Notó un pinchazo en la yema del dedo corazón y, sin ocasión para quejarse, llegó otro en la base del pulgar. Entonces comprendió que se estaban retorciendo

de hambre y guiada por su instinto apretó el puño con toda la fuerza que nacía de la angustia y la repugnancia. Un líquido amarillento y legamoso se escapó entre los dedos salpicándole la cara.

Quiso mover las piernas, pero los gusanos ya conformaban una argamasa sólida; un cemento empecinado cuyos dientes podía notar clavándose en su piel.

Quiso gritar, pero el bozal no le permitía abrir la boca.

Quiso despertar, pero seguía hundiéndose.

Quiso llorar y se despertó llorando.

Tiritaba de frío a pesar de estar enroscada en una manta raída que olía a polvo y naftalina. La escasa luz natural que se colaba más allá del enorme depósito de combustible conformaba una atmósfera tenebrosa y hostil. Apenas se podía vislumbrar el entorno, pero, en realidad, carecía de interés para ella. No se notaba con la energía necesaria para moverse ni el ánimo para intentarlo y le dolía tanto la cabeza que declinó siquiera tocarse. La confusión reinaba en su empeño por reconstruir los acontecimientos. Recordaba el episodio con su carcelero; la encarnizada pelea, el cabezazo y la agonía de la asfixia hasta que sonaron los disparos. Y toda esa sangre. Luego, todavía aturdida, pudo reconocer al hombre que se hizo pasar por policía el día que empezó todo, hacía siglos de aquello. El tipo del párpado caído la consiguió sacar de debajo de aquella saca inerte de carne y hueso, un peso muerto que no le permitía respirar. Fugazmente pensó que la iba a liberar, que todo aquel delirio había terminado, pero aquella quimera se esfumó cuando se vio maniatada al radiador. Lo siguiente ya no sabía cómo encajarlo. Voces de un desconocido en el exterior; un disparo; otro disparo. Y luego llegó él, el sudamericano con la mirada más horrenda y alquitranada que había visto jamás. La violencia con la que la sacó de la casa y con la que la metió en el maletero la dejó profundamente marcada. No era capaz de calcular el tiempo que transcurrió hasta que el coche se detuvo y le inyectó algo en el brazo. A partir de ahí se sumió en un estado comatoso que se fue transmutando en suplicio físico localizado principalmente en el lado derecho de su cabeza, igual que lo que sucedía en el sueño del cual había logrado salir para regresar a la pesadilla de la realidad.

Un fuerte picor de las piernas la obligó a reactivarse. Necesitaba rascarse. Tiró de la cadena para alcanzar la pantorrilla y cuando se despojó de la manta descubrió una multitud de ronchones enrojecidos, pequeños abultamientos en los que se concentraba toda la desazón del universo. Se empleó a fondo con las uñas a pesar del daño que le provocaban en las muñecas los malditos grilletes. Toda la piel estaba salpicada por aquellas marcas que no podían ser sino las mordeduras de las orugas; cientos, miles, millones.

Margarita jipiaba colérica mientras era testigo de cómo se autoinfligía más daño sin poder contenerse.

Rascarse.

Canjear picor por dolor era la mejor opción.

Cuando al fin se detuvo, la piel de sus extremidades inferiores presentaba un aspecto lastimoso, como el de su propia existencia. Ya no gimoteaba; gruñía.

Así fue como determinó que los muertos no padecen, solo descansan.

Y ella necesitaba precisamente eso: descansar.

Comisaría de distrito de las Delicias

Miraba la caja de cartón llena de trastos como quien mira una caja de cartón llena de trastos. Seguía con ganas de vomitar, pero los dos cafés cortados se resistían a abandonar el cuerpo de Ramiro Sancho.

Acababa de recoger los efectos personales de Garrido y los había depositado en una suerte de arca fúnebre que debía entregar como jefe de Grupo a la hija del fallecido. Lo había hecho rápido, casi con indiferencia, como el que afronta un 14 de febrero sin pareja, como él. Todavía le faltaba vaciar la taquilla y queriendo terminar cuanto antes con el trámite se trasladó hasta allí mirando la hora. En cincuenta minutos comenzaba el acto oficial en la capilla ardiente instalada en la Delegación del Gobierno, pero previamente tenía que conseguir hablar con Bonifacio Socorro, aunque solo fuera por apagar la alarma que le llevaba sonando en la cabeza desde el fracaso de la operación Chupatermómetros.

El móvil le vibró en el bolsillo del pantalón. Posó la caja en el suelo para contestar.

—Sancho.

—Acabo de salir del hospital —le informó Patricio Matesanz—. He conseguido que lo trasladen esta misma tarde pero el doctor me ha pedido que esperemos unas horas para empezar con el interrogatorio.

—Que no se preocupe demasiado el del estetoscopio. Buen trabajo. Nos vemos ahora.

Colgó.

—¿No te jode el doctor de los cojones? Lo mismo se piensa que me va a poner horas de visita —murmuró. El olor a cementerio de elefantes le avisó de que, sin saber cómo, había llegado a las taquillas, el rincón más deprimente de la comisaría.

Más morralla y cachivaches varios, una novela de Lorenzo Silva, fotos de un pasado nada reciente y un paquete de Ducados blando sin abrir. El tabaco le habló con la voz de su compañero:

«Llevo más de cinco años sin fumar, pero tengo uno guardado para la ocasión, vamos, para cuando se me terminen de hinchar las pelotas».

Sancho se dejó vencer por esa sensación tan molesta que se experimenta cuando uno acaba de salir de un estado de ensoñación pero no logra recuperar las imágenes clave. Parece que van a aparecer en alguna parte del cerebro de un momento a otro, pero jamás llegan. Están ahí, inalcanzablemente cerca. Así se sentía en el preciso instante en el que resolvió que tenía una deuda pendiente con el paquete de tabaco que sostenía entre el índice y el pulgar. Se sentó en la bancada de madera y se masajeó el mentón. Nunca le había atraído, ni siquiera en los años en los que fumar no solo no estaba mal visto sino que aportaba un plus de madurez y rebeldía. En la caja encontró un mechero de publicidad del Mesón Castellano. La primera calada le hizo toser más que la segunda pero menos que la tercera. En la cuarta retuvo el humo en los pulmones y lo soltó despacio. El sabor le resultó hartamente desagradable, sin embargo, percibió cierta relajación en las uñas de la garra.

—Estamos cojonudos —escuchó.

El agente Navarro le observaba con asombro.

—Ya ves. Somos lo que cabe dentro de una miserable caja de cartón —expresó Sancho verbalizando un pensamiento que le llevaba rondando la cabeza toda la mañana.

—Si eso fuera un purito de los que fuma mi colega el representante lo mismo te pedía una calada, pero esas tizas las fumaba mi abuelo y sé que provocan ganas de todo menos de reír.

—La risa no se ensaya, se improvisa —afirmó el inspector rodeado por una evanescente nube grisácea que parecía emanar de su cabeza.

—El personal anda muy jodido, Sancho. Tenemos que agarrarlo cuanto antes —se conjuró mirando la foto de Servando Garay que circulaba por todas las comisarías y cuarteles de la Guardia Civil—. Menudo careto de hijo de mil madres tiene.

—Que no te quepa duda. Este bastardo no se nos escapa.

—Ojalá no sea yo quien se tope con él. No sabría decirte cómo reaccionaría llegado el caso.

Sancho mezcló el dilema con la nicotina y el alquitrán.

—Nunca me he leído las instrucciones, pero tengo entendido que la boquilla no se fuma —avinagró Navarro en tono dulce.

Sancho asintió varias veces y, por un instante, creyó que le iba a nacer una carcajada en la garganta. Todo quedó en una risotada nonata.

—Te veo luego. Cuídate —se despidió.

—Eso intento —se dijo a sí mismo.

En algún lugar de la provincia de Valladolid

—Dios te salve, reina y madre de misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra; Dios te salve. A ti llamamos los desterrados hijos de Eva; a ti suspiramos, gimiendo y llorando, en este valle de lágrimas.

—¿Cuándo vas a parar de decir estupideces? —le recriminó la voz de Rita.

—Ea pues, Señora, abogada nuestra, vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos; y después de este destierro muéstranos a Jesús, fruto bendito de tu vientre.

—Virgen del Amor Hermoso, guapa. Menuda pedrada tienes.

—Cállate —le reprendió Marga—. Margarita y yo estamos rezando, déjanos tranquilas.

—¡Oh clementísima, oh piadosa, oh dulce siempre Virgen María! Ruega por nosotros, santa madre de Dios, para que seamos dignos de alcanzar las promesas de nuestro señor Jesucristo.

—Lo mismo te piensas que el Altísimo se va a personar aquí con un ejército de ángeles y que van a cortar esas cadenas con sus espadas de fuego —percutió de nuevo Rita.

—Dios te salve, reina y madre de misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra; Dios te salve. A ti llamamos los desterrados hijos de Eva; a ti suspiramos, gimiendo y llorando, en este valle de lágrimas.

—No, si al final vais a conseguir que llore como una imbécil...

—¿Quieres hacer el favor de dejarnos en paz? —la reprendió Marga en su versión más medrosa—. Mira cómo estamos por tu culpa. Tú le metiste en la cabeza esa absurda idea y casi nos matan. Estábamos mejor antes que ahora; estamos mejor sin ti y estaremos mejor si no vuelves.

—¡¿Y tú qué hubieras propuesto, abrirnos las venas con la hoja de la lata?! No, claro que no, el suicidio no lo consiente la santa Iglesia católica, apostólica y romana. ¡Mira la mosquita muerta, ahora da señales de vida! Cuando las cosas se ponen feas, ¿verdad? Entonces sí recurrimos al rosario. Dios te salve, Dios te salve..., ¡Dios no va a mover un dedo para salvarnos!

—Por lo menos ella estará en paz con su alma.

—¿Mientras se pudre su cuerpo?

—¡Callaos! ¡¡Calláoslas dos de una vez!! ¡¡No os aguanto más!! Malditas seáis las dos. Desapareced de mi cabeza —gritó entre dientes, ya que el bozal no le permitía abrir la boca—. ¡Desapareced de mi cabeza! ¡Desapareced! —repitió.

Un ruido que provenía del nivel superior hizo que se detuvieran sus constantes vitales. Un sonido de interruptor terminó con las tinieblas y, cuando las pupilas lograron acostumbrarse a la luz, aparecieron las formas definidas de su entorno. En ese momento, Margarita dio un brinco y se sentó agarrándose con fuerza a las piernas a modo de escudo protector.

—¡Órale! Me había parecido oírte. La nenita despertó. ¿Qué onda?

Reconoció de inmediato al tipo que la había sacado de la casa y metido en un maletero. Rompió a gimotear.

—Bueeeeno. Tranquilízate, que no voy a hacerte ni madres. Déjame ver.

El hombre dio algunos pasos y se inclinó sobre ella con exagerada obsecuencia. Ella reaccionó escondiendo la cabeza en sí misma, lo más profundo que pudo.

—No parece que esté curando mal —mintió—. Espero que sepas perdonarme. Seguro que tu papito encontrará una solución. El mensaje ya está en camino así que verás cómo pronto tendremos noticias.

Margarita, aterrada, no procesaba las palabras del mexicano.

—Te traje comida y agüita fresca. Ahorita te voy a quitar este invento que te tiene tapadito el hocico. No me vayas a hacer ninguna mamada porque te mocho la otra.

Hablaba como Benicio del Toro en *Traffic*, una de las películas del top de Marga.

—Bueno, pues ya está. Si te portas bien te dejo prendida la luz aquí abajo. Bebe —le ordenó desenroscando el tapón.

Pero no se atrevía a levantar la cabeza.

—¡Apúrate, gringa!

Agarró la botella con ambas manos y despegó los labios. Un aguijonazo en el lado derecho de la cabeza hizo que se le dislocara el semblante.

—Me duele mucho la cabeza.

—Claro, nenita. Se te pasará —le aseguró con forzada ternura—. Yo te lo curaré cuando comas, no temas. Bebe.

Bebió un sorbo.

—Más.

Y bebió más.

—Ahora, come.

Le costó hincar los dientes en la manzana y mucho más aún masticar aquel pedacito que consiguió separar de la pieza, pero se concentró en la tarea con el fin de evitar aquella vitriólica mirada. Nada más terminar le volvió a ajustar el bozal.

—Al bajar a recoger los enseres vi el estropicio que le hiciste en la jeta a ese pinche rubito. Tienes ovarios, güei. Solo quiero que tengas presente

que, si intentas cualquier pendejada, te despedazo. ¿Me oíste, putita? Te despedazo —repitió separando las sílabas.

Residencia de Ramiro Sancho

Las anotaciones del cuaderno componían un jeroglífico descifrable únicamente para las excitadas neuronas de Ólafur Olafsson. Decenas de nombres, fechas, diagramas y esquemas para entender la estructura y funcionamiento de una asociación delictiva con infinitas ramificaciones internacionales cuyas raíces se remontaban hasta el siglo XVI. Según su investigación, varios miembros de la hermandad Fede Santa crearon otra corte ocultista conocida como Gran Logia de los Puros que, en las primeras décadas del siglo XX, se refundó bajo el nombre de la Congregación de los Hombres Puros.

El emblema estaba conformado por la imagen de la Boca de la Verdad como elemento principal gravitando entre dos símbolos masónicos fácilmente reconocibles: la escuadra y el compás. Ocupando las esquinas superiores destacaban un sol radiante y una luna rodeada de estrellas que aportaban el ingrediente celestial del que hacía alarde la organización. En la parte inferior rezaba la inscripción *Coelestes sequitur motus*, cuyo significado, «Sigue los cuerpos celestes», no podía ser más apropiado, dado que toda la nomenclatura utilizada para diferenciar los distintos niveles hacía referencia al ordenamiento del cosmos.

En la cúspide se encontraba la Asamblea integrada por los custodios, un único órgano directivo conformado por nueve personas cuyas identidades no se revelaban en el informe. Su responsabilidad principal era mantener el equilibrio y la invisibilidad de aquel universo tenebroso. Su lema lo definía a la perfección: «Como las estrellas, que nuestro brillo ciegue a los que nos miran desde abajo». En el siguiente estrato se localizaban las galaxias, al frente de las cuales estaban los guardianes, ejecutores de las directrices establecidas por la Asamblea en un ámbito territorial concreto, subdividido a su vez en sistemas protegidos por los centinelas. Todos departamentos estancos y anónimos en los que la información y las directrices fluían en

sentido descendente y donde las constelaciones eran las distintas vías de financiación necesarias para perpetuar su poder en el tiempo.

La primera constelación estaba constituida por agrupaciones de estrellas o, dicho de otro modo, por las múltiples conexiones con distintos grupos del crimen organizado de todo el mundo conforme a la especialización de cada uno. El informe dejaba patentes los acuerdos existentes con cárteles mexicanos y colombianos, con la *bratva* rusa, con la mafia italiana, con las tríadas chinas e incluso con los yakuza japoneses. De esta manera, la Congregación era partícipe en mayor o menor medida de todas las actividades ilegales concebidas por el ser humano: narcotráfico, tráfico de armas, extorsión, falsificación, contrabando de mercancías y blanqueo de capitales, obteniendo unos beneficios anuales que superaban los tres mil millones de dólares. Sin embargo, de entre todas estas constelaciones, De Bruyn señalaba una que brillaba con luz propia. Una en la que se habían especializado y que controlaban directamente sin la necesidad de recurrir a colaboraciones externas: la trata de personas. Su actividad se remontaba a la época del auge del comercio de esclavos y había ido evolucionando con el paso de los siglos hasta dominar esta práctica adaptándola a las distintas modalidades contemporáneas. Desde los puntos geográficos que denominaban «los manantiales» —países del África subsahariana, del sudeste asiático, de Latinoamérica y del este de Europa—, nutrían las principales redes de prostitución del planeta en todas sus modalidades. Además, controlaban los negocios de la inmigración ilegal, de la explotación laboral, así como el tráfico de órganos mundial. Una constelación de más de veinte mil millones de dólares con los que mantenían el fulgor de su opulencia.

Esclavistas modernos con prácticas ancestrales como esas que se recogían en las imágenes del vídeo en blanco y negro; esas que le habían sobrecogido: sacrificios humanos.

Aarjen de Bruyn involucraba a pocos nombres, pero aseguraba que todos esos «hombres puros» pertenecían a las capas más altas de la sociedad, ocupando importantes cargos directivos en multinacionales de renombre y butacas del poder ejecutivo, legislativo y judicial, repartidos por todos los rincones del mundo. Para salvaguardar la pervivencia de toda esta

macroestructura contaban con una fuerza casi divina: los arcángeles, la espada ejecutora de la Congregación para actuar contra las amenazas externas e internas que desafiaban el equilibrio del universo; de su universo. Implacables asesinos por encargo y devoción. Implacables, según aseguraba De Bruyn y, a tenor de las circunstancias que rodeaban su desaparición, no parecía que el belga estuviera muy equivocado.

Las conclusiones del informe eran tan escuetas y pesimistas como concisas: el único camino para desarticular a la Congregación de los Hombres Puros pasaba por encontrar una suerte de libro sagrado conocido como El Cartapacio de Minos. También hablaba de un hombre llamado Alcides Bujalesky, considerado una eminencia en el campo de la masonería y las sociedades secretas y que, según aseguraba De Bruyn, había sido asesinado por orden de la Congregación tras citar El Cartapacio de Minos en un artículo de investigación que nunca pudo encontrar.

Ólafur Olafsson se quitó las gafas defectuosamente reparadas y se frotó los ojos. Cuando desapareció el picor bajo los párpados reparó en que no había dado de comer a la jauría. Miró el reloj. Eran más de la doce: inconcebible a la par que inaudito. Se incorporó como un autómatas y se encaminó a la cocina. La botella de Four Roses que descansaba sin estrenar sobre la mesa le estaba gritando desesperadamente y las fieras prestaron sus lobunos oídos a las súplicas. Sintió las primeras dentelladas abstémicas. El pulso, tembloroso pero sostenible hasta hacía unos minutos, se volvió del todo inestable, dubitativo, pero no lo suficiente como para que no pudiera agarrarla por el cuello y desenroscar el tapón. Los efluvios caramelizados de la destilación malteada alimentaron la agitación de toda la manada, que peleaba entre sí disputándose las mejores posiciones para hincar el diente a la inminente tajada. Al asistir a través de los ojos del islandés a cómo el ansiado líquido se perdía por el sumidero reaccionaron con total virulencia. Mordiscos, zarpazos, aullidos encolerizados y toda clase de reacciones que desembocaron en una arcada seca y un vómito profuso. Le suplicaron que no arrojara lo que quedaba en la botella, le rogaron que dejara al menos un trago, pero Ólafur no cedió hasta que vio rebotar la última gota contra el acero satinado de la cubeta, manchado por una argamasa de jugos gástricos sin restos alimenticios. Abrió el grifo, dejó correr el agua y aprovechó para

enjuagarse la boca tratando de despojarse del sabor del ácido clorhídrico que le tapizaba el cielo de la boca. Evitó tragar, pues sabía perfectamente que le provocaría una nueva náusea de peores y más lacerantes consecuencias. Se mojó la cara y la nuca, y sin erguirse del todo les anunció a las bestias:

—Os vais a joder bien jodidos. En esta fiesta no sois bienvenidos.

Los lamentos se oían cada vez más lejos en la medida en la que se acercaba al modo de contactar con el difunto Aarjen de Bruyn.



DE CUMPLIDORES Y CUMPLIDOS ESTÁN TEJIDOS LOS MALENTENDIDOS

*Jefatura Superior de Policía
C/ Felipe II, 11
7 de septiembre de 2012, 16:25*

«Un auténtico mindundi».

Así había etiquetado el jefe superior de la policía de Castilla y León, Francisco Javier Caño Olavarría, al finado. Gorka Arizmendi, de treinta y siete años y natural de Zarautz. «Un auténtico mindundi» con un largo historial de delitos menores a su espalda, paradójicamente el lugar en el que recibió los dos balazos de su socio.

Se habían movido con celeridad para identificar al detenido y el cadáver encontrado en la casa de Viana de Cega, un indicativo más de que el caso había llegado hasta las más altas instancias en Madrid. Muy al contrario, su cómplice, Aitzol Etxeandia, era una pieza de caza mayor. Nacido en Getaria hacía cuarenta y cuatro años, su vinculación al entorno radical vasco estaba más que probada desde los quince. En el 2003 había sido condenado a doce años de prisión por pertenencia a banda armada, de los cuales había cumplido casi diez en el penitenciario de Algeciras. Allí había coincidido

con Servando Garay. La conexión estaba clara; sin embargo, ninguno de los presentes fue capaz de discernir los motivos que les habían llevado a organizar el secuestro de una niña de Valladolid. La familia tenía dinero, sí, pero había otros muchos objetivos más suculentos, más cerca de su entorno natural y sin el lastre que suponía para ellos fijarse en la hija de un político. Indagaron en posibles vínculos de Alfredo Zúñiga con el País Vasco, pero este nunca había trabajado allí como abogado ni mantuvo relación alguna en su posterior carrera política. De entre todas las hipótesis que barajaron, ninguna se acercó a la verdad. Una verdad que tan solo Sancho conocía y que no tuvo la ocasión de desvelar, porque el comisario provincial Travieso finalmente había decidido no convocarle a la reunión alegando razones ligadas al expediente abierto sobre la actuación de Garrido. Al margen de ello, el inspector pelirrojo no tenía ninguna intención de hacerlo si pretendía seguir dirigiendo la investigación del secuestro.

La compacta tensión vivida durante las honras fúnebres del agente fallecido en acto de servicio estaba empezando a licuarse entre aquellas cuatro paredes.

—Señores, tenemos que trazar una línea y mirar hacia delante —intervino por primera vez el subdelegado del Gobierno, Pemán—. Tenemos a todos los medios de comunicación calentando el caldo a la espera de que empiece a hervir para echar la carne. No les demos ni una sola tajada más, se lo ruego. A mí me exigen respuestas concisas y la pregunta que me van a hacer tendrá mucho más que ver con lo que vamos a hacer en las próximas horas.

Las miradas convergieron en Fernando Fajardo Feix, que desde que había tomado asiento en aquella mesa supo que aquellos nubarrones descargarían pedrizo sobre su sembrado. Sin embargo, fue su inmediato superior, el comisario jefe de la Unidad de Delincuencia Especializada y Violenta (UDEV), Juan Carlos Prieto, recién llegado de la capital junto al jefe del Grupo Especial Operativo (GEO), Julio Santamaría, el que recogió el guante. El mando dio varios golpecitos en la mesa con la montura de sus gafas antes de hablar.

—El mayor problema radica en que no sabemos dónde tiene a la niña ni cuál es su estado. Ni siquiera podemos asegurar que esté viva en este

preciso instante, pero tenemos que operar pensando que sí lo está, siendo nuestro objetivo prioritario devolvérsela a sus padres. Vamos a seguir escarbando, faltaría más, pero me temo que hasta que Garay no se comunique con la familia no vamos a poder hacer ningún movimiento al margen de lo que ya estamos haciendo —se lio.

—Según su experiencia, ¿cuándo cree que se producirá esa nueva llamada? —quiso saber Herranz-Alfageme.

Santamaría cogió el rebote y se la pasó a Fajardo.

—No podemos saberlo con seguridad, aunque, si yo estuviera en la piel del secuestrador, trataría de que no pasara mucho tiempo. Solo él sabe cómo y cuándo utilizar la poca gasolina que le queda en el depósito. Es consciente de que lo tenemos identificado y si quiere seguir sacando dinero a la familia actuará de inmediato.

—¿Y qué le invita a pensar eso? —cuestionó Travieso.

—El hecho de que se haya llevado a la niña es un claro indicativo. Tras el tiroteo podría haberse largado con la suma que consiguieron en el primer pago, pero no fue así. Quiere más.

—Entonces, cuando se produzca esa llamada, ¿cómo vamos a actuar? —prosiguió el subdelegado. El político se estaba acercando al punto que quería tratar; así, Pablo Pemán se reacomodó en la silla preparándose para contraatacar en cuanto la respuesta que esperaba llegara a sus oídos.

—Tenemos el operativo bien diseñado y estamos preparados para actuar. Vamos a controlar muy de cerca al pagador sin comprometer su seguridad, para ello contamos con equipos de seguimiento apoyados por sistemas técnicos que nos van a proporcionar una gran ventaja sobre nuestro rival. La situación requiere que nuestro desempeño sea excelente; eximio —aderezó.

La última palabra llamó la atención de Travieso, que se preguntó si Fajardo había insultado al político calificándole de «exsimio».

—¿Qué pasa si les detectan?

—Eso no sucederá, señor subdelegado.

Pero Pemán no pareció conformarse y quiso hacerlo constar con una mirada oblicua cargada de dudas.

—Muy bien. ¿Podría hacernos una evaluación pormenorizada de riesgos? ¿Qué pasa si vuelve a salir mal? —atacó Pemán.

Fajardo puso todo el empeño en que nadie notara su ofuscación contenida pero no consiguió evitar que los presentes se percataran de la rigidez que se apoderó de los músculos de la cara. Todos menos el comisario provincial Travieso, entretenido con la tapa del bolígrafo.

—Si se refiere a lo que sucedió con el primer pago, nosotros no intervenimos, fue una decisión unilateral de la familia.

—Decisión de la que no quisieron hacerles partícipes. ¿Quién nos asegura que esto no vuelva a suceder? ¿Qué garantías tiene de que el desenlace vaya a ser satisfactorio?

—Ninguna. Nunca las hay; sin embargo, las personas aquí presentes y las que participarán en el operativo están suficientemente calificadas para conseguir nuestros objetivos. Vamos a dejar que se produzca el pago y tejaremos una red alrededor de quien se lleve el dinero. No lo detendremos hasta que nos lleve al paradero de la niña. Créame, sabemos muy bien lo que hacemos.

—No lo pongo en duda, pero no puedo evitar pensar en que, si hubiéramos accedido a pagar lo que pidió el secuestrador, Margarita Zúñiga podría estar ahora con sus padres.

La aventurada observación del político requería una respuesta a la altura, pero la presencia de los mandos policiales hizo que tirara con brusquedad del freno de mano y que su lengua patinara en el paladar antes de abrir la boca.

—Si nos hubiéramos plegado a sus pretensiones iniciales, seguramente nos habría pedido más dinero porque esta gente interpreta la sumisión en dólares, señor subdelegado. Además, habríamos hipotecado el futuro de esta familia convirtiéndoles en el próximo objetivo de muchos delincuentes dispuestos a sacar tajada.

—Señores, creo que, como bien ha dicho antes el subdelegado, tenemos que trazar una línea y mirar hacia delante —intervino oportunamente Olavarría—. La Unidad de Secuestros y Extorsiones presenta unos ratios de eficacia que son la envidia de cualquier cuerpo de policía, así que debemos confiar y confiar en su criterio.

—En ningún momento he dicho lo contrario. Estoy convencido de que sabremos demostrar a la ciudadanía que las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado están siempre a su disposición.

La aseveración de Pemán fue interpretada como el punto y final de la reunión, pero no fue así.

—Por cierto —prosiguió Olavarría—, ¿cuál es el motivo por el que la persona al mando de la investigación, el inspector Sancho, no ha acudido a esta reunión?

Cuando Travieso se acomodó en su asiento tras recoger la tapa del bolígrafo del suelo tenía cuatro pares de ojos apuntando a su entrecejo y ninguna palabra en la recámara.

Hospital Clínico Universitario de Valladolid

Mientras aspiraba el olor de la asepsia clínica, Sancho debatía internamente la mejor forma de abordar el interrogatorio con Aitzol Etxeandia. Tenía mil caminos para llegar hasta él, pero fue descartándolos uno a uno hasta quedarse con dos: el atajo de las amenazas o el tortuoso sendero de la cooperación, válidos ambos si a la postre le llevaban a averiguar el paradero de Margarita Zúñiga. Lo que todavía no era capaz de encajar era la información que le había facilitado Bonifacio Socorro. No dejaba de preguntarse el motivo por el que Fajardo le había ocultado que las autoridades mexicanas sí habían advertido a las españolas sobre la llegada a España de Servando Garay; se le ocurrían varios, pero ninguno tenía el peso suficiente como para justificarlo. De cualquier manera, en aquel preciso instante tenía otros asuntos mucho más urgentes que atender y concluyó que abordaría aquel dilema cuando surgiera la ocasión.

Minutos más tarde, el pelirrojo mostraba su placa al agente que custodiaba la puerta metálica de acceso al módulo policial del céntrico hospital vallisoletano. En el pasillo se encontró con el subinspector Matesanz.

—¿Sabes si ha dicho algo? —le preguntó.

—No.

—¿No sabes o no ha abierto la boca?

—No he querido entrar para no estropear la función. Si necesitas algo, avísame. Estaré aquí fuera —se ofreció al modo de Castilla la Vieja.

—Gracias.

Inspiró profundamente y retuvo el aire en los pulmones antes de empujar la puerta.

Estaba tumbado sobre el costado derecho, con los párpados cerrados, la máscara de oxígeno y con una vía en la muñeca que le conectaba al suero. La otra lo hacía con la cama a través de las esposas. La luz cenagosa que entraba a través del enrejado de la ventana hacía aún más claustrofóbico aquel entorno carcelario. Con un ademán del brazo Sancho le indicó al agente que saliera de la habitación y este acató la orden componiendo un rictus propio de una ardilla a punto de ser atropellada. El pelirrojo permaneció inmóvil, registrando los rasgos faciales con la fútil esperanza de que el hombre que estaba postrado en la cama no fuera el mismo que un día conoció como el Chupao.

Repentinamente, el detenido abrió los ojos como si el peso de la observación ajena le hubiera alertado, aunque no podía decirse que lo consiguiera del todo con el izquierdo. Se sostuvieron la mirada unos segundos antes de que Sancho agarrara una silla por el respaldo y se sentara junto a la cama.

—Te has dado prisa, Urtzi —se anticipó el convaleciente tras quitarse la máscara de oxígeno.

Escuchar el pseudónimo con el que trabajó aquellos años en la Brigada de Información fue una clara declaración de intenciones.

—No andamos bien de tiempo, José.

—Todavía te acuerdas, pues.

—José de Ariztimuño, alias Aitzol. El clérigo que fue fusilado durante la Guerra Civil. Ese mártir —calificó con retintín— que inspiró a tus padres a la hora de bautizarte. Sí, claro que lo recuerdo, podría decirte hasta lo que bebimos esa noche, pero, como te decía anteriormente, no estamos sobrados de tiempo. Mi supuesto amigo José con un apellido vasco imposible de recordar —comentó.

—No hacía mucho esfuerzo para que lo recordaran. Fue una estupidez por mi parte, pero no esperaba que te fueras a acordar de aquella conversación. Han pasado unos cuantos años de aquello, *txakurra*.

Sancho pasó por alto el descalificativo en euskera, cuyo significado conocía a la perfección: «perro».

—Desde el verano de 1999, para ser exactos, pero no llegamos hasta vosotros tirando de ese hilo, eso ya lo habrás intuido. En realidad todo se desencadenó por una comprobación rutinaria. Se llamaba Jacinto Garrido, el policía que vosotros —remarcó— habéis asesinado.

—Yo no dispare al viejo, fue al revés.

—Lo sabemos y si te soy sincero me alegro de que sigas en el mundo de los vivos, porque vas a tener que explicarme unas cuantas cosas que no alcanzo a comprender.

Aitzol Etxeandia se retrepó en la cama y estiró el brazo para tratar de alcanzar el mando. Sancho leyó sus intenciones y dejó pulsado el botón hasta que el colchón dibujó un ángulo de comodidad.

—¿Y por qué hostias crees que yo te lo voy a contar?

Sancho chasqueó la lengua.

—No lo creo, lo sé. Mira, no tengo ni puta idea del motivo por el que has montado todo esto, pero tengo claro que tú eres el cerebro de toda la operación. Un trabajo que ya se ha cobrado la vida de tu socio y la de un buen compañero además de joderle la vida a una niña que todavía sigue en paradero desconocido; una niña que si logramos rescatar jamás será la misma; una niña que habéis marcado para el resto de sus días; una niña de quince años, cabrón.

Aitzol no mostró conmoción alguna y Sancho retomó rápidamente la palabra.

—Ya me lo advertiste en aquel calabozo. Lo preparaste con el único propósito de cobrarte tu venganza. Te asociaste con un tipo fácil de manejar: Gorka Arizmendi, en el rol de carcelero, y con un experto, Servando Garay, para que fuera la voz del secuestro. Un especialista en la materia, ¿verdad? Así no tenías que pringarte. Luego el asunto de los móviles con el yonki ese. Otro pringado. Todo bien calculado para sacar unos miles de euros y joder al pelirrojo ¿Me equivoco?! No, cabrón, no. El

que te has equivocado de lleno has sido tú. Porque, en cuanto se han torcido las cosas, el mexicano te ha dejado con el culo al aire, se ha llevado el dinero del rescate y a la niña. Estás bien jodido. Me voy a asegurar de que si le pasa algo a Margarita Zúñiga Pérez no salgas en lo que te queda de vida de la cárcel. Nunca, ¿entiendes?

—¡Me engañaste! —le interrumpió encadenando una serie de toses secas, ahogadas. Sancho dejó que se recuperara—. Me utilizaste como a una puta y no ha pasado ni un solo día en el que no me haya acordado de tu asquerosa cara de *maketo* implicado con la lucha; acudiendo a los *batzokis* por tu cuenta para demostrar tu afinidad con la causa; cómo te fuiste acercando a mí sin que me diera cuenta de que eras una maldita rata. Tú me has jodido la vida, *txakurra*.

—¡O te la salvé, imbécil! Podrían haberte volado esta cabeza tan privilegiada que crees que tienes —dijo Sancho sin poder evitar golpearle varias veces en la frente, cada una de forma más impetuosa que la anterior.

—Si me vuelves a poner una mano encima doy por terminada esta conversación. Yo cargaré con la muerte de Gorka, sí, pero tú tendrás que vivir con lo que le pase a esa niña. Vuelve a tocarme si tienes cojones.

El inspector se levantó impetuosamente de la silla y se dio media vuelta. Tenía que recobrar el control. El cuerpo le pedía algo incompatible con el objetivo del interrogatorio, por lo que no le quedó más remedio que apretar los dientes y tragar bilis. Se concedió unos segundos más antes de levantar las palmas de las manos y girarse de nuevo.

—Ya está. Sabré contenerme.

—Como me he contenido yo estos diez años.

—Mira mi trabajo. Me asignaron varios candidatos y tú eras uno de ellos. Te seguían la pista, sabían que pertenecías al Comando Donosti y si no te agarraron antes fue porque pensábamos que tú o algún otro de los muchos a los que habíamos puesto cola podríais llevarnos hasta Txapote. Conocíamos tu círculo de amistades y cuando descubrimos que alquilaba una habitación decidí intentarlo. Tardé meses en ganarme su confianza y en que me invitara a salir de potes por el casco viejo con sus colegas. Yo iba de estudiante pringado con ganas de quemar un par de cajeros y el bueno de

Jon se la tragó enterita. Recuerdo la primera vez que nos presentaron, en esa *herriko taberna* en la que solíais parar.

—El Aurreku, sí, pero allí no hablamos de nada.

—Ya, pero pagué las tres rondas de zuritos y me gané un sitio para el siguiente fin de semana.

—Jamás preguntabas nada, solo escuchabas. ¡Qué hijoputa, la hostia! Reconozco que supiste llevarme al huerto, a tu huerto. Una vez allí, te limitaste a esperar a que la fruta madurara y cayera por su propio peso para recogerla. Bravo, *txakurra*, bravo.

—No fue tan sencillo. No tienes ni puta idea de lo que significa para un policía estar nadando entre pirañas que sabes que te devorarían con solo intuir que no eres una de ellas. Cada día me jugaba el pescuezo porque creía, y creo, que luchaba contra un hatajo de indeseables bajo el disfraz de grupo terrorista, defensor de la idiosincrasia vasca, de su cultura e ideales —ironizó—. ¡Una mierda! Si alguien te engañó fue tu propia gente —aseguró Sancho señalándole con el dedo y bajando el tono—. Esos ideólogos a los que seguíais ciegamente..., grandes mesías como Pakito, Txelis o Iñaki de Rentería... Basura. Os utilizaron, a ti, Chupao, y a otros muchos, llenando de ideas huecas vuestros cerebros hambrientos de independencia.

—¡No sigas por ahí! Mi problema eres tú, no esos que citas y que hoy llenan las cárceles de tu país. Sé que perdimos la guerra, pero batallamos. A mí no tuvieron que convencerme de nada, yo estaba orgulloso de formar parte de la lucha armada de mi pueblo y sé que volvería a participar si se diera la ocasión. Pero, como te digo, ese ya no es mi problema.

—Exacto. Tu problema es que te vamos a enchufar dos homicidios y un secuestro como no empieces a rajarse de tu socio el mexicano. Quiero recuperar a esa niña antes de que el daño sea irreversible y tú me vas a decir dónde está.

—¿Y yo qué gano? ¿Ahora es cuando vas a jurar que vas a convencer al juez para que me rebaje la condena por colaborar?

Aitzol soltó una carcajada que canceló de inmediato con una fuerte mueca llena de dolor.

—¿Aviso al médico?

—No, estoy bien. Tu compañero pudo haberme matado, ¿sabes? Apuntó al hombro, estoy seguro.

—Lo sé, era un tirador con mucha experiencia, pero nosotros no matamos a sangre fría —dijo arrepintiéndose en el momento.

Aitzol también se acordó de las imágenes de Sancho empuñando un Cok Anaconda, apretando dos veces el gatillo a una distancia letal.

—No le oí llegar —rememoró el vasco—. El cabrón del Chimuelo no debía estar allí, nunca le dije dónde tenía a la chica, pero el caso es que apareció por detrás y le disparó en la cabeza.

—Lo sabemos. Como también sabemos que fuiste tú quien se cepilló a Gorka Arizmendi cuando le pillaste violando a Margarita. Eso me lo tienes que explicar muy bien, porque no lo entiendo.

—Que quiera despellejarte vivo a ti no significa que sea un cerdo desalmado. Se lo advertí: «No toques a la niña». Estaba durmiendo cuando oí los gritos de la niña y bajé cagando hostias. Al abrir la puerta me lo encontré encima de ella con los pantalones bajados y gritando como un animal. Ni me lo pensé.

—Hemos encontrado semen. No lo hemos cotejado, pero seguro que es de él.

—No podía imaginar que estuviera violándola. Jamás lo habría consentido.

Sancho le creyó.

—¿Y qué pasó luego?

—Agarré a la niña y tiré para arriba. Quería pirarme de allí cuanto antes, pero fui a buscar...

—El botín, claro —se anticipó Sancho.

—Pues no, te equivocas, *txakurra*. Fui a buscar al Karatu.

Sancho arrugó el entrecejo e introdujo los dedos en la frondosidad de la barba.

—Mi perro. No podía irme de allí sin él.

—¿El dogo argentino? Un perro precioso.

Aitzol Etxeandia asintió y, ante el silencio de su interlocutor, no le quedó más remedio que preguntar.

—¿Qué es de él?

El inspector elevó las cejas conformando un pelirrojo arco ojival.

—Lo habrán llevado a la perrera municipal a la espera de ser sacrificado, supongo.

Entonces, Sancho supo leer la oportunidad en el demudado rostro del interrogado.

—¿Le tenías mucho cariño? —preguntó utilizando intencionadamente el tiempo pretérito.

Aitzol volvió la cara.

—No sé, quizá pueda hacer algo...

El Campo Grande

José Antonio Pérez caminaba por el paseo del Príncipe con las manos metidas en los bolsillos de la gabardina. Era, muy posiblemente, el lugar que más odiaba del mundo por los dolorosos recuerdos que, como emociones recurrentes, le asaltaban y se adherían a él cada vez que entraba en la zona verde más notable de Valladolid. Podía sentir la fragancia melosa de los barquillos; podía escuchar el rumor continuo de la algarabía de niños que jugaban entre esos mismos árboles que aún proyectaban su sombra sobre la hierba; podía contemplar los matrimonios jóvenes paseando agarrados del brazo camino de la Pérgola, un espacio de cita obligada cada domingo después del oficio de las doce para las clases acomodadas. Precisamente allí se dirigía, a la Pérgola del Campo Grande, arrastrando con paso inquebrantable su alma resquebrajada.

Ella estaba sentada en la terraza, con las piernas cruzadas y las manos sobre el regazo. Tenía el gesto contraído y la mirada puesta en algún punto indeterminado del cosmos. Sin embargo, José Antonio notó un cambio tras la capa de maquillaje con la que trataba de camuflar el desgaste psíquico al que había estado sometida, los últimos días, aunque principalmente pretendía esconder la resolución a la que había llegado.

—Hija, ¿llevas mucho tiempo esperando? Hace demasiado frío para estar aquí fuera.

Azucena tardó en activarse. Ella también tenía la impronta de aquel lugar. Se vio con ocho años, luciendo uno de esos vestidos de comunión que se agolpaban en su armario, comiendo un helado sin mancharse para evitar que su madre le riñera, persiguiendo palomas, tirando piedrecitas a la fuente a escondidas, jugando con su amiga Laura a imitar los movimientos de las parejas de baile que felizmente se concentraban delante de la banda de música.

Se preguntó dónde habría enterrado aquellos días tan intensos, ahora desabridos. Una existencia insulsa, como recibir un beso de tu amante en la frente.

—Me gusta el aire fresco en la cara, hace que me sienta viva. Tengo la sensación de haber estado aletargada.

—¿Estás tomando café? El médico te dijo que nada de estimulantes. ¿Te has tomado los anti...?

—No me estás escuchando. Jamás lo haces —dijo ella sin levantar la voz, sosteniendo un tono firme que contrastaba con la temblorosa mirada de su padre—. Piensas que no estoy a tu altura, que nadie lo está. Se acabó, papá.

—Hija, estamos pasando por momentos terribles, tenemos que mantenernos muy unidos o no lo superaremos.

—¿Superar qué? ¿Tú crees que con el paso del tiempo seremos capaces de olvidarlo? Te recuerdo que es mi hija, tu nieta, la que está secuestrada. Es Margarita la que sufre cada hora, cada minuto y cada segundo que pasa sola, encerrada en algún oscuro y sucio agujero de este asqueroso mundo. Lo mismo te piensas que, si logramos recuperarla —recalcó—, va a borrarlo todo con un viaje a Disneyland París. ¿En quién estabas pensando cuando decidiste actuar por tu cuenta? ¿Pensabas en ella o en tu orgullo herido?

—Hija, por favor, no seas cruel. Todo lo que he hecho ha sido por traer de nuevo a casa a nuestra pequeña. Por abrazarla. Por devolvértela. Nunca podré perdonarme haberte fallado. Nunca. Pero tengo que contarte algo que va a darle un giro de ciento ochenta grados a esta la situación, hija mía. Escucha.

Azucena removió el café, ya frío, como si pretendiera avanzar en el tiempo para ahorrarse las palabras de su padre.

—He hablado con ellos esta misma mañana. Grupo Fénix de Seguridad Privada, paramilitares o algo así. Auténticos profesionales. Especialistas en resolver, a su modo, asuntos como al que nos enfrentamos nosotros.

—Asuntos —repitió ella sin dejar de dar vueltas a la cucharilla.

—Déjame que te lo explique. Tienen experiencia en casos similares en cualquier latitud del planeta. Conocen muy bien la forma de actuar de los secuestradores, ellos se encargan de todo y me garantizan que nos devolverán a Marga.

—Eso lo tenemos garantizado desde el principio, pero de lo que se trata es de recuperarla viva. Viva, papá, viva. Si han asesinado a un policía, ¿crees que no se atreverán a matar a Marga?

José Antonio aumentó la distancia como tratando de alejarse de las palabras que acababa de pronunciar su hija.

—Por Dios bendito, eso es lo que quería decir. De hecho, cobran una parte al principio y otra al final solo si nos la devuelven sana y salva.

—Es decir, que asumen que existe la posibilidad de que...

—¡Tenemos que...!

—¡No! —gritó ella—. ¡Es lo que te estoy intentando decir desde el principio! Se terminó el «tenemos», se terminó. A partir de este momento yo tomaré las decisiones. Yo y solo yo. ¡¿Entiendes?! Nadie más va a jugar con la vida de mi hija. ¡Nadie!

Una pareja joven que ocupaba la mesa contigua se giró alarmada. José Antonio tragó saliva.

—¿Y qué opina tu marido sobre este cambio tan drástico?

—Alfredo no opina —zanjó Azucena—, ya ha gastado todas las balas que tenía y estando desarmado lo mejor que puede hacer es ocuparse de su hijo, que bastante mal lo está pasando. Porque también tienes otro nieto, se llama Josean, ¿te acuerdas de él? Es ese por el que nunca preguntas porque te recuerda a su padre y sé muy bien la opinión que tienes de Alfredo, mi marido —recalcó.

José Antonio admitió la crítica como un hecho irrefutable y eso hizo que Azucena detectara la forma de tomar la fortaleza. Con cada frase

superaba un foso, cruzaba un puente levadizo, derrumbaba los matacanes y destruía las barbacas.

—Antes de venir se lo he comunicado a Fajardo —le informó conforme se veía asaltando de la torre del homenaje, el último reducto de resistencia del enemigo—. A partir de este momento yo me encargaré de la negociación. Dame tu teléfono, por favor. Cuando se pongan en contacto quiero ser yo quien atienda la llamada.

José Antonio seguía aturdido cuando obedeció la orden de su hija, tratando de asimilar un papel que no estaba acostumbrado a interpretar en ningún escenario. El móvil de Azucena irrumpió en la discusión.

—Diga —respondió ella.

—Soy Fajardo. Tiene que venir ahora mismo.

—¿Ha sucedido algo? ¿Tiene noticias de mi hija?! ¿Está bien?!

—Será mejor que venga.

—¡Dígame si mi hija está bien!

—Su hija está viva. La espero en su casa, no tarde.

Azucena no recordaba la dirección de su casa cuando se sentó en el primer taxi que consiguió parar.

Hospital Clínico Universitario de Valladolid

En cuanto terminó de hablar con Sara Robles entró de nuevo en la habitación. La cara de Aitzol era un interrogante deseoso de dejar de serlo. Se frotó el párpado caído como si así fuera a repartir la rigidez que se estaba apoderando de su cuerpo.

—Efectivamente, está en la perrera. Hasta mañana.

—Qué significa eso de «hasta mañana».

—Significa que si mañana no tiene un adoptante, lo sacrifican. La crisis ha golpeado a todos por igual, humanos y perros —comunicó en tono aséptico, como quien liquida verdades en terceras rebajas.

—Algo se podrá hacer. Eso dijiste antes. Me lo debes, *txakurra*.

—Este guardia lo único que te debe es un cartuchazo en la cabeza y si todavía no te lo he pegado es por no manchar estas sábanas con tu mierda.

No me andes tocando los cojones, te he hecho el favor de averiguar qué pasa con tu perro, pero no me pidas más. A mí también me gustan mucho los perros, y más de ese tipo —añadió cebando el anzuelo—, pero aún más me gustan mis compañeros y hoy tengo uno menos por tu puta culpa.

—Te repito que yo no le maté.

—¡Y yo te repito que eso ya lo sé, pero que tres cojones me importa! Que tú lo has organizado todo y que eres tan responsable como el comemierda mexicano que apretó el gatillo.

—¿No quieres encontrar a la niña, pues? —preguntó antes de toser repetidamente.

Al tiempo que tomaba asiento muy despacio, Sancho fijó su mirada en los ojos vidriosos del herido. Su tez, macilenta, había desmejorado con el transcurso de los segundos y con la mano que no tenía esposada arrebuja las sábanas con fuerza.

—Saca al Karatu de la perrera y te ayudaré a dar con ella.

—¿Cómo vas a ayudarme?

—Tú saca al Karatu.

—Lo hacen salchichas antes de que yo mueva un dedo por ti. Dame algo.

Aitzol Etxeandia hizo un gesto de repulsa, pero sabía que, cuando el viento no era favorable, lo único que se puede hacer es arriar las velas.

—No me había dado cuenta hasta esta noche, pero el jodido Chimuelo lo tenía todo pensado desde el principio. Necesita mucha tela para arreglar una deuda que tiene en México y establecerse por su cuenta, pero este nunca tiene suficiente. Lo conocí hará dos años en Botafuegos, la cárcel de Algeciras —aclaró—. Nosotros, los *makos*, siempre estuvimos separados del resto, pero a mediados del 2010 el Ministerio del Interior dio la orden de que nos empezaran a mezclar con los comunes. Al principio no nos gustó a nadie, sin embargo, tardamos muy poco en hacernos a la nueva situación. Allí no quedan más cojones que adaptarte —valoró tratando de encontrar una postura cómoda—. A él acababan de pillarle con algo de mierda encima, pero en apenas unas semanas parecía que llevara una vida allí dentro. Sabía cómo tratar a los funcionarios, a quién acercarse, de quién alejarse, qué tecla tocar cuando se podía tocar la tecla. En un mes ya estaba

trapicheando y tengo que reconocer que me llamó la atención. Mantuvimos algunas conversaciones en el patio. Para ser exactos, él hablaba y yo escuchaba. Me contó su puta vida y milagros. El jodido Chimuelo podía ser un charlatán, sí, pero no fanfarroneaba cuando me relataba detalladamente cómo funcionaba en México el negocio de los secuestros. Él estaba de paso y no sé si llegó a cumplir siquiera un año, pero me proporcionó la vía de contactar con él cuando cumpliera con mi condena. En aquel momento solo pensaba en qué hostias hacer cuando saliera de allí, pero un día vi tu careto en el periódico... Te reconocí al instante a pesar de la barba. Ese domingo todo cambió para mí. Resultaba que *Urtzi* era Ramiro Sancho, el jefe del Grupo de Homicidios de Valladolid, el *txakurra* que se ganó mi confianza, que me engañó y me utilizó para sacarme información. El puto *txakurra* —repitió apretando los dientes como para impedir que se le desbordara la inquina por la boca— que me metió en la trena y que se había hecho famoso al protagonizar un vídeo que estaba siendo lo más visto en Internet. ¡Famoso! Me empecé a pudrir por dentro, a consumirme por un veneno que había estado circulando por mis venas sin hacer efecto. No pegaba ojo. Tenía que hacer algo. Y algo hice, pues.

«Cagarla de nuevo, eso hiciste», infirió Sancho evitando verbalizar sus pensamientos para no interrumpirle.

—Tenía todo amarrado. La idea era contar con tres personas, pero solo yo era conocedor de ello. De forma independiente contacté con el Chimuelo y con Gorka —puntualizó.

—Y a cada uno le contaste una película.

—Era la misma, pero con un guión distinto. Con el Chimuelo el único argumento era el dinero. Yo me encargaba de elegir al objetivo del secuestro, de custodiarlo y de liberarlo. Él de la negociación y el cobro del rescate. Mi seguro era que solo yo sabía dónde tenía a la chica. Así lo acordamos y el hijoputa aceptó. Sin preguntas ni hostias.

—Entonces, según tú, ¿Servando Garay desconocía el paradero donde tenías encerrada a Margarita?

—Eso es.

—¿Y cómo es posible que estuviera en la casa cuando intervino Garrido?

—Ahora te lo explico. Déjame continuar.

Sancho se rascó profusamente la barba y asintió.

—De cara a Gorka, yo me encargaba de todo y él de la custodia, nada más. Tras cobrar el rescate yo le pagaría la parte acordada y *agur*.

—¿Qué relación tenías con Gorka Arizmendi?

—Lo conocía de toda la vida. Él es de Zarautz, era —corrigió—, y yo de Getaria, a cinco kilómetros. De pequeños jugábamos a pelota, siempre en contra. Era tan buen zaguero como idiota. Se creía una estrella, se metió en mil movidas y empezó a coquetear con las drogas. Primero unos canutos, luego unos tiritos... Pringado. Feo de cojones y grande como su puta madre, pero fácil de manejar. Perfecto para el papel de carcelero y así librarme de estar veinticuatro horas en la casa para tener vigilada a la chavalita. Necesitaba tiempo para controlar al Chimuelo, a la familia y a ti. Nunca imaginé que fuera a ponerle sus manazas encima, tienes que creerme, no lo hubiera permitido.

—Te creo, pero ya poco importa. El mal ya está hecho.

Sigue.

—Alquilé la casa a través de un anuncio en Internet. Con la excusa de que la necesitaba temporalmente para concentrarme en mi obra como escultor, le pagué seis meses por adelantado en vez de los dos que pedía a cambio de que no hiciéramos contratos ni demás hostias legales. Tragó. Adecué la despensa del sótano y me aseguré de que no llamáramos la atención entre el escaso vecindario de la zona. Solo me faltaba un detalle para ponerlo en marcha.

—Mi fecha de reincorporación.

Aitzol cambió de postura.

—Estas putas esposas...

—Ni por asomo. Continúa.

—No lo había previsto. Tuvimos que esperar tres semanas y estos dos se me estaban empezando a poner nerviosos. A punto estuve de cancelarlo todo, porque mi objetivo seguías siendo tú y solo tú. El resto ya lo conoces, porque lo has vivido en primera persona desde el otro lado.

—¿Cómo coño sabías que me asignarían a mí el caso?

Aitzol sonrió por primera vez como lo hacen los niños a los que les preguntan una lección que se saben.

—Tu intimidación dejó de pertenecerte cuando te cargaste al Augusto ese. Después de leer ese artículo busqué más información sobre ti en Internet. En uno publicaban tu maravilloso expediente, en el que figuraba que pertenecías a esa red de especialistas en la gestión de secuestros y extorsiones que había creado el Ministerio del Interior.

—Hay que joderse con los putos medios de comunicación —comentó en voz alta—. ¿Y qué planes tenías para mí?

—Esa parte me la guardo. No entra en el trato.

—¿Qué trato?

—Tú cuidas del Karatu y yo te ayudo a agarrar al Chimuelo.

—Todavía no he escuchado nada interesante y se me están terminando de hinchar las pelotas. No creo que el señor de la bata blanca tarde mucho en entrar para pitar el final del partido —dijo el pelirrojo mirando su reloj—. Y no voy a cometer un golpe de castigo con el tiempo cumplido. Dime algo que no sepa ya.

Aitzol Etxeandia se pasó la mano por la nuca.

—Me veía con el Chimuelo en lugares que yo elegía para evitar que supiera dónde tenía a la chica.

—Luego me detallas exactamente qué lugares fueron esos —le interrumpió Sancho.

—No tienen mayor relevancia, pero te los detallaré en un mapa. Una noche, poco antes de que todo empezara, quedé con él en un garito de carretera, cerca de Segovia. Mientras él se fue al servicio revisé unos papeles entre los que estaba una hoja de periódico. —A Aitzol le sobrevino otro ataque de tos—. Tenía marcados los anuncios de alquiler de naves industriales.

—Naves industriales —repitió sin atisbo de euforia.

—El hijoputa lo tenía decidido desde el principio, la hostia. Pillar toda la pasta del primer rescate y seguir extorsionando a la familia por su cuenta. Exprimir la naranja hasta que quedara una sola gota de zumo. En algún momento debió de seguirme sin que yo me diera cuenta. El día que entró tu compañero estaría vigilando la casa, le vería intervenir o qué sé yo. Te

aseguro que el primer sorprendido fui yo cuando le vi aparecer por detrás del viejo.

—Garrido. Se llamaba Jacinto Garrido, cojones, apréndetelo de una puta vez. Tenía nombre, apellidos, era viudo y tenía una hija y una nieta. Precisamente vengo de verle metido en el ataúd que le habéis encargado vosotros y todavía no alcanzo a entender cómo estoy logrando contenerme teniéndote aquí delante.

—No pude hacer nada. Estaba en el suelo, retorciéndome de dolor por el tiro que me metió Garrido —pronunció con inquina—. Cuando le voló la cabeza, el hijo de puta me dijo algo así como: «Lo siento, mi cuate, pero así no puedo llevarte conmigo. Suerte». Incluso llegué a pensar que iba a rematarme. Luego escuché cómo se llevaba a la chavala y se largó, sin más.

—¿En serio piensas que esa información sobre las naves industriales me va a hacer mover un dedo para salvar el pellejo a tu perro? —preguntó Sancho levantándose de la silla.

—Karatu, se llama Karatu.

—Salchichas Karatu, buenísimas. Dame algo más —le conminó desde la puerta.

—Sé qué características ha de tener esa nave.

Sancho pestañeó dos veces.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque él me lo contó en una de sus conversaciones. Era un tipo muy organizado, pero sobre todo era muy meticuloso con la forma de tratar a los secuestrados. Digamos... diferente a lo convencional.

Sancho puso a funcionar su detector de mentiras facial.

—Tiene que haber cientos de naves industriales en alquiler en un radio de cien kilómetros o ciento cincuenta. Ya sabes, la crisis. Y como bien dices, el tiempo juega en vuestra contra. Sin embargo, si yo te guío reduciremos la búsqueda hasta dar con la chavala.

El inspector paseó la mirada por la habitación, como tratando de localizar en el aire los restos que siempre deja la mentira.

—Hay algo más —continuó el vasco.

—No tientes a la suerte si no has comprado boletos.

El vasco pasó por alto el refrán.

—Quiero hablar con mi padre. Hace años que no hablo con él, ni siquiera sé si está vivo.

—Eso es harto complicado.

—Tanto como que deis con la niña sin mi ayuda.

Sancho masticó la propuesta.

—No puedo autorizarte a que te comuniques con nadie, pero podría dejarte mi teléfono aduciendo tener un corazón que no me cabe en el pecho. Pero eso será cuando estés fuera.

—Te tomo la palabra, pues. Si tú cumples, yo cumplo.

—De cumplidores y cumplidos están tejidos los malentendidos —murmuró el inspector—. Todo esto queda entre nosotros. Si alguien se entera de nuestra conexión del pasado, no conseguiré la orden y tu perro será carne picada antes de que vuelvas a poner los pies en la treña.

—Yo cumplo —insistió.

Ya en el pasillo, sacó el teléfono para llamar a la inspectora Robles, pero cuatro llamadas perdidas le hicieron cambiar de opinión. Devolvió la llamada a Fajardo. Cuando terminó de hablar el jefe de la Unidad de Secuestros y Extorsiones, no supo qué decir.

Ni qué hacer.

Hasta que superó el bloqueo y volvió a entrar en la habitación.

C/ Menéndez Pelayo

Se bajó del taxi torpemente. Durante aquel interminable trayecto, el bloqueo al que estaba sometida ni siquiera le permitió conjeturar con el objeto de la llamada de Fajardo, pero su tono de voz y su instinto le anticiparon que no podía tratarse de nada esperanzador.

Respiraba con la boca abierta y los temblores de las manos eran incompatibles con la rutinaria tarea de introducir la llave en la cerradura del portal. Pulsó el timbre y no levantó el dedo hasta que la voz de Gabriela preguntó quién era.

—¡Yo! —vociferó.

Empujó la puerta con tanta violencia que golpeó contra el tope haciendo que vibrara el cristal. Azucena imitó el procedimiento anterior pero pulsando infinitas veces el botón de llamada del ascensor. Notaba la sangre agolpándose en las sienes mientras aguardaba, desesperada, a que se abrieran las puertas. Sus labios se movían pronunciando una plegaria silenciosa. Dentro se encontró con su reflejo distorsionado, porque sus rasgos faciales componían un rostro que podría inspirar un nuevo movimiento pictórico, un «ismo» vanguardista de la congoja. Cuando salió del ascensor y leyó la mirada de Gabriela aguardándola bajo el quicio de la puerta, le sobrevino una parálisis que afectó a su capacidad motora. Su psique quería avanzar pero su tren inferior no obedecía. Fajardo salió a su encuentro justo en el momento en el que comenzaban a flojearle las piernas.

—Acompáñeme —le dijo agarrándola por la cintura.

Cuando pasó junto a la asistenta se percató de que había estado llorado recientemente. Alfredo lo hacía en completo silencio apoyado sobre el respaldo de una silla, asistido por uno de los policías que convivían con ellos de cuyo apellido no lograba acordarse. Todos aquellos estímulos giraban en su cabeza como un carrusel de malos presagios. Azucena quiso exigir a Fajardo que le explicara lo que estaba sucediendo antes de que se le parara el corazón. Necesitaba saberlo, pero las palabras fueron devoradas por el miedo. Miedo a saber; miedo a enfrentarse con lo calamitoso; miedo al dolor.

Aturdida, se encontró sentada en la cama de Margarita, tratando de quitarse el sudor de las manos como si aquella incomodidad fuera el mayor de sus problemas.

—Señora —introdujo Fajardo para captar su atención—, hace unos minutos ha llegado un mensajero con un sobre. Es grave, pero a su vez nos indica que Marga...

—¡Dígame de una maldita vez qué le ha sucedido! —se desgañitó.

El sudor se secó; los temblores cesaron, el agarrotamiento desapareció y el corazón ralentizó su latido.

—Nos han enviado una oreja de su hija.

Silencio.

Fajardo alargó el brazo para alcanzar el hombro de aquella madre a punto de derrumbarse, como si así fuera a conseguir apuntalar sus cimientos. Sin embargo, la interpretación de los gestos de Azucena no encajaba, precisamente por la ausencia de estos.

—¿Cómo saben que es de Marga? —quiso saber con pulcritud extrema.

—Su marido la ha identificado.

—Quiero verla.

—Escuche..., no es necesario, créame. Sabemos que es de ella y no le va a proporcionar ningún beneficio.

—Quiero verla.

Fajardo miró a su alrededor, se frotó la cara con ambas manos y admitió que no tenía nada que hacer. Asomó la cabeza por la puerta y chasqueó los dedos varias veces para llamar la atención de Bravo.

—Tráela.

Los segundos que necesitó para cumplir la orden fueron invertidos por Azucena para recomponer su vestuario. Cuando entró por la puerta se puso en pie, con la espalda muy recta y los brazos cruzados. Fajardo se puso los guantes y agarró la bolsa de plástico opaca que habían guardado en el frigorífico a la espera de que viniera la Científica a recogerlo.

—¿Está segura?

—Enséñemela.

El de la Unidad de Secuestros y Extorsiones la ahuecó e introdujo la mano. Presentaba un aspecto deslucido, como si eso que sujetaba entre el índice y el pulgar con tanta tibieza no tuviera sentido por sí mismo. Toda la zona en la que se había practicado la disección estaba recubierta por una capa de sangre ya reseca, maciza, insustancial. El lóbulo conservaba un pendiente de Tous con un osito de oro blanco que ella misma le había regalado al rematar el curso anterior con sobresaliente de nota media. Además, reconoció el lunar que adornaba el hélix del pabellón auricular de su hija.

—Efectivamente, es de Marga. Ya puede guardarla. ¿Hay algo más que no sepa?

Él lo valoró durante el tiempo suficiente como para que ella supiera que había algo más. Fajardo no estaba seguro de si aquello la rompería en mil

pedazos o la endurecería, pero sí estaba plenamente convencido de que ocultárselo no era una opción.

—Efectivamente —le anticipó, avergonzado.

Ella inspiró por la boca como pretendiendo levantar un escudo protector, pero el aire entró de forma intermitente, fruto de la angustia.

—Hemos hallado restos de semen en el lugar donde tenían retenida a Margarita. Pertenece al secuestrador muerto.

Azucena se dio media vuelta y apretó los párpados con fuerza. Luego asintió varias veces con la cabeza, entrecruzó los dedos y los retorció para concentrar toda su rabia en esas articulaciones.

—Respóndame con sinceridad, ¿cree que sigue viva? —le preguntó sin girarse.

Fajardo midió las palabras antes de pronunciarlas.

—Sabemos que la amputación se realizó estando viva, de otro modo no hubiera sangrado. Debemos pensar que sigue viva, no valoramos otra opción.

—No le he preguntado eso —insistió ella.

Fajardo se tomó su tiempo.

—Sí, creo que su hija sigue viva.

Azucena asintió varias veces con la cabeza a la vez que se quitaba las lágrimas que humedecían las mejillas.

—El siguiente paso es esperar, ¿es así?

—Así es.

—Entonces, esperemos.

Hotel Roma (Valladolid)

—Se acabó la espera —se dijo Jaap Keergaard a sí mismo.

Sus ojos repasaban una y otra vez las mismas líneas de texto.

Cliente: Ramiro Sancho.

Fecha: 5 de septiembre, 12:30 h.

Dirección de recogida: C/ Juan García Hortelano, 16, 8.º D.
Dirección de destino: C/ Las Cercas, 8. Urb. Aldeamayor Golf
(Aldeamayor de San Martín, Valladolid).

Borró el archivo y cerró la tapa del portátil.

La ducha con agua fría era parte del ritual. Con ello conseguía poner en estado de alerta todas y cada una de las fibras de su cuerpo. Prosiguió vistiéndose frente a aquel miserable espejo atornillado en la cara interna de una de las lamas del armario. Al abotonarse la camisa infirió que la holgura de otros tiempos la había rellenado de templanza, y que esa y no otra era su mayor virtud. Se ajustó bien las correas con las que sujetaba a la Piadosa pegada a su costado izquierdo antes de ponerse el traje de levita negro. Se sentó en la cama para atarse los zapatos y volvió a incorporarse para inspeccionar su siniestra figura.

Abandonó la habitación sabiendo que, pasara lo que pasara en las próximas horas, no regresaría al hotel.



TUERTO QUE A CIEGO GUÍA, NI DE NOCHE NI DE DÍA

*Residencia de Ramiro Sancho
Aldeamayor de San Martín (Valladolid)
7 de septiembre de 2012, 21:45*

Se trataba de una guerra de posiciones en la que la manada trataba de conquistar el terreno perdido mientras que Ólafur, atrincherado en sí mismo, peleaba por mantenerla a raya. El terreno era poco propicio para los defensores, aun así había declinado parapetarse en la cama y no hacerle frente en campo abierto. El islandés contaba con las armas secretas en forma de fármacos que le había proporcionado en su día el jefe de la Científica, Magnus Arason. Las instrucciones estaban claras. Clometiazol, un sedante hipnótico y anticonvulsionante, para castigar las líneas enemigas sistemáticamente cada cuatro horas. Los efectos de la artillería pesada resultaban más eficaces al combinarlos con periódicos contraataques de caballería comandados por los beta bloqueadores y la tenaz resistencia de la infantería, bien armada con munición de naltrexona.

Y quién sabe si, empujado por los efectos secundarios que le provocaba tal cóctel farmacológico o por la ostensible disminución de los temblores, el

excomisario aprovechó para Operar en la pantalla táctil de su teléfono móvil. Connor Murphy no tardó en contestar.

—Santo Dios, Ólafur, ¿eres tú?

—Eso creo, o por lo menos lo que queda de él.

—¿Sucedo algo?

—No; bueno, sí, estoy tratando de..., en fin, de retomar el control de mis actos.

—Escuché que habías dejado el Cuerpo.

—Ya veo que los cuervos vuelan más rápido que las palomas. Me invitaron a abandonarlo y no pude resistirme —aclaró.

—Leena me pregunta mucho por ti. ¿Dónde estás? ¿Sigues en esa isla plagada de volcanes?

—No. Para escapar de mí mismo tenía que salir de allí. Estoy en España con un amigo.

—Sabes que aquí tienes tu casa para cuando la necesites.

—Lo sé, eres muy amable, Connor.

Ólafur Olafsson se aclaró la garganta.

—Necesito que hagas algo por mí.

—Dios bendito, Ólafur, ¿en qué andas metido?

—Todavía en nada.

—No me gusta cómo ha sonado eso.

—Ya. Te voy a pedir que hurgues un poco en vuestro maravilloso archivo y saques del SICI todo lo que encuentres de..., ¿tienes para anotar?

—Tengo.

Ólafur le deletreó varios nombres que aparecían en el informe de De Bruyn.

—Anotados. Algunos me suenan, pero no sé de qué. No me vas a decir nada más, ¿verdad?

—Sí, que es muy urgente.

—Estaba a punto de marcharme a casa.

—Es importante, Connor. Si realmente esto es lo que parece, te prometo que lo compartiré contigo. Por ahora no es más que una grieta diminuta en una enorme placa de hielo.

—Dame un par de horas.

—Te lo agradezco.

El miembro del Comité Ejecutivo de la Interpol dejó que transcurrieran unos segundos.

—Ólafur, solo te pido que antes de tomar ninguna decisión que pueda arruinar la vida que te queda valores las consecuencias.

—Ya, las consecuencias —repitió—. Espero tu llamada.

En algún lugar de la provincia de Valladolid

En las últimas horas, las imágenes que tanto la atormentaban se habían vuelto más nítidas, los sonidos más perceptibles y los aromas más tangibles. La secuencia se repetía una y otra vez: la expresión desencajada de Gorka mientras le apretaba el cuello con sus enormes manos; sus alaridos histéricos al desgarrarle la cara; los golpes recibidos; el olor de su sangre; la certeza de estar a punto de morir; el ruido de los disparos; el peso muerto de su carcelero aplastándola; la efímera esperanza de que todo había terminado, y, finalmente, la irrupción en escena del mexicano.

Aquella sucesión de acontecimientos era su mecanismo de defensa para tratar de librarse del dolor físico en forma de latido lacerante que seguía fustigándola. Margarita tenía la sensación de que la molestia se había ido concentrando al final del maxilar, junto a la oreja. Era consciente de que le había provocado heridas durante el desequilibrado forcejeo que mantuvo con él, pero no se había atrevido a palpárselas con sus dedos mugrientos para evitar que se le infectaran; o puede que su subconsciente rehuyera conocer el alcance de las mismas. Además, los grilletes le concedían un estrecho margen de movimiento y tener puesto ese artilugio para perros adaptado a las personas tampoco invitaba a adentrarse en el campo de las averiguaciones táctiles.

Sin embargo, algo le empujaba a satisfacer su curiosidad, a despejar esa incógnita.

Decidió cambiar de postura. Abandonó la seguridad que le proporcionaba la posición fetal para adoptar otra sedente. Se pasó la cadena entre las piernas e inclinó la cabeza para ganar en maniobrabilidad. El

sonido de los eslabones contra el metal rebotó en aquellas paredes húmedas. Utilizando el dorso de los dedos descubrió un abultamiento en la frente que de inmediato vinculó al cabezazo que casi le hizo perder la consciencia. Siguiendo la ruta trazada por las localizaciones más dolorosas, llegó hasta la sien, donde detectó una cicatriz de unos tres centímetros que relacionó con el impacto de la linterna. En su descenso hacia la zona cero se topó con la correa del bozal, pero no se detuvo demasiado y continuó hasta la oreja.

Su primera reacción fue chillar, pero no podía abrir la boca.

Buscó con la yema de los dedos lo que ya sabía que no iba a encontrar.

Gruñó hasta lastimarse las cuerdas vocales.

Luego agitó la cabeza bruscamente como queriendo negar un hecho irrefutable.

Irreparable.

La ansiedad se apoderó de Margarita y, aunque quería desprenderse de ella a través de los lacrimales su cuerpo, resolvió contenerla dentro y transformarla en veneno.

Residencia de Ramiro Sancho

Eran más de la once cuando oyó el sonido de la puerta del garaje. A duras penas consiguió ajustarse la gabardina y cubrirse con la bufanda antes de ir a su encuentro. Temblaba, pero no por la baja temperatura, que había logrado estabilizar su caída libre hasta los cinco grados. El islandés trataba de aclimatarse a los efectos de la abstinencia y a esa fina capa de sudor frío que ejercía de segunda piel. Tras superar el impulso de entregarse al alcohol tras escuchar los resultados de las averiguaciones que hizo su excompañero en la Policía Real del Úlster, Connor Murphy, empezó a notar un vigor remozado que hacía años que no fluía en su interior. La situación era crítica, tanto como la conversación que tenía previsto mantener con su amigo pelirrojo.

Tardaba en aparecer pero desde donde estaba podía escuchar unos acordes de música céltica que le hicieron rememorar esas noches que

pasaba bebiendo cerveza en los *pubs* de Belfast mientras actuaban bandas locales.

Ólafur no entendía el significado de la letra de *La senda del tiempo*, de Celtas Cortos, pero, así y todo, disfrutó del momento hasta el final de la canción.

*A veces llega un momento en que te haces viejo de repente,
sin arrugas en la frente, pero con ganas de morir.
Paseando por las calles todo tiene igual color.
Siento que algo echo en falta, no sé si será el amor.*

—¡Qué susto, joder! —exclamó Sancho nada más salir del garaje al distinguir la figura de Ólafur recortada en la penumbra—. Pareces el maldito Nosferatu. ¿Te encuentras bien?

—No, pero es el precio que tengo que pagar.

Sancho le agarró por los hombros y le zarandeó suavemente.

—Te vendrá bien un poco de aire. Vamos a dar un paseo, quiero presentarte a alguien.

—Ya. Un paseo —repitió con desdén—. Quizá tengas razón.

Sancho entró de nuevo en el garaje y salió arrastrado por Karatu.

Bajo el bigote del islandés creció una gran sonrisa.

—Es una auténtica preciosidad. ¿Cómo te llamas? —le preguntó inclinándose para acariciar el robusto cuello del animal. La mano le temblaba ostensiblemente—. ¿De dónde lo has sacado?

Sancho le resumió la historia y aprovechó para ponerle al día de los últimos acontecimientos. Tras un silencio prolongado, Ólafur dictó sentencia.

—Pinta mal. Eres una auténtica aspiradora de marrones. Algún día te reventará la bolsa.

—Hace tiempo que lo hizo.

—Cojonudo —calificó Ólafur tirando de su escaso conocimiento del idiotismo castellano.

Los jadeos de Karatu rompían la calma que reinaba en las calles vacías de la urbanización.

—En serio, no tienes buen aspecto —le dijo Sancho—. No serás tan cabrón de morirte en mi casa, ¿no?

—Esta mañana lo pensé más de una vez, no creas. Pero tú no estás mucho mejor, amigo. Al menos yo cuento con la ayuda de estas píldoras mágicas —se las mostró— y mi absoluta determinación por autoinfligirme una prolongada y dolorosa penitencia antes de reunirme con mis antepasados. Tengo que recomponerme para poder enfrentarme con lo que se nos viene encima.

—¿Nos? Yo tengo más que suficiente con lo mío.

—Déjame que te cuente las novedades y veremos si te queda espacio en el depósito.

El islandés se aclaró con vehemencia la garganta.

—He hablado con Connor Murphy.

—Tu contacto en las altas esferas de la Interpol.

—Tienes buena memoria. Le he pedido que indagara en el listado de nombres que figura en el informe. Pero antes de eso, será mejor que sepas el motivo por el que Aarjen de Bruyn te lo envió.

Sancho sacó las manos de los bolsillos para rascarse la barba.

—Había una carta dirigida a ti que no había visto hasta hoy —reveló sacando una cuartilla doblada del mismo sitio en el que guardaba las pastillas—. Toma, léela si quieres, pero yo te voy haciendo una síntesis. Primero te pide disculpas por hacerte partícipe de sus averiguaciones y se justifica diciendo que teme por su vida y que no puede permitir que, si desaparece, es sintomático que utilice este término —añadió—, el mal termine triunfando. Utiliza términos apocalípticos que me hacen pensar que el tipo no andaba muy bien de la sesera, pero bueno. Luego explica que te conoce a través de la única persona en la que De Bruyn confiaba de verdad: Armando Lopategui.

Los repentinos ladridos provenientes del otro lado de la verja provocaron el sobrecogimiento de los paseantes. Karatu respondió de la misma manera.

—¡La puta madre que lo parió! Incluso después de muerto... ¡Jodido Carapocha! —exclamó sin rastro alguno de rencor.

Ólafur Olafsson hizo un gesto fruto del agotamiento físico.

—La carta continúa diciendo que le habló de ti en varias ocasiones y que ponía la mano en el fuego por tu, y cito textualmente, «incorruptible honestidad y testarudez» —rememoró con la voz casi extinguida.

—¡Hay que joderse con la honestidad! Si ya lo decía mi padre: donde no hay harina todo es mohína —expresó en castellano.

El excomisario pasó por alto el refrán y continuó hablando.

—La buena noticia es que no estás solo en esto.

Sancho se paró en seco.

—¿Erika?

Ólafur asintió.

—Pero ahora déjame que enlace con lo anterior antes de que me desplome aquí mismo —dijo concediéndose un respiro. El islandés miró al cielo en busca de alguna señal, pero desistió al sobrevenirle un vahído. Sancho contribuyó a que retomara la verticalidad—. Los nombres que mencionaba al principio que he pedido que comprobara corresponden a..., cómo decirlo, altos dignatarios. Eso es, personas insignes del mundo empresarial, político, policial, judicial y hasta de la Iglesia, de varias Iglesias. De muchos países: Bélgica, Francia, Reino Unido, Alemania, España, Estados Unidos, Argentina, México..., por citar los que me vienen a la cabeza. Limpios todos, faltaría más. Ni un pequeño borrón, ni uno. Sin embargo, hay algunos nombres que sí han saltado en el sistema. ¿Conoces el SICI?

—No tengo el placer —contestó cabreado.

—Ya. Digamos que es la materia gris de la Interpol. Se alimenta con todas las bases de datos de sus Estados miembros. Una maravilla. El SICI ha encontrado tres nombres, tres identidades que De Bruyn menciona como tres de los siete arcángeles de la Congregación de los Hombres Puros. Sicarios —definió—. Pero no unos matones cualquiera, son profesionales con un historial delictivo extraordinario. A mí me ha impresionado —añadió al tiempo que se agarraba al muro que delimitaba la propiedad de una vivienda que hacía esquina.

—Volvamos. No estás tú como para muchas caminatas, amigo.

Sancho le echó la mano a la cintura mientras que sujetaba el ímpetu del dogo argentino. El islandés se agarró al hombro del pelirrojo.

—Solo necesito tumbarme un rato. Déjame que llegue al final de esto, Sancho, es importante.

—Tranquilo. Estamos cerca de casa.

—Ya termino. Dos de estos tipos, Jaap Keergaard y un tal Bismark Kruger, han entrado en España el día 6 utilizando documentación falsa que la Interpol tiene controlada. A un asesino se le pilla antes por su pasaporte que por dejar huellas en el escenario del crimen —comentó el islandés a modo de chascarrillo—. Son dos hijos de puta de mucho cuidado.

Pero Sancho ya no le escuchaba. Se quedó en la frase anterior y su cerebro se negó a procesar más palabras.

—¡Hay que joderse! ¡Lo conocía! —gritó Sancho—. ¡Fajardo conocía a Garay!

Ólafur le miró abatado.

—¿Me estás escuchando?! Esos tipos han venido para cumplir un encargo.

—No me jodas, Ólafur..., ahora no.

—¡Escúchame! —gritó haciendo añicos la tranquilidad de la noche—. ¡Escúchame, por favor! Estáis en peligro. Esos dos se encargan de limpiar el buen nombre de sus amos. Créeme, tienen medios suficientes como para seguir los envíos que haya hecho De Bruyn. Van a por vosotros, Sancho. Han venido a España para ocuparse de ti y de Erika.

Al pelirrojo le costaba menos guiar los pasos del can que los del islandés, carente de energía para recorrer los últimos metros que les faltaban para llegar. Se concentró en la tarea, pero, sumido en la perplejidad y ante tal acumulación de infortunio, terminó por claudicar. Sentó con cuidado a Ólafur con la espalda apoyada en un muro de ladrillo antes de dejarse caer junto a él. Karatu se tumbó entre ambos. Tras unos minutos de silencio, buscó el paquete de tabaco de Garrido y su mechero. Prendió uno y se lo puso en los labios a su compañero. A continuación, encendió otro para él y dio dos caladas seguidas. Tosió con rabia.

—Es lo peor que he fumado en mi vida —valoró el islandés, desfondado—. No consigo dar con ella. Lo he intentado varias veces, pero su teléfono está siempre apagado. Me temo lo peor, Sancho.

—Erika sabe cuidar de sí misma —deseó el pelirrojo.

—Necesitará ayuda.

—Yo no puedo aspirar ni una mota más de polvo. Debo resolver el asunto que tengo entre manos. ¿Lo entiendes?

—Hablabas de mí.

—La madre que me parió... ¿pero tú te has visto? Estás hecho una mierda, tienes que descansar. Aquí estarás seguro. Nadie sabe que me he trasladado a esta dirección, nadie —enfaticó equivocadamente—, ni siquiera he tenido la oportunidad de comunicarlo en comisaría. Es imposible que ese par de sicarios, por mucho que sean la flor y nata de los asesinos a sueldo, la jodida *crème de la crème*, consigan dar con esta casa. Desconecta de todo unos cuantos días. Recupérate y después decides. Mírate, amigo mío, si apenas puedes ponerte en pie.

—Mañana estaré mejor. Solo espero que no sea tarde. Tengo que hacerlo.

Sancho retuvo el humo del tabaco en los pulmones y lo fue soltando por la comisura de los labios.

—Tuerto que a ciego guía, ni de noche ni de día.

Residencia de los Zúñiga

Como un autorretrato de Frida Kahlo; hermética, solemne.

A primera hora de la tarde, Azucena había mantenido una larga conversación con Alfredo en la que, contra todo pronóstico, no hubo reproches ni críticas veladas. La charla se había centrado en el errático estado de ánimo de Josean y los esfuerzos de su padre por mantenerle alejado del dolor sin apartarle de la cruda realidad. Esa fue la primera vez desde que Margarita desapareció en la que el matrimonio se encontró empujando en la misma dirección, lo cual dotó a Azucena de la energía que requería para sujetar con firmeza el estandarte familiar. Acto seguido, resolvió conceder a Gabriela un permiso indefinido que incluía una clara definición de desahogo para la empleada del hogar.

Antes de empezar, se sentó en ascética compostura, con las piernas cruzadas y las manos sobre las rodillas, casi sin pestañear, mientras asistía

dócilmente al adoctrinamiento de Fajardo.

La frecuencia cardíaca pasó de sesenta pulsaciones por minuto a sesenta y una cuando sonó el timbre del teléfono fijo de la casa.

—Espere que suene dos veces más. Mantenga la calma, siga las instrucciones que le he dado y todo saldrá bien.

—¿Sí? —contestó ella en tono soporífero, carente de interés.

—¿Y quién chingados habla?

—La señora de la casa.

—¡No mames, güey! ¡Ándele en chinga a buscar al abuelo, no me haga perder el tiempo!

—A partir de ahora solo hablará conmigo.

—¡Vale madres! ¡¿Siguen interesados en recuperar a la chavita o no?!

—Seguimos interesados —le confirmó manteniendo una línea de expresividad tediosa.

—¡Entonces déjese de pendejadas y páseme al viejito!

—Le repito que de ahora en adelante solo hablará conmigo.

—Me está cagando los tanates, jodinche culera. Va a conseguir que me encabrone de verdad. ¿Acaso no recibió mi mensaje?

—Sí, lo recibimos. ¿Está mi hija con usted en este momento?

—No, por suerte para ella, porque si así fuera ya habría tenido que desprendérsela de la vida, panochuda.

—¿Cómo me va a demostrar que mi hija sigue viva?

Fajardo y Bravo intercambiaron miradas atónitas, pero el jefe de la Unidad de Secuestros y Extorsiones no quiso distraer a Azucena. Por los auriculares se escuchaba la respiración acelerada del comandante.

—¡Ya me hartó, vieja jodinche, pendeja, mamona y culera, hija de toda su reputísima madre! ¡Ya déjese de chingaderas!

Azucena apretó la tecla de colgar y dejó el teléfono sobre la mesa con sumo cuidado, como si estuviera fabricado de un material extremadamente explosivo. Fajardo invirtió unos segundos en cerrar la boca, pero, cuando estaba a punto de pronunciar algo, el timbre del teléfono sonó de nuevo.

Azucena esperó cinco tonos.

—¿Sí?

—Escúcheme bien, señora. Hablaré con usted, pero le voy a pedir que deje de hacer pendejadas o me obligará a hacer lo que no quiero hacer.

—Le escucho, pero si vuelve a faltarme al respeto colgaré de nuevo.

El comandante murmuró algo ininteligible.

—¿Ya ha reunido la segunda parte del rescate de su hija?

—Ya le dimos lo que pidió y no liberó a mi hija.

—Ese era el primer pago, falta el segundo.

Azucena movió los ojos hacia su derecha evidenciando que estaba maquinando algo.

—He podido reunir 238.440 euros más.

—No es suficiente, señora.

—No hay más.

—Consígalo.

—No tengo más joyas que vender.

El comandante suspendió repentinamente la conversación.

—250.000 euros.

—Creo que podré llegar a esa cifra —confirmó ella en voz queda tras unos segundos de fingida reflexión.

—Reúna mi dinero. Volveré a llamar.

—¡Espere! —dijo ella elevando el tono por primera vez.

—Sea breve.

—No habrá rescate hasta que escuche la voz de mi hija.

—Ni de broma, señora.

—Entonces no tenemos más que hablar.

Y colgó.

Fajardo seguía sin dar crédito a lo que registraban sus oídos. La siguiente llamada se produjo de inmediato.

—Mañana le enviaré la otra oreja de su hija, ¿es eso lo que quiere?

—Si vuelve a hacer daño a mi hija no habrá rescate. Invertiré esa cantidad en pagar a alguien para que le ampute todos y cada uno de los apéndices de su cuerpo.

La grabación registró una carcajada artificiosa y luego un silencio prolongado.

—Reúna mi dinero. Volveré a llamar.

Residencia de Ramiro Sancho

Había transcurrido una hora desde que regresaron del perturbador paseo. Sancho acababa de colgar el teléfono a Sara Robles y Ólafur, parcialmente recuperado, declinó la oferta que incluía una cena liviana y cama por otra que solo contemplaba tabaco y conversación.

Reclinado en el sillón de pensar del inspector y tapado con una manta, el islandés carraspeó a modo de llamada de atención. Karatu, recostado a sus pies, giró la cabeza.

—¿Por qué estamos aquí, Sancho? ¿Te lo has planteado alguna vez? Es decir, ¿por qué cometemos la osadía de robar un alma para convertirnos en carne? ¿Cuál es nuestro propósito como especie? Ninguno —se contestó a sí mismo.

El pelirrojo se sentó en la mesa baja que había frente al islandés y se pasó las manos por el cuero cabelludo detectando que tocaba pasarse la cuchilla; y escuchar.

—La existencia humana no tiene ningún propósito esencial, carece de significado por sí misma, y es justo el motivo por el cual tendemos a la autodestrucción. Porque no estamos programados para admitir que estamos vacíos. Porque queremos terminar con el drama, con la agonía del tiempo que nos queda, con el sufrimiento que supone vivir mientras nos amarramos obstinada y cobardemente a la ilusión de subsistir; de perpetuarnos. ¡Cuánta arrogancia encierra la reproducción! Carecemos de valores comunes, de un objetivo que compartir. Nada nos une excepto el interés por la supervivencia de la especie, Sancho, solo eso. Egoísmo colectivo. Somos monolitos que teatralizamos relaciones porque nos aterra la soledad, ese agónico momento en el que uno toma conciencia de que no hay nada más; de que no hay nadie más.

—Esos fármacos van a aniquilar el último reducto útil de tu cerebro.

Ólafur Olafsson inspiró por las fosas nasales, como si saboreara el aire que estaba hinchando sus pulmones.

—Pero en ocasiones surge el rayo, el maldito rayo de esperanza, Sancho. ¿Recuerdas el día que nos presentó Michelson en la OCN de Londres?

Sancho se limitó a sonreír y afirmar con la cabeza.

—Cuando mencionó que habías trabajado tres años como infiltrado supe que entre tú y yo existía una conexión, un vínculo muy tangible, indubitable, fundamentado en la aflicción que ha manchado nuestros destinos. La misma caótica travesía pero recorrida en direcciones opuestas. Sin embargo, he aquí la paradoja, tú has conseguido encontrar el propósito; yo no.

—No sé si te sigo, compañero.

—Tú eres un guardián de las normas. Un caballero andante, y tu propósito es luchar, enfrentarte con quienes las quebrantan sin plantearte si son o no correctas, si son o no necesarias. Esas normas nos vienen impuestas por otros y las aceptamos hasta el punto de inculcárselas a nuestros hijos. ¡Qué irresponsabilidad!

El excomisario se concedió unos segundos antes de proseguir.

—Voy a confesarte algo —dijo a modo de prefacio—. El 17 de mayo de 1974 cumplía mi vigésimo cumpleaños y, aprovechando que disponía de unos días libres, fui a Dublín con mi compañero, Connor Murphy. Eran años complicados.

—El conflicto irlandés —encuadró el pelirrojo.

—Exacto, el conflicto —corroboró mesándose el bigote—. Las mentiras bien regadas años atrás germinaron y el fruto del odio brotó abundante, inagotable. Las armas sustituyeron a las palabras y el diálogo se construía con el intercambio de víctimas. Aquel día todo cambió para mí.

Sancho detectó que al islandés le costaba construir las frases.

—¿Quieres que lo hablemos otro día?

—No. Necesito soltarlo ahora o puede que nunca lo consiga.

Un gesto de conformidad le dio pie a continuar.

—Sobre las siete y media de la tarde detonaron tres coches bomba. Uno de ellos, el de la calle Talbot, nos pilló cerca de donde estábamos. Fue una carnicería. Todavía puedo ver los restos humanos, escuchar los gritos y oler el aroma de la destrucción; sangre y cenizas. Todos los muertos resultaron

ser civiles. Personas que se levantaron un día sin imaginarse que iba a ser el último. El atentado fue obra de la Fuerza Voluntaria del Úlster. Unionistas cuyo único objetivo era compensar el número de muertos de ambos bandos.

—Y tú pertenecías a ese.

—Eso decía mi placa, pero ya te conté el motivo por el que acabé en el RUC.

—Me acuerdo de esa parte de la conversación que mantuvimos en aquel garito de Praga, del resto... no.

Ólafur sonrió por primera vez.

—Al día siguiente no era capaz de encontrar un solo motivo por el que debiera vestirme con el uniforme de la Policía Real del Úlster. Sin embargo, tenía dos palabras que me revoloteaban en la cabeza continuamente.

Se concedió un respiro antes de proseguir.

—*Sapere aude*, «Atrévete a saber». Lo dijo Leena, una mujer compacta, sin fisuras, una mujer de verdad que poco después contrajo matrimonio de mentira con Connor. De nuevo la paradoja —divagó—. Le hice caso y me atreví a saber. Entonces me alcanzó el rayo. Duró apenas un segundo, pero en ocasiones un segundo es lo primero.

Sancho elevó sus pobladas cejas, desconcertado.

—Me lo tomé como un reto personal, puede que para elevar mi autoestima, ¿quién sabe? Empecé a indagar en las raíces del conflicto, a informarme por mí mismo, a no aceptar lo que otros nos contaban. Y cuando consideré que sabía lo suficiente, tomé partido creyendo que me acercaba a ese propósito. A veces, uno no sabe lo que busca hasta que lo encuentra.

Sancho se anotó la frase, pero quiso indagar en un detalle anterior.

—¿Tomaste partido?

—No fue ni rápido ni sencillo. Como integrante del RUC no podía contactar con ellos, tenía que hacer que ellos contactaran conmigo.

—¿Ellos?

—El IRA, Sancho, me refiero al IRA.

—¿Cambiaste de bando?

—En realidad no, porque antes no era consciente de pertenecer a ninguno. Estaba por estar sin saber dónde estaba. Por favor, espera, no

emitas tu veredicto todavía —le pidió al ver cómo se contraían los músculos de la cara del inspector—; déjame que concluya.

Sancho consintió.

—Logré llamar su atención y me integraron dentro de su estructura de informadores. Estuvieron meses probándome hasta que se cercioraron, pero finalmente lo que hizo que la balanza se declinara a mi favor fue el potencial que suponía tener un infiltrado en las filas del enemigo. Tú sabes muy bien de lo que hablo.

—Lo sé muy bien, pero con los papeles intercambiados —remarcó—, que no es lo mismo.

—Ya. Es lo que te decía antes: la misma travesía sinuosa pero transitada en dirección opuesta. El mismo dolor. No conozco bien el conflicto en el que tú te involucraste, pero en el mío te puedo asegurar que no había distinción entre el bien y el mal. Terrorismo libertario y terrorismo estatal. Londres utilizaba las mismas tácticas, igual o más salvajes e inhumanas que los irlandeses separatistas. Yo fui testigo directo de una el día que cumplí veinte años.

Sancho se mantuvo a la expectativa.

—Mi contacto dentro era Martin Quinn, un buen tipo que, además de ser mi enlace, era el único que conocía mi verdadera identidad. Mi labor consistía en avisarle de las operaciones de inteligencia del RUC. No de todas, solo de las más importantes en las que peligraba alguno de los dirigentes del momento. De una de ellas te hablé en Praga.

Sancho hizo un esfuerzo por encontrarla en su memoria.

—Esa en la que resultó muerto un niño de quince años —le desveló a modo de pista.

—Por los disparos de tu compañero, ya recuerdo.

—Exacto. Les avisé dos horas antes y cuando llegamos allí, como esperaba, no quedaba ninguno de los objetivos que fuimos a buscar. Pero ocurrió aquella desgracia y anotaron el nombre de Connor Murphy en una lista. En 1991, Martin, mi enlace, murió en una operación de las SAS y aproveché mi regreso al anonimato para alejarme de todo. Poco después conocí a Sinéad y nos largamos del Úlster a Liverpool con la intención de empezar de cero. Y justo cuando todo parecía que empezaba a cobrar

sentido llegó el secuestro de Connor. Quise ayudarlo, tienes que creerme, pero el IRA ya era una estructura blindada para mí y no pude hacer nada por él. Sufrió mucho y aquello terminó por hundirme. Mi amargura era tanta que devoró la dulzura de Sinéad. No tenía otra alternativa que marcharse de mi lado y, en cuanto se decidió, yo me encerré en Reikiavik. Otra vez dejándome llevar por la corriente, sin presentar batalla, ahogando mi cobardía en el alcohol.

Ólafur se llevó las manos al estómago, donde se localizaban los ataques más feroces de la jauría.

—He reflexionado mucho estos días, Sancho. Necesito hallar un propósito y hacerlo mío. Compensar el sufrimiento con la ilusión de sentirme partícipe de un objetivo claro y definido. Como tú. Ser coherente, armónico.

—¿Y te parece que yo estoy disfrutando de algo parecido a la armonía de la que hablas? Mírame bien, Ólafur, estoy hecho una mierda.

—Puede ser, pero tu existencia tiene sentido. Eres irracionalmente tenaz y yo racionalmente cobarde. Quizá por eso el destino me haya traído hasta aquí, o mi subconsciente, lo mismo me da. Tu vida tiene una razón de ser, la mía ni siquiera es. Por primera vez tengo la sensación de que he encontrado mi propósito: evitar que se cultive más sufrimiento. Tengo que rescatar las almas de esas niñas, Sancho. No consigo borrar esas miradas, condenadas por su inocencia, almas quebrantadas por la vileza de los hombres poderosos que vendieron la suya a cambio de... nada. A cambio de nada.

—¿Y qué planes tienes? —quiso saber Sancho, algo aturdido.

—En cuanto pueda valerme por mí mismo voy a buscar a Erika y a retomar la investigación de Aarjen de Bruyn —anunció entrecerrando los ojos, vencido por el agotamiento—. Hasta donde llegue, solo o acompañado.

Sancho se quedó mirándolo mientras el islandés se dejaba atrapar por el sueño. Al incorporarse se notó acartonado, anquilosado, y se le ocurrió combatirlo con ejercicio.

—Karatu, cuida de él —le encomendó al animal, a pesar de que este ya se había solidarizado con su nuevo amo.

Mientras se calzaba las zapatillas, Sancho barruntaba el sentido de las palabras y, con la esperanza de sacar algún provecho de ellas, se impuso un ritmo de carrera pausado para compensar su frenética actividad neuronal.

Calma total.

«¡Ay de los que se esconden de Jehová, encubriendo el consejo, y sus obras están en tinieblas, y dicen: ¿Quién nos ve y quién nos conoce?!». «¿Adónde me iré de tu espíritu? ¿Y adonde me iré de tu presencia? Ciertamente las tinieblas me encubrirán. Y la noche resplandecerá como el día».

Isaías 29,15, zanjó el arcángel. Sin embargo, no eran las tinieblas sino los muros de la casa del vecino los que ocultaban su presencia. Como era su costumbre, nunca actuaba sin evaluar cada una de las opciones. El hecho de que la vivienda contigua estuviera desocupada y que ambas compartieran una pequeña zona ajardinada eliminó cualquier alternativa posible. Tan solo tenía que elegir bien el momento luego de confirmar la identidad del objetivo primario. La muerte del secundario ayudaría a consolidar la tapadera del robo: un ladrón que irrumpe en un domicilio pensando erróneamente que está vacío, sus ocupantes se despiertan y se produce la tragedia. La única cuestión que le preocupaba era que no debía ser muy pulcro para que no pareciera la obra de un profesional de su talla.

Tras una dilatada espera, había dejado de escuchar ruidos y voces hacía unos minutos. Tocaba visualizar las escenas que habrían de producirse inminentemente: acceder a través del jardín desplazándose junto al muro para evitar así el haz de luz artificial que proyectaba una farola del alumbrado público; forzar la puerta corredera de acceso trasero a la vivienda; ubicarse; localizar dormitorios; ejecutar al objetivo secundario; anular, interrogar y ejecutar al objetivo primario; preparar el escenario; deshacer el camino; dirigirse al piso franco, limpiarlo y al aeropuerto.

Dificultad nula.

Sigilo.

Dos minutos y dieciséis segundos más tarde, había accedido al interior de la casa y localizado al objetivo secundario durmiendo plácidamente en un sofá del salón. Un pequeño foco de lectura le trazó el camino. Más fácil

imposible. Esperó a que las pupilas se adecuaran a la escasez de luz y se puso en marcha. Solo tenía que hacer que se incorporara para que no pareciera una ejecución. Ya lo había visto en la cara interna de sus párpados: un primer disparo errado a esa distancia provocaría el efecto despertador que buscaba, a pesar de que el sonido de la detonación se vería muy amortiguado por el uso conjunto del supresor y la munición subsónica de la Walther P22, el arma que la Congregación había dejado en el piso franco a requerimiento suyo. Acto seguido, dos directos al corazón y a por la siguiente.

Se incorporó para repartir mejor el peso y rodear por la derecha el pilar central evitando hacer ruido, ya que el otro lado estaba bloqueado por un objeto de gran tamaño que no tardó en identificar como una silla de ruedas. Avanzaba sin despegar la mirada de su rostro, conteniendo la respiración, regulando el consumo de oxígeno, ralentizando las pulsaciones.

Se detuvo a dos metros. Soltó el dióxido de carbono al tiempo que levantaba el arma con ambas manos.

Los cincuenta mil voltios y los 2,1 miliamperios interrumpieron la exhalación del arcángel Zadkiel.

—¡Ahora! —le alentó Erika a su madre.

Magda Voosen se incorporó súbitamente y encendió la luz a la misma velocidad con la que el intruso cayó desplomado. La parálisis muscular no evitó que Bismark Kruger fuera consciente de lo comprometido de su situación justo antes de que sintiera el pinchazo en el cuello. Su último pensamiento se lo dedicó a la profecía de Amos: «Aquel día, dice Jehová, el Señor, haré que se ponga el sol a mediodía y cubriré de tinieblas la tierra en el día claro».

No era de día, sin embargo, el arcángel ya estaba sumido en la más absoluta oscuridad.



PUES MI ALMA OS ABORRECERÁ

*Piso franco de Bismark Kruger
Ámsterdam (Países Bajos)
8 de septiembre de 2012, 2:20*

El organismo de Bismark Kruger empezaba a sobreponerse al efecto anestésico de la ketamina. Era el momento de abrirle las venas antes de que se despertara por completo.

Como miembro del equipo médico responsable de la salud mental de los acusados por el Tribunal Penal Internacional para la antigua Yugoslavia, Erika Lopategui no se había encontrado con demasiados contratiempos a la hora de conseguir el fármaco, así como el resto de herramientas que necesitaba para consumir su plan. A caballo entre La Haya y Ámsterdam, había asumido que el cumplimiento de su objetivo primario se iba a dilatar en el tiempo más de lo que había previsto.

En su particular escala emocional, el oleaje no había pasado de mar rizada hasta que recibió aquel informe en el paquete mensual con la correspondencia de Siberia, su casa de Plentzia.

Al principio no dio crédito a las revelaciones de Aarjen de Bruyn, pero su naturaleza inconformista la empujó a realizar algunas averiguaciones. Y

progresivamente la amplitud y la altura de las olas fue aumentando hasta alcanzar la mar arbolada. Y luego el vídeo con esas imágenes, las mismas en blanco y negro que atormentaban sin ella saberlo a Ólafur Olafsson y Ramiro Sancho. A pesar de todo ello, Erika no fue consciente de la amenaza que se cernía sobre ella hasta que recibió la llamada de la Ertzaintza como propietaria de la vivienda en la que se había cometido un homicidio. Las primeras investigaciones apuntaban a un robo con violencia cuyo desenlace había sido fatal para Idoia, la mujer que cuidaba de la propiedad de la familia durante sus prolongadas ausencias. No tardó en juntar las piezas y en cierta medida se culpó por no haber vaticinado que aquella macroasociación criminal podría haber rastreado el envío del sobre.

Estaba tan alterada como decidida a intervenir, pero resolvió que necesitaba ayuda para completar la primera parte de su programa de actuación. Así, supo aprovechar el saldo a su favor en una cuenta abierta con su madre para obtener la información que precisaba. El recientemente retirado jefe de la Unidad Internacional de Búsqueda de Pró fugos, Robert J. Michelson, no puso demasiadas pegas y en pocas horas recibió los resultados. Dispuso de once horas para prepararlo todo antes de que el arcángel aterrizara en Schiphol. Desde allí lo siguió hasta el número 183 de la calle Oudezijds Voorburgwal e hizo guardia hasta que lo vio salir pocas horas después en dirección a la casa de su madre, tal y como esperaba. Erika asistió desde la distancia a la fase de reconocimiento del terreno por parte del sicario y acertó de lleno cuando intuyó que detectaría los patios traseros como zona más vulnerable. El buzón rebosante de panfletos publicitarios haciendo evidente la desocupación de la vivienda contigua funcionó como reclamo. El difunto señor Sprenger sabría disculpar la intromisión allá donde estuviera. Erika supo que la treta había dado sus frutos tras ver a Bismark Kruger entrar en el portal a plena luz del día y no salir. La segunda fase era la más delicada. Estuvieron haciendo más ruido de lo normal hasta bien entrada la madrugada, convencidas de que el arcángel no actuaría hasta que reinara el silencio. Más comprometido era el papel de Magda como señuelo, pero había que asumir riesgos. El sonido de la puerta corredera era la señal; la paupérrima luz de lectura de Magda, la llamada de atención; la silla de ruedas marcaba el camino a seguir, y la

forzada penumbra del salón proporcionaba la invisibilidad que requería Erika para sorprender a Kruger. La última parte, no menos arriesgada, incluía el traslado del intruso hasta el coche, para lo cual se valieron de la silla de ruedas y de la misma manera lo subieron hasta el piso en el que se alojaba. Ya en el interior y todavía inconsciente, movieron al arcángel a otra silla pero sin ruedas, previamente amarrada a un radiador. Seguidamente encintó el torso de Kruger al respaldo, le introdujo un paño húmedo en la boca y lo descalzó. Desde ese punto en adelante, Erika resolvió continuar en solitario. Magda Voosen se resistió inicialmente, pero las razones de su hija fueron de tanto peso que no tuvo más remedio que ceder. Aquel «Cuídate mucho, hija» cargado de pesadumbre todavía resonaba en sus oídos.

Soltó aire con el objeto de evacuar el estrés y repitió la operación hasta que se notó preparada. Emplazó los pies desnudos del arcángel Zadkiel sobre un taburete y de inmediato se centró en el trazado curvilíneo del arco venoso dorsal antes de guiar a la mano ajena. Acto seguido colocó la cuchilla entre sus dedos y presionó con fuerza sobre la piel. Logró esa perfecta imperfección de los suicidas en la ejecución del corte y un manto de color rojo desoxigenado empezó a derramarse sobre el suelo alfombrado del piso franco. La misma suerte le esperaba a su otro par. Después de apartar el taburete, le encintó los brazos por detrás del respaldo y por encima de la ropa para evitar dejar marcas, exactamente lo mismo que hizo con las piernas en las patas de la silla, evitando así que tuviera contacto con el suelo.

Solo restaba despertar al arcángel y en ese empeño se hallaba Erika a base de repetidas bofetadas que iban ganando en intensidad.

Bismark Kruger abrió los ojos y mientras su cerebro recién activado trataba de recoger datos para recomponer la situación, su cuerpo se retorció en la silla, rebelándose contra una situación a todas luces desfavorable. Inspiraba y espiraba frenéticamente por las fosas nasales acompañando el ritmo con la velocidad a la que se le movían los globos oculares. Apenas se consumieron unos segundos más hasta que su sistema nervioso le alertó del escozor localizado en el dorso de los pies. De los profundos e irregulares tajos emanaba el fluido vital de forma continua y no poco abundante. Los

gritos de protesta fueron amortiguados por el trapo húmedo. Erika ganó algo de distancia empuñando la Walter P22 como medida disuasoria.

—Miguel, Rafael, Zadkiel, Samael, Jofiel, Uriel o Gabriel. ¿Qué arcángel eres tú? —preguntó ella en inglés, pronunciando cada nombre como si la fueran a evaluar por ello.

Kruger se fijó por primera vez en Erika reconociendo en aquellos ojos azules casi grises a la mujer impía infectada por la mordedura de la serpiente, esa de pelo rojo a la que debía decapitar.

—¿Quién sabe lo que pasa por la mente de alguien que decide terminar con su vida? —continuó Erika. Seguidamente se mordió el labio inferior, pensativa—. Cuando el olor alerte a alguno de los vecinos y acuda la policía se preguntarán el motivo por el que se ha suicidado un asesino a sueldo. Puede que barajen incluso un ajuste de cuentas, pero yo en tu lugar no me preocuparía mucho por ello. Calculo que te quedan unos veinte minutos antes de que pierdas el conocimiento y lo que yo preciso saber no te llevará más de diez. Cuanto antes me prestes atención, más probabilidades tendrás. Entonces..., ¿te ves con ganas de hablar conmigo? —preguntó ella elevando las cejas.

El arcángel no movió ni un músculo.

—Y si me lo complicas me quitaré el problema por la vía rápida —le advirtió moviendo el arma.

Cuando ella extrajo el trapo de la boca aspiró impetuosamente y pronunció algo en afrikáner. Ella le repitió la pregunta.

—Jeremías 13,26. «Pues yo descubriré también tus faldas delante de tu cara, y se manifestará tu ignominia».

Erika Lopategui teatralizó una expresión tediosa.

—¿Me vas a decir quién eres o me quedo aquí disfrutando del espectáculo? Si me cuentas lo que necesito saber, te haré dos torniquetes y avisaré a la policía antes de marcharme para que te las arregles con ellos. Tú decides.

Bismark Kruger concluyó que no mentía.

—Zadkiel.

Erika consultó el informe de De Bruyn.

—¿Cómo te comunicas con ellos?

—Ellos lo hacen conmigo. Nunca al revés.

—Por supuesto. ¿Cuál era tu mesiánica misión?

—Terminar con los impíos.

—Doy por hecho que esto es el motivo —dijo levantando los papeles.

Él asintió.

—Lo cual me hace pensar que os compromete demasiado. Sobre todo a los citados. ¿Verdad, señor Kruger? Alias Francis J. Pearson, alias Michael Morrison y otros tres alias más. Y ni que decir tiene lo nerviosos que estarán el resto de protagonistas. Vaya, vaya, vaya...

El arcángel se enfureció notablemente, pero declinó hacer cualquier intento por liberarse.

—Antes o después darán con vosotros y os aplastarán.

Erika sonrió.

—Vosotros —repitió.

—No importa que uno de nosotros fracase. Otro retomará la tarea que le fue encomendada y la hará suya. «Y vi a los siete ángeles que estaban en pie ante Dios y se les dieron siete trompetas».

—Así que somos más. ¿Cuántos más?

Zadkiel valoró la respuesta.

—Solo uno más, pero es más que probable que ya esté vagando por el infierno. Dicen que Uriel nunca ha fallado.

—Siempre hay una primera vez para todo. ¿Quién es el otro objetivo?

Erika fijó los ojos en las heridas, intencionadamente, y compuso una mueca de fingido pesar. El olor del plasma sanguíneo ya predominaba en aquella reducida atmósfera.

—A mi padre le hubiera encantado dialogar contigo, pero no nos queda mucho tiempo...

—Un policía español. No recuerdo el nombre —mintió.

A Erika le recorrió una sensación extraña.

—Ramiro Sancho.

El sicario asintió.

—Al igual que nuestra fe en nuestro señor Jesucristo, nuestra lealtad es inquebrantable. Estamos preparados para levantarnos, lo llevamos haciendo desde la noche de los tiempos. «Entonces hubo guerra en el cielo: Miguel y

sus ángeles combatieron contra el dragón» —citó—. No tienes capacidad para entender su dimensión y poder. De cada cabeza cortada surgirán siete que devorarán a nuestros enemigos y...

—¿Las niñas son vuestros enemigos?! ¿Esas niñas que torturáis y sacrificáis como animales son vuestros enemigos?!

El arcángel frunció el ceño.

—No sé de qué estás hablando, pero tus palabras no corromperán mi espíritu.

—Quizá mi lengua no, pero puede que esto sí.

Erika había preparado el vídeo en su portátil justo en uno de los instantes más atroces. Bismark Kruger tuvo que retirar la mirada.

—Yo no sé nada de... eso —logró decir.

—Te queda poco tiempo. Dame la clave de acceso —le indicó apuntando con el arma al portátil que descansaba sobre la mesa que tenía a su derecha.

Pero aquella era una información que el arcángel no pensaba canjear por su vida.

—Dispones de unos minutos antes de que empieces a marearte. Sobrepasado ese límite ya no habrá vuelta atrás.

Bismark Kruger empezaba a palidecer.

—Dame la clave de acceso y vivirás.

—«Entonces yo procederé con hostilidad airada contra vosotros, y yo mismo os castigaré siete veces por vuestros pecados. Comeréis la carne de vuestros hijos, y la carne de vuestras hijas comeréis. Y destruiré vuestros lugares altos, derribaré vuestros altares de incienso y amontonaré vuestros cadáveres sobre los cadáveres de vuestros ídolos, pues mi alma os aborrecerá».

Erika dejó escapar un suspiro.

Un automatismo que abogaba por su supervivencia le incitó a la rebelión pero las reservas de energía seguían perdiéndose por debajo de los tobillos y apenas pudo moverse.

—¿Quién es Corteza de Roble?

Bismark Kruger la miró sorprendido, como si acabara de verla por primera vez. De inmediato, una sonrisa jovial y sincera empezó a inflarse

en su rostro hasta estallar en una carcajada furibunda, carente de vitalidad.

—No vivirás para averiguarlo —respondió altivo.

—En tus circunstancias, yo no apostaría por ti en una competición de longevidad. Pronto se te marchitarán las alas a no ser que yo lo impida.

—Ya puedo sentir su gélido aliento. Mi cuerpo no me pertenece pues mi espíritu vivirá eternamente. He servido bien a la causa y caeré batallando. Me reuniré con mis hermanos que me precedieron y esperaré a los que llegarán después. Así ha sido y así será.

Erika comprendió que no iba a sacar nada de provecho de aquel interrogatorio y, en cierto modo, llegó a empatizar con el hombre al que se le estaban agotando los últimos minutos de vida. Cosas de la bipolaridad, concluyó Erika.

La misericordia no tenía cabida en aquellas circunstancias.

El arcángel cerró los ojos y, de forma progresiva, los músculos faciales se fueron relajando. Tal circunstancia unida a sus predominantes rasgos infantiles le otorgaba la apariencia de un niño que acababa de entrar en el jardín de los sueños.



SIEMPRE QUE UNO GANA OTRO PIERDE

*A-67 a 8 km de Reinosa (Cantabria)
8 de septiembre de 2012, 13:12*

El funeral duró lo que tardó en empezar el entierro.

Las exequias habían congregado a buena parte de la población de Los Corrales de Buelna en los alrededores de la iglesia de San Vicente Mártir. La mezcla visual de uniformados y civiles dentro del templo se antojaba entre incompatible e imposible, como un traje de Armani con riñonera.

Incómodo. Ese era el término que mejor resumía el estado de ánimo de Sancho desde que se vistió con el traje de gala a las siete de la mañana y se subió al coche en compañía de la inspectora Robles y el subinspector Peteira. Durante las tres horas y media que duró el trayecto las palabras no supieron imponerse a los silencios y Sancho decidió rellenarlos con una selección de la discografía de El Último de la Fila. Nadie se opuso. La única charla que se prolongó durante más de quince minutos fue la incómoda conversación que mantuvo por teléfono con la jueza Miralles. Porque convencer a Aurora de la necesidad de que le firmara el auto le había resultado francamente incómodo.

—Es el camino más rápido para devolver esa niña a sus padres —le había argumentado el pelirrojo.

—No me gusta, Sancho, conlleva un riesgo muy elevado. Ese tipo es peligroso, además, ya he decretado su ingreso en prisión provisional y sin fianza en cuanto reciba el alta médica.

—Si no damos con su paradero, Margarita Zúñiga va a seguir sufriendo, Aurora.

—¡No se te ocurra ponerme entre la espada y la pared tirando de sentimentalismos! Mis decisiones obedecen solo a los hechos, no a conjeturas. También puede ayudarte desde la cárcel de Villanubla, ¿no crees?

—No. Tiene que ver los lugares. El zulo no estará a la vista y, a pesar de que tenemos a un ejército registrando las ciento cuarenta y cuatro naves y almacenes disponibles en alquiler en la provincia de Valladolid que han salido en el archivo, no disponemos de tiempo suficiente. Además, ¿quién nos asegura que la tenga encerrada en una que no figure en ese archivo? Una abandonada, o fuera de la provincia, o...

—¿Y si sucede algo imprevisto? —le cortó la jueza.

—Iré siempre acompañado y no haré ninguna estupidez, tienes mi palabra.

—¡Son tus palabras las que me ponen en el disparador, Sancho!

La jueza claudicó minutos más tarde, no sin antes advertirle de que no pensaba cubrirle si finalmente algo se torcía. Tras repetírselo de varias formas distintas, le confirmó:

—A última hora tendrás la orden en el juzgado; no hace falta que pases a saludarme.

Y colgó.

No menos incómodo que el viaje fue el propio acto religioso partiendo del hecho de que al inspector Sancho le desagradaba de por sí todo lo que tuviera ese apellido: «religioso». Compartir el dolor verdadero de los familiares y amigos frente a la forzada y forzosa presencia de los mandos; las lágrimas sinceras frente a los hipócritas intercambios de muestras de apoyo. Todo ello condimentado por el engolado y ampuloso verbo del oficiante en su cruzada por defender una máxima: «La muerte no es más

que el principio de la vida eterna». Sancho se alegró varias veces de no llevar encima el Colt Anaconda durante la ceremonia.

Igual de incómoda fue la breve conversación que mantuvo con Álvaro Peteira sobre el comprometido estado de su hijo Marcos y lo poco halagüeño que se podía extraer del último informe de los especialistas sobre su enfermedad.

E incómodo fue el monólogo que tuvo que aguantar de un demudado comisario Herranz-Alfageme sobre la responsabilidad de las decisiones que uno toma. Otro modo de insistir en el mismo mensaje que le había recalado la jueza Miralles:

«Si algo sale mal te van a enterrar», dilapidó Copito con un comentario escasamente afortunado pero no por ello exento de verdad.

Y como no podía ser de otra manera, incómodo estaba resultando el viaje de regreso tras el debate suscitado por la llamada de Fajardo. Este les había contado que la última llamada del mexicano a la familia se había realizado desde un teléfono no intervenido y se había localizado en el repetidor que daba servicio a la población segoviana de Cantalejo. Saberlo no significaba nada más allá de lo circunstancial, como nada iban a encontrar los agentes de la Guardia Civil que ya estaban actuando sobre la zona. Sancho tuvo la certeza de que Fajardo le estaba dosificando la información, práctica que él mismo llevaba a cabo cuando no quería que nadie metiera la nariz en los asuntos del Grupo. Aquello, sumado a las averiguaciones que había realizado Sara Robles en relación a las revelaciones de Bonifacio Socorro, lo llevó a aplazar esa charla para otro momento «más propicio». Así, aduciendo razones de carácter extraoficial, terminó convenciéndole para mantener un encuentro en cuanto llegara a Valladolid.

La sensación de que una cuenta atrás iba a precipitar el desarrollo de los acontecimientos alimentó el drama entre los ocupantes del vehículo. Que empezara a sonar por tercera vez *Lápiz y tinta* tampoco ayudaba a disminuir el estrés.

Tela, cinta, otra vez a empezar.

Lápiz, tinta y al paisaje a robar.

*Y al placer de reencontrar
el limbo de un tiempo que se nos va.*

—¡Qué ganas tengo de sacar a ese cabrón de paseo! —comentó Sancho superponiéndose a la voz de Manolo García en el estribillo—. Aunque, para ser sincero, no tengo ni puta idea de por dónde empezar a buscar.

—Se supone que para eso vas a sacarlo, para que él nos guíe —opinó Pereira.

—Puede que no pretenda otra cosa que hacernos perder el tiempo... —repuso Sara Robles.

—¿Se te ocurre alguna otra forma mejor de invertirlo? —le preguntó el inspector sin retirar la mirada de la carretera y rascándose la barba casi con desesperación.

—En el punto en el que estamos, no, pero eso no quita para que no obviemos la posibilidad de que no estemos en el camino correcto.

Sancho chasqueó la lengua como muestra de ofuscación por el circunloquio.

—Vosotros dos vendréis conmigo, le he dado mi palabra a la jueza de que tomaría precauciones. Hay que tenerlo todo dispuesto. Sara, encárgate de actualizar el informe con los registros del listado de almacenes, naves y demás localizaciones que elaboró la gente de Fajardo, no vayamos a buscar donde ya han estado los del tricornio.

—Entendido.

—Álvaro, ahora nos vendría bien una de tus enrevesadas teorías —propuso buscando su mirada a través del espejo del retrovisor.

Peteira miraba a través del cristal de la ventanilla.

—El color verde —introdujo—. El verde es la expresión de la vida en su máximo esplendor. Uno nace pensando que va a florecer, que antes o después llega el momento culmen para el que nos prepararon nuestros padres, igual que les sucediera a ellos en el pasado. Pero resulta que nadie nos advirtió de los peligros, de las adversidades que, cuando llegan, no sabemos cómo afrontar. Es la crueldad del destino —sentenció y ninguno quiso intervenir en aquella reflexión en voz alta—. Quizá estuviera escrito en el destino de esa chica y nada pudo hacerse. Sin embargo, yo siempre

creí que cada uno cumple un papel que justifica su propia existencia. Yo no sé cuál es el de los demás, pero quiero creer que el mío consiste en compensar las desgracias que se producen en nuestro entorno. Si no recuperamos a Margarita mi verde será menos verde.

Sancho no estaba seguro del mensaje que había querido lanzar el subinspector, pero algo le hizo relacionar el discurso con el que no hacía mucho había escuchado de boca de Ólafur Olafsson. Se preguntó si estaría propagándose una plaga de existencialismo a su alrededor y, quizá conmovido por ello, sopesó la posibilidad de desvelar los detalles de su relación con el Chupao. Y en eso se quedó, en una posibilidad, porque lo único que se escuchó durante los siguientes kilómetros fue el sereno rugido del motor del BMW. Pasando Aguilar de Campoo el teléfono volvió a reclamar la atención del inspector, esta vez era el águila, Dani Navarro.

—Sancho.

—Lo mismo no es el *mejor* momento, pero me veo en la obligación de comunicarte que esta tarde, a partir de las diecisiete horas, este guardia estará en los campos de rugby de Pepe Rojo. Por si te animas.

—No es mal plan, pero tengo... Espera, espera. ¿Contra quién jugamos?

En algún lugar de la provincia de Valladolid

Examinaba sus piernas como si pertenecieran a otra persona pero cuando pasaba la yema de los dedos por encima de esas protuberancias rojas sentía un escozor agudo, muy suyo, irritante pero a la vez adictivo. Las pápulas más maduras estaban reventadas tras el inclemente paso de las uñas. Soltaban un líquido transparente mezclado con sangre que despedía un olor fétido que Margarita adjudicó al de un cadáver en fase de putrefacción. Algunas heridas empezaban a curar y las costras, abultadas también, se confundían con los efectos de las picaduras de los chinches. Bien pensado, podrían considerarse una consecuencia en su último estadio. La buena noticia era que el bozal apenas le molestaba. Aquel artilugio ya formaba parte de ella; o ella del artilugio. No había vuelto a palparse la herida que marcaba la zona donde no hace mucho una oreja se unía a su cuerpo. Le

seguía doliendo intensamente y hacía todo lo posible por no pensar en ello, pero cada cierto tiempo volvía a preguntarse cómo habrían reaccionado sus padres al recibirla.

«Mamá se habrá puesto a llorar como una histérica y papá habrá sido incapaz de articular palabra, como cuando vio escritos los tres insuficientes en las notas de la primera evaluación de Josean. Pero ¿qué mierda están haciendo por sacarme de este agujero? Lo mismo piensan que me tienen en un sofá, plantada delante de la televisión, comiendo hamburguesas y patatas fritas... ¡No te fastidia! No, no, de ninguna manera. No son estúpidos. Al recibir la oreja se habrán imaginado lo que estoy pasando. Porque la habrán recibido, ¿no? ¿Y si ha ocurrido alguna incidencia de esas tan habituales del servicio de correos y está rulando por toda España? ¿Y si se ha quedado en alguna oficina pudriéndose a la espera de ser recogida? ¿Y si la ha olfateado algún perro de esos que revisan la correspondencia en busca de drogas y se la ha zampado? No creo, los perros no comen esas mierdas. Daría la oreja izquierda por saber qué coño le ha pasado a la derecha. Por lo menos así dejaría de ser asimétrica. Ese sería un buen mote: “la Asimétrica”. ¿Cómo me apodarán en clase? “¿El Calabacín?”. “¿Miss Potato?”. “¡Jarrón Roto!”. Ese mola. Soy como un jarrón al que se le ha roto un asa. *Broken vase*. no; mola más “Jarrón Roto”. “Jarroto”. ¡Ya está! La Jarroto. ¡Pasa de mí, Jarroto, no me comas la oreja! La jodida Jarroto menuda mala baba tiene, siempre con la mosca detrás de la oreja. ¡Hoy es el cumpleaños de la Jarroto, vamos a tirarle de la oreja! En cuanto me vea Toño va a borrar mi teléfono de sus contactos. Ya puedo olvidarme de los tíos, porque ninguno va a querer acercarse a la Jarroto. ¡Salir con la Jarroto es toda una experiencia! Le susurras algo al oído y cae rendida. Me veo con unos auriculares de futbolista a perpetuidad o con un peinado como la princesa Leia. ¡Preciosa! ¿Existirán prótesis? Si se puede elegir me pido unas orejas élficas, como Galadriel. Bien guapa. Jarrodriel no suena mal...».

El sonido de la trampilla interrumpió el soliloquio.

Pavor.

Urbanización Aldeamayor Golf

Se fijó en una que tenía forma de bote de judías; o eso interpretó.

Karatu tiraba vigorosamente de la cadena y, aunque se encontraba algo mejor, a Ólafur Olafsson le costaba imponerse al ímpetu del animal, deseoso por acceder al cercado en el que pastaban decenas de caballos.

Había asistido al tránsito entre la noche y el día como si aquel amanecer fuera el primero y el último. La batalla era lenta, casi estática, pero cada segundo que transcurría la luz iba conquistando terreno a la oscuridad sin cobrarse una sola víctima. Se trataba de un avance tan imperceptible como cierto, similar al que se estaba produciendo en su interior. Igual de pausado aunque mucho más doloroso. A media mañana había logrado ingerir alimentos y agua sin que su cuerpo los expulsara y tal hazaña quiso celebrarla dando un paseo con su nuevo acompañante.

No sabía muy bien cómo había llegado hasta esa otra zona de pinar acotada por una valla metálica, pero enseguida resolvió que podría ser un buen lugar para dejar suelto a Karatu. En cuanto lo hizo, el animal empezó a esprintar de un lado a otro como si estuviera persiguiendo algún espíritu leporino. Observando el alarde físico del dogo argentino, notó que el móvil se agitaba en el bolsillo interior de la gabardina. Cuando fue a cogerlo reparó en que tenía los dedos agarrotados por el frío y la tensión a la que había sometido a los tendones en su empeño por no soltar la correa. Carraspeó con potencia inusitada al verse anegado por un torrente de emociones.

—Erika, ¡por fin!

—Comisario.

—No sabes cuánto me alegro de escuchar tu voz.

—Me acaban de entrar tus llamadas perdidas, he tenido el teléfono apagado un par de días.

—Ya. Apagado. Estaba preocupado por ti. Tengo razones para pensar que estás en peligro.

Erika invirtió unos segundos en dar con las palabras.

—Precisamente por eso estaba fuera de cobertura. Me estaba ocupando de..., ¿cómo decirlo?

—Has recibido el informe de De Bruyn, ¿no es así? —se adelantó Ólafur.

—¡Mierda! ¿Tú también?

—Yo no, Sancho. Ahora mismo estoy en su casa.

—¡Mierda, mierda, mierda! ¡Tienes que salir de ahí! —gritó—. ¡Tenéis que marcharos de inmediato! Esos tipos son profesionales. Yo he tenido mucha suerte.

—¿Qué has hecho?

—Ahora no tiene importancia. Ese tipo asesinó a la persona que cuidaba de mi casa de Plentzia y luego vino a buscarme a Ámsterdam. Irán a por Sancho. Le he llamado antes que a ti, pero también tiene el teléfono apagado.

—Esta mañana se ha marchado al funeral de un compañero. Está pasando por días..., o semanas —rectificó—, complicados.

—¿Está al corriente?

—Sí, pero, como te decía, está con el agua al cuello y tiene el foco de atención en otros asuntos.

—¡Mierda, Ólafur! ¿Entiendes lo que te quiero decir? ¡Sé que van a por él y tienen las direcciones de los remitentes! Tenéis que anticiparos.

—Escucha, por favor. Sancho ya no vive en la dirección a la que le envié el informe. De todos modos, en cuanto consiga hablar con él le pondré sobre aviso. Sabremos cuidarnos.

—No se trata de que toméis precauciones, se trata de tomar la iniciativa.

—Ya. La iniciativa. Justo de eso quería hablarte, Erika..., verás, no me encuentro en plenitud de condiciones físicas. Me estoy recuperando, pero aún tardaré unos días. No sé cómo pedírtelo, maldita sea.

—Acabas de hacerlo.

—Gracias.

—No me las des, me vendrá bien dejar esta ciudad una temporada.

—Erika, ¿has llegado a ver...?

—Sí, lo he visto. Terrible.

—Tenemos que hacer algo.

—Estoy contigo, pero para hacer algo hay que seguir en el mundo de los vivos. Preocúpate por ello. Voy a comprar un billete de avión. Te aviso.

Nos vemos pronto, comisario.

Antes de guardar el teléfono, Ólafur Olafsson se apoyó en un tronco para coger aire. Lo soltó en forma de silbido y Karatu acudió a su lado.

Campos de rugby de Pepe Rojo

Apenas le dio tiempo a pasar por casa para darse una ducha con la que despojarse del sinsabor que le había dejado la jornada matutina. Colgó el traje de gala deseando no volver a ponérselo jamás y se vistió con prenda de abrigo para protegerse del gélido hálito que en esa estación del año empezaba a adueñarse del valle de Renedo. Ólafur estaba dormido cuando llegó y seguía dormido, tumbado en su sofá amarillo de pensar, cuando se marchó. No quiso despertarle. Tumbado a sus pies, Karatu le dedicó una mirada triste de sesgo infractor, como si no se atreviera a confesarle algo terrible.

No se veía demasiado público. La oferta de ocio y gastronómica del centro de la ciudad en el último sábado de feria superaba con creces a la deportiva. Sin embargo, nada más entrar en el recinto, el pelirrojo sintió que un cable muy grueso se desconectaba de su cerebro; temporalmente. A continuación divisó al agente Navarro, que le saludó desde la distancia levantando dos cachis de cerveza. Sancho se esforzó por corresponder con un gesto risueño, con escasos matices de risa y abundantes de sueño.

—Uno con bastante limón y otro con bastante poco limón, como manda la tradición —se anticipó el águila.

—Para este guardia el que está al lado del que tiene bastante limón, gracias. Casi no te he visto en el funeral, había mucha tropa.

—Demasiada para la simpatía que estilaba el Garri e insuficiente para lo buen poli que era.

Sancho bebió un trago largo para digerir aquella afirmación, tan tendenciosa como acertada.

—La última vez que vine al Pepe Rojo estuve a punto de meterte un cartuchazo en el pecho, compañero —recordó el inspector—. Si aplicamos esa teoría a tu futurible funeral..., no nos juntamos ni para echar un mus.

—Ni más cojones. Oye, no te he preguntado. ¿Qué tal en la casa del representante?

—El escritor, querrás decir —le rectificó.

—Cuando publique algo, ¿o acaso yo era policía antes de tener la placa? Pues eso: si yo no era nada, él tampoco.

El inspector soltó una carcajada que una ráfaga de aire se encargó de repartir entre los aficionados.

—Vamos donde siempre, ¿no?

—A tu edad, cuanto más moderados sean los cambios, mejor —bromeó Navarro, punzante.

—Lo que te decía, hoy no te libras del disparo. No sé ni contra quién coño jugamos —reconoció.

—Es un cuadrangular. Partido de pretemporada, ya sabes.

—Sí, sobredosis de fases estáticas. Vamos a ver cuánto tiempo lo disfruto antes de que venga Fajardo.

Navarro le miró sorprendido.

—¿Has quedado aquí con la Triple Efe?

En la grada pequeña se encontró con las caras habituales. El sanedrín blanquinegro con las uñas bien afiladas.

Aún no se habían visto los primeros placajes en el campo cuando la pantalla del móvil anunció la llegada del jefe de la Unidad de Secuestros y Extorsiones. No le concedió la oportunidad de contestar.

—¿Dónde coño estás, máquina?

—Salgo a buscarte.

No hubo problema en encontrar un lugar apartado entre los muchos asientos vacíos. Dani Navarro asumió deportivamente su apartada coyuntura.

—Ya me dirás por qué has querido que nos viéramos aquí.

—Necesitaba desconectar, aunque solo hayan sido unos minutos. ¿Habías estado alguna vez en un partido de rugby?

—Ni por la tele.

—Colectividad, Fernando, esa es la clave. Los ojos profanos pueden interpretar que es un deporte en el que los delanteros se parten la jeta para que los tres cuartos se luzcan, pero no es así. Si uno de esos estilizados

figurines de ahí —señaló moviendo el brazo— no placa, todo el trabajo de los gordos no habrá servido para nada.

—Déjate de mensajitos velados, coño, que no está la cosa para andarnos con rodeos. Escupe de una vez lo que tengas que decir.

—Compromiso —continuó, haciendo caso omiso de su observación—. ¿Tú te pondrías enfrente del número 3? Debe de pesar ciento veinte kilos. Imagínatelo en carrera viniendo hacia ti. Tu objetivo es pararlo, ¿qué harías?

—Disparar al búfalo.

—Tu mente te dice: «Apártate», pero el compromiso con el colectivo es más fuerte y te acabas tirando a los tobillos para frenar la carga. En el mejor de los casos el búfalo caerá encima de ti y sus compañeros te pasarán por encima para ganar la línea de la ventaja. Pero cuando todo termine tendrás que levantarte, recolocarte y prepararte para seguir defendiendo. En el campo las individualidades no cuentan, todos tienen que aportar, sumar algo para su equipo. Nadie se quita. Yo —enfaticó— no me quito.

—Ecuador. No te jode.

Sancho se giró repentinamente y le agarró por las solapas del abrigo. Fajardo trató de oponer resistencia pero el pelirrojo ya estaba sobre él.

—¡Yo no me quito! ¡¿Entiendes?! ¡Yo no me quito! —le repitió con obstinación ante las miradas atónitas de los aficionados más próximos.

El agente Navarro intervino a tiempo. El inspector volvió a colocar en su asiento al jefe de la Unidad de Secuestros y Extorsiones, que todavía no sabía cómo reaccionar. El de la motorizada volvió a su sitio al ver que Sancho recobraba el control y sacaba un cigarro de los de Garrido. Tosió cuando el humo llegó a sus pulmones.

—Estás para que te encierren, cabrón.

—Escúchame bien, no sea que me vuelva a dar un ataque. Hablas demasiado y, aunque te resulte difícil de entender, existimos otros que nos dedicamos a procesar lo que sale de la boca de los demás. Me dijiste que solo habías tenido que intervenir una vez en México y que saliste... escaldado, esa fue la palabra que utilizaste. Sin embargo, días después mencionaste que habías estado allí al poco tiempo de formar parte de la Unidad. Podría deberse a un simple error de tu memoria, pero tu memoria

no suele cometer errores y menos simples. Igual que cuando se te escapó el 54 cuando todavía no sabíamos que era el rango que tenía. No obstante, fue tu forma de actuar en el dispositivo fallido lo que me hizo saltar la alarma. Para ser una eminencia en la materia te comportaste como un adolescente en su primer polvo. Te pudo la ansiedad y te corriste en el primer empujón.

—No tengo ni puta idea de adónde quieres llegar.

—Hasta ayer no pude llamar a Bonifacio Socorro —le adelantó.

Fajardo bajó la cabeza.

—No le gustas una mierda, por cierto, pero aun así quiso ayudarte; de nuevo —recalcó—. Me contó que había hablado contigo en relación con Servando Garay, alias el comandante Chimuelo. Recordaba perfectamente el día y la hora: el día 5, entre las once y las doce del mediodía. Contando las siete de diferencia con Distrito Federal, quiere decir que ya tenías identificada la voz antes de poner en marcha la operación Chupatermómetros. Le he dado muchas vueltas al motivo por el que podrías haber ocultado esa información.

—Sancho, déjame que te explique —le rogó con la mirada clavada en el campo de juego por primera vez.

—¡No! ¡Ahora me escuchas tú a mí, hablarás cuando yo termine! Para tu tranquilidad te diré que nunca he pensado que tuvieras un arreglo con él, si hubiera sido así creo que no hubiera podido evitar meterte una bala del calibre 44, créeme. Como tú has dicho, estoy para que me encierren, pero tengo mis momentos lúcidos. Uno de esos me llegó cuando un amigo mencionó que pillan más asesinos por el pasaporte que por las huellas dactilares. Pasaporte —repitió—. Entonces me acordé de cómo justificaste la entrada en España de un tipo tan peligroso como Garay. «El clásico error del funcionario de turno», dijiste. No, cabronazo, no, por tu puto error. Por algún motivo que me vas a detallar, se lo permitisteis. Tú en concreto lo autorizaste. Lo hemos comprobado. Empieza a soltar la lengua y que no se te olvide ni una coma.

Fajardo negó con la cabeza como preludeo a su intervención.

—Solo estoy tratando de borrar la única mancha que figura en mi expediente. Fue uno de esos casos en los que ni siquiera llegamos a intervenir. Sucedió a finales del 2007. Unos tipos secuestraron al hijo del

director de una sucursal del Banco Santander en Chilpancingo. Mario Alonso Revuelta se llamaba el chaval, no había cumplido los dieciocho. Le amputaron un dedo antes de empezar a negociar, pero tardaron diez días en comunicarse con la familia. Pagaron dos rescates, en el primero lograron despistar a los federales, o vete tú a saber si les tenían en nómina. El caso es que en el segundo intento sí consiguieron detener al correo. Empeñaron cinco días en arrancarle una palabra, pero al llegar al lugar donde lo retenían, encontraron a Mario en estado de descomposición. Los forenses confirmaron que había muerto hacía más de una semana a consecuencia de un fallo multiorgánico provocado por el agravamiento de unas lesiones internas no tratadas. El chaval debió de resistirse durante su captura y sus guardianes se lo hicieron pagar muy caro. Esta gente no se anda con tonterías. Y esa fue la primera vez que escuché hablar del comandante 54, que era quien dirigía a ese grupo de desalmados.

Sancho no quiso interrumpirlo, solo fumaba.

—Según parece, las autoridades de México lo tenían controlado, pero estaban absolutamente desbordados con el volumen de secuestros que se producían en todos los estados. Se cursó la orden internacional de búsqueda, pero no obtuvimos ningún resultado. Pensé que me había olvidado del asunto, pero su nombre saltó en el sistema cuando compró el billete para volar a España. Teníamos todo preparado para detenerlo en el momento en el que pusiera los pies en Barajas, pero llegó una notificación del Ministerio del Interior paralizando el operativo a instancias de su homónimo mexicano. Según me enteré más tarde, los Zetas le habían encomendado entablar relaciones con otras organizaciones para extender sus tentáculos en Europa. Intenté oponerme, pero me hicieron desistir argumentando que la lucha contra el crimen organizado era prioridad absoluta. Me rendí enseguida, lo reconozco. Luego me enteré de que estaba en prisión y me olvidé completamente de Servando Garay y de su puta sombra.

—Claro. Así que cuando te dieron los resultados de la acústica forense, la Triple Efe se ajustó el antifaz del llanero solitario y se imaginó cabalgando solo montado sobre Silver para administrar justicia.

—Puedes meterte tu sorna en el mismo sitio que guardas tus refranes, metáforas y alegorías. Lo cierto fue que no confiaba en el poli *superstar* con el que me tocaba currar y ese fue el motivo por el que decidí guardarme esa información.

—Una mierda —masculló entre dientes—. Lo que querías evitar a toda costa era que esa mancha eclipsara el brillo del astro rey.

Durante el silencio que vino después, Sancho se percató de que la actitud de Fajardo distaba muy poco de la suya, ocultando su pasado común con el ideólogo del secuestro. Sin embargo, no valoró ni por una décima de segundo desvelárselo al hombre que tenía sentado a su lado. El motivo era del todo coincidente: no confiaba en él.

—Muy bien. Se acabó el día y se jodió la romería. Vamos a olvidarnos de nuestros ombligos y a trabajar juntos —propuso el pelirrojo—. Dime en qué situación nos encontramos.

A Fajardo no le pareció mala idea.

—Travieso está revolviendo en la mierda y el olor ha llegado hasta Hernández Santiago. En Madrid están apretando tuercas y mi jefe me ha trasladado a mí toda la responsabilidad de la operación. Me ha ordenado que te mantenga informado solo en la parte imprescindible. No quieren más errores y si algo sale mal..., si la cosa se tuerce te aseguro que van a hacer un burruño con los dos y a tirarnos a la basura.

—Sé aceptar mi papel en el equipo, pero necesito conocer la jugada.

—Te lo cuento, pero deja ya los símiles rugbísticos o te voy a vomitar encima —le advirtió—. Tenemos que controlar las condiciones de entrega sin que Garay se percate de ello. No va a ser fácil, lo sé —añadió al ver la mueca de incredulidad de su interlocutor—. Es vital que acertemos con el lugar correcto para que el despliegue operativo funcione.

—¿Cuándo crees que se producirá?

—En breve. Él sabe que cuanto más tiempo nos dé menos oportunidades tendrá de llevarse el premio, pero antes tiene que enviar otra prueba de vida que le ha exigido Azucena. La mujer no está actuando según los parámetros normales. Parece ajena a sus propias emociones pero es una bomba de relojería que podría estallar en el momento más inoportuno. Nos hemos movido muy rápido para balizar el dinero y ella irá barnizada de

arriba abajo. El propósito de la operación es hacer la entrega y seguir al correo hasta que nos lleve a la voz. No lo detendremos hasta que lo hayamos identificado.

—¿Dónde entramos nosotros?

—El operativo está conformado por tres líneas de control con el indicativo «lince». El grupo táctico del GEO solo contactará conmigo en cerrado y el equipo Cóndor en abierto para toda la malla. Yo recibo, canalizo y distribuyo órdenes a los responsables de los indicativos. Los canales de trabajo ya están asignados, el principal y dos de emergencia. Los «telecos» se han ganado la paga y tanto los vehículos como equipos de transmisión están listos. Garay nos va a tratar de chulear, eso lo tenemos claro. Nos llevará de un sitio a otro para ver si hemos puesto cola al pagador, pero estamos preparados para seguirle el juego. No queremos trincarle, queremos que nos lleve hasta la niña. Una vez que localicemos su paradero los enganchamos a todos y se los empaquetamos al juez para regalo.

La Triple Efe hizo un parón para rellenar los pulmones. Sancho soltó el humo que tenía retenido en los suyos y apagó la colilla contra el hormigón.

—Si insistes en formar parte del operativo os puedo meter en los equipos de reacción, no me pidas que te incluya en los de aproximación — se anticipó—. Te quiero lejos, muy lejos del escenario, seguramente te haya visto el careto en alguna revista del corazón y..., ¡joder, Sancho!, que a ti se te reconoce hasta embutido en el disfraz del puto Espinete.

El inspector contuvo la sonrisa.

—¿Algo más? —preguntó el de la Unidad de Secuestros y Extorsiones. Sancho se introdujo los dedos en la barba y los movió despacio.

—Sí.

Fajardo no disimuló su incomodidad.

—Siento haberte arrugado la corbata.

—Disfruta del partido y cuídate, que estás para que te encierren — insistió propinándole unas palmaditas en la espalda antes de marcharse.

Encerrada en el baño, Azucena comprobó por enésima vez que el teléfono tenía cobertura. El reflejo en la pantalla le devolvió la imagen de

una mujer que se parecía poco a esa que hacía justo una semana se maquillaba frente a ese mismo espejo, arreglándose para disfrutar de una velada prometedora en el club social de la Hípica junto a David y Valeria.

Siete días.

Un calvario concentrado en apenas un suspiro de tiempo; un *vía crucis* para el que ninguna madre estaba preparada; una reclusión domiciliaria sin fecha de puesta en libertad y un teléfono inalámbrico como carcelero.

La aflicción y el odio circulaban por sus venas entremezclándose en un compuesto explosivo altamente inestable.

Había confiado en una intervención celestial y acudido a su fe para encontrar la explicación que diera sentido a tantos interrogantes; infinidad de cuestiones que su parte racional no dejaba de formular. Incluso había consultado al padre Damián, segura de que él alumbraría las respuestas: «El Señor nos prueba de infinitas formas, hija, pero normalmente hay un propósito», le había dicho. ¿Qué propósito puede contenerse en el sufrimiento? ¿Qué había hecho su hija para ser el centro de la ira de Dios? Ni ella era Abraham ni Margarita era Isaac y desde luego lo que no iba a hacer era quedarse de brazos cruzados a esperar a que apareciera una mano salvadora.

Ya no.

Había confiado en el criterio de su padre empujada por la cobardía. Sin tacharle de culpable, era un hecho que sus decisiones no habían dado el resultado que esperaba, más bien todo lo contrario. Él representaba la fortaleza absoluta, la protección con la que siempre había contado, su certificado de seguridad.

Pero ya no.

Porque nada era como antes. Hacía menos de una semana que sus abúlicas preocupaciones basculaban en torno a las apariencias, a lo trivial. Vacuos propósitos de una vida insustancial como la suya, como la de su marido. Se había visto con él esa mañana. Se estaba ocupando de mantener alejado de toda la vorágine mediática a Josean, en cuyos valores superficiales se proyectaban esos que le habían inculcado sus padres. El adolescente parecía que hubiera experimentado una regresión emocional hasta la infancia. Prácticamente no abría la boca más que para quejarse de

las incomodidades que tenía que sufrir y solo en ciertas ocasiones tomaba conciencia de la realidad. Y cuando sucedía, se desarmaba por completo, como un recién nacido a merced del entorno.

Siete días.

Un suspiro.

Por delante otra noche en vela, pendiente de que sonara el maldito teléfono y de escuchar la fatídica voz del hombre que retenía a su hija. Presentía que el desenlace se aproximaba, deseaba que así fuera, aunque un pálpito le decía que no se trataría de un final feliz.

Y no andaba muy desencaminada.

Hospital Clínico Universitario

El aviso le llegó entrando en la rotonda de la urbanización y, sin necesidad de enderezar el volante dio la vuelta por donde había venido. Ya tenían la orden de Miralles, por lo que al día siguiente podría sacar a Aitzol Etxeandia del módulo policial. Sin embargo, se le ocurrió otra vía de ganar tiempo y, tras realizar una llamada a la inspectora Robles, se dirigió al hospital.

Sara llegó un cuarto de hora más tarde que él.

—¿Lo tienes?

—Calentito.

—Ven conmigo, que lo mismo se me pone tonto el médico de guardia y no estoy yo para convencer a nadie por las buenas.

No fue así, pero le dijo que disponía solo de cinco minutos para hablar con el paciente.

—Me sobran cuatro —dijo frotándose los ojos, enrojecidos por la falta de descanso.

El detenido tenía mejor aspecto. Esta vez no le hizo falta hacer ninguna indicación al agente con cara de ardilla a punto de ser atropellada para que saliera de la habitación.

—No esperaba verte tan pronto. ¿Cómo está el Karatu?

—Vivo.

Sancho le arrojó la carpeta sobre las piernas.

—Para que te entretengas. Ahí tienes todas las ubicaciones con sus características. En rojo están marcadas las que ya hemos inspeccionado. Prepara la ruta. No te acuestes muy tarde, que mañana paso a recogerte a las ocho en punto —le dijo antes de marcharse.

Sara le estaba esperando fuera.

—Fugaz —calificó ella.

—Como un matrimonio de Enrique VIII. Te invito a una cerveza, hay algo que debes saber.

—No acepto menos de tres.

—Andando.

En previsión de la densidad de tráfico en las vías del centro, Sancho decidió dejar su coche estacionado en las calles aledañas del hospital. Trató de comunicarse con Ólafur pero una grabación en islandés le hizo desistir.

El Zero Café acababa de abrir y, sin embargo, ya tenía la barra poblada de clientes. En la pantalla el inicio acústico de «El estanque», del *Tour 2007* de Héroes del Silencio. Las siluetas de Enrique Bunbury y Juan Valdivia recortadas sobre dos grandes pantallas blancas hacían del montaje escénico una enorme cara de gato.

Sancho canturreó el inicio de la canción.

Las leyes salvajes empañan mi vida.

El estanque no para de crecer.

Tanto sube el nivel.

El mar se derrama ahogándome.

Ahogándome.

Solo hay arena.

—Me alegro de volver a verte —le saludó Luis—. ¿Qué va a ser?

—Dos cervezas.

Sancho le explicó a la inspectora dónde estaban, pero no por qué. Ella escrutaba la decoración del bar al tiempo que escuchaba a su compañero, El pelo suelto suavizaba el corte aristado de los pómulos ablandando su habitual berroqueño semblante.

—Toda esta mierda es por mi culpa —soltó sin más preámbulos—. Conozco a Aitzol Etxeandia, es decir, lo conocía de antes.

Sara bebió para tragar su desconcierto. Una ronda más tarde seguía confundida, sin saber muy bien qué decir. A Sancho se le veía agotado físicamente y anímicamente consumido.

—¿Por qué me lo cuentas a mí? No me estás haciendo ningún favor, Sancho.

—Quería que lo supieras antes de montarte en el coche con ese cabrón. Si decides quedarte al margen, lo entenderé. A Álvaro se lo diré mañana, hoy no he tenido oportunidad. Mejor dicho, no he tenido cojones de contárselo.

—Sabes que terminará trascendiendo. Antes o después, de una forma u otra se acabará sabiendo y cuando eso suceda no va a existir un mando desde el comisario hasta el director general que no quiera patearte el culo.

—No pienso esconderme, nunca lo he hecho. En lo único que pienso ahora es en encontrar a esa niña, lo que venga después me importa poco.

—Valóralo bien. Si lo cuentas nadie podrá recriminarte nada. Todos arrastramos un pasado pero el tuyo es..., francamente, no sé cómo definirlo. El caso es que en el mismo momento en el que Travieso se entere de que ocultaste esa información para seguir al frente de la investigación no va a parar hasta que te entierre.

—Esa misma palabra empleó el comisario.

—Por algo será. ¿Y si sale mal? Es decir, ¿has pensado qué harán contigo si finalmente no damos a tiempo con Margarita? Ni siquiera tenemos la certeza de que esté viva, Sancho.

—Está viva —certificó terminando el botellín y deslizándolo por la superficie pulida de la barra para llamar la atención de Luis—. Tiene que estarlo.

—¿Otros dos? —preguntó con una amplia sonrisa.

—No. Para mí un Jameson con hielo.

—Yo sigo con cerveza —dijo ella—. ¿Confías en él?

—No, en absoluto, pero no me queda otra —alegó de forma poco convincente.

—¿Y si intenta algo?

—Por eso quiero que estés tú conmigo. Tienes criterio y a mí se me han agotado las últimas reservas.

—Y cuando me pregunten si era conocedora de tu relación anterior con el detenido, ¿con qué criterio les digo que sí pero que decidí continuar adelante?

—Por eso te lo estoy contando, para que consideres la posibilidad de no hacerlo.

—Claro. Muchas gracias, inspector. Hubiera preferido no saber nada.

—No hubiera sido honesto contigo.

—Honesto... Si te hubieras plantado delante de Herranz-Alfageme y asumido la posibilidad de que te hubieran retirado del caso habrías sido honesto. Conozco bien al comisario y es una persona razonable que defiende a los suyos por encima de todo, y esto lo digo con conocimiento de causa. Lo que sucede es que no confías en que esta tía que tienes delante sea capaz de hacerse cargo de la investigación, tanto que prefieres arriesgar tu puesto.

—Eso no es cierto. Confío en ti, pero no puedo arriesgarme a que me aparten. O no quiero, como prefieras. Soy consciente de que no soy culpable de estar pagando las consecuencias de una herencia que no elegí. Cuando estuve en San Sebastián, solo hacía mi trabajo y como infiltrado llegué mucho más lejos de lo que cabía esperarse. Arriesgué mi propia integridad y mi matrimonio se rompió en el empeño. Tampoco tengo la culpa de que este careto haya trascendido en los medios de comunicación y ello haya provocado que este hijo de puta haya buscado la forma de vengarse, soy consciente —repitió moviendo lentamente los hielos con el índice—. No soy culpable pero sí responsable. Es evidente que existe una relación de causa efecto. La causa soy yo y el efecto..., de momento dos: una niña inocente secuestrada y la muerte de un compañero.

Sancho se mojó los labios con el *whisky* irlandés antes de dar el primer trago. Sara quiso intervenir pero el inspector no se lo permitió.

—Espera que termine, por favor. Lo de Garrido ya no tiene solución, pero, mientras tú y yo hablamos, hay una niña que necesita nuestra ayuda, Sara. No puedo borrar me de la alineación. ¿Entiendes?

—Podría comprenderlo solo si lo hicieras pensando en Margarita.

—Si estuviera anteponiendo mis intereses ya habría hablado con Copito y ahora estaría durmiendo en mi cama; o intentándolo al menos —adujo él.

Sara Robles se puso la cerveza en la boca y desvió su atención hacia el techo.

—Nos van a colgar como a esos dos... lo que sean esos bichos.

—No mientes la soga en casa del ahorcado.

Ella asintió.

—Pero ¿qué tipo de garito es este?

—Uno raro —definió él.

—Como tú.

—Como ese que baila —comparó refiriéndose a un tipo menudo de camisa blanca que protagonizaba el vídeo *Lonely boy* de The Black Keys—. Si no estuviera tan jodidamente cansado me arrancaría a moverme como él —bromeó.

—Espera que saco el móvil.

Sus miradas convergieron en la pantalla gigante.

—Exacto, un chico solitario —tradujo ella del estribillo de la canción.

—No por decisión propia.

—Ya me extraña, eres todo un partidazo —ironizó la inspectora.

—De regional preferente en lucha por evitar el descenso, sí.

Sancho soltó una ruidosa carcajada recordando la conversación con Fajardo. Sara no puso medidas para evitar infectarse con la risa.

—Tiene toda la pinta de que vas a perder en el descuento, por un gol de penalti que no era.

—No, esta vez me toca ganar.

—Siempre que uno gana hay otro que pierde.

Sancho trituró la frase hasta desmenuzarla.

—Ni más cojones —concluyó.

Sara le regaló un gesto afectuoso que a Sancho le supo a gloria, como la cálida amargura que le dejó el licor a su paso por la garganta.

—Te toca. ¿Qué pasó en Zaragoza?

La inspectora jugueteó con el botellín.

—Discrepancias con la superioridad —zanjó.

Él prefirió hundir la mirada en el Jameson a profundizar en el asunto.

—Deberíamos marcharnos —sugirió ella un tiempo después, cuando detectó que el diálogo corría riesgo de estancarse en la ambigüedad.

Sancho cabeceó, no se sabe si por el exceso de alcohol, la falta de sueño o la suma de ambos. La calle San Blas estaba tomada por decenas de grupos contagiados por la jarana colectiva.

—Pillar un taxi un fin de semana de ferias va a ser como cruzar el Rubicón —comentó el pelirrojo.

—¿Adónde vas?

—A casa.

—Creo que he formulado la pregunta adecuada —gesticuló ella—. ¿Dónde se localiza tu domicilio actual?

—En Aldeamayor de San Martín.

Ella elevó las cejas, dibujando una tímida curvatura.

—A quince kilómetros.

—Aislado de la civilización, como un buen *lonely boy*.

El cerebro de Sancho patinó en la búsqueda de alguna ocurrencia con la que contestar mientras que el de Sara asfaltó una propuesta.

—No estás para conducir y las probabilidades de montarte en un taxi parecen nulas. Puedes dormir en mi casa si quieres. Vivo en un piso en la calle Torrecilla, aquí cerca, y tengo una habitación libre.

Sancho intuía que debía contestar con una negativa, pero no fue eso lo que hizo.

En algún lugar de la provincia de Valladolid

Tenía mucho peor aspecto que cuando le hizo la foto. Calculó que no habrían transcurrido más de ocho horas desde que le bajó la comida y se la encontró bañada en sudor y tiritando. No tardó en detectar el motivo que le provocaba la fiebre. El corte presentaba un color rojizo brillante del que supuraba ese humor lechoso amarillento que enseguida reconoció como pus. Toda la zona se había inflamado considerablemente y se podía percibir el aroma hediondo del suero infestado de bacterias y células muertas. El absceso activó su memoria.

No era la primera vez que le sucedía, de hecho, la muerte de aquel muchacho cuyo nombre había olvidado a la misma velocidad con la que le amputó el dedo fue el principio de la mala racha que estaba a punto de terminar. En 2007 habían encadenado una serie de secuestros cortos con *happy end*, como él calificaba cuando cobraba el rescate sin tener que matar al plagiado. La nieta de un empresario en Cuajinicuilapa, la mujer de un terrateniente de San Miguel Totolapan y un joyero de Zitlala les habían proporcionado más de siete millones de pesos, de los cuales casi dos habían ido a parar a sus bolsillos tras repartir el pastel con su gente y entregar la parte que le había impuesto Heriberto Lazcano, líder de los Zetas. De seguir así, conjeturó que se podría retirar en menos de cinco años. No obstante, la codicia le empujó a querer rematar el año con una operación especial y se fijaron en el hijo del director de una oficina bancaria de Chilpancingo cuya familia acostumbraba a hacer ostentación de su poderío económico. Además, eran de esos pocos que todavía se movían sin escolta. Todo cuadraba, pero la ambición y el exceso de confianza hicieron que no comprobara personalmente la información que en ningún momento mencionaba un detalle «insignificante»: el banquero era español. Aquella nimiedad lo cambiaba todo. Lo agarraron en plena calle, como hacían de forma habitual, y a las pocas horas se desencadenaron todos los infiernos. La presión de la Embajada española provocó que los federales se pusieran nerviosos, les entraban las prisas y, peor aún, hizo que los que ponían la mano empezaran a centrar su atención en el bello atardecer de Acapulco. En tales circunstancias no podían contar con ellos y cuando eso acontecía las posibilidades de alcanzar el *happy end* se reducían ostensiblemente. Para complicar, si cabe, más la situación, el muchacho empezó perder color, a amustarse, y en apenas tres días se quedó tiesito como la suela de un zapato. Para enviar la prueba de vida tuvieron que coserle los párpados y hacerle la foto desde lejos para que no se apreciaran las puntadas. Cobraron, sí, pero en cuanto encontraron el cuerpo se les echó encima hasta el ejército y no le quedó más remedio que esconderse una temporada larga.

La historia se repetía, pero, por suerte, esta vez había hecho y enviado la foto antes de que se presentara la fiebre y, aunque la niña no tenía buena cara, aún mantenía cierto fulgor en los ojos.

Margarita balbuceaba palabras ininteligibles que le recordaron a los conjuros que le escuchaba a la bruja de Catemaco cuando entraba en trance. Su padre recurría a aquella curandera cada vez que se le terminaba el remedio casero para combatir las migrañas. Ningún miembro de la familia se oponía al suplicio que implicaba el viaje, hacinados en una camioneta que se averiaba cada doscientos kilómetros a la ida y cada cien a la vuelta, puesto que aquel mejunje aliviaba su dolor y disminuía de modo considerable el del resto; proporcionalmente al número de palizas. Servando Garay se preguntó si la bruja podría salvarla con alguno de sus ungüentos porque él, aunque tratara de limpiarle la herida, iba a necesitar antibióticos para combatir la infección y no podía arriesgarse a que alguien lo reconociera en una farmacia. No en aquel momento tan cerca del final. Si todo salía como lo habían planeado, en una semana habría saldado su deuda con los Zetas y podría regresar a su tierra para no volver a pisar Europa. Tocar aquel horizonte bien valía una vida, o las que fueran.

Solo tenía que esperar a recibir la señal.

«Respirar azul clarito», le pareció que pronunciaba la niña sumida en un delirio febril.



EL VINO AGUADO Y LA CONFIANZA GUÁRDATELOS PARA SANCHO PANZA

*Frente al Hospital Clínico Universitario
de Ramón y Cajal (Valladolid)
9 de septiembre de 2012, 8:09*

—Tú dirás —le instó Sancho sentado junto al detenido en la parte trasera del vehículo.

Aitzol se inclinó sobre los papeles que le puso delante. Tenía puestas las esposas a pesar de llevar el brazo izquierdo en cabestrillo. Sancho le colocó el cinturón de seguridad y ató entre sí los cordones de las botas.

—¿Es necesario todo esto, la hostia?

—El que escribió el reglamento pensó que sí evitándonos a los demás perder el tiempo cavilando sobre ello. Habla.

El vasco desvió la mirada hacia el exterior antes de arrancarse.

—No muy grande, aislado pero bien accesible, con sótano y sin ventanas. Esas fueron las características de las que me habló el jodido Chimuelo. He visto doce que se ajustan a esta descripción. Cuatro ya han sido registrados por los picoletos, así que nos quedan ocho. He doblado las

esquinas de las hojas en las que hay alguno, el funcionario no quiso darme ni un lápiz, como si pudiera fabricar un explosivo con él...

Sancho resopló mientras revisaba la documentación.

—Anoche me vino algo a la cabeza —retomó Aitzol—. Puede que no sea nada, pero eso valóralo tú.

—Te escucho.

—En varias ocasiones, durante la preparación del asunto, hablamos por teléfono. En dos de ellas recuerdo que se escuchaban vacas de fondo.

—Vacas.

—Sí, hostias, mugidos de vacas. Ya te dije que era una tontería.

—Mugidos de vacas —repitió.

—El Chimuelo mencionó en una ocasión que algunas noches no le dejaban dormir.

El pelirrojo mantuvo el ceño fruncido durante unos segundos hasta que metió la mano en el bolsillo del pantalón para sacar el teléfono. Contactó con Matesanz.

—Necesito que hagas una comprobación urgente —dijo sin quitar la vista de los papeles—. ¿Tienes a mano el listado? Estupendo. Comprueba si alguna de estas direcciones está situada cerca de una explotación ganadera o algo similar. Sí, eso es, una explotación ganadera —le repitió— o un lugar en el que puedan pastar vacas, que esto no es Asturias, no puede haber tanto verde. Avísame. Gracias.

Sancho ya estaba señalando una página antes de colgar.

—En el polígono de La Mora hay dos marcados.

—¿Y eso dónde queda? —preguntó la inspectora.

—En la Cistérniga. Yo te indico.

Sara arrancó y tras ellos Álvaro Peteira, que les seguía a cierta distancia en otro vehículo camuflado. Antes de entrar en el hospital, Sancho le contó lo mismo que le había confesado a la inspectora la noche anterior. Peteira asintió varias veces y encendió un pitillo a modo de contestación.

—Si tenemos tiempo, me gustaría pasar a ver al Karatu en algún momento —comentó Aitzol.

—Mal empezamos la jornada: pidiendo. No voy a enseñarte mi casa, así que elimínalo de tu listado de peticiones, súplicas y plegarias. Si te portas

bien y, sobre todo, si no me tocas demasiado los cojones, te enviaré una foto suya con el periódico del día.

El vasco murmuró algo en su idioma materno y durante algunos minutos cesó el intercambio de palabras.

—La inspectora Robles está al corriente de nuestro pasado en común, así que podemos hablar con total libertad —observó Sancho.

—El madero tiene ganas de palique, pues.

—Preferiría soplarte dos hostias bien dadas, por repartir este veneno que me corroe por dentro, pero voy a tratar de mantener las formas.

Aitzol trató de encontrar una postura más cómoda.

—Te recordaba más templado —observó el detenido.

—Llevo una temporada muy larga masticando clavos, eso le agria el carácter hasta al santo Job.

—Un efecto parecido al que se cría cuando se está metido en el talego.

—A todo se acostumbra uno.

—Eso no es cierto. Si pudiera elegir te aseguro que preferiría que Garrido hubiera apuntado ligeramente más abajo y a la derecha. No tienes ni puta idea de lo que significa levantarse cada día rodeado de toda esa escoria humana.

—Resulta irónico escucharte decir eso siendo precisamente tu especialidad privar de libertad a las personas. Estoy seguro de que a todos ellos les hubiera gustado poder dar un paseo de una hora diaria aunque fuera en el patio de cualquier penitenciaría, o darse una ducha, o recibir la visita de sus seres queridos, o...

—Estábamos en guerra —le cortó.

—Eso te dijeron, tú les creíste y tú te alistaste de voluntario. Pero no vamos a abrir de nuevo el debate; hoy no.

Una valla publicitaria de White Label protagonizada por Tarantino le hizo acordarse de Ólafur. De inmediato, buscó el móvil y marcó el número. Seguía apagado. Hizo un esfuerzo por recordar la última vez que había hablado con él y encuadró la conversación el viernes por la noche. Al día siguiente se marchó al funeral y cuando regresó para cambiarse de ropa le vio dormido en el salón y no quiso molestarle. La noche anterior tampoco le

había cogido el teléfono. Un mal presentimiento se apoderó de él justo en el momento en el que entraban en el polígono industrial.

Mal que le pesara, todo indicaba que más pronto que tarde iba a terminar complaciendo al vasco para comprobar que el islandés estaba correctamente o se había roto el cuello bajando las escaleras.

Desde que la recibió buscaba cualquier pretexto para esconderse en algún rincón de la casa y apretar la fotografía de su hija contra su pecho; tan fuerte que daba la impresión de que pretendía que el terminal ocupara el enorme vacío que crecía en su interior con cada minuto que pasaba sin noticias de Margarita. Azucena aprovechaba esos instantes para aliviarse en silencio, amargamente, sin buscar consuelo, solo por librarse de parte de la congoja antes de volver junto a Fajardo para seguir escuchando sus instrucciones.

La miró una vez más. Estaba demacrada, con la mirada huidiza, ajada, pero a la vez rozagante. Pasó el dedo índice por su rostro anticipándose a la oscuridad que se adueñó de la pantalla.

—Sigo creyendo que nos sobran todos estos dispositivos —comentó en cuanto regresó al cuarto de operaciones.

—Ya le he dicho que era una condición *sine qua non* para que me autorizaran que usted hiciera la entrega. La microcámara, el micrófono y la radio baliza son absolutamente indispensables. Además, también llevará otro móvil que le daremos nosotros y esto —le informó mostrándole el chaleco antibalas—. Es por su seguridad.

—Mi seguridad es lo que menos me preocupa ahora.

—A nosotros sí. No es negociable, y no dispondremos de mucho margen para colocárselos desde que recibamos la llamada, por eso es vital que conozca todo lo que va a llevar encima. Estaremos escuchando la conversación y le iremos dando instrucciones a través del auricular. Siempre, vaya donde vaya, tendrá cerca a un agente dispuesto para intervenir. Su objetivo es hacer la entrega, luego ya nos encargamos nosotros.

—¿Y qué pasa si él se da cuenta de que hay todo un circo montado para atraparlo?

—Eso no sucederá. Las personas implicadas son auténticos profesionales con experiencia en situaciones... delicadas —calificó sustituyendo la palabra «extremas», que era la que mejor se adecuaba al contexto.

—Pero vamos a ver: ¿y si fija la entrega en un lugar solitario?

Fajardo se armó de paciencia.

—Él va a llevar la batuta, o eso es lo que le haremos creer. Es probable que le diga incluso cómo tiene que ir vestida y el medio de locomoción en el que desplazarse. Tenemos que conseguir que le permita ir en su vehículo, es lo más cómodo y seguro para usted. Ya lo hemos balizado, por cierto. Puede ser que en un principio la lleve a una zona apartada para ver si le hemos puesto cola.

Azucena arrugó la cara.

—Para comprobar si la estamos vigilando. Si eso sucede podría presentarse para nosotros una buena oportunidad porque él, o quien sea, se situará donde tenga una buena visual. Vamos, donde nos colocaríamos nosotros si tuviéramos que estar mirando.

—Pero no estarán, ¿no?

—Estaremos, pero ni usted ni ellos nos verán. Además, la tendremos siempre controlada a través de los monitores. Debemos estar preparados para cualquier circunstancia. La incluyo a usted —especificó—. Puede que le haga esperar en alguna parte o que le haga ir de un sitio a otro durante horas, pero sigo pensando que elegirá un lugar concurrido para recoger el dinero; uno en el que pueda confundirse entre la gente. En este juego, el que resiste gana. ¿Entiende?

—Entiendo, sí. Lo único que quiero es recuperar a mi hija —recalcó.

—Siga nuestras instrucciones y todo saldrá bien, créame. Comprendo sus dudas, pero esta vez tiene que confiar ciegamente en nosotros. Es nuestra única baza y no podemos desperdiciarla.

—Nuestra única baza —repitió ella estrujándose los dedos.

En algún lugar de la provincia de Valladolid

Acurrucada sobre el costado izquierdo, notaba que el viento silbaba cada vez con menos fuerza; que la silueta del depósito se estaba difuminando fagocitada por las tinieblas; que la mezcolanza del hedor a orín seco, del sudor febril y del aroma bacteriano apenas podía percibirla; que la desazón en las piernas no era más que un leve picor, y que la cabeza había dejado de palpar.

Se estaba apagando, esa era la buena noticia.

El tiempo era una variable que había escapado a su control desde que el mexicano la metió en aquel agujero. No era capaz de recordar cuánto hacía que no bebía pero sentía la lengua recubierta de velero, adherida para siempre al paladar. Margarita especuló con los días que tarda un ser humano en morir, pero eran tantas las variables que modificaban el resultado que finalmente buscó otro acertijo con el que entretenerse: ¿cuánto dinero habrían pedido por el rescate? ¿Treinta mil euros? ¿Cien mil? ¿Un millón? ¿Cuánto dinero tenía su familia? ¿Quién puede pagar un millón de euros? ¿Qué precio tiene la vida de una persona? ¿Se puede poner precio a la vida? No tener a nadie con quien compartir sus pensamientos le hizo retroceder varios pasos para no entrar en otro oscuro callejón sin salida. Mejor permanecer en su guarida. Ofuscada, recurrió de nuevo a la música y, recorriendo mentalmente el *track list* «Favoritas Calle 13», no tardó en encontrar el antídoto: *Llégale a mi guarida*. La percusión y las primeras notas de una guitarra española seguidas por acordes de mandolina los acompañó golpeando con las puntas de sus dedos sobre la tubería. La voz de Residente sonó clara y nítida en su cabeza.

*Tengo ganas de cogerte,
estrujarte, romperte, morderte,
odiarte, el hígado comerte.
Sacarte los ojos, mancharte de rojo,
abrirte las tripas a lo Jack the Ripper.*

Animada por el mensaje que contenían las palabras, Margarita se vio con fuerzas para ponerse de rodillas y tirar de la cadena con rabia, gritando

por dentro, enajenada; despellejándose las muñecas sin sentir dolor; descontrolada, clavándose el frío hierro en el fino hueso; orate, expulsando la ira por la comisura de una boca enclaustrada; encolerizada, perdida, íngrima.

La joven no tardó en plegarse de nuevo ante la extenuación y la derrota. Así, retomando el estribillo de la canción, se dejó vencer por el sueño deseando no despertar jamás, anhelando que llegara por fin el fin.

*Llégale aquí, a mi guarida.
Juro a to' l mundo aquí es pura vida.*

Estación de trenes Campo Grande (Valladolid)

Volvió a intentarlo.

Misma locución; mismas maldiciones pronunciadas en alemán.

Dos taxis, dos aviones, metro y tren era la combinación de transportes a la que Erika Lopategui había recurrido para llegar a Valladolid a la hora que marcaba el reloj de la estación: las 12:14.

Había tratado de contactar con Ólafur desde el aeropuerto de Ámsterdam y desde Barajas, pero siempre salía la misma voz átona femenina. Teniendo en cuenta la coyuntura, todas las hipótesis convergían en una misma conclusión: algo no iba bien.

Solo entonces decidió probar con otro número.

—Sancho —contestó al cuarto tono.

—Soy Erika.

Silencio.

—Dame un segundo —le pidió él.

Fueron algunos más.

—Me alegro de escuchar tu voz, pero me pillas con un buen marrón entre manos.

—No te quitaré mucho tiempo. He charlado con Ólafur sobre el informe de De Bruyn, ¿sabes de lo que te estoy hablando?

—Lo sé, pero yo ahora no puedo...

—Sancho —le cortó—, estoy en Valladolid, solo dime dónde puedo encontrar a Ólafur, tiene el teléfono apagado y no consigo hablar con él.

—¡En Valladolid! —repitió con asombro—. ¿Cuándo ha sido la última vez que habéis hablado?

—Ayer a mediodía —concretó—. ¿Tú?

—A primera hora de la tarde le vi tirado en mi sofá, durmiendo, pero tenía el tiempo pegado al culo y me marché sin más. ¿Crees que le ha podido pasar algo?

Erika tardó en contestar lo suficiente como para que el inspector se arrepintiera de no haberle despertado aquel día.

—No lo sé, Sancho. Alguien fue a buscarme a Plentzia y asesinó a la mujer que limpiaba en casa, pero antes le sacó la dirección de Ámsterdam donde podía encontrarme. Me he librado por los pelos y sé que también van a por ti. Si no han dado contigo es porque te has cambiado de casa, según me dijo Ólafur.

—¡Hay que rejoderse! ¡¡Ahora no, por favor, más mierda no!! —rogó destilando inquina.

—Solo dame tu dirección.

El pelirrojo se la dictó.

—Voy a hacer todo lo posible por pasarme por casa, pero no te aseguro que lo consiga. Si no das con él, hay un juego de llaves en la jardinera del porche. Mete la mano a través de la reja, pero ten cuidado porque está mal atornillada al ladrillo. Las encontrarás a la derecha.

—Gracias.

—Por favor, avísame en cuanto sepas... cualquier cosa —divagó.

—Lo haré. Cuídate, Sancho.

—Lo mismo te digo.

Erika se mordió el labio inferior antes de volver a intentarlo ya dentro del taxi.

Misma locución; mismas maldiciones pronunciadas en alemán.

Algo no iba bien.

Polígono industrial de Íscar

—¿Sucede algo? —le preguntó Sara Robles al ver el semblante contrariado de su compañero.

—Me crecen los jodidos enanos. Otro asunto personal. Voy a tener que dar un salto por casa para verificar algo.

Sara sintió el impulso de calmarle, pero enseguida tomó medidas para que desapareciera de su mente.

—Aquí no vamos a encontrar nada —auguró ella.

—Empiezo a pensar que todo esto es una gran pérdida de tiempo.

—Solo si tuviéramos otras vías de investigación abiertas, pero no es el caso. Resuelve lo que tengas que resolver y prosigamos. Es domingo, los solteros no tenemos planes mejores —le animó.

—¡Sancho! —gritó Peteira. El gallego se acercó al trote—. Era Matesanz, te llamó, pero tenías la línea ocupada. El Raso de Portillo. ¡Carallo, qué pispo anduvo el abuelo!

—Álvaro, por tu padre...

—Este almacén cutre —le señaló en el listado—. Debe de estar cerca de la finca El Raso de Portillo. Matesanz lo conoce bien porque dice que es la primera ganadería de toros de lidia de España y ya sabes lo aficionado que es a la tauromaquia.

—Los toros —repitió apático.

—Los toros también mugen. Como las vacas, carallo, pero más fuerte. Matesanz dice que por allí andan sueltos, pastando. Pero espera, que hay más. Resulta que llamó al número y el tipo le dijo que llevaba sin ocupar desde que abrieron el polígono industrial de El Brizo, pero que hace dos meses se lo alquiló un tal Pedro, no recuerda el apellido, que le contactó por Internet. Le hizo una transferencia del valor de tres mensualidades y punto. ¿Te suena? Son demasiadas coincidencias, Sancho.

El inspector se giró hacia el BMW y se encontró con la mirada de Aitzol que observaba la escena desde el interior.

—Demasiadas coincidencias, efectivamente. Vamos para allá cagando leches.

Nada más subir al coche, el detenido detectó la tensión en los rostros de los policías y supo interpretarlo con acierto.

—Si tú cumples, yo cumplo —dijo—. Quiero hacer mi llamada, inspector —pronunció con acritud.

Sara miró por el retrovisor, sorprendida.

—Es parte del trato —adujo Sancho dejando su teléfono personal entre las manos del vasco. El vasco aguardó con impostado semblante bovino.

—Ni lo intentes. Si quieres intimidad búscate una cabina en cuanto cumplas la condena.

Aitzol Etxeandia musitó algunos fonemas antes de empezar a marcar con el pulgar. A los dos pitidos colgó y tiró el terminal a las piernas del pelirrojo.

—No puedo. Ahora no, luego..., ya veremos.

—Tú mismo. Tira por la de Segovia —le indicó a la inspectora.

Inmediatamente, Sancho le envió un wasap a Áxel Botello para que chequeara el número de teléfono al que acababa de llamar el detenido.

—Eres desconfiado, *txakurra*.

—El vino aguado y la confianza guárdatelos para Sancho Panza.

Cuando pasaron por el desvío de Megeces, el teléfono le vibró en la mano. Era Fajardo.

—Sancho.

—El mexicano acaba de llamar. Estamos en marcha —le informó.

—La puta madre...

—Precisamente, a la madre la ha citado en quince minutos en el aparcamiento de Leroy Merlin en el centro comercial Equinoccio. Hoy domingo solo abren los cines, así que allí no habrá un alma. Quiere cerciorarse de que va sola, como habíamos previsto. La cosa va para largo, me temo. A vosotros os quiero preparados en Zaratán. ¿Cuánto tardáis?

—Desde aquí a Zaratán, un cuarto de hora aproximadamente.

—¿Dónde estás?

—De paseo.

—Así me gusta, que te diviertas. Abrimos los equipos de transmisión, canal 10.

—Entendido —dijo al apretar el icono rojo con saña y en repetidas ocasiones.

—Tenía que ser ahora, tiene cojones la cosa.

—¿Qué hacemos? —preguntó Sara Robles.

Sancho tenía los dientes demasiado apretados como para que saliera alguna palabra de la boca.

—¡Sancho! —insistió ella.

—Después de la chapa que le he pegado para que no nos dejaran fuera del operativo no podemos fallar.

—¿A Zaratán, entonces?

—No. Me dejas en el almacén y te vas con Peteira a Zaratán. Ya hablaré yo con Fajardo.

—No es buena idea, Sancho.

—Tengo que ver ese sitio.

—No puedes entrar sin una orden.

—No entraré a no ser que tenga que entrar.

—Entonces nos quedamos los tres.

—No quiero que nos unamos tarde al dispositivo y darles la razón a Fajardo, a Travieso y a su reputa madre.

—Pero no sabemos qué nos vamos a encontrar allí dentro.

—¡Confía en mí! Si es la nave que andamos buscando, Garay se habrá marchado para controlar el lugar de la cita. Si encuentro a la niña cambiaremos la estrategia del dispositivo, ¿entiendes? De seguimiento a detención. Le trincamos en cuanto recoja el dinero y nos olvidamos del asunto. Todos a casa.

Sara aceleró como única muestra de disconformidad.

Avenida de Gijón (Valladolid)

Azucena agarraba vigorosamente el volante como si así fuera a sujetar su desbocado estado de nervios. Miró de reojo la mochila con el dinero antes

de fijar su atención en los retrovisores, buscando indicios sospechosos en alguno de los coches que tenía a la vista. Movi6 la lengua dentro de la boca para combatir la sequedad.

—¿Siguen ah6? —quiso saber.

—Aqu6 seguimos —escuch6 decir a Fajardo por el auricular que le hab6an colocado en la oreja derecha, oculto bajo su rubia melena—. Todo est6 bajo control. En cuanto aparque, apague el motor y aguarde instrucciones. Seguramente le haga esperar hasta que se convenza de que est6 sola. Tendr6 que armarse de paciencia.

—Paciencia... ¡Santo Dios! —protest6 Azucena—. ¡¿Paciencia?!

—Va a salir bien. Trate de tranquilizarse. Estamos con usted.

—Lo intento, bien sabe Dios que lo intento.

Estacion6 el Audi Q3 color rojo misano efecto perla sin respetar las l6neas blancas pintadas en el suelo. Notaba agarrotados los m6sculos de la espalda y trat6 de encontrar sin 6xito una postura c6moda en el asiento de cuero. Acto seguido busc6 el tel6fono y lo agarr6 con las dos manos deseando que sonara en ese preciso instante; deseando que no sonara jam6s.

«Paciencia», se repiti6 mentalmente.

Almac6n de pinturas S6nchez

No les hab6a resultado sencillo encontrar aquella nave de ladrillo siguiendo una carretera sin asfaltar, tapizada de baches. Sara Robles se despidi6 con una mirada colmada de incertidumbre antes de subirse en el coche del subinspector Peteira. Incertidumbre y algo m6s, como consecuencia de lo que solo ella y el pelirrojo sab6an. Inm6viles, ambos observaron sin cruzar palabra c6mo los neum6ticos patinaban en el barro acumulado en el camino. Cuando lo perdieron de vista, le desat6 los cordones de las botas y se asegur6 de que se percataba de la presencia del Colt Anaconda en la funda sobaquera bajo la cazadora vaquera. Con un fugaz movimiento de la cabeza le indic6 la direcci6n a seguir y camin6 tras 6l al tiempo que comprobaba el wasap de Botello.

«Tarjeta asignada a usuario desconocido», ley6.

Chasqueó la lengua sin importarle que el detenido se percatara de la onomatopeya de la frustración.

Frente a ellos, un portón de chapa metálica visiblemente deteriorada en la que se recortaba otra rectangular pensada para la entrada de personas. El pelirrojo afinó el oído, pero no registró ningún mugido, bramido ni nada que se le pareciera.

—¿Qué opinas? —preguntó Sancho paseando la mirada por la fachada.

Aitzol se encogió de hombros.

—¿Y qué, nos animamos a entrar, pues?

—Solo si nos invitan —dijo poniendo la mano sobre el picaporte recubierto de óxido—. Como es el caso —continuó diciendo cuando la puerta se abrió.

La luz que entraba del exterior se adentró tímidamente en la basta oscuridad que dominaba aquel indeterminado espacio. Su aliento, materializado en forma de vaho, desaparecía de inmediato delante de sus ojos como apólogo de un mal presagio. Sancho le hizo una indicación al detenido para que pasara delante de él y desenfundó el Anaconda.

—No se ve una miaja, la hostia, pero aquí parece que está el cuadro de luces —advirtió el vasco al tiempo que con un clic accionaba el encendido de la luminaria que colgaba del techo. Concretamente, de los dos primeros focos; esos que estaban orientados en una dirección nada habitual, de modo muy poco inteligente a no ser que lo que se pretenda sea deslumbrar a los visitantes. Concretamente, al único invitado de los dos —alto, de profusa barba pelirroja e inspector de Homicidios para más señas—, que no esperaba ese repentino flujo de más de mil lúmenes colisionando contra sus pupilas.

De forma instintiva, Sancho se giró hacia su derecha protegiéndose la cara bajo el brazo izquierdo. El palazo en la muñeca que le hizo soltar el revólver no le dolió tanto como sentir el cañón de un arma ejerciendo presión sobre su sien. Pero mucho menos aún que la contradictoria sensación que le invadió al reconocer a su espalda el marcado acento mexicano del comandante Chimuelo.

—No me hagas ninguna mamada, pinche rojito, o te vuelo la sesera en este preciso momento.

Algo no iba bien.

Había examinado el perímetro de la casa.

Calma absoluta, silencio agorero.

Un tranquilo mutismo quebrado tan solo por algún tímido piar. Y el estómago empeñado en advertirla de que entrar con las llaves que tenía en la mano era una auténtica temeridad, una estupidez impropia de ella.

Silencio absoluto, calma agorera.

«¡Vamos, Erika! No seas niñaata, entra de una vez. Se trata de Ólafur, joder, puede que esté en peligro. ¿Y qué vas a hacer si te encuentras dentro al arcángel? Mierda, mierda, mierda. La improvisación suele ser el primer acto de un trágico final. Ya, pero... ¿te vas a quedar sentada a esperar a que regrese Sancho? Tienes que entrar. Tienes que entrar, ahora».

Introduce la llave en la cerradura de la puerta de la cancela exterior. Ladridos; enérgicos pero distantes. Parálisis transitoria.

Análisis.

«Ya estás dentro, no puedes volver atrás. ¡Vamos, Erika! ¿Y esos ladridos? Parece que provienen de dentro de la casa. Sancho no me ha hablado de ningún perro. Lo que es evidente es que no son los de un perrito faldero. ¡Mierda, mierda, mierda! ¡¿Dónde coño estás, Ólafur?! ¡Vamos, Erika, muévete!».

El corazón desbocado. Siguiendo cerradura, misma fórmula, idéntico resultado. Penumbra. Ladridos, más enérgicos, menos distantes. Un largo pasillo por delante. Varias puertas, tres en la pared de la derecha, dos en la de la izquierda. Al fondo, un salón; antes, unas escaleras que suben. Aguza el oído en busca de sonidos delatores. Solo ladridos.

Análisis.

«Podría callarse el maldito perro, joder. No parece que haya nadie en casa. ¡¿Dónde mierda estás, Ólafur?! ¿Arriba? ¿Durmiendo? ¿Te has caído por las escaleras? No, la puerta está cerrada. ¡Mierda, mierda, mierda! Me

dan ganas de gritar. No, sería una tontería, estoy desarmada. ¡Vamos, Erika, muévete!».

La sangre en las sienes. Avanza muy pegada a la pared contraria de donde podía partir la amenaza. Puerta abierta a la derecha; habitación vacía. Ladridos; mucho más enérgicos, mucho menos distantes. Puerta de armario cerrada. Siguiendo reto: la cocina. Se cambia de pared y contiene la respiración. Se concede unos segundos.

Análisis.

«¡Venga, Erika, usa la cabeza! No va a estar ahí dentro haciéndose un sándwich o bebiéndose un vaso de leche. Entra y pillas un cuchillo o un algo que te sirva para defenderte. ¡Entra ya, niña!».

Nadie. Suelta el aire. Cocina nueva, muebles modernos. Expositor de cuchillería sobre la encimera. La regla se cumple: empuñadura grande, hoja grande. Vuelve al pasillo. Ladridos; misma intensidad. Puerta de la derecha cerrada. Avanza siguiendo el camino que marca la punta del cuchillo.

Análisis.

«Venga, Erika. Termina de una vez, aquí no hay nadie. ¿Dónde mierda estás, Ólafur? Cuando te encuentre te vas a enterar, joder. Tres pasos más, solo tres».

Un tresillo rojo y unas botas viejas junto a un sofá que, a pesar del desgaste que evidenciaba, conservaba una amarillez que le hizo relacionarlo con el que citó Sancho por teléfono; donde vio tumbado al islandés por última vez. Nueva parálisis transitoria. La yugular late enérgica. Los ladridos cesan repentinamente. Mala señal. Siente la necesidad de gritar.

Análisis.

«Ahí es donde Sancho lo vio por última vez. ¿Sigues ahí, Ólafur? No puede seguir dormido. Dormido no. ¿Y si no estaba dormido? ¡Mierda, mierda, mierda! ¡Averígualo! ¡Entra de una vez, Erika!».

Inclina el cuerpo para ganar en perspectiva. Efectivamente, hay alguien tumbado, pero no alcanza a distinguir si es Ólafur o no. Se aferra al utensilio de cocina antes de cambiarse de pared. Desde ahí sí puede verlo: un dogo argentino tras el cristal de la puerta de doble hoja que separa el salón del jardín. La observa, curioso, extrañado. De forma repentina, se

levanta sobre sus cuartos traseros y araña el cristal con las pezuñas; ansioso, como ella.

Está al borde del colapso; Erika también.

Erika olvida el análisis y deja que lo irracional tome el mando pero, previamente a dar la orden al sistema nervioso concentra toda la ansiedad en las cuerdas vocales y la libera en forma de grito; feroz.

El corazón de Ólafur Olafsson está a punto de detenerse cuando se despabila a causa de los alaridos y ve una mujer de mirada alienada que se precipitaba hacia él blandiendo un enorme objeto punzante.

Nunca alguien estuvo tan cerca de perder la vida por perder el móvil.

Almacén de pinturas Sánchez

—¿A qué sabe la traición, *txakurra*? —le preguntó Aitzol apuntándole con el Anaconda.

Desarmado, le habían conducido a la segunda planta de la oficina construida en ladrillo como una estructura independiente dentro de la propia nave. Allí le obligaron a entregar las llaves de las esposas y, tras liberar al vasco, las utilizaron para amarrarle a una tubería vertical de buen grosor que descendía por la pared más alejada de la puerta. A pesar de que tenía el dorso de la mano derecha notablemente tumefacto y amoratado, Sancho no exteriorizó muestra alguna de dolor.

—Si ahora es cuando viene la charla, mejor pégame un tiro, porque no pienso darte bola, puto mierda.

—Órale cómo se rebela, tiene huevos el puerco rojito, güey —se mofó el mexicano.

Aitzol le hizo un gesto acezado que el mexicano entendió sin necesidad de intérprete.

—Dale, cabrón, tú mandas. Sílbame en cuanto quieras que suba con la máquina.

Servando Garay le tiró un beso al inspector, se guardó el arma por dentro del cinturón y bajó las escaleras canturreando *El son de la negra*.

—Tú mandas... —repitió Sancho—. Así que este era el plan desde el principio..., hacerme creer que ibas a colaborar con nosotros, ganarte mi confianza como hice yo en su día para luego traicionarme. Si pudiera hacerlo te aplaudiría.

Al vasco le rodeó un halo de triunfalismo que alcanzaba su máximo esplendor en la expresión de su cara.

—Ese era el fin último, aunque no estaba planeado así. Después de cobrar el secuestro yo debía encender uno de los teléfonos que teníais intervenidos, porque sabía que ibais a pillar al yonki que usó Gorka. Me sé el manual que usan los de Secuestros y Extorsiones antes de que lo redactaran —presumió destilando ínfulas.

—Siendo tan inteligente no me termino de explicar cómo coño has pasado tanto tiempo a la sombra, puto mierda.

Sancho pudo evitar que la culata del revólver le rompiera la nariz, pero el poco margen de movimiento con el que contaba no le permitió esquivar el golpe. De la brecha que se le abrió en la frente empezó a brotar la sangre.

—No podemos extendernos demasiado y de una forma u otra voy a lograr que me escuches. Mi premio consiste en demostrarte que todos somos manipulables. ¿Entiendes? Y me lo voy a cobrar. Esa noche habíamos previsto trasladar a la chica a otro lugar, así que avisé a mi socio y le desvelé dónde la tenía, porque mira si seré desconfiado que hasta ese momento no le conté dónde la tenía. Es más, ni Gorka sabía de la participación del Chimuelo ni el Chimuelo conocía la de Gorka —aseguró Aitzol equivocadamente, aunque aquello ya carecía de importancia—. A lo que iba. La segunda parte del plan establecía que esa noche yo encendería ese móvil y me sentaría a esperarte. Esa era la vía prevista para conseguir que recurrieras a mí, pero, mira, a veces el destino compensa el infortunio del pasado. Al escuchar los gritos del sótano ya sabía que la cosa no iba a acabar como lo había previsto, pero no imaginé que el maldito imbécil se la estuviera tirando. Le metí dos tiros, pero le hubiera metido dos mil a ese degenerado hijo de la gran puta. Acto seguido llegó la feliz intervención de Garrido —continuó acompañando las palabras con una mueca dolorosa al mover su hombro herido—. Y fíjate tú, sin pretenderlo, me resultó mucho

más sencillo ganarme tu confianza, la hostia. Una estrategia muy parecida a la que tú seguiste al acercarte a mí de la mano de un camarada, *txakurra*.

—¿Y para demostrarme lo listísimo que eres has provocado el sufrimiento de una niña de quince años y el de toda su familia?

—Dieciséis años tenía mi sobrino Mikel cuando yo ingresé en prisión. Dieciséis recién cumplidos. Mi hermana estaba soltera y la pobre desgraciada curraba todo el santo día limpiando escaleras. Apenas podía cuidar de su hijo. Con catorce, Mikel empezó a meterse mierda, pero yo logré sacarle de ese mundo a base de hostias. Meses después vino a vivir conmigo y le mantuve alejado de todo, incluso del núcleo duro de la organización. Pero en cuanto entré en la puta trena todo se jodió. A Mikel no le quedó otra que volver a casa de mi hermana e inmediatamente después a las drogas. No duró ni un año. Me acordé mucho de ti cuando me dieron la noticia. De ti y de tu putísima madre. Ni siquiera me dejaron ir a su entierro.

—¿Me vas a cargar a mí con la muerte de tu sobrino?! —le gritó Sancho—. Si tanto necesitaba a su tío, ¿que su puto tío se hubiera apartado de ETA!

—¿No podía!

—¿Siempre hay elección! Pero tú no te atreviste y buscas la redención culpando a terceros... Eres basura. Puedes hacer conmigo lo que quieras, puto mierda, pero la vamos a encontrar viva, de eso estoy seguro.

Aitzol Etxeandia se rio.

—Yo no estaría muy seguro de ello. El Chimuelo dice que en el estado en el que se encuentra y la infección que tiene... Que conste que lo de cortarle la oreja ha sido iniciativa suya —añadió bajando el tono varias octavas—. Hace días que no come ni bebe. Vamos, que yo no me jugaría todos los amarracos en esa mano. No habrás pensado por un solo instante que la tenemos aquí, ¿no? —rio de nuevo—. Busqué este lugar solo para atraparte y, si te llegas a presentar con tus colegas, ahora estarían muy muertos. Esta es tu jaula y pronto será tu tumba. Te vas a ir para el otro barrio sin saber dónde está, *txakurra*.

—Yo tuve los cojones de ir a verte a comisaría, hablé contigo cara a cara saltándome el procedimiento. Dime dónde la tienes y déjame dar aviso.

Luego me coses a tiros si quieres, pero deja de hacer sufrir a Margarita, es solo una niña.

A Aitzol le fue creciendo una sonrisa sardónica difícil de interpretar.

—A tiros, dice...

El vasco se metió los dedos en la boca y silbó.

—Mira tú, a mí eso de «Al pan pan y al madero pum» nunca terminó de convencerme.

El crujido de la estructura metálica deficientemente adosada al ladrillo anunció la llegada del mexicano. Los ojos de Sancho se fijaron en el nombre que venía impreso en el espadín.

Hacía no mucho que había escuchado decir a alguien que las motosierras de la marca Husqvarna eran las mejores del mundo.

Residencia de Ramiro Sancho

Jaap Keergaard todavía estaba tratando de administrar la sorpresa que le provocó ver cómo la mujer de la que debía haberse encargado Zadkiel entraba en la casa de su objetivo. Había instalado su puesto de observación en la vivienda de la acera de los impares que hacía esquina con la avenida principal de la urbanización. No tardó en concluir que su compañero había fracasado en la misión y, tras superar su perplejidad inicial, dio gracias a María por ello. Para colmo de fortuna la joven había dejado la puerta principal abierta.

«Muéstrame el camino, Madre, guíame por la senda de la sencillez, por causa del mal que me acecha», recitó Uriel.

Solo tenía que seguir la senda y eso hizo.

Nada más cruzar la puerta de entrada desenfundó la Piadosa y la cerró tras de sí suavemente, empujándola con el talón.

Se sentía amparado por un escudo de naturaleza divina.

No anduvo con miramientos ni cautela a la hora de recorrer las estancias de aquella planta. No dio con ella y cuando estaba dilucidando si subir a la planta superior o bajar a la bodega unos sonidos de vajilla le hicieron tomar

la decisión. Abrió la puerta y aguzó el oído: platos y cubertería. Luz artificial.

Una senda iluminada.

Se notaba abrigado por una coraza de corte celestial.

Bajó el primer tramo con la Piadosa por delante, dejando atrás la precaución; amparado, abrigado, pero nada atento al ruido de unas pezuñas que descendían por las escaleras a tumba abierta. Al arcángel no le dio tiempo ni a girarse antes de que Karatu se abalanzara sobre su espalda haciendo que perdiera el equilibrio y se precipitara sobre un botellero premeditadamente colocado junto al último peldaño. Magullado por los cristales rotos, lo primero que vio tras incorporarse fue a la mujer de pelo rojo apuntándole con un arma.

—Ni te muevas.

Almacén de pinturas Sánchez

—¿Conoces narcotube o el blog del narco, *txakurra*?

Sancho no logró articular palabra.

—Es una web que utilizan los distintos cárteles en México para enviarse mensajes unos a otros. Cada uno tiene su firma propia que los identifica. Torturas de todo tipo y ajusticiamientos atroces en vivo. Millones de visitas. El Chimuelo te va a hacer más famoso que con el otro vídeo.

—Y tanto —refrendó Servando Garay—. Vas a quedar bien chido.

—¿Dime dónde tienes a la niña! —insistió el pelirrojo, desesperado—. Concédeme ese último deseo.

—En cuanto llegues al infierno se lo podrás preguntar a uno de los Cartwright —se mofó Garay mientras cambiaba de posición el pulsador de arranque de la máquina—. Te concedo el derecho a elegir si quieres que comience con los brazos o las piernas y el privilegio de ser el primero que la estrene...

Con el índice presionó varias veces el cebador inyectando la mezcla de gasolina y aceite en el carburador. Al tirar de la cuerda el motor de dos tiempos empezó a rugir.

—Aquí es donde yo me despido —anunció Aitzol—. Nunca me ha gustado la sangre y menos que me salpique en la cara. Jugador de chica, perdedor de mus.

—Entonces habrá que envidar y puede que mucho —contestó Sancho sosteniéndole la mirada como si así fuera a arañar algunos segundos más a la partida. El vasco asintió varias veces antes de dar media vuelta.

—*Agur*. Todo tuyo —le indicó al verdugo desde la puerta.

—¡Vamos! ¡Ahora! —gritó Sancho.

El mexicano interpretó la orden correctamente. Levantó el espadín y presionó dos veces el acelerador. Sonaba como una motocicleta de trial antes de soltar el freno, rabiosa pero contenida. Servando Garay lucía una mueca delatora, a medio camino entre la ansiedad que le producía el momento y el disfrute que sabía que le iba a proporcionar. Porque aquella no era la primera vez que lo hacía. Recortó la distancia con su presa muy despacio. Guiaba la motosierra con soltura utilizando la mano izquierda sobre el agarre frontal mientras que con la otra sujetaba firmemente la empuñadura y el gatillo.

Sancho empezó a emitir un sonido gutural muy primario, como los lobos cuando se sienten acorralados, como si así fuera a amedrentar a la herramienta.

—¡Te va a dar igual, rojito! —le advirtió elevando el tono—. Si te resistes tendré que hacerte muchos cortes feos. Sentir cómo penetra la cadena en la carne una y otra vez no tiene que ser nada agradable.

El inspector cambió a modo alarido al tiempo que reculaba todo lo que podía contra la pared y tiraba de brazos lacerándose la piel de las muñecas con las esposas.

Los gritos agónicos de Ramiro Sancho se solaparon con el rugido del motor a ocho mil cien revoluciones por minuto, pero ambos sucumbieron ante los ciento sesenta decibelios de las tres detonaciones que se oyeron fuera.

Sancho activó la coctelera. Ingrediente primero: mexicano con motosierra dispuesto a descuartizarme a un metro y medio de distancia. Ingrediente segundo: sin posibilidad de escapatoria. Ingrediente tercero: los disparos han desviado su atención de forma momentánea. Conclusión

primera: se requiere reacción inmediata. Conclusión segunda: hay que tomar la iniciativa con el fin de ganar tiempo. Conclusión tercera: Sara y Álvaro se han encargado del vasco. Receta: aprovechar el instante de confusión. Estirar la pierna para impactar enérgicamente en el plexo solar y robarle el aire. Cuando esté doblado, noquearlo golpeándole con el dorso del pie en la mandíbula.

El inspector se movió con presteza convirtiendo su colérico estado en potencia. Servando Garay se dobló por la mitad ejecutando una reverencia imposible de igualar. Sin embargo, dio tres pasos hacia atrás sin soltar la motosierra imposibilitando que Sancho le alcanzara con el pie en la cara. El mexicano no tardó en recuperar el aliento y, alzando la motosierra por encima de la cabeza con el índice hundido en el gatillo, arremetió contra su objetivo como si se tratara de un soldado tomando una trinchera enemiga con la bayoneta calada.

Sancho se bloqueó.

Tanto que ni siquiera advirtió la presencia de la inspectora Robles. La nube roja que surgió de la nada junto a la cabeza del mexicano hizo que saliera del trance, pero no comprendió la situación hasta que Garay cayó al suelo como una marioneta a la que hubieran cortado los hilos. La motosierra enmudeció y el exceso de oxitocina impuso la dictadura momentánea del silencio durante los segundos que empleó para comunicarse con la inspectora sin necesidad de pronunciar palabra.

—¡Sancho! —gritó Peteira al irrumpir en la oficina—. ¿Estás bien? Estás sangrando.

—Estoy bien. La llave de las esposas, rápido, la tiene él —dijo señalando al mexicano.

—¡Joder! No se te escuchaba nada con el ruido que había aquí dentro —se quejó Sara—. ¿Has podido averiguarlo?

—¡No! ¡¿Dónde está el otro cabrón?! —quiso saber el inspector Sancho.

—Herido, en las escaleras. Él disparó primero, no nos dejó otra opción.

—Avisa a Fajardo para que desmonte el operativo. Como imaginábamos, el pago del rescate era solo otro elemento de distracción.

Un reguero de sangre le guio hasta el último peldaño. La tez nacarada de Aitzol Etxeandia le proporcionó un diagnóstico que corroboró de inmediato al observar que el vasco se presionaba la ingle con ambas manos. La vida se le estaba escapando borbotón a borbotón por la vena femoral.

—Eres desconfiado, madero.

—No me hagas repetirte el refrán. Aquí se acaba todo, Aitzol. Dime dónde tienes a la niña.

El vasco quiso huir con la mirada, pero se topó con el techo. Tenía la frente perlada de sudor y los ojos se le estaban hundiendo en las cuencas en un naufragio fatal.

—Vamos, Aitzol, muestra algo de humanidad. Devuelve a esa niña a sus padres.

El vasco meneó la cabeza muy despacio.

—Lleva dos días sin alimentarse y está enferma, así que no sufrirá mucho más. Acarrearás su muerte mientras vivas, *txakurra* —dijo con un hilo de voz.

A Ramiro Sancho se le nubló la razón.

—¡Me vas a decir dónde está, hijo de puta! ¡Me lo vas a decir! ¡¿Dónde está la niña?! ¡¿Dónde?! ¡¿Dónde?! ¡¿Dónde?!

El inspector sellaba cada interrogante con los nudillos del puño izquierdo haciendo buena la sentencia de Pérez-Reverte: «No hay nada más peligroso que un español acorralado».

El rostro de Aitzol Etxeandia se fue deformando sin que este opusiera resistencia. Peteira sujetó del brazo a la inspectora Robles cuando hizo el ademán de intervenir.

—¡Me lo vas a decir! —se conjuró enajenado. Acto seguido subió las escaleras de dos en dos y las bajó de una en una para evitar que se le cayera la motosierra.

—Se acabó —le anunció Sara Robles.

Semblante reposado, granítico.

Mirada hueca, mate.

No hizo falta tomarle el pulso para saber que su corazón había dejado de latir y, de la misma forma que las aguas torrenciales arrasan con todo lo que

encuentran a su paso, la vesania asoló cualquier brote de raciocinio que pudiera estar creciendo en el interior de Sancho.

Arremetió contra el cadáver con tal brutalidad que sus compañeros se vieron en la obligación de detenerle. Ellos no lo consiguieron; el agotamiento sí.

Arrodillado, con la frente apoyada en el suelo y los dedos entrelazados en la nuca, Sancho se deshizo en un llanto agostado y silente en un acto de contrición tan vivo como inútil.



ENTENDER ES SOLO UN VERBO

*Almacén de pinturas Sánchez
A 2 km del polígono industrial El Brizo
9 de septiembre de 2012, 13:14*

Fajardo había encajado la noticia como un mazazo en la boca del estómago. En cuanto recibió la llamada de la inspectora, canceló el operativo con inmediatez y él mismo se encargó de comunicar la nueva situación a Azucena. Incrédula y exasperada, no fue capaz de conformar una sola frase coherente. Sumida en la desesperación de una madre atrapada en la más absoluta impotencia, se encerró en el coche como si fuera una burbuja de aislamiento.

Sabía que aquello significaría su cese como jefe de la Unidad de Secuestros y Extorsiones y quién sabe si algo más, pero, según descendió del vehículo frente al almacén en el que se había producido el trágico desenlace, aquellos temores fueron sustituidos por otros. Lo primero que hizo fue buscar a Sancho entre el personal sanitario y policial que ya poblaba el escenario. Lo encontró fumando, apartado del mundo, o eso le pareció, porque, aunque las facciones sí correspondían al rostro del pelirrojo, estas no se encontraban en su sitio natural.

Se dirigió a su encuentro muy despacio, con las manos recogidas a la espalda y una primera pregunta pululando en su cabeza.

—Que te echen un vistazo a eso —sugirió Fajardo refiriéndose a la brecha que tenía en la frente.

Sancho dio una calada al Ducados y su interlocutor no pudo evitar fijarse en las marcas que presentaba en los nudillos.

—¿Lo oyes? —preguntó Sancho.

—¿El qué?

—Los toros. Se oyen los bramidos de los toros.

—No entiendo una mierda, Sancho.

—Entender es solo un verbo.

—¿Qué *coño* ha *pasado* aquí?

—Culpa mía. He tratado de solucionarlo a mi manera, pero me ha salido mal. Cuando hablé con él en el hospital sospeché que quería jugármela y le dejé hacer con la intención de averiguar dónde la tienen. Además, no me cuadraba que el mexicano no le hubiera picado el billete cuando tuvo la oportunidad. Tenía que haber algo detrás. Luego esa llamadita a su padre para avisar a su socio justo después de que encajáramos la pieza de los toros..., demasiadas casualidades.

—Deja de decir estupideces —le cortó sin comprender nada de lo que le decía el inspector—. Los únicos culpables son los dos que van a llevar al depósito. Nos van a crucificar, pero en este preciso instante lo único que tenemos que hacer es centrarnos en seguir buscando a Margarita. Martirizarte no va a ayudarla.

—No lo entiendes. Yo conocía a Aitzol. Él ha organizado el secuestro por venganza. Tenía un asunto personal pendiente conmigo.

Fajardo escuchó todo lo que el inspector Sancho tenía que contarle.

—Te van a joder vivo, pero eso no cambia las cosas —concluyó—. Seguimos sin saber dónde está la niña.

—Primero Garrido y ahora Margarita... ¡Hay que joderse! —musitó dejando escapar el humo entre los dientes.

—No conocemos su estado, tenemos que continuar buscándola.

—Sin comida ni bebida y con la infección que le provocaron al amputarle la oreja, no durará mucho, si es que todavía está viva.

—A nosotros tampoco nos van a conceder más tiempo. Mañana a estas horas nos habrán apartado del caso, así que pongámonos en marcha de una puta vez —insistió Fajardo—. ¿Habéis registrado dentro? —preguntó señalando el almacén.

—Están en ello, pero no la encontraremos aquí. Estoy seguro de que la tienen en otro lugar.

—No estará muy lejos, te lo aseguro. Esta gente también sigue su manual.

—Ya —apuntaló con saña, enterrando con el pie la colilla del Ducados—, pero seguro que no la tienen en ninguna nave con esas características que...

—Perdonad que os interrumpa —dijo la inspectora Robles al unirse atropelladamente a la conversación—. Antes de que arrancara la motosierra y dejáramos de entender nada, el mexicano dijo algo que no supe a qué venía. Le he estado dando vueltas desde entonces y probando nombres en Internet me ha salido esto. Bonanza —dijo mostrando la pantalla de su móvil.

—¿Bonanza? —preguntaron ellos al unísono.

—La serie de televisión. Estaba citando a los Cartwright, que eran la familia protagonista. Debe tener algo que ver.

—¿Qué mierda fue lo que me dijo? —se preguntó Sancho estrujándose las sienes con las palmas de las manos—. Sí, eso es. Yo le estaba preguntando dónde estaba la niña y Garay me dijo que cuando llegara al infierno se lo preguntara a los Cartwright.

—¿Lo tenéis grabado? —quiso saber Fajardo.

—No, fue algo que improvisamos anoche —contestó Sancho—. No había tiempo ni recursos estando nuestros esfuerzos concentrados en el pago del rescate.

Fajardo omitió verbalizar sus pensamientos.

—Estoy segura de que significa algo. De otra forma..., ¿por qué te lo habría dicho?

—Estoy de acuerdo con la inspectora —dijo Fajardo.

—Bonanza, Bonanza, Bonanza..., los Cartwright, Bonanza, los putos Cartwright y la mierda de Bonanza. ¡No me viene nada a la cabeza! ¡Me

cago en mi puta vida!

—Pero tenemos algo. Vamos a exprimirlo hasta que nos confiese lo que necesitamos —propuso Sara Robles.

—Déjame ver —le pidió Sancho arrebatándole el móvil de la mano.

El pelirrojo se acercó el teléfono a veinte centímetros de la nariz para poder leer la diminuta letra de la página web en la pantalla. El índice se detuvo a mitad de camino. Los pelos de sus pobladas cejas se abrazaron.

Sancho levantó la cara y empezó a otear el horizonte.

—¡Me cago en mi puta vida!

—¿Qué? ¿¿Qué tienes?!

—¡¡Me cago en mi puta vida mil millones de putas veces!! —gritó con la voz tomada.

—¡Sancho! —le gritó Fajardo.

—¡Ya sé dónde está!

Residencia de Ramiro Sancho

A pesar de las amenazas del hombre del profuso bigote con aspecto de mendigo, Jaap Keergaard había tenido que apretar con fuerza los párpados. El alma empieza a corromperse por los ojos, pero lo que acababan de ver los suyos estaba desintegrando sus convicciones, descomponiendo uno a uno todos sus dogmas y, del mismo modo que actúa el ácido sulfúrico sobre la carne, notaba como esas imágenes en blanco y negro corroían progresivamente su interior. Y de todas ellas, conservaba latente la expresión de la niña, descargada, ausente, entregada plácidamente al sacrificio.

—Esto lo hace la gente para la que tú trabajas.

La mujer de pelo rojo no mentía. En alguna de esas macabras escenas había reconocido los emblemas de la Congregación de los Hombres Puros; insignias dignatarias que tan solo podían portar guardianes y custodios. Tendría que revisarlo con más detenimiento, pero le había parecido ver el blasón del Gran Maestre; y si eso era así, todos arderían en el infierno, incluido él.

—«He aquí que todas las almas son mías. Como lo es el alma del padre, así el alma del hijo es mía y el alma que pecare, esa morirá» —citó el arcángel Uriel.

—Aún estás a tiempo de salvar la tuya —interpretó correctamente Erika.

—Arderemos todos en el infierno —aseguró como preludeo de una adjuración.

Entonces, Erika Lopategui vio claro que aquel siervo de María le iba a resultar más útil vivo que muerto.

—Es muy posible, pero los hombres que se esconden bajo esas máscaras convierten las vidas de muchos niños en algo más horrendo que el peor de los infiernos. Te estoy ofreciendo la posibilidad de redimirte de tus pecados.

El arcángel levantó la mirada del suelo y estuvo a punto de sonreír.

Antigua piscina La Ponderosa

Los recuerdos que tenía almacenados en la mente de aquellos días veraniegos apenas se correspondían con las imágenes que estaban captando sus retinas. La torre, coronada con un letrero rojo en el que se podía ver y leer la palabra «BAR» centró su atención; esa palabra que había visto y leído todos los días al pasar por la autovía desde que se mudó a la nueva casa en Aldeamayor de San Martín; esa que tendría que ver y leer el resto de días mientras estuviera viviendo allí.

Las hojas de los árboles que señalizaban la entrada a la piscina estaban empezando a oscurecerse. Pronto terminarían tapizando los montones de escombros esparcidos por el suelo.

—La Ponderosa, el rancho de la maldita familia Cartwright —repitió Sancho por enésima vez.

—Dime que vamos a encontrar algún acceso abierto —escuchó decir a Fajardo.

—Claro, lo tienes delante —respondió Ramiro Sancho visiblemente acelerado.

El inspector señaló la malla metálica que impedía el paso entre los vanos de la estructura principal que delimitaba el recinto. El efecto corrosivo del óxido y las tres patadas frontales sobre los puntos de soldadura fueron suficientes para abrir un buen boquete.

—Adelante.

Nada más poner un pie en el interior, su mirada convergió en el punto exacto en el que estuvo a punto de morir. Sancho tenía doce años y los fines de semana de agosto su tía los llevaba a él y a su hermana para sacarlos momentáneamente de la crudeza estival de Castrillo de la Guareña. Aquella mañana, al joven Ramiro se le ocurrió la feliz idea de bucear hasta el fondo y salir a la superficie por el interior de los barrotes que hacían las veces de escaleras. En la parte más profunda había holgura más que suficiente, pero en la medida en la que ascendía aquella se estrechaba. Años después todavía se estremecía rememorando aquella vivencia, atrapado entre la pared y los barrotes, con el anhelado oxígeno a escasos centímetros de la nariz pero sin una mínima opción de alcanzarlo. Un postrero chispazo de raciocinio le hizo deshacer el camino para salir por donde había entrado. Salió mareado, sangrando por la nariz, con un buen raspón en la espalda y una lección indeleble: no te metas donde no conoces la salida.

—Dividámonos —propuso la inspectora—. Solo tenemos dos linternas.

—Ve tú al restaurante —indicó Sancho hacia su izquierda abarcando un espacio sotechado en el que las plaquetas que en su día conformaron el techo eran ahora parte del suelo, y lo que quedaba de un toldo naranja ponía la única nota de color vivo en un escenario muy muerto—. Tú echa un vistazo a la taquilla y la zona arbolada —le sugirió a Fajardo—. Yo buscaré allí enfrente —apuntó con la linterna refiriéndose a la zona del botiquín, vestuarios y merendero—. Está aquí, encontrémosla de una puta vez.

El inspector rodeó el perímetro rectangular de la cubeta que fue una de las piscinas más concurridas de Valladolid, convertida en un improvisado lienzo para grafiteros. La maleza había invadido el terreno pero avanzaba con paso firme hacia la puerta amarilla marcada con una enorme cruz roja. La empujó con el pie antes de entrar. El olor a humedad enclaustrada le golpeó en la cara mientras sus pupilas se habituaban a la escasez lumínica. El cuarto estaba repleto de objetos de toda clase y condición colocados de

forma anárquica, como si allí dentro se hubiera producido un tornado devastador. Sancho encendió la linterna y la apagó pocos minutos después tras convencerse de que allí no había lugar para nada más que el caos. La estancia contigua presentaba similares características, aunque allí parecía que el huracán había sido más benevolente. Al fondo, otra puerta daba acceso a un patio de una vivienda adosada que Sancho inmediatamente adjudicó al personal que mantenía las instalaciones durante los meses de actividad del negocio. Salvó como pudo los restos del antiguo mobiliario que dificultaban el acceso al interior para colarse dentro. El sol se filtraba aprovechando los desperfectos en la techumbre, formando doradas, estrechas y oblicuas columnas de luz que daban la sensación de ser las encargadas de mantener en pie aquellos inestables muros. De entre todo aquel revoltijo inanimado, un sofá desvencijado atrajo la curiosidad del investigador. Se arrodilló frente a él y pasó el dedo índice por la superficie del material sintético con el que estaba tapizado. Le escamó comprobar que casi no había restos de polvo ni de las otras partículas que colonizaban todo a su alrededor. El corazón empezó a bombarle de forma arrítmica y vigorosa al tiempo que examinaba el solado. Dos surcos evidenciaban que aquel trasto había sido arrastrado desde otro lugar y junto a los tacos de madera que hacían de patas descubrió algo que le amustió el semblante: migas de pan. Recientemente alguien se había acomodado en el sofá para comer —concluyó—. Podría tratarse de un indigente o incluso de alguna pareja desesperada en busca de intimidad, pero también podría haber servido de puesto de vigilancia. Invirtió los siguientes minutos en inspeccionar con detenimiento cada rincón de la casa, pero no encontró nada más que le llamara la atención. Salió fuera espoleado por la ansiedad y examinó lo que quedaba de los vestuarios aledaños, golpeando puertas y retretes para liberar su frustración.

Sin saber muy bien cómo, se encontró de nuevo en el punto de partida, paseando la mirada por aquel decorado apocalíptico con la vacua esperanza de detectar una señal. Saliendo de la zona del restaurante divisó a Sara Robles con cara de no tener buenas noticias y seguidamente buscó a Fajardo caminando por la arboleda con la cabeza gacha mientras hablaba por teléfono. Sancho vació los pulmones por la boca como método de

autocontrol, siendo muy consciente de que se encontraba a punto de perderlo. A unos diez metros para llegar hasta él, la inspectora negó con la cabeza y apretó los labios conformando un gesto que el pelirrojo supo interpretar con acierto.

—Nada —calificó al llegar.

Él se rascó la barba y se retorció los dedos sacándole partido a todo el dolor concentrado en sus nudillos.

—¡Hay que joderse!

—Sancho...

—Sé que está aquí —se anticipó para no tener que escucharla—. Tiene que estar en algún sitio. ¿Has buscado bien?

—Sancho, allí no hay más que escombros, he gritado su nombre varias veces y..., en fin. Nada.

Fajardo se acercó a paso ligero con cara de circunstancias.

—Era Prieto, mi jefe. Me ordena que me presente de inmediato en la jefatura, y no va a ser para ponerme una medalla precisamente. Lo tenemos mal, muy mal.

Sancho apretó con fuerza los puños y giró trescientos sesenta grados sobre sus pies. La imperiosa necesidad de expresarse le sobrevino como una arcada.

El horrísono alarido provocó que algunos pájaros levantaran el vuelo.

—Sancho... —intervino la inspectora Robles posando la mano en el hombro de su desquiciado compañero.

—¡Tiene que estar aquí! ¡Venid a ver lo que he encontrado! Hay un sofá y migas de pan en el que...

—Tenemos que marcharnos —se opuso Fajardo.

—¡No! ¡Venid a verlo! —insistió—. ¡¡Vamos!!

Sara Robles cedió primero.

Las siluetas de los tres policías se recortaban en la penumbra frente al sofá. El silencio que se generó tras las explicaciones de Sancho, tan irritante como demoledor, no hizo sino alimentar su desolación.

—Tenemos que irnos ya, Sancho. Si sigues pensando que puede estar aquí y eres capaz de convencer a los que nos están esperando con los cuchillos afilados, volveremos.

Sancho no fue capaz de encontrar un argumento diferente.

—Tiene que estar aquí.

Fajardo hizo un aspaviento antes de dar media vuelta.

—¡Tiene que estar aquí! —reiteró pateando el lateral de una estantería carcomida por la humedad que se desplomó con gran estrépito. Inmediatamente, se levantó una polvareda que les obligó a protegerse los ojos durante unos instantes.

—Sancho, trata de sosegartelo —le pidió Sara Robles.

Pero el pelirrojo no estaba procesando sus palabras. Tenía la atención puesta en un tabique de ladrillo que se hizo visible parcialmente tras caer encima varios de los objetos mal apilados en la estantería y arrastrar al suelo la sábana que lo cubría. No hacía falta ser albañil para darse cuenta de que esa pared había sido añadida con posterioridad. Sin pensárselo dos veces, agarró una esquina de la tela y tiró de ella con mucha más rabia que fuerza.

Una plancha metálica sin signos de oxidación.

Una cadena uniendo el tirador con una argolla perfectamente incrustada en el cemento.

Un candado cerrado que aún mantenía un brillo plateado que reflejaba una reciente fabricación.

—¡Tiene que estar aquí! —insistió.

Sancho empezó a gritar el nombre de la niña mientras agarraba un hermoso pedrusco con ambas manos como si se tratara de un objeto de cartón pluma. Lo alzó por encima de la cabeza y allí lo sostuvo durante el tiempo que necesitó para concentrarse en un eslabón concreto de la cadena. Acompañando el movimiento de sus brazos con un gruñido salvaje, impactó violentamente contra su objetivo. Saltaron chispas las cuatro veces que repitió la operación hasta que se partió el metal. Jadeando como un animal acosado, tiró de la argolla dejando al desnudo un profundo agujero negro de un metro cuadrado. Sara se apresuró a iluminar el fondo por encima del hombro de su compañero.

¡Es un cuarto de calderas! —identificó Sancho con la voz tomada por la turbación—. ¡Ya bajo, ya bajo! Descendió casi sin tocar los barrotes y una vez que hubo tocado el suelo encendió la linterna. El haz de luz chocó

contra un gran depósito de gasoil que dominaba ese espacio cargado de aromas insalubres. Guiado por la zozobra emocional, el pelirrojo avanzó sin tomar precauciones. Un bulto junto a una tubería de buen grosor le llamó la atención.

—¡Margarita! —gritó mientras recorría los escasos metros que le faltaban para llegar.

Lo primero que distinguió fueron sus manos, engrilladas y encadenadas a una de las dos llaves de paso del circuito.

—¡Está aquí! —vociferó— ¡La he encontrado! ¡¡La niña está aquí!! ¡¡Llamad a una ambulancia y bajadme la cizalla del coche!! —se desgañitó.

El inspector se dejó caer de rodillas junto a ella.

Temblaba y por momentos creyó que iba a perder el conocimiento. De forma timorata, retiró la manta con la que se cubría completamente para destaparle la cara y prestarle los primeros auxilios.

Tenía los ojos entrecerrados.

Un malévolo artilugio incrustado en la cabeza; el repulsivo estado de la herida supurando pus; el macilento color que deslustraba su piel y el tono azulado que le pintaba los labios fueron los primeros signos que le hicieron presagiar lo peor. La baja temperatura de su cuerpo, cierta rigidez muscular, pero, sobre todo, el hecho de no encontrarle el pulso provocó que a Sancho se le nublara la vista.

—¿Qué te han hecho, pequeña? Dime, ¿qué te han hecho? —le susurró sin esperar una respuesta. Trató de liberarla del bozal, pero con los dedos temblorosos no acertaba a quitar la correa de la hebilla.

—¡La ambulancia está de camino! —escuchó decir a Fajardo desde arriba.

La abrazó y la apretó contra su cuerpo mientras las primeras lágrimas se perdían en la frondosidad de su barba. Imbuido por aquella terrible sospecha pero sin perder del todo la esperanza, acercó la oreja a sus labios y reunió toda su capacidad cognitiva en los diminutos filamentos que recubrían el trago del pabellón auditivo, dispuestos a percibir cualquier leve brizna de aire; el mínimo indicio que le hiciera creer que aún respiraba.

Cuando Sara Robles bajó con la cizalla se encontró a su compañero acunando el cuerpo de la niña, absolutamente deshecho, sumido en un

sollozo desconsolado.

—No respira —creyó entender.



SARNA CON GUSTO

*Estudios de Mediaset España
Carretera de Fuencarral-Alcobendas, 4
29 de octubre de 2012, 21:35*

La maquilladora acababa de marcharse y Ramiro Sancho volvió a ponerse los auriculares del vetusto reproductor. Buscó la canción que quería escuchar en ese momento de tensa espera. *Coge el viento* de La Dama se Esconde irrumpió con fuerza en sus oídos.

*El camino que seguiste
ha cruzado toda la ciudad
y aún intentas descubrir amor.
Eres solo un viajero
yendo en busca de algún lugar
donde el cielo siempre sea azul.*

*Coge el viento en una mano
y en la otra ten tu libertad,
es la luna un gran amigo*

*con el que poder hablar.
Demasiado tiempo lejos
de tus manos y al volver atrás...*

Los últimos veinte días habían significado el inicio de su particular travesía por el desierto, que el propio Sancho preveía larga y penosa. Y el lugar donde conducía irremediamente no tenía mucha pinta de tener un cielo siempre azul.

El expediente abierto por su actuación estaba por resolverse, pero, habida cuenta de la gravedad de los hechos, la conmoción que había generado el trágico desenlace en la ciudad y, teniendo en cuenta sus antecedentes, las posibilidades de ser expulsado del Cuerpo o, en el mejor de los casos, de ser enterrado bajo el escritorio de alguna comisaría muy lejana eran bastante elevadas. Pero mucho más grave aún era el trauma que le había ocasionado la muerte de Margarita. Según dictaminó la autopsia, el fallecimiento le sobrevino algunas horas antes de que la encontraran a causa de un *shock* séptico provocado por una infección que se transmitió por todo su organismo a través del torrente sanguíneo. Ólafur y Erika entendieron la necesidad de aislamiento del pelirrojo. Se marcharon junto con Karatu a la espera de recibir noticias suyas. Lo cierto era que no recordaba con nitidez cómo habían transcurrido los días inmediatamente posteriores, sumido en un estado catatónico autoinducido con el fin de alejarse lo máximo posible de la realidad. Cuando logró salir de él, lo primero que hizo fue hablar con Azucena, y aquella dilatada conversación le sirvió para atreverse a emerger del fango.

Las palabras de Azucena se mantenían frescas en su memoria.

—Inspector, a través de la culpabilidad no conseguirá recuperar su vida y tampoco nos devolverá la de mi hija —le dijo ella rompiendo con la actitud distante que había mantenido hasta ese momento—. De nada vale martirizarse pensando en lo que se pudo hacer y no se hizo porque el pasado nunca vuelve. Se trata de aprender a convivir con él. Usted encontró a mi hija pero Cristo Nuestro Señor se le adelantó. Tratar de entender los designios divinos desde la óptica de los hombres solo puede llevar a la autodestrucción.

Sancho no encontró calor en sus palabras, pero tampoco ningún atisbo de odio ni rencor hacia él, lo cual le hizo pensar que quizá en el futuro pudiera perdonarle; perdonarse. Sentado frente a aquel espejo, el pelirrojo envidió y repudió a partes iguales la capacidad de los católicos para tragarse las desgracias con agua bendita. Al preguntar el resto de la familia, ella se mostró confusa y dubitativa y Sancho conjeturó con la posibilidad de que Dios Todopoderoso aún no le hubiera indicado a Azucena cómo sanar las heridas del corazón.

Algunos días después se atrevió a atender una de las muchas llamadas que le había hecho Sara Robles. Pasaron la noche de barra en barra para terminar en el Zero Café, rememorando las horas que compartieron en su casa, planificando la forma de salir airosos de la trampa tendida por Aitzol Etxeandia, porque a esas alturas, Sancho ya sabía perfectamente que cuando las piezas encajan demasiado bien es que alguien está poniendo masilla. Ninguno de los dos lo verbalizó, pero ambos pensaron en lo que habría sucedido si en vez de devanarse los sesos y dormir escasamente dos horas se hubieran arrancado la ropa y plegado al deseo copiosamente. Nunca lo sabrían.

La inspectora había aceptado de nuevo la jefatura accidental del Grupo de Homicidios de Valladolid y, a pesar de que Sancho ocultó los derroteros por los que iba a transcurrir su nueva vida, ella intuyó acertadamente que, fuera lo que fuese, tenía muy poco que ver con el placer. Se despidieron con abrazos sinceros y palabras vacías, mala combinación para quienes se buscan más de lo que podrán encontrarse. La asociación de ideas le llevó a recordar que tenía una conversación pendiente con Gracia Galo y se conjuró para hacerlo cuando se sintiera preparado para ello. También había hablado brevemente por teléfono con Fernando Fajardo Feix, no recordaba cuándo, pero lo encontró bastante animado tras recibir la confirmación de la tramitación de su solicitud de traslado a la Brigada Central de Crimen Organizado. Interpretando el cambio como un ascenso relevante de su calidad de vida, Fajardo le colgó con un «hasta pronto, máquina. Y suerte» que arrastraba un marcado aroma de «hasta nunca. Y púdrete».

Esa misma mañana había hecho el viaje a Madrid acompañado por Peteira. Sancho le pidió que no compartiera en la comisaría los motivos que

le habían llevado a aceptar la propuesta de la cadena de televisión. El subinspector no dejó de repetirle que su familia contraía con él una deuda a perpetuidad y que, estuviera donde estuviera y pasara lo que pasara, su hijo Marcos ya formaba parte de su existencia. Pensar en eso le reconfortaba, quizá egoístamente en ese afán compensatorio y justificativo tan propio del ser humano, pero, observando la cicatriz de la frente y las marcas de sus manos, determinó que no era el infortunio sino sus propias decisiones las causantes directas de su desdicha. El «cuídate mucho» de Peteira le hizo conmoverse antes de bajarse del coche; como si tuviera alguna opción de conseguirlo.

Con el terreno de juego tan embarrado y el oval en las manos, no le quedaba otra opción que morder el protector bucal y correr hacia delante. Sabía que iba a tener escasas posibilidades de alcanzar la línea de ensayo, casi ni de pisar el campo del rival. Solo contaba con su firme determinación de no dejarse placar. Y el DAO también lo sabía. Por ello, Hernández Santiago, metido en el papel del entrenador que conoce bien sus bazas, le había ofrecido protagonizar una última jugada. O posaba el balón bajo palos o no volvería a ponerse la camiseta del equipo. Ese era el pacto que el pelirrojo no tuvo más remedio que aceptar, y el partido empezaba en once minutos, los que restaban para que la coordinadora del programa viniera a buscarle.

En esa tesitura, Sancho no encontró un modo mejor de diluir la espera que devolver una de las muchas llamadas que le habían realizado días atrás. Apretó el *pause* y sacó el móvil del bolsillo del pantalón. Al segundo tono escuchó su voz.

—Hola, Erika.

—¿Cómo va todo?

Tardó en contestar.

—Va. Creo que he tocado fondo, pero sigo cavando por si acaso hay más mierda.

Dada la respuesta que escuchó, Erika descartó la idea de compartir con él la información que había recibido recientemente. El alumbramiento se había producido el pasado 13 de agosto en el hospital infantil Nieklanska de Varsovia, donde, debido a su comatoso estado, fue trasladada Ludka

Opieczonek a dar a luz. Olek había venido al mundo pesando tres kilos justos y, según decían, tenía los ojos pequeños, negros y afilados, como los de su padre. Su madre fue desconectada tres días más tarde, quedando la criatura bajo la custodia de sus abuelos.

—Saldrás, estoy segura de ello —respondió ella.

—Eso espero.

Un silencio atronador precedió al tono de voz cavernoso del todavía inspector de Homicidios.

—Erika..., voy a desaparecer durante un tiempo.

—Lo comprendo.

—No sé cuánto, quizá se trate de una larga temporada.

—Lo que necesites, Sancho.

De nuevo el mutismo.

—Si te digo la verdad: estoy algo acojonado. Bastante acojonado —matizó.

—¡Claro! ¡Hoy es el gran día! —dijo con el propósito de aligerar el tono de la conversación.

—Sí. Al final, todo llega.

La risa limpia y espontánea de Erika Lopategui se contagió en los labios del pelirrojo.

—Sí, tú riéte. Ya me gustaría verte a ti en esta situación. Son cincuenta minutos en directo, con una audiencia estimada de más de dos millones de espectadores.

—Todo sea por la pasta, en este caso, para lo que se va a emplear. ¿Cómo era el refrán ese? Sarna con gusto...

—Los cojones —le interrumpió Sancho—. Sarna con gusto, los cojones.

—Piensa en todo el bien que van a proporcionar esos miles de euros.

—Eso intento, te lo aseguro, pero no funciona. ¿Cómo está Ólafur? —quiso saber para cambiar de tercio.

—Controlado, sigue sin probar gota. Parece que el tratamiento funciona. Cuando no está paseando a su nuevo mejor amigo está discutiendo de religión y filosofía con Jaap Keergaard. Asistir a esa competición por el cetro de filosofastro es un auténtico coñazo.

—¿Es de fiar?

—Ya le conoces, ni sereno ni borracho.

Sancho soltó una carcajada que hasta a él mismo le cogió por sorpresa.

—Me refería al tipo de la coleta.

—Lo sé, lo sé. Pero en este momento es nuestro valor principal. Llevamos días exprimiendo toda la información que nos ha proporcionado así como la que hemos podido extraer del equipo de Kruger gracias a él. Ólafur y yo estamos convencidos de que su arrepentimiento es sincero.

—Por muy sincero que sea, no deja de ser un sicario. Tened mucho cuidado con él.

—Lo tendremos, pero en las circunstancias en las que nos encontramos, tampoco contamos con alternativas menos arriesgadas, Sancho.

Aquella última frase le hizo henchir los pulmones de oxígeno cargado de aroma a cosmético.

—Alternativas..., esa es la cuestión. En este momento no puedo ofrecerte... Quizá algo más adelante, cuando esté en condiciones de..., en fin, tú ya me entiendes.

—No suele ser únicamente cuestión de tiempo.

—Ya. Puede que tengas razón.

—Puede.

—No obstante, las ganas que tengo de darle al islandés una buena patada en las pelotas juega a favor de obra.

—¿Ya mí? ¿No tienes ganas de verme? —soltó ella de forma capciosa.

—Claro que sí, pero primero tengo que intentar ordenar lo que queda de mí —respondió en tono mortecino—. Ahora tengo que dejarte, en dos minutos empieza la romería y ya sabes eso que dicen: a las romerías y a las bodas van las locas todas.

—Entonces yo no puedo faltar.

Sancho se rio a gusto.

—Suerte —se despidió ella.

—Dos minutos —maldijo Sancho.

No fueron dos, fueron cinco, como las sílabas que más de dos millones de espectadores pudieron leer en los labios del barbudo pelirrojo en cuanto puso los pies en el plato aclamado por el público asistente al programa.

—¡Hay que joderse...!



NOTA DEL AUTOR

Tiene que creerme, no estaba premeditado.

Empecé a escribir *Sarna con gusto* en junio del año 2014 con el propósito de recuperar uno de los personajes principales de Versos, *canciones y trocitos de carne* enlazando temporalmente con el final de la trilogía y, al mismo tiempo, dar las primeras puntadas del paño que envuelve a la Congregación de los Hombres Puros (cuya sombra, como ya habrá intuido, oscurecerá unas cuantas páginas más en futuras entregas). No voy a ocultarlo, *a priori*, la idea de interpretar de nuevo al pelirrojo inspector de Homicidios me resultaba tan sugerente como sencilla tras los treinta meses que vivió dentro de mi cabeza. Y, en efecto, he disfrutado, sí, pero he de reconocer que ha sido complejo interpretar a algunos. No sabría decir cuál de todos me ha costado más, paradójicamente puede que haya sido el de Sancho, pero si algo tengo claro en esta fría mañana de febrero del año 2015, es que no me gustaría volver a meterme en la piel de ninguna Margarita.

COMO le decía al principio, no tenía ninguna intención de construir una historia tan dura como esta que acaba usted de terminar. Visto en perspectiva, diría que el resultado responde a mi método de creación

literaria, ese del que no consigo ni intento escapar y que consiste en aporrear teclas sin seguir método alguno. No pretendo excusarme, no creo que tenga que hacerlo, pero si le invade la necesidad de señalar a un culpable, le invito a que elija uno entre el listado de personajes, o dos, quizá lo sean todos, lo dejo a su criterio.

También quiero aprovechar este espacio en blanco para comentar con usted un aspecto que me dejó algo tocado cuando empecé a bucear en el sórdido mundo que rodea al secuestro. Por suerte, en nuestro país es una práctica poco frecuente y son contadísimos los casos que la gente de Fajardo —la de carne y hueso— no resuelve positivamente. Por el contrario, en otros puntos del planeta se produce con tanta frecuencia que, como citaba en la novela el jefe de la Unidad de Secuestros y Extorsiones, uno tiene más probabilidades de sufrir un secuestro que un robo. Pocos delitos me parecen más horribles que aquel que atenta contra la libertad de las personas, porque el espectro de sufrimiento que provoca es tan amplio y tan profundo que aquellos que lo padecen y logran contarlo difícilmente vuelven a entender la vida de la misma manera. Mi objetivo era contar la historia de un secuestro ofreciendo una óptica global que incluyera todas las perspectivas: la de la propia víctima, la de su entorno más cercano, la de los secuestradores y, por supuesto, la de la Policía. Con tales ingredientes, el caldo no podía tener un sabor distinto a ese amargo que confío que desaparezca lo antes posible.

Por último, quiero confesar a modo de anécdota que el recuerdo que le asalta a Ramiro Sancho cuando entra en la piscina La Ponderosa no está extraído de su ficticio histórico vital, sino que es fruto de una experiencia real vivida en primera persona por este autor. Al recorrer el escenario y verme de nuevo atrapado entre los barrotes de aquella escalera concluí que la estupidez no está enfrentada con la suerte y que aquel día tuve tanta suerte como estúpido fui.

Habiendo dejado constancia del hecho, corresponde ahora dar las gracias a las siguientes personas:

A Olga, amor mío, y a Hugo, mi amor. Siempre en primer lugar porque vosotros sois lo primero.

A Urtzi, te dedico esta novela, no solo por tu inestimable ayuda en lo relativo a la documentación acerca del proceso de investigación y negociación de un secuestro (hasta donde permite la placa), principalmente, por tu total disponibilidad y apoyo. Si este relato existe, se debe a ti. Aprovecho para pedirte disculpas por lo que viene. Toca escarbar, amigo.

A Ricardo Almanza, que estando al otro lado del Atlántico pusiste tu voz a Servando Garay en una adaptación soberbia del lenguaje suburbial de México, D. F. Mezcal o tequila, tú eliges, cabrón, que convida este pinche calvito.

A Chevi, por tu empeño y acierto a la hora de plasmar en imágenes el contenido de esta novela. Bravo.

A mi querido amigo Fernando, por cederme tu casa de Viana de Cega para escenificar este secuestro. Prometo no abrir ese zulo nunca más.

A todos los que han sufrido un secuestro y han tenido el coraje de compartir tan dramática experiencia. El alma de Margarita se alimenta de sus relatos.

A los caídos en acto de servicio de las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado, que su recuerdo perdure en esta novela a falta de un reconocimiento mayor que incomprensiblemente se les niega desde las instituciones.

A mis editores de Suma de Letras y a todo Penguin Random House, por vuestra confianza y saber hacer. Y muy especialmente a ti, Mónica, que me sufres con más frecuencia.

Y, cómo no, a usted, lectora o lector, por convertir en realidad el oficio de quienes nos dedicamos a crear ficción con la palabra escrita. En nuestro próximo encuentro trataré de ser más benevolente con sus emociones, aunque no puedo prometerle que lo consiga.

Hasta pronto.

César Pérez Gellida
Madrid-Valladolid



BANDA SONORA

GUNS N' ROSES: *November rain.*

Los Piratas: *Promesas que no valen nada.*

Nirvana: *Come as you are.*

Extremoduro: *Locura transitoria.*

Ilegales: *Ángel exterminador.*

The Smiths: *There is a light that never goes out.*

The Rolling Stones: *Sympathy for the devil.*

Golpes Bajos: *Malos tiempos para la lírica.*

Aerosmith: *Living on the edge.*

El Último de la Fila: *Lápiz y tinta.*

Héroes del Silencio: *El estanque.*

Calle 13: *Llégale a mi guarida.*

La Dama se Esconde: *Coge el viento.*